

A painting of a woman in a yellow dress looking out a window. The woman is in the foreground, her back to the viewer, wearing a bright yellow dress with a dark sash. She is looking out a window with a purple frame. The background is bright and slightly blurred, suggesting an outdoor scene. The overall style is soft and painterly.

*Sophie Saint Rose*

*Serie época*

*Lady Elyse*

Lady Elyse

Sophie Saint Rose

## Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1

El lacayo cogió su mano para bajar del carruaje y ella mostró su botín blanco y la voluminosa falda de su primoroso vestido azul claro con volantes blancos. Posó el pie en el escalón y descendió mostrando su chaquetilla a juego y sus abundantes rizos rubios, cubiertos parcialmente por su sombrerito que ocultaba su rostro hasta su boca con una discreta redecilla blanca.

Sonrió ligeramente al mayordomo que esperaba. Paul parecía contento de verla aunque eso solo lo sabía ella que le conocía bien, porque el hombre no había movido el gesto. Llevaba diez años con ellos y pocas veces demostraba algo que no fuera enfado. Por eso llevaba la casa como un reloj. Pero ella era su ojito derecho. Le guiñó un ojo al pasar ante él. —Lady Elyse, bienvenida a Londres.

—Gracias, Paul. Por cierto, felicidades.

—Gracias, milady.

—Cuarenta y seis años. ¿La señora Deak te ha hecho un pastel?

—Sí, milady. Sobre todo porque sabía que milady llegaba hoy y si no tenía mi tarta se iba a disgustar.

Se echó a reír porque era cierto. Los cumpleaños eran sagrados en su casa y la cocinera lo sabía bien porque siempre insistía en que todos tuvieran su fiestecita. Ya en el hall abrió el bolsito que llevaba en la muñeca y sacó el paquetito. —Espero que te guste.

—Milady, no tenía que haberlo hecho.

—Bah... ¿Mi padre ha llegado de Bath?

—Esta mañana, milady. —Paul miró hacia el coche a través de la puerta. —¿Y la señorita Berney? Porque se llamaba así, ¿verdad?

—Sí. Se ha dormido en el coche —dijo reprimiendo la risa—. Me daba pena despertarla.

Los lacayos estaban bajando los baúles y no eran precisamente silenciosos. —Si que tiene el sueño pesado. —La miró fijamente. —¿No se habrá muerto?

—No, sus ronquidos son prueba de ello. —Se acercó al espejo de la entrada y se quitó la alfiler de oro del cabello, apartando su sombrero y mostrando la cicatriz que recorría su mejilla derecha. Tomó aire por la nariz intentando ignorarla como había hecho desde que era una niña, pero era obvio que los polvos que le había vendido aquel charlatán en el pueblo no servían de nada. Se veía la cicatriz perfectamente. Le entregó el sombrero a Paul.

—¿La despierto, milady?

—Pues... Uff, no estoy para escuchar su parloteo. Casi prefiero sus ronquidos y desde ahí no se escuchan tanto.

—Entendido, milady.

—¡Hija!

Se volvió sonriendo radiante y vio a su padre que seguía tan atractivo como siempre con su pelo rubio repeinado hacia atrás y su impecable traje gris. Salía del despacho con su administrador y sus ojos verdes brillaron de la alegría antes de correr hacia él. —¡Padre! —El Marqués de Luddington la abrazó con fuerza y ella rió cuando la giró como cuando era niña. — Estás aquí.

—Por supuesto que estoy aquí. Se inicia la temporada. —La dejó en el suelo y la cogió por los hombros para verla bien con sus ojos negros. —¿Cómo puede ser? Solo he estado cuatro meses fuera. ¿Estás más hermosa?

Se sonrojó con fuerza mirando de reojo al administrador que les observaba con una sonrisa en los labios. —Padre...

El Marqués perdió algo la sonrisa. —¿Qué opina, Haligan?

—Mucho más hermosa, Marqués. Tendrá que vigilarla de cerca porque los pretendientes la acosarán.

Muerta de vergüenza pasó la mano por la cara comprobando que los rizos cubrían algo su cicatriz. —Gracias, Haligan. ¿Somos más ricos que ayer? —preguntó intentando disimular su incomodidad con bromas como hacía siempre.

—Y menos que mañana, milady.

Su padre la observó malicioso y le acarició la barbilla levantándosela ligeramente como hacía siempre para que no se avergonzara de su cicatriz. —¿Estás cansada del viaje?

—Rainbow Hall solo está a medio día de viaje, padre... —Le miró con desconfianza. —¿Por qué?

—Porque tenía una sorpresita preparada, pero si estás cansada...

Sus preciosos ojos verdes sonrieron de la ilusión. —¿Una sorpresita? ¡Me encantan!

Ambos rieron por su emoción. —¿Qué me dices, Haligan? ¿Se lo digo?

El administrador que era amigo íntimo de su padre desde que habían estudiado juntos en Hetton sonrió. —Por supuesto, milord. No está bien hacer esperar a una dama.

—Cierto. Aunque no sé... Tengo entendido que no hace mucho caso a su dama de compañía. —Ella jadeó indignada e iba a decir algo cuando su padre la interrumpió. —De hecho, tengo entendido que esta dama en cuestión se ha escapado varias veces por la tarde para caminar sin ella.

—¿Cómo te has enterado de eso? —Asombrada miró a Paul que disimulando miraba al techo. —¡A ti no te escribo más! ¡Es que es muy lenta, padre! —protestó antes de acercarse y susurrar —Está sobrepasada y...

—¿Sobrepasada? —preguntó Haligan intentando no reírse antes de que sus ojos castaños

fueran a parar a la puerta donde la voluminosa mujer estaba apoyándose en el marco con la respiración agitada después de haber subido los cinco escalones de la entrada. La pobre hasta tenía el sombrerito de lado, seguramente por la siesta que se había pegado. Seguro que le soltaba una charla porque ahora le dolía el cuello y la culpa era suya por no despertarla.

El administrador chasqueó la lengua. —Entiendo.

—¿Quién es esa? —gritó el Marqués con los ojos como platos antes de mirarla a ella—.  
¿Y la señora Falke?

Se sonrojó con fuerza porque al parecer Paul no le había contado todo. —Pues... Se ha casado, padre.

—¡Pero si tenía sesenta años!

—Sesenta y dos, pero el pastor Martin aún es muy atractivo para su edad, padre.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Se ha casado con el pastor Martin?

—¿Ves todo lo que te pierdes con tus viajes por Europa y después por irte a Bath para descansar? ¡La próxima vez llévame contigo y no pasan estas cosas!

Los tres giraron la cabeza hacia la señorita Berney que sonrió acercándose mientras se bamboleaba de un lado a otro. —¿Marqués? Es un placer conocerle —dijo moviendo su papada de arriba abajo.

—Señora...

—Señorita, soy la señorita Berney.

Sonrió mostrando que le faltaba un incisivo. Los hombres miraron a Elyse asombrados y esta se encogió de hombros. —Tenía que llegar a Londres. Padre se hubiera enfadado si hubiera venido sola.

—¿Y tu doncella?

Parpadeó sorprendida. —No sé qué pasa a mi alrededor que todas se casan, padre.

—¿Ahora? ¿Ahora que vas a tener la temporada?

—Lucy no quería esperar otro año. Y la entiendo porque está muy enamorada. No le iba a decir que no, padre. Eso no está bien.

—¡Estupendo! ¡Ahora no tienes ni dama de compañía ni doncella para el momento más importante de tu vida!

—Dama de compañía sí. —La señora Berney levantó la mano. —Estoy aquí.

Elyse forzó una sonrisa. —Le había dicho que su trabajo terminaría cuando llegáramos a Londres, ¿recuerda? —preguntó intentando ser suave.

La mujer jadeó con sus ojitos azules como platos. —¿Me están despidiendo?

Haligan carraspeó atrayendo su atención. —Señorita Berney... usted no está capacitada para correr detrás de milady y corre mucho. Se lo digo yo que la conozco desde que nació. Necesita una dama de compañía con sus mismas energías.

—Cierto, es muy inquieta. —Miró al Marqués. —Ya me lo advirtió mi antecesora. Debe controlarla más, milord. No está bien que una dama corree de un lado a otro todo el día. Es de mala educación y...

Su padre entrecerró los ojos dando un paso hacia ella. —¿Qué ha dicho? ¿Que mi hija es una mal educada?

La mujer se sonrojó. —No, claro que no. Pero una dama...

—¡Haligan!

El amigo de su padre las rodeó. —Venga conmigo. Yo solucionaré su vuelta a casa y una remuneración por las molestias.

—¡Pues espero que sea buena! Porque he dejado otro trabajo por éste.

—Estoy seguro de que le complacerá.

Padre e hija se miraron a los ojos y Elyse sonrió radiante. —¿Y mi sorpresita?



—¡La sorpresita me la he llevado yo!

—¡Padre!

Jonathan suspiró y la abrazó de nuevo acariciándole la espalda. —Hija...

—Todo irá bien.

—Te presentamos en una semana.

—No pasa nada. —Apoyó la mejilla en su torso y cerrando los ojos respiró hondo sintiéndose en casa. —Te quiero, padre.

—Mi niña... No sabes todo lo que te he echado de menos.

Le abrazó más fuerte. —Y yo a ti. —Se quedaron así unos segundos y ella miró hacia arriba. —¿Qué sorpresita me espera?

Su padre se echó a reír soltándola y puso los brazos en jarras. —La tienes en tu habitación.

Chilló de la alegría agarrando sus faldas para subir los escalones de dos en dos mientras su padre reía. Impaciente recorrió el pasillo y llegó al final para abrir la puerta de su habitación. Se detuvo en seco al ver el vestido más maravilloso del mundo colocado en un maniquí. Era tan hermoso que quitaba el aliento. El escote dejaba sus hombros prácticamente al descubierto y tenía unas piedras verdes en color muy pálido cosidas a él que descendían por el blanco corpiño del vestido hasta llegar a la cintura y de ahí se desperdigaban por la amplia falda. Nunca había visto unas faldas tan voluminosas. Cuando bailara las piedras reflejarían la luz. Era un sueño.

—¿Te gusta? —preguntó su padre tras ella—. Te lo he traído de París.

Se volvió emocionada con sus ojos verdes brillantes de la alegría. —Es perfecto.

Él la besó en la frente. —Como tú, mi niña. —Entraron en la enorme habitación y su padre se acercó al maniquí. —Igual tienen que ajustártelo. Aún hay tiempo.

Tocó la tela emocionada, pero la soltó por miedo a mancharlo. Su padre se echó a reír. —Hija, no se va a romper.

—Tiene que estar perfecto para esa noche. —Lo rodeó sin quitarle ojo y perdió algo la sonrisa al ver su espalda, que mostraba más de lo que le gustaría. —Padre...

—¿Qué? —Su padre se preocupó. —¿No está bien?

Ni se había dado cuenta y se arrepintió de sus palabras forzando su alegría. —No, está muy bien.

Jonathan sonrió. —Pero eso no es todo.

—¡Padre!

Riendo se acercó a su tocador y cogió un estuche. —Esto hará que todos se queden con la boca abierta.

Se acercó a él y su padre susurró mostrándole la caja entre sus manos —Vamos, hija. Abre tu regalo. Esto lo conservarás siempre y recordarás el día de tu presentación el resto de tu vida gracias a él.

Intrigada levantó la tapa para quedarse de piedra. Una gran esmeralda en forma de corazón colgaba de una cadena con diamantes. Era el collar más bonito que había visto nunca. Miró a su padre a los ojos. —Es demasiado.

—Nada es demasiado para ti, mi niña. Además, enseguida te casaré y ya no me ocuparé de tus gastos. Así que ahorraré dinero. Mucho dinero.

Jadeó haciéndole reír a carcajadas y sabiendo que solo quería fastidiarla cogió su collar sentándose en el taburete del tocador. Su imagen se mostró en los tres enormes espejos y sacó el collar del estuche para colocárselo en el cuello. Jonathan cogió los extremos y se lo cerró. —Serás la más bella de la temporada —dijo mirándola a través del espejo. Sin poder evitarlo Elyse miró la cicatriz blanca que atravesaba su mejilla hasta llegar debajo de su ojo. —Eso no es la belleza, mi vida. La belleza se lleva dentro y no hay nadie más bella que tú en este país. Esa es la belleza que muestran tus ojos y que las eclipsará a todas. —La besó en la sien y se miraron a los ojos. —Solo tienes que ser tú y confiar en ti. Te prometo que no habrá un hombre que no se fije en

ti.

Se sonrojó con fuerza. —Padre, no digas esas cosas.

El Marqués se echó a reír. —Eso si quieres casarte, por supuesto. No soy como esos padres que obligan a sus hijas a casarse en la primera temporada. Tú diviértete, ¿de acuerdo? — Se incorporó. —¿Y dónde encontramos una dama de compañía adecuada para ti?

Elyse se volvió mirándole maliciosa. —Padre, no la necesito. Te tengo a ti. Tú puedes acompañarme.

La cara de horror de su padre, que no soportaba las fiestas, la hizo reír. —No te preocupes. Pasado mañana llega la señorita Allison Baxter. Muy refinada y con muy buenas referencias.

Su padre suspiró del alivio. —Menos mal. ¿Y por qué no fue a buscarte a la casa de campo?

—Porque se había comprometido a permanecer en la casa en la que está ahora hasta el día de mañana y como yo iba a venir, me pareció más adecuado contratar a la señorita Berner para el viaje.

—¿Quién te la ha recomendado?

—Lady Guinn —dijo refiriéndose a una vecina de Rainbow Hall.

—Bueno, si no me gusta...

Su hija sonrió. —Te gustará, padre. He tenido correspondencia con ella y es inteligente y culta. Te gustará.

Jonathan sonrió. —Muy bien. ¿Y la doncella?

Hizo una mueca. —Eso es más difícil. Una buena doncella principal es casi imposible de conseguir. Esperemos que Londres nos dé más suerte, padre.

—¿Londres? ¿Recién iniciada la temporada?

—No pierdas la fe.

—Eso sería imposible viviendo contigo.

Se levantó y le cogió del brazo para salir de la habitación. —Dime padre, ¿qué tal el viaje? En tus cartas no te explayabas mucho precisamente.

—París está hermoso en esta época del año.

—No sé, como no me llevaste...

Rió palmeándole la mano. —Te llevará tu esposo cuando os caséis.

—¿Como tú con madre?

—Exactamente. —Sonrió con tristeza. —El viaje de novios es la mejor experiencia en una pareja. Quiero que lo disfrutes como nosotros. —Le guiñó un ojo. —Y si hay suerte me harás abuelo.

—¡Padre! —Se sonrojó con fuerza haciendo que él riera.

—Hija, no sabes lo que te he echado de menos.

Sonrió emocionada. —Y yo a ti.

Se mordió el labio inferior mirándose al espejo mientras una de las doncellas de la casa le cerraba el vestido de su presentación por detrás. La mujer que la conocía desde su nacimiento susurró —Milady, se ve la cicatriz.

Gimió sujetando las faldas y volviéndose ligeramente para ver que la quemadura de su omóplato se veía perfectamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver su piel arrugada más pálida que el resto que la rodeaba. —No, no.

La mujer se apretó las manos nerviosa al ver su angustia. —No se preocupe, milady. Lo arreglaremos, aún queda tiempo.

La miró sorprendida. —¿Puedes? ¿Sabes arreglar algo así?

—¿Yo? —preguntó farfullando—. No tengo ni idea.

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas de la frustración mirándose de nuevo al espejo. —Tengo que llevar este vestido. Papá se disgustará si no puedo ponérmelo.

—Por supuesto que sí, milady. Seguramente no se ha dado cuenta. Hace muchos años que no le ve la espalda y...

Pero eso no significaba que la herida no siguiera ahí. —¿Qué puedo hacer, Teresa?

—Llamaremos a una buena modista, milady. Por favor, no se disguste por esto.

—Se supone que es el día más importante de mi vida —susurró viendo la cicatriz en su mejilla que se veía más claramente por estar sonrojada del disgusto—. Voy a ridiculizar a mi padre.

—Usted no haría eso en la vida. No puede estar más orgulloso de usted.

La miró a través del espejo. —¿Tú crees?

—Claro que sí. Porque está viva y eso es lo único importante para él. Que usted esté bien.

Asintió porque sabía que tenía razón, pero algo en su interior le decía que aquello no iba nada bien. Acarició la tela del vestido mirando su imagen al espejo. Igual si se dejaba el cabello suelto. Bufó porque era algo totalmente inapropiado para la noche de su presentación y cuando bailara puede que se viera la cicatriz de la espalda que era aún más repulsiva que la del rostro.

En ese momento llamaron a la puerta. —Adelante.

Otra doncella entró de inmediato e hizo una reverencia. —¿Si, Libby?

—La señorita Baxter ha llegado, milady. Espera en el pasillo.

Se apartó los rizos del hombro mirando distraída su vestido. —¿La ha conocido mi padre?

—Su padre está en el club, milady —dijo mirando su vestido maravillada.

—Que pase.

—Enseguida milady...

Al verla alelada mirando el vestido Teresa chistó sobresaltándola y haciéndole un gesto con la mano para que saliera de la habitación. La chica se sonrojó saliendo de inmediato pero la puerta se volvió a abrir dejando pasar a una mujer de unos treinta y cinco años realmente preciosa. Elyse se quedó de piedra viendo su cabello rojo fuego y sus preciosos ojos azules. Vestía como una dama de alcurnia y le sonrió acercándose antes de hacer una reverencia. —Lady Rainbow, es un placer conocerla. —Se incorporó mirando su hermoso vestido. —Es una maravilla, milady. Está hermosa.

Se quedó de piedra. ¡Esa no podía ser su dama de compañía! ¡La mirarían mucho más que a ella! Aunque pensó en ello. Igual era lo que necesitaba. Alguien que llamara mucho más la atención que ella y estaba claro que esa mujer era perfecta, porque aunque vistiera de gris como ese día, llamaría la atención como una llama en medio del salón de baile. La señorita Baxter perdió algo la sonrisa al darse cuenta de cómo la miraba de arriba abajo. —¿Ocurre algo, milady?

Eso la sacó de sus pensamientos. —¿Qué?

—Es que milady tiene un problema, señorita. Está algo disgustada.

Su nueva dama de compañía frunció su precioso ceño. —¿Qué problema, milady?

Agachó la mirada antes de darse la vuelta y apartar el cabello de su espalda. Allison apretó los labios y ella vio el gesto a través del espejo. —Me lo ha traído mi padre de París y...

—Comprendo. —De repente sonrió. —No hay ningún problema, milady. Cuando se lo arreglen no se notará nada.

La miró esperanzada. —¿Usted cree?

—Por supuesto. —Le guiñó un ojo. —Ahora está en Londres, milady. Aquí están las mejores modistas del país. Se lo aseguro, su vestido quedará perfecto. —Mirándola de arriba abajo chasqueó la lengua. —Pero yo lo dejaría así.

Se volvió sorprendida. —¿Cómo dice?

—¿Por qué debe ocultar esas heridas? Son tuyas, forman parte de usted y lo harán siempre. Si se empeña en ocultarlas solo se está haciendo daño a usted, milady. Tiene que aceptarlas y seguir adelante.

Elyse no se lo podía creer, porque solo le faltaba que su dama de compañía, una mujer hermosísima, le diera lecciones sobre cómo comportarse respecto a las marcas que la acompañarían hasta la muerte. Sintió que la furia la recorría. —¡Fuera!

Allison dio un paso atrás. —¿Qué?

—¡Fuera de aquí! —gritó fuera de sí.

—Señorita, salga de la habitación. —Teresa fue hasta la puerta de inmediato y la abrió. — Por favor, váyase.

—Milady, creo que no me ha entendido. —Pálida al ver su reacción intentó decir —Solo quería...

—¡La he entendido perfectamente! ¡Fuera de esta casa! —gritó fuera de sí antes de cogerla del brazo y tirar de ella hacia la puerta.

—Pero...

La empujó al pasillo y cerró de un portazo. —¡Largo de mi casa! —gritó a la puerta con una rabia horrible. Se llevó la mano al vientre respirando agitadamente.

—Cálmese, milady. —Teresa se acercó de inmediato muy preocupada. —Vamos a quitar el vestido y llamaremos a la mejor modista de Londres...

La miró a los ojos y asintió. —Eso, que llamen a la mejor.

—Por supuesto que sí.

—Y que sea discreta.

—No se preocupe, milady. Será tan discreta como la que tiene en Rainbow, se lo aseguro.

Sin darse cuenta de que le temblaban las manos se apartó el cabello de la cara. —

Desabróchame el vestido.

—Enseguida, milady —dijo muy nerviosa porque su señora estaba perdiendo todo el color de la cara—. Y en cuanto la vista, le traeré una tisana que ya verá cómo le sienta bien.

Tomó aire acercándose al espejo de nuevo. —Sí, creo que la necesi...

En ese momento se abrió la puerta y Allison Baxter entró en la habitación de nuevo y estaba furiosa. —¡Al menos déjeme explicarme, milady! —Asombrada porque nadie le había hablado así en la vida la miró con los ojos como platos viendo como la señalaba con el dedo. — ¡Mire, puedo entender perfectamente cómo se siente! ¡De verdad que sí y lo sé porque mi hermana tiene unas cicatrices en la cara de una enfermedad que tuvo de niña y tiene cicatrices mucho peores que las tuyas! ¿Y sabe lo que hizo ella? ¡No agachar la mirada cuando iba por la calle! ¡Levantar el rostro y mostrarlo porque esas cicatrices por muy horribles que sean son parte de ella ahora! Tuvo que aguantar muchos comentarios malintencionados, ¿pero sabe lo único que demuestran esas personas? ¡Qué son ruines y mezquinas! ¡En mi opinión tiene mucha suerte milady, porque el hombre que se enamore de usted no lo hará por la belleza que puede tener por fuera si no por la persona que es usted y la amará de por vida!

—¡Milady es bella! —gritó Teresa indignada.

—¡Oh, cállese! ¡Todos sabemos cómo es la gente de alcurnia! ¡Solo les interesan las apariencias! ¡Por eso las mujeres más hermosas y con posibles son las primeras en encontrar marido! —dijo con desprecio antes de mirarla a los ojos—. ¡Si le piden matrimonio la primera semana serán hombres empobrecidos que necesiten su fortuna que ni siquiera habrán hablado con ella apenas dos palabras! A esos se les reconoce enseguida, pero un hombre de verdad se enamorará de su interior. Querrá conocerla y antes será su amigo o al menos lo intentará. —La miró a los ojos. —Ese es el hombre que necesita, milady. No se deje engañar por mentirosos de tres al cuarto que alabarán su belleza únicamente por el dinero que puede proporcionarle con su dote, que todo el mundo sabe que es abultada.



Se le cortó el aliento por sus palabras y sujetando sus faldas dio un paso hacia ella. —¿Su hermana se ha casado?

Allison sonrió. —Se ha casado y tiene tres niños preciosos, milady. Su hombre la ama de verdad por cómo es por dentro y no por fuera. Y le aseguro milady que para él es la mujer más bella del mundo. Eso es el verdadero amor.

A Teresa se le llenaron los ojos de lágrimas. —Su padre se lo dice siempre, milady.

Agachó la mirada. —Sí, pero él me quiere por encima de todo.

—Pues hágale caso, milady. Porque tiene más razón que un santo. —La miró de arriba abajo y puso los brazos en jarras. —¿Sigo despedida?

Suspiró antes de mirarse al espejo y se pasó los dedos por la mejilla recorriéndola desde cerca de la boca hasta debajo de su ojo. Afortunadamente su doctor había sabido curarla y los años habían atenuado la cicatriz al crecer, pero siempre estaría con ella y era realmente visible. Pero su nueva dama de compañía tenía razón como su padre. Levantó la barbilla haciendo sonreír a Allison. —Eso es, milady... Nunca agache la cabeza. Debe estar orgullosa de cómo es. Tanto por dentro como por fuera.

## Capítulo 2

Escuchaba las voces de Paul ordenando a los sirvientes cómo debía ir cada cosa como si estuvieran en el ejército y muy nerviosa miró al espejo a Allison que la estaba peinando para su gran noche. Su nueva dama de compañía había resultado ser una joya que no dudó en ayudarla al saber que no tenía doncella principal y que no había nadie adecuado que peinara como se debía. Allison cogió una de las horquillas que ella tenía en la mano muy concentrada al recoger sus preciosos rizos en un lateral en la cabeza. Su espalda quedaría al aire y se mordió el labio inferior por lo que diría la gente. —Ah, no. Si frunces el ceño, te van a salir arrugas antes de tiempo — dijo Allison divertida.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Y eso es importante?

—Pues no, la verdad.

Rió por lo bajo dándole otra horquilla. Increíblemente en esa semana se habían hecho grandes amigas y habían hablado mucho. Nunca había tenido compañía de su edad pues eran demasiado jóvenes o muy mayores y había sido todo un descubrimiento porque era como si hablara con su madre en muchos aspectos. Su confianza ya era tal que hasta había permitido que la tuteara. Pero Allison solo lo hacía si estaban a solas.

—¿Por qué no te has casado, Allison?

—La pregunta que me hace todo el mundo. Te creía más original.

Rió divertida. —Pues no lo soy.

—Ya te he contado que mi padre murió cuando era muy joven y tuve que ponerme a trabajar. Conseguí un trabajo de institutriz de una niña monísima y de ahí a un trabajo a otro. —

Chasqueó la lengua. —Esta boca mía a veces me mete en líos.

Se echó a reír porque en esa semana había discutido con ella cuando le daba la gana, pero dejó ese tema a un lado. —Pero eso no explica por qué no te has casado. Eres muy hermosa. —Le guiñó un ojo. —A papá se le van los ojos contigo y eso que nunca le he visto interesado por nadie.

Se sonrojó con fuerza. —¿De verdad?

Se volvió sorprendida. —¡Te agrada!

—¿A mí? —preguntó aparentando sorpresa—. ¡Qué va! No te inventes cosas. ¡Me ha sorprendido que a él no se le vayan los ojos con nadie! —Le tiró del cabello haciendo que volviera a su sitio.

—¡Ay!

—¡No te muevas o no terminaré nunca!

Sonrió maliciosa mirándola por el espejo. —No has contestado a la pregunta.

—No me he casado porque nunca me he enamorado, por eso.

—Ah... ¿Así que no tienes un amor escandaloso ni nada de eso?

Allison abrió la boca asombrada. —¿Amor escandaloso? ¡Por supuesto que no! ¡Soy una mujer decente!

—Pues menudo aburrimento de vida. —Allison cogió otra horquilla y negó con la cabeza como si no le gustara el resultado. —Padre te mira mucho cuando cree que no le vemos.

—¿De veras? —preguntó como si nada, pero a ella no se la daba.

—¿Te agrada?

—No digas tonterías, Elyse. Es un hombre de posición.

—Tú eres hija de un coronel del ejército. Podrías ser su esposa perfectamente.

Abrió los ojos como platos mirándola como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. —  
¿Su esposa?

Sonrió encantada volviéndose de nuevo. —¿Te atrae?

—Bueno, es un hombre muy agradable —farfulló roja como un tomate.

—Y es muy atractivo.

Se sonrojó aún más. —Ya...

—¿Sientes mariposas en el estómago cuando te sonrío? Porque te sonrío mucho. Yo lo he visto.

—Pues...

—Y he visto como busca excusas para tocarte como cuando te aparta la silla en las comidas. Eso es un síntoma de que le agradas. Y conversa mucho contigo. Tenéis mucho de lo que hablar e intereses comunes como la lectura. Eso también es importante. Quiere conocerte como tú dijiste.

—¿De veras crees que...?

—Claro que sí. Nunca he visto que se interesara tanto en una mujer. —Sonrió volviéndose. —No me extrañaría que en cuanto yo me casara, te pidiera matrimonio si no antes. —Cogió más horquillas y de repente escuchó un fuerte golpe tras ella. Asombrada se volvió para ver a Allison tirada en el suelo sin sentido rodeada de la muselina azul de su vestido nuevo. Parpadeó asombrada. —¿Allison? —Como no respondía se levantó a toda prisa para agacharse a su lado y le dio una palmadita en la mejilla. —¡Allison! —Asustada corrió hacia la puerta y la abrió a toda prisa. —¡Padre! ¡Paul! ¡Llamad a un médico!

Estaba agachándose a su lado de nuevo cuando llegó su padre únicamente con los pantalones del traje de noche puestos. —¡Padre, estás sin vestir!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó preocupado agachándose al lado de Allison. Fascinada vio como le acariciaba su pálida mejilla antes de cogerla en brazos y llevarla hasta la cama. Parecía realmente preocupado. Sin poder evitarlo sonrió como una tonta al ver que le daba palmaditas en el rostro—. Hija trae un paño húmedo. ¡Paul! ¡Qué venga el médico! ¡Ya!

—Se ha desmayado, padre. —Se acercó a la palangana de porcelana y mojó su toalla de lino antes de acercarse a ella y ponérsela en la frente. —Se ha impresionado un poco.

—¿Con qué? —preguntó distraído colocándole la toalla de nuevo en la frente como si ella no lo hubiera hecho correctamente.

—Fue al decirle que te agrada. —Su padre la miró sorprendido. —Porque te agrada, ¿no? —preguntó mirándole con picardía—. Es muy hermosa.

—¿Qué dices, hija?

—Además sería una esposa perfecta para ti. Es inteligente y divertida. —Se acercó y susurró —Por eso se desmayó. Parece que le gustas, papá.

Su padre carraspeó enderezando la espalda. —¿Tú crees?

—Le he dicho que seguramente le pedirás matrimonio, padre. Por eso el desmayo.

—¿Que le has dicho qué? —gritó su padre sobresaltándola.

Le miró con inocencia. —¿No te agrada?

—¡No voy a casarme con ella!

—Yo voy a casarme y no quiero dejarte solo, así que sí te vas a casar. —Con asombro vio que su hija iba hasta el tocador y hacía una mueca mirándose el peinado. —¡Padre haz que se despierte que estoy hecha un desastre!

—¡Hija! ¡Deja de decir locuras!

Chasqueó la lengua volviéndose. —No es una locura. En dos horas llegarán los invitados y ni siquiera estoy peinada, padre.

—¡No es sobre eso! No voy a casarme con ella. ¡Deja de meterle esas ideas en la cabeza!

Le miró decepcionada. —¿Por qué? Sé que te agrada... en todos los aspectos. ¿Qué ocurre, padre? —Preocupada al verle tan serio dio un paso hacia él. —A mí no puedes engañarme. Te gusta. —El Marqués apretó los labios. —¿No será por su linaje?

—Eso no tiene nada que ver —respondió muy tenso—. No quería hablarte de esto hasta después de tu presentación porque sé lo nerviosa que estás con este tema...

—Padre, me estás asustando —susurró.

—En París conocí a una mujer y... me he casado con ella.

—¿Qué? —gritó sin poder evitarlo.

Su padre pareció avergonzado. —Fue un error que ya no tiene arreglo, hija. Un error imperdonable.

Sin aliento negó con la cabeza. —¿Cómo un error?

—A la semana de casarnos me di cuenta de que no la amaba como debería. Y ella a mí aún menos. Me fascinó y después vino la dura realidad.

—¿Y dónde está?

—En París. Hemos llegado a un acuerdo. Solo se casó conmigo por mi dinero, hija. Por una buena suma anual vivirá su vida y yo la mía.

Jadeó impresionada llevándose una mano al pecho. —¿Tienes que hacer algo! ¿Y Allison?

Él miró hacia la cama y apretó los labios. —Desgraciadamente eso no tiene solución, porque jamás me concederá el divorcio. —Salió de la habitación gritando —¿Dónde está el maldito médico?

No se lo podía creer y aún sin aliento miró hacia Allison para ver como una lágrima caía por su sien. —No llores. Lo arreglaré.

Allison abrió los ojos mirando el techo. —Como ha dicho no tiene solución, Elyse. Deja las cosas así.

Levantó ambas cejas. —Tú no me conoces bien todavía. Cuando me empeño en algo que se me mete en la cabeza, no paro hasta conseguirlo. —Allison levantó la cabeza para mirarla. — ¡Ahora mueve el trasero que tienes que acabarme el peinado! ¡Y no te quiero ver llorar más! ¡Esto

lo arreglo yo como me llamo Elyse Rainbow!

Su dama de compañía se incorporó apoyándose en sus codos. —¿Cómo?

—¿Cómo? ¡Cómo si tengo que liquidar a esa bruja, pero no le va a fastidiar la vida a mi padre que es lo que más quiero! —Se volvió furiosa para sentarse en el banquito ante el tocador. —Esta zorra no me conoce. ¡Se ha metido con quien no debe!

Allison se sentó en la cama. —Deja de decir disparates.

—Un disparate, eso es lo que ha cometido mi padre. Pero no le juzgues con dureza. No me llevaba con él, que tengo ojo para las lagartas. Llevo espantándoselas toda la vida. Ya decía yo que este viaje a Europa no era buena idea sin mí.

La miró asombrada. —¿Le has espantado mujeres?

—Uff, un montón. —Se cogió un rizo colocandoselo con cuidado detrás de la oreja. —Lleva mucho tiempo solo y claro... Pobrecito, esa zorra se ha aprovechado de él. Cuando le ponga las manos encima... —siseó con ojos de loca.

—¿Crees que se puede hacer algo?

Al escuchar la esperanza en su voz se volvió sonriendo. —Así que te agrada. Eso es estupendo.

—¡Pues yo no me alegro mucho en este momento, la verdad!

—Bueno, ahora no puedo irme con el problema de la presentación y eso. Pero mientras tanto podéis ser amantes. Eso une mucho, ¿no?

Jadeó indignada levantándose de la cama. —¿Estás loca?

—Así os consoláis el uno al otro —dijo como si fuera lenta—. Si superáis esto, superaréis cualquier cosa, ya verás. Si casi os queréis, eso si no lo hacéis ya, claro.

Se puso como un tomate. —¡No voy a ser su amante!

—Pues es eso o nada de momento y yo no puedo irme de Londres ahora. ¡No seas pesada,

si lo estás deseando!

—Menuda mentira. —Frunció el ceño acercándose.

—Sí, claro. —Levantó las horquillas. —¿Me terminas este desastre?

Allison gruñó acercándose y le arrebató las horquillas. Elyse sonrió mirando el espejo. — No te preocupes. En cuanto pille marido, le llevo a París de luna de miel y lo soluciono.

—¿Y si no pillas uno decente este año? Porque como comprobarás enseguida, el mercado matrimonial está muy mal.

—Pero te tengo a ti para que no me den gato por liebre. —Allison entrecerró los ojos asintiendo como si fuera la misión de su vida. —Así que afina el oído.

—Tranquila, yo me entero de todo.

Miró sus ojos en el espejo. —Perfecto, pues vamos a ello.

Elyse conocía a muy pocas personas pues cuando estaba en Londres casi nunca salía de casa, excepto para montar a caballo con un lacayo de confianza. No le gustaba ir de compras, así que no lo hacía nunca y nunca la invitaban a las meriendas o reuniones porque su padre no era dado a ir a esos eventos. Pero todo el mundo fue muy agradable con ella mientras su padre la presentaba a los invitados. Sus únicos conocidos lo eran de su padre y a veces eran invitados a cenar en su casa en un ambiente privado y agradable. Así que le presentaron a muchos, demasiados desconocidos como para recordar los nombres, porque lo más granado de la sociedad acudió a la llamada del Marqués que era muy apreciado.

Miró de reojo a su padre que estaba muy apuesto con su traje negro de noche y su impecable pañuelo blanco. Muy nerviosa a su lado hacía reverencias diciendo que estaba encantada de recibirles en su casa, como le habían enseñado, mientras un amigo tras otro pasaba ante ellos disimulando no ver la cicatriz de su cara. Alguno pareció sorprendido durante un



segundo, pero lo disimuló enseguida sonriendo a su padre. Una mujer mayor con un exagerado recogido, que había conseguido gracias a un postizo en un color castaño más oscuro que su cabello, se acercó apartando a algunos invitados, colándose muy groseramente hasta ponerse ante su padre con una sonrisa de oreja a oreja. —Jonathan, qué guapo estás.

—¡Tía Bonnie! —Su padre se echó a reír y la abrazó. —No te imaginaba en Londres.

Asombrada miró a la mujer. ¿Esa era la tía Bonnie? Por lo que le contaba su padre, se la imaginaba más joven. Era la aventurera de la familia y hacía siempre lo que le venía en gana porque su marido le había dejado mucho dinero al fallecer. Aunque por lo que le contaba su padre había hecho siempre lo que le había dado la gana. El pobre hombre nunca pudo con ella.

—Lo sé. Me imaginaba que no sabías que estaba en Londres porque no me llegó la invitación. Culpa mía por no avisarte, pero tenía mil cosas pendientes.

—Mi casa siempre tendrá las puertas abiertas para ti —dijo contento cogiendo a su hija por la cintura.

La anciana la miró aparentando sorpresa. —Dios mío. ¡Esta no puede ser la pequeña Elyse! Si es una mujer.

Su padre rió muy contento. —Pues es ella. ¿A que está preciosa?

La tía de su padre la miró fijamente fingiendo una sonrisa y Elyse se tensó aunque intentó disimularlo. —Preciosa como su madre. —Sus ojos fueron a parar a la cicatriz y Elyse sin darse cuenta llevó sus rizos hasta allí intentando cubrirla, aunque era imposible. La mujer apretó los labios. —Espero que tengamos tiempo para hablar, niña. Deseo que nos conozcamos como es debido. Hablaremos del pasado.

Forzó una sonrisa intentando demostrarse desenvuelta como quería su padre, pero sabía que ni en mil siglos se acercaría a esa mujer. Su manera de mirarla no le gustaba y lo que menos deseaba era hablar del pasado. —Lo estoy deseando, tía. ¿Puedo llamarla tía?

—Por supuesto. —Le acarició la barbilla estremeciéndola por su mirada. —Te aseguro

que me han llamado cosas peores. Es encantadora, Jonathan.

Su padre hinchó el pecho orgulloso. —Lo sé.

—Oh, papá... —protestó sonrojándose.

Bonnie inclinó la cabeza mirando su cicatriz fijamente antes de alejarse hacia el salón de baile. Nerviosa miró a su padre. —Parece agradable.

Le guiñó un ojo antes de extender la mano. —Lord Somerset, es un placer recibirle en mi casa. ¿Conoce a mi hija?

Mientras respondía a su saludo, miró a su derecha disimuladamente para ver como Allison tras ella sonreía sin quitarle la vista de encima a los invitados que se aproximaban. Cuando el amigo de su padre pasó de largo Allison se acercó a ella y susurró —Vuelve a bajar la barbilla para ocultar tu rostro y te pego una patada en el trasero. Entonces sí que tendrán algo de lo que hablar.

Lejos de enfadarse con ella reprimió la risa sin poder evitarlo porque ahora que la conocía era imposible disgustarse con ella. Su padre sonreía sin ningún disimulo y amplió su sonrisa al ver cómo le hacía caso a su dama de compañía. —Eso es, hija. Demuestra como son los Rainbow.

Afortunadamente su padre después de una hora más, dijo que ya estaba bien y llevándola del brazo orgulloso la acompañó hasta el baile que ya estaba en su pleno apogeo. Era impresionante ver todos los colores de las voluminosas faldas que lucían las damas girando en la pista de baile al ritmo de la música, y se quedó allí de pie obnubilada disfrutando de un espectáculo que no había visto jamás.

—Espero que lo disfrutes muchísimo, hija. Tu madre siempre decía que fue un momento inolvidable.

Emocionada miró sus ojos negros. —Y lo es, padre. Te aseguro que esto no lo olvidaré nunca.

—¿Preparada para tus pretendientes?

—¿Qué?

Siguió la mirada de su padre al final de la escalera y su corazón casi se detuvo al ver al menos a veinte hombres esperando. —¿Qué hacen ahí, padre? —preguntó asustada.

—Quieren conocerte.

—¿A mí? —Era obvio su asombro y escuchó un carraspeo tras ella.

Miró hacia atrás para ver a Allison justo detrás que sonrió dándole confianza. —No voy a separarme de ti y tu padre está aquí. No hay que temer.

—La señorita Baxter no puede haber estado más acertada, cielo. Tú disfruta. Quiero que te diviertas como ninguna debutante lo haya hecho jamás. —Le dio palmaditas en la mano para tranquilizarla y empezó a descender los diez escalones en los que ella había jugado innumerables veces soñando precisamente con ese día. Y había llegado el momento. Intentó sonreír ignorando los pensamientos de que ocultara su cicatriz y su padre se detuvo al llegar abajo. —Caballeros...

Un joven dio un paso adelante e hizo una reverencia. —¿Consideraría un atrevimiento si le solicito permiso para bailar con su hija?

—Lo siento amigo, pero este baile es mío. —Elyse sonrió radiante a su padre que susurró —Llevo esperando este momento dieciocho años.

Los invitados fueron apartándose a su paso y llegaron a la pista de baile. Allison desde el exterior les observó emocionada mientras los que bailaban se iban deteniendo a su paso y se apartaban dejándoles espacio. Cuando el Marqués llegó al centro de la pista la música se detuvo y sonrió a su hija. —No estés nerviosa —susurró—. Recuerdas las lecciones que te he dado durante estos años y todo irá bien. —La cogió de la mano sujetándola con la otra en la cintura y añadió en voz baja —Y tranquila, si me pisas no moveré un gesto.

Elyse se echó a reír sin poder evitarlo porque era mucho mejor bailarina que él y los invitados sonrieron mientras se iniciaba la música. El precioso vestido giró mostrando destellos

con las luces de las velas. Varias matronas asintieron dándole el visto bueno, pero Elyse no se dio cuenta de nada de eso. Nada de lo que le rodeaba importaba mientras miraba a su padre a los ojos emocionándose. —Gracias, padre.

—¿Por qué, cielo?

—Porque siempre soy lo primero para ti. No hay nadie en esta vida que me ame más que tú y nunca te lo he agradecido.

Su padre la miró con ternura. —No, hija. Me lo has agradecido millones de veces con tu sonrisa y con tu amor. Gracias a ti por ser la mejor hija que se pueda tener. Cada momento que he pasado contigo ha sido inolvidable. Tú has llenado mi vida, pero es hora de que vuelas sola. Es el momento de que empieces realmente tu vida y que tengas tu propia familia. Y yo lo viviré orgulloso.

—Tengo miedo —susurró sinceramente.

—Lo sé. Pero no debes temer porque te acompañaré a cada paso como cuando empezaste a caminar y no soltaré tu mano hasta que te aferres a la mano de tu marido. Me aseguraré de que eres totalmente feliz a su lado. Eso no lo dudes jamás.

Elyse asintió sintiéndose más tranquila y su padre la giró haciéndola reír. En ese momento se unieron sus invitados y fascinada vio como giraban a su alrededor como un reloj bien sincronizado. Ahí fue realmente consciente de que ya no la consideraban una niña. Ahora era una doncella a la caza del mejor partido y la mirada maliciosa de una de las mujeres que pasaron a su lado le dijo que debía tener cuidado. Por mucho que su padre quisiera protegerla, tendría que enfrentarse a ellos. Era momento de dejar de esconderse como había hecho desde que tenía uso de razón y empezar su nueva vida.

## Capítulo 3

La sorprendió bastante que después de que su padre la sacara de la pista de baile sus pretendientes se habían multiplicado por tres. Aunque algunos ya se los habían presentado en el pasamanos, había hombres que no había visto nunca y se abrumó con su impaciencia deseando que su padre les cediera su mano para su primer baile, aunque su padre no parecía sorprendido en absoluto. El hombre que se había adelantado antes le guiñó uno de sus ojos azules con descaro y ella jadeó sonrojándose, haciéndole sonreír más ampliamente mientras Allison reprimía una sonrisa.

—Caballeros, paciencia. Mi hija estará encantada de conocerles a todos. Lord Cassidi...

El descarado se adelantó. —Me hace un honor, Marqués. —Dobló su brazo. —Milady... estoy realmente impaciente.

Ni escuchó protestar a los demás sin poder dejar de mirar sus ojos azules. —Será un placer.

Cogió su brazo entrando de nuevo en la pista de baile y su padre la observó alejarse. —Se ha equivocado, Marqués —dijo Allison a su lado en voz muy baja.

—Lo he hecho a propósito. Quiero ver cómo se desenvuelve con un gañán como Cassidi. Se cree que puede engañarme.

Allison le miró con admiración. —Me ha impresionado, Marqués.

Él no pudo evitar mirarla a los ojos y apretó los labios. Allison desvió la mirada hacia la pista de baile. —Lo sabes, ¿verdad?

Decidió no hacerse la tonta sin dejar de observar a Elyse como era su obligación. —Un

error puede cometerlo cualquiera.

—Hay errores imperdonables —respondió molesto tensándose—. Si te hubiera...

—No lo diga, Marqués. Ambos sabemos que esas palabras no servirían de nada.

Jonathan apretó los puños sin darse cuenta y forzó una sonrisa viendo como su hija le miraba desde la pista sonriendo encantada. —Parece que le agrada.

—Ya está descartado. Lo veo en sus ojos.

Él la observó atentamente. —Es increíble como habéis congeniado. Parece que os conocéis desde hace años.

—Es una muchacha increíble y será una mujer maravillosa. —Le miró de reojo. —Y eso es cosa suya, Marqués.

—Te aseguro que no ha sido fácil criarla solo. Sobre todo después de...

Le miró de reojo. —Nadie ha querido decirme lo que le ocurrió. Parece que es un tema vetado en la casa. Nadie se atreve a hablar de eso.

—Es por las cicatrices. Hace unos años se alteraba mucho cada vez que alguien las mencionaba. Una vez echó a una doncella de la finca por sugerir que debía echarles una crema.

Allison asintió porque había visto una de esas reacciones. —Entiendo.

—Era una niña y no entendía por qué era distinta a las demás. Su carácter cambió y se volvió retraída con todo el que no conocía porque la miraban con pena. He intentado cambiarlo, pero...

—Al ver que sufría decidió dejarlo estar.

La miró sorprendido. —Sí. La he protegido demasiado.

Se volvió hacia él y le miró a los ojos. —Ha desviado la pregunta, Marqués. ¿Qué ocurrió? —Vio el dolor en sus ojos antes de que apartara la vista y Allison se arrepintió de habérselo preguntado porque era evidente que era un tema que le dolía. —Si no quiere

decírmelo...

—No, pasas el tiempo a su lado y debes saberlo. Además, no es ningún secreto. Mi esposa iba a la finca con la niña cuando la asaltaron por el camino. Yo me había quedado en Londres para asistir a una sesión del parlamento. —A Allison se le cortó el aliento por el dolor de sus palabras. —Mi hija no ha podido contarnos mucho pues tenía seis años cuando ocurrió. Supongo que fue del shock. El pastor que la encontró, me contó que la niña estaba boca abajo al lado del carruaje en llamas con la cabeza llena de sangre y que consiguió apartarla cuando su vestido estaba prendiéndose por un madero que se había desprendido de la estructura quemándole la espalda. Tenía esa herida en la cara y numerosos golpes por todo el cuerpo. Hasta le habían arrancado un mechón de cabello. —La miró a los ojos. —Mi esposa estaba dentro del carruaje ya sin vida y tanto el cochero como el lacayo también estaban muertos en el camino. El alguacil les atrapó con las joyas de mi mujer y parte de su equipaje cuando intentaban venderlo. Confesaron su crimen y condenaron a muerte a esos malnacidos.

—Dios mío... —Impresionada se llevó la mano al vientre. —¿Ella lo recuerda ahora?

Jonathan asintió desviando la mirada. —Creo que lo recuerda porque según me han comentado las niñeras tiene pesadillas, pero nunca quiere hablar conmigo de eso. En realidad, que yo sepa nunca ha hablado con nadie de ese tema.

—Pobrecita.

—Sí. Y es algo con lo que tendrá que vivir el resto de su vida. Por eso he intentado allanarle el camino todo lo posible, porque la maldita cicatriz le recuerda ese momento todos los días. Y lo hará el resto de su vida. —Sonrió con pena. —Aunque a veces no se da cuenta y vuelve a ser la de antes. Alocada e impulsiva con un corazón de oro.

—Pero es un recuerdo que siempre regresa al mirarse al espejo.

La miró fijamente. —Quiero que mi hija vuelva. Y necesita a un hombre con el que pueda mostrarse tal y como es. Me da igual si es pobre como una rata, pero quiero un hombre que la haga

feliz.

Allison asintió con la cabeza. —Tranquilo, Marqués. Encontraré a ese hombre entre toda la paja.

—Sé que lo intentarás.

Ambos giraron la mirada hacia ella que ya estaba de regreso. Elyse sonrió encantada al verlos hablar y ambos sonrieron. —¿Qué tal baila Lord Cassidi, hija?

—Muy bien. Ha sido muy agradable.

—Un honor que me hace, milady. —Hizo una inclinación besando su mano mirándola a los ojos. —Espero repetir la experiencia, mi bella dama.

Ese cumplido hizo perder a Elyse la sonrisa, pero aún así contestó —Por supuesto, cuando guste.

Lord Cassidi disimuló su confusión al verla algo incómoda e inclinó la cabeza hacia el Marqués antes de alejarse.

—Mentiroso pretencioso —siseó Elyse con disimulo antes de sonreír a su padre con falsedad—. ¿Todos van a ser así?

—No, cielo.

—¿En qué te ha mentido? Lo de pretencioso no hace falta que lo expliques, se ve a la legua —dijo Allison divertida.

—¿No es obvio? El hombre que me diga que soy bella al minuto de conocerme miente como un bellaco. Todavía no le ha dado tiempo a conocer esa belleza que decís que tengo por dentro para que me vea bella por fuera. —Un pretendiente se acercó mientras ellos se habían quedado de piedra. —Oh, aquí viene otro. Padre preséntamelo.

Sin salir de su estupor hizo las presentaciones mecánicamente y cuando su hija se alejó se quedaron allí de pie sin saber que decir —¡Joder!



—¡Jonathan! —exclamó asombrada sin darse cuenta de que le tuteaba.

—¿La has oído? —preguntó molesto—. Se cree fea.

—Lo sé. —Se acercó más a él y susurró —Asienta tus ánimos. Nos miran. Dios mío, esto es culpa mía. —La miró sorprendido. —Le he dicho que lo que importa es la belleza interior...

—Yo también se lo he dicho, Allison. Millones de veces, pero no era porque... Dios, esto es un desastre. Soy un padre horrible.

—No digas eso. Lo has hecho muy bien. Tienes una hija maravillosa. —Se sonrojó con fuerza y él entrecerró los ojos. —Es que yo...

—¿Qué ocurre?

—Le he dicho una mentirijilla. —Hizo una mueca arrepentida.

—Allison...

El tono de advertencia la hizo gemir. —Fue sin maldad, te lo juro. Solo quería que se sintiera mejor.

—Estoy impaciente por oírlo.

—No tengo hermanas.

—¿Y eso es importante?

—Pues sí, porque le he dicho que tenía una que mostraba unas cicatrices horribles en el rostro que se ha casado y tiene tres hijos. —Él no salía de su asombro. —¿Se lo dije para que no le diera importancia a la suya! ¡Y para que no me despidiera porque hay que ver lo sensible que está con ese tema!

—¡Estás despedida!

—Ja. —Se cruzó de brazos. —Ahora dile tú la verdad para hundirla si tienes narices para ello.

—¡Allison!

—¡Fue por su bien!

—¡Cree que es fea y mi hija no tiene nada de fea!

—¡Bueno, no me eches a mí toda la culpa porque algo habrás hecho tú!

Él pareció pensarlo. —Tienes razón.

—Gracias.

Ambos miraron de nuevo a Elyse que era obvio que se aburría con su segunda pareja. — Otro que le ha dicho que es bella. —Allison bufó a su lado. —A ese ya no le hace ni caso.

—Quieren cortejarla y le dicen cosas bonitas. Yo también lo hice cuando me llegó el turno.

—¿Crees que quiero saber cómo cortejaste a tu esposa?

Se sonrojó con fuerza. —No, claro que no.

—Pues céntrate, que tenemos un problema entre manos.

—Todos sus pretendientes le dirán cosas bonitas. Es lo que se espera de ellos.

—Pues estamos en un lío y bien gordo porque para ella esos hombres solo querrán su mano por una cosa. Su dinero.

—¿Y de dónde ha sacado esa absurda idea? —Allison se sonrojó con fuerza. —¡No me lo puedo creer!

—¡Le dije que no hiciera caso a los que le propusieran matrimonio enseguida sin conocerla! ¡Y tengo razón! ¡Si no la conocen no pueden amarla de veras!

—¡Yo me enamoré de ti en cuanto te vi!

A Allison se le cortó el aliento mirando sus ojos negros y Jonathan al darse cuenta de lo que había dicho carraspeó incómodo desviando la mirada. —¿Qué has dicho?

—Volviendo al tema...

Sintiendo que su corazón le salía del pecho dio un paso hacia él. —¿Me amas?

—Ya te decía yo que erais la pareja perfecta —dijo Elyse tras ellos sobresaltándoles. Sonrió radiante—. Os doy mi bendición. —Vio de reajo que llegaban dos pretendientes casi dándose codazos para acercarse lo más rápido posible a ella y Elyse suspiró. —Otros que no me valen. Demasiado impacientes. Voy a tener que retrasar el viaje a París más de lo que pensaba porque tenías razón, amiga. El mercado matrimonial está muy complicado. —Sonrió con ironía a los recién llegados. —Padre... ¿No nos presentas?

Elyse ya estaba harta de bailar. Llevaba haciéndolo horas y tenía los pies destrozados por los golpes que recibía con los zapatos de los caballeros a través de sus finas zapatillas de seda. Eso por no decir que había recibido un par de pisotones. Forzó una sonrisa hacia su pareja y se volvió cogiéndole del brazo cuando sintió un pisotón de los buenos que la hizo gemir de dolor. — Oh disculpe, lady Rainbow —dijo con pitorreo la voz de una muchacha. Sorprendida levantó la vista para ver a otra debutante que era realmente preciosa pues tenía un cabello negro maravilloso lleno de tirabuzones. Además, sus ojos castaños estaban algo rasgados lo que la hacían muy exótica—. ¿Le he hecho daño?

Era tan evidente que le daba igual que Elyse no salía de su asombro. —No, no se preocupe.

—Pues es una pena. —Se volvió dándole la espalda y soltando una risita antes de comentarle a su compañero. —Puede tener mucho dinero, pero esa horrible cosa que tiene en la cara... Y esa espalda repulsiva. —Elyse sintió que le daba un vuelco el estómago palideciendo en el acto. —Quien se atreva a tocarla, tiene que estar muy desesperado. Me da un asco...

Paralizada vio cómo se acercaba a un grupo de muchachas mientras su compañero le susurraba algo al oído que le hizo reír a carcajadas. La morena dijo algo que las hizo reír a todas y la miraron sin ningún disimulo. —Milady... —dijo su compañero incómodo—. No les haga

caso.

Sorprendida porque se había olvidado de él miró a su compañero que le había dicho hasta la saciedad esa noche que era hermosa y apretó las mandíbulas furiosa antes de sisear humillada —Desaparezca de mi vista.

El caballero se enderezó en toda su estatura antes de levantar una ceja por su desprecio. —Quizás tengan razón, milady —dijo con ganas de hacer daño cortándole el aliento—. No ha sido agradable de tocar y yo no estoy tan desesperado.

Fue como si una puñalada le atravesara el corazón y sin poder reaccionar le vio alejarse dejándola en medio de la pista de baile. Se llevó la mano al vientre intentando encajar el golpe, pero sintió que las lágrimas cuajaban sus ojos y sin ver salió a toda prisa del salón de baile chocándose con varios invitados en su prisa por huir para que nadie la viera en ese estado.

Ni se dio cuenta de donde había entrado hasta que cerró la puerta tras ella y vio el fuego de la chimenea del despacho de su padre, que era lo único que iluminaba la estancia. Queriendo esconderse corrió hasta allí y se dejó caer en el suelo ante el sillón de su padre. Se echó a llorar cubriéndose el rostro y cuando sus dedos rozaron la cicatriz no pudo evitarlo llorando más fuerte. Nunca encontraría marido. Al menos un marido que no sintiera repulsión al tocarla. Se quedaría soltera toda la vida. Se le cortó el aliento y apartó las manos. Eso no podía ser. Tenía que ir a París y solo podría hacerlo si estaba casada. Sorbiendo por la nariz se mordió el labio inferior. Puede que ella nunca fuera feliz, pero tenía que conseguir que su padre y Allison lo fueran porque merecían estar juntos. Eran perfectos el uno para el otro. Gimió pasándose la mano por la mejilla. Pero no quería casarse con cualquiera. Sería su marido el resto de su vida. Debía esforzarse en encontrar un hombre que mereciera la pena. Tenía que haberlo por ahí. Tenía que...

—¿Ya se ha terminado el drama?

Sorprendida se tensó sin moverse girando los ojos hacia su izquierda para ver a un hombre sentado tras el escritorio de su padre con una copa de coñac en la mano. Estaba en la penumbra y

solo veía claramente sus zapatos que brillaban demostrando que era un caballero. Le escuchó beber. —Menos mal porque como para dramas estoy yo.

—Lo siento —susurró agachando la mirada avergonzada.

—¿Lo siente? Ya puede sentirlo. —Le escuchó beber de nuevo. —Solo busco emborracharme hasta perder el sentido y llega usted para interrumpirme. Muy desconsiderado.

Parpadeó asombrada mirando el fuego antes de mirarle de nuevo de reojo. Pudo ver los gemelos que llevaba su camisa. Eran dorados, pero lo que le llamó la atención fue la mano que sujetaba esa copa. Sus dedos eran largos y sus uñas muy cuidadas. Pero eran unas manos increíblemente masculinas. Sintió algo en el estómago que la hizo enderezar el cuello sin darse cuenta.

—¿Y cuál es el drama? ¿Su pretendiente favorito se ha comprometido con otra? —preguntó con aburrimiento.

—No —susurró siendo más consciente de su voz sin darse cuenta de que se le erizaba la piel. Era algo ronca y grave. Estaba claro que era un hombre no un joven, lo que provocó que lo que estaba sintiendo en su estómago se multiplicara.

—Ya lo sé. La han comprometido con un canalla. —Le escuchó beber de nuevo. —Eso pasa mucho.

—No, mi padre nunca me haría eso. —Se miró las manos sobre su regazo. —Él me quiere.

—Pues tiene suerte. Y los que la rodean también.

Sin comprender lo que quería decir le miró de reojo. —¿Suerte?

—Déjelo. Es una historia muy larga. No nos desviemos. ¿Por qué lloraba?

Levantó la barbilla orgullosa. —No es asunto suyo, milord.

—Puede que no, pero ya que me ha interrumpido debería tener la consideración de decirme la razón de tanto lloriqueo.

Jadeó indignada. —Yo no lloriqueo.

—Tiene razón, ha sido una llantina en toda regla. —Chasqueó la lengua. —Parecía que se le había muerto el perro. ¿Es eso?

—Pues no... No tengo perro. Bueno, en la finca sí, pero no en casa. Son de campo.

—No hace falta que me cuente toda su vida —dijo de manera desagradable dejándola atónita—. Solo la razón de su llanto.

—¿Y a usted qué le importa? —preguntó molesta.

—¿Empezamos de nuevo? Me debe una reparación.

Elyse sonrió sin poder evitarlo. Era gracioso. —Así que le debo una reparación. Creo que se está reparando bastante con ese coñac, que por cierto es de la reserva de Rainbow.

—Bah, puede permitirse pedir más de contrabando. Es un viejo con grandes arcas.

A Elyse se le cortó el aliento porque era obvio que no la había reconocido, así que no se lo habían presentado esa noche. No sabía que era hija del marqués ni que tenía fortuna. Para él era una desconocida. Su corazón dio un vuelco porque ese hombre no supiera quien era. Puede que fuera el único momento de su vida en que tuviera una reacción totalmente espontánea sobre la cicatriz de su rostro, porque ese hombre era un igual que le importaba un pimiento lo que pensara y eso era obvio por sus contestaciones.

—¿Cómo sabe que es de reserva, milady?

—¿No quería saber la razón de mi llanto?

—Esta conversación se está volviendo interesante. ¿Me la va a decir al fin?

Sintiendo que su corazón se aceleraba continuó —Se dice por la fiesta que soy repulsiva. —Al ver que no contestaba le miró de reojo nerviosa. —¿Cree que lo soy?

—Menuda estupidez —dijo con desprecio—. ¿Lloraba por eso? Alguna envidiosa que quiere hacerle daño porque destaca en el baile. Es obvio que es muy bonita. —Elyse sintió que su

corazón salía en el pecho y sin darse cuenta giró la cabeza mirando hacia él y provocando que la luz de las llamas iluminara su cicatriz. —Entiendo. —Él bebió de nuevo. —¿Qué le ocurrió?

Esa pregunta fue como un jarro de agua fría demostrando que su cicatriz era tan horrible que decidía cambiar de tema. Agachó la mirada y dijo atropelladamente queriendo huir de allí — Tengo que irme.

—No es repulsiva. —Elyse que se estaba levantando se detuvo en seco mirándole. —Le aseguro que no, si es lo que quiere saber. —Le escuchó beber de nuevo. —Le aseguro que hay cosas mucho más repulsivas en este maldito mundo. He conocido a mujeres muy hermosas... mucho y me he acostado con unas cuantas. —Elyse se sonrojó por su manera de hablar demostrando que había bebido demasiado y él rió por lo bajo. —¿La avergüenzo? Bienvenida a la alta sociedad, florecilla. Esas mujeres, casadas casi todas, no dudan en mostrar su verdadera cara cuando sus maridos no están delante. —Rió de nuevo. —¿Pero sabe? Al menos son sinceras. Tienen razón cuando dicen que el marido es el último en enterarse y no me refiero solo a los cuernos. Esa belleza nos vuelve estúpidos, nos manejan a su antojo y luego se ríen con sus amantes de lo estúpidos que hemos sido al casarnos con ellas. —Elyse no pudo evitar mostrar su decepción porque estaba casado. —Ahora está pensando que tengo esposa. Pues no. —Rió por lo bajo antes de beber de nuevo mientras Elyse casi chillaba de la alegría disimulando lo mejor que podía. —Las mujeres... Son un verdadero quebradero de cabeza. —Se quedó en silencio unos segundos y Elyse se sintió observada. —Eso que tiene en el rostro no será importante para el hombre que la ame, milady. Si eso es lo que le preocupa, deje de darle vueltas y disfrute de la vida. Al menos usted puede.

A Elyse se le cortó el aliento al escuchar las palabras que su padre había repetido hasta la saciedad y no dudó ni por un momento en que era totalmente sincero en lo que decía. No podía ser. Le había encontrado. Sin darse cuenta se sentó de nuevo mirando hacia él sin ser capaz de hablar porque no quería romper ese momento. —¿No se va? A mí tampoco me gustan esas fiestas.

—¿Por qué? ¿No se divierte?

—Antes era divertido. —Le escuchó suspirar. —Antes era todo más divertido.

—¿Antes de ella? —preguntó sin poder evitarlo.

—Sí.

Apretó los labios. —Lo siento.

—¿Y por qué habría de sentirlo?

—No sé. No me gusta que alguien lo pase mal, supongo. —Como él no decía nada temió que se hubiera enfadado. —¿Aún la ama? —Juró interiormente por su boca.

—Aún no me puedo creer lo que ha ocurrido —respondió sumido en sus pensamientos—. ¿Si la amaba? Han pasado dos años y todavía pienso en ella a diario. Sí, supongo que la amaba.

—¿Qué ocurrió? ¿Falleció?

—No. Aunque le aseguro que deseo su muerte todos los días de mi vida.

A Elyse se le cortó el aliento escuchando el rencor en su voz. —¿Tan horrible fue lo que hizo?

—¿Horrible? No lo sé. A veces pienso que yo hubiera hecho lo mismo. Otras veces la mataría con mis propias manos.

—¿Se casó con otro?

Se echó a reír y Elyse sonrió sin poder evitarlo. Tenía una risa embriagadora. —Ojalá. Es una auténtica pena que no hubiera elegido a otro para casarse. —Se quedó en silencio de nuevo. —Es irónico. No hablo de esto con nadie. Supongo que ha sido su llantina que me ha ablandado.

—¿Y eso es malo?

—Es incómodo. Vuelva al baile, florecilla. Bastante tiene con lo suyo como para hurgar en mi vida.

Sonrió irónica. —Es usted quien ha hurgado en la mía, milord. Yo solo correspondo.

—Bien dicho. Siempre devuelva el golpe, milady. No se quede con las ganas.



—A veces hay golpes que no merecen la pena.

—Quizás tiene razón. Pero no me diga que no quiere darle su merecido a quien esta noche le ha hecho daño. —Ella sonrió más ampliamente. —Lo sabía —dijo triunfante.

—¿Es eso lo que le falta? ¿Vengarse?

—No me han dado la oportunidad.

—¿No la ha visto de nuevo?

—No.

—¿Y qué le diría si la viera ahora?

Se quedó en silencio de nuevo y vio como movía el poco coñac que le quedaba en la copa. —Que es una zorra manipuladora. —El odio en su voz le erizó la piel. —Eso es lo que le diría y después retorcería su precioso cuello. —Elyse no sabía qué decir y él se echó a reír. —¿La he escandalizado, milady?

—No. Ha sido sincero.

—Porque me pilla en un buen día.

—¿Y en un mal día?

—En un mal día daría todo lo que tengo por poder llevármela de este maldito país y no volver jamás.

A Elyse se le detuvo el corazón. Todavía la amaba y con locura. Ese amor que podía ser destructivo, pero que movía montañas. El amor que ella quería para sí. —¿Y por qué no se la lleva? —preguntó casi sin voz perdiendo las esperanzas.

Le escuchó respirar hondo. —No puedo hacer nada. Ese tema está cerrado.

—¿Por orgullo?

—Porque ya cometí una locura una vez y no pienso cometer más.

—Aunque sufra.

—Ya se me pasará.

—Lo siento.

—Se está perdiendo el baile, florecilla. Y es en su honor.

Le miró sorprendida. —¿Sabe quién soy?

—Entre el coñac y la cicatriz he atado cabos.

—Nadie la menciona nunca.

—Pues es una tontería porque está ahí y no se va a ir.

—Quizás es culpa mía.

—Seguro que sí. Con lo sensible que se pone con el tema —dijo irónico.

Elyse apretó los labios agachando la mirada y miles de pensamientos que había tenido durante su vida acudieron a su memoria, así que no pudo evitar decir sin darse cuenta —Mi madre era muy bella.

—¿Y se esperaba lo mismo de usted? —Le escuchó suspirar y elevó la vista viéndole levantarse. Separó los labios expectante deseando verle el rostro y cuando la luz de la chimenea le iluminó se quedó sin aliento por lo atractivo y varonil que era. Tenía el cabello castaño oscuro y sus ojos parecían del mismo color. No llevaba bigote o barba como marcaba la moda y eso le gustó porque mostraba su rostro. Con fascinación observó esa nariz recta y esos finos labios que ahora la sonreían irónicos. —Necesito otra copa si esta conversación va a continuar.

Atontada porque no se había esperado que fuera un hombre tan atractivo le observó ir hasta el mueble de las bebidas y coger la botella tallada. Al estar casi de espaldas sus ojos se fijaron en su espalda ancha y en lo bien que le quedaba el traje de noche negro. Se notaba que tenía dinero porque estaba hecho por un sastre de primera como los de su padre. Él la miró sobre su hombro y se sonrojó porque la había pillado. —¿Una copa, milady? Ya que asalto las mejores bebidas de su padre lo menos que puedo hacer es ofrecerle algo.

No pudo evitar sonreír. —Gracias, milord. Yo no bebo.

Él dejó la botella y se volvió para mirarla de frente bebiendo un buen sorbo. El corazón de Elyse saltó al ver como la nuez casi oculta por su pañuelo se elevaba al beber. Sin poder evitarlo le miró a los ojos sin darse cuenta de cómo brillaban de excitación. Él hizo una mueca. —Sí que es bella. Ya se lo he dicho. Si quiere más cumplidos debería salir para que le agasajen los oídos la multitud de pretendientes que debe tener.

Jadeó indignada. —¡No necesito que me adulen, milord!

—¿Seguro? Tengo la sensación de que eso es lo que espera al poner en duda una belleza que es evidente para cualquiera. Para cualquiera que tenga ojos, por supuesto.

Elyse se sonrojó porque la consideraba bella. No había creído a ninguno de los que le habían dicho que lo era, pero inexplicablemente a él le creía. Y sintió como un calor se expandía por su pecho sin poder dejar de mirar esos ojos castaños.

—Por supuesto, cree que miento.

—No, es que...

—Opino que piensa demasiado, milady. —Se sonrojó con el reproche y le vio regresar a su sitio, pero en lugar de sentarse apoyó la cadera en el escritorio. —¿Qué importa lo que piensen los demás de usted? —Se echó a reír. —De mí piensan mil cosas y no me afectan en absoluto.

—¿De veras? ¿Y qué piensan? —preguntó con interés.

Pareció pensarlo. —Vamos a ver... que soy un disoluto. —Sonrió como el gato que comió al ratón. —Y eso es cierto.

Elyse sintió que se le iba a salir el corazón del pecho. —¿En serio?

—No hace falta que se asombre tanto, milady. He disfrutado de mis correrías como cualquier soltero de la ciudad.

Se inclinó hacia delante sin poder evitarlo. —¿Con mujeres casadas?

Él miró su escote sin ningún disimulo. —La mayoría de las veces, se lo he dicho.

—¿Y solteras? —preguntó emocionada.

—No me diga que está buscando un amorío, milady. —Él frunció el ceño antes de negar con la cabeza. —No, usted es de otro tipo.

Hizo una mueca. —¿Soy mojigata?

Él se echó a reír. —No, simplemente lo que llaman habitualmente una mujer decente. Usted solo compartirá cama con su marido. —Elyse se puso como un tomate haciéndole reír de nuevo. —¿Ve? Es transparente. Si le fuera infiel a su esposo se enteraría enseguida.

—Depende del marido.

Él se echó a reír de nuevo. —Cierto. Los hay muy ciegos.

—¿Y qué más opinan de usted?

Él perdió algo la sonrisa. —Como ya le he dicho, no importa.

A Elyse se le cortó el aliento porque al ponerse de perfil para sentarse de nuevo en su silla para ocultar su rostro, vio algo familiar en él que le llamó la atención. Dios, no podía ser... Pero todo lo que le había dicho encajaba. Agachó la mirada sintiendo una pena horrible por él porque era obvio que ese suceso le había marcado mucho. De hecho era evidente que le había destrozado por su manera de hablar. Y no le extrañaba.

—Está muy callada. —Chasqueó la lengua como si le molestara.

—Lo siento. —Levantó los párpados para mirarle y forzó una sonrisa decidiendo ser sincera. —Es que me he dado cuenta de quién es.

—Vaya... —Le escuchó beber. —Vamos a celebrarlo.

—Vi un dibujo suyo en el periódico.

—Sí, se comentó mucho esa noticia —dijo con ironía—. Es lo que tiene que tu esposa sea cómplice de asesinato de un par del reino y se case contigo simplemente para huir del país

teniendo una coartada y así intentar salir del paso.

—Lo siento de veras.

—¿Cómo hemos vuelto a hablar de mí? Estábamos hablando de usted.

Sonrió con tristeza. —Esto es un diálogo. Surgen temas.

—Desgraciadamente el tema de mi esposa me aburre sobremanera y deben estar buscándola, milady. Se preguntarán dónde está.

Eso era cierto, pero no quería irse. Se moría por saber mil cosas de él. —Aquí estoy bien.

En ese momento se abrió la puerta y Allison entró en la habitación mirándola con alivio. —Estás aquí.

Se levantó a toda prisa. —Lo siento, pero...

—Empieza a haber rumores. ¿Qué ha pasado? Vamos, date prisa. Tu padre está de los nervios por no encontrarte. Tiene a todo el servicio revisando la casa.

Se sonrojó por importunarlos de esa manera y rodeó la butaca. —Sí, claro. Ya voy. —Se volvió y miró hacia el escritorio donde solo se veían sus piernas. —Gracias por la charla.

—Ha sido un placer, milady.

Ella sonrió antes de volverse hacia Allison que estaba asombrada. —¿Quién es?

—Shuss. —Iba a salir, pero se dio cuenta de que igual no le volvía a ver porque como le había dicho no le gustaban mucho esas fiestas, así que sin pensarlo se volvió. —¿Bailará conmigo, milord?

—¡Elyse!

Escuchó su risa al otro lado del despacho y esperó impaciente su respuesta. —Por supuesto que sí, florecilla. Será un placer.

Sonrió radiante antes de hacer una reverencia saliendo del despacho con Allison detrás que cerró la puerta a toda prisa siguiéndola. —¿Se puede saber qué estabas haciendo? ¿Quién era

ese hombre?

Sonrojada de la excitación sin dejar de caminar a toda prisa la miró a los ojos. —Si tengo suerte será mi marido.

—¿De veras? ¿Habéis congeniado?

—Sí —respondió radiante llegando al salón de baile.

Sujetándose las faldas bajó las escaleras a toda prisa buscando a su padre. —Eso es estupendo. Elyse no corras.

—Tengo que hablar con padre.

—¿Ya? Al menos baila con él, igual con la luz natural no es lo que te esperas.

Se volvió sin soltar las faldas para mirarla de frente. —Es exactamente lo que quiero y lo que espero de mi marido. Es fiel, sincero, tierno y protector. Es buena persona y eso es lo único que me importa.

—Dios mío, ¿quién es ese dechado de virtudes?

—Lord Miles Grafham, Conde de Houghton. —Allison dejó caer la mandíbula del asombro, pero ella levantó la barbilla sentenciando. —Ese será mi marido.

## Capítulo 4

—¡Ni hablar! —gritó su padre en el jardín cinco minutos después de tener que casi sacarle a rastras para hablar con él a solas—. ¿Es que se te ha ido la cabeza, hija?

Preocupada porque nunca le había visto así, se apretó las manos viendo a Allison caminando de un lado a otro como si el desastre del siglo se avecinara. —No puedes hablar en serio, Elyse. ¿Acaso no conoces su reputación? ¡Por Dios, si está casado!

—No, ya no lo está. Leí en el periódico que la Reina había anulado su matrimonio. Y él mismo me lo ha corroborado al decirme que no tenía esposa.

—¡Porque está en prisión! —gritó su padre.

—Jonathan no te sulfures. —Allison se acercó a ella. —¿Te ha dicho algo? ¿Te ha dado esperanzas de alguna manera? ¿Se ha propasado contigo?

—¡Claro que no! —Los dos la miraron aliviados. —Hemos hablado, simplemente.

—Gracias a Dios —dijo su padre tirando del cuello de su camisa como si le estuviera ahogando—. Hemos esquivado la bala.

Allison le miró de reojo asintiendo y Elyse no salía de su asombro. —Lo decís como si fuera un perverso o algo así.

—¡Es un disoluto! —gritó su padre sobresaltándola—. ¡Ni se te ocurra acercarte a él ni a mil millas!

Elyse no se lo podía creer. Nunca le había prohibido nada y que lo hiciera en algo que deseaba tanto era inconcebible. Enderezó la espalda y entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

—¡Lo que has oído! ¡Es un hombre de malísima reputación que lleva su nombre unido a

uno de los escándalos más bochornosos de los últimos años! ¡Ni siquiera le había invitado a la fiesta! ¡Eso te demuestra que hace lo que le da la gana! ¡Durante estos dos últimos años no hay vez en el que haya oído su nombre que no tuviera que ver con un escándalo de faldas! ¿Sabes a cuántos duelos se ha enfrentado?

—¡Me da igual! ¡Le quiero a él!

Su padre la miró con asombro. —¿Me has gritado?

—¡Cómo tú a mí desde que te he dicho mis intenciones!

—Intenciones que vas a cambiar, señorita... ¡Es mi última palabra!

Levantó la barbilla. —¿No me digas?

Se cogió las faldas y se volvió caminando por el jardín como si fuera a la guerra y Allison jadeó mirando a Jonathan con los ojos como platos. —¿Qué va a hacer?

—Nada. Mi hija siempre sigue mis instrucciones.

—¡No digas tonterías! Parece que no la conoces. ¡Puede ser tímida pero cuando se suelta es cabezota como una mula y lo sabes tan bien como yo!

Jonathan vio como Allison corría tras ella. —¡No hagas ninguna locura, Elyse! ¿Qué tal si hablamos tú y yo? ¡Seguro que llegamos a un acuerdo!

Sin escucharla subió los escalones de la terraza a toda prisa y al levantar la vista allí estaba su Conde. Se detuvo sin aliento y le miró a los ojos. —Parece enfadado —dijo divertido señalando con la cabeza a su padre.

Sonrió sin poder evitarlo. ¡Estaba allí! Emocionada se acercó hasta él y dijo —Se le pasará.

—¿Baila conmigo, milady? —preguntó doblando el brazo.

Sintiendo que el corazón se le salía del pecho alargó la mano pasándola bajo su brazo para cogerse a él. En ese momento supo que ese era su lugar, a su lado y le miró con sus preciosos ojos



verdes brillantes de la alegría. —Estaré encantada, milord.

Ni escuchó el jadeó de Allison que desde la escalera les había observado mientras él la llevaba dentro del salón donde la música lo inundaba todo. Fue como entrar en otro baile porque a su lado todo era distinto. Más emocionante, más excitante. Ni se dio cuenta como la gente los miraba con estupor mientras la llevaba al centro de la pista y cogía su mano con delicadeza. Él le guiñó un ojo. —Vamos allá, florecilla.

Sin poder evitarlo le miró a los ojos y Miles inició el baile. Sonrió con picardía. —Vaya, vaya, milady. No lo hace nada mal.

—Mi padre ha practicado mucho conmigo para este día.

—Se nota que la quiere.

—Mucho. Me quiere mucho.

—Entonces no estará muy contento en este momento —dijo con ironía. Miró hacia el exterior de la pista y rió por lo bajo—. No, no está muy contento. Parece que quiere cortarme la cabeza.

Elyse miró hacia allí y vio cómo su padre estaba rojo de furia. Hizo una mueca. —Bueno, es que no le conoce como yo.

—Usted no me conoce, milady. —Ella le miró a los ojos y él entrecerró los suyos. —¿Qué se le está pasando por esa cabecita suya? Ya le he dicho que piensa demasiado y creo que se está equivocando de nuevo.

Se sonrojó con fuerza. ¿Cómo salía de esa? Tampoco podía decirle sus intenciones de sopetón cuando tenía el corazón roto por otra mujer. Mejor hacerse la tonta a ver por donde tiraba el asunto. —¿Quiere ser mi amigo?

Los ojos de Miles expresaron su sorpresa. —¿Perdón?

Rió sin poder evitarlo. —¿Le he sorprendido?

—Mucho. No sabe cuánto. —La giró haciendo que su voluminosa falda volara y ella sonrió. —¿Amigo suyo? Su padre me va a prohibir la entrada en cuanto salga de la pista. No podré acercarme a usted ni a mil millas.

—Sí, es exactamente lo que ha dicho en el jardín. —Miles se echó a reír a carcajadas y ella sintió que quería verle reír el resto de su vida. —Pero le convenceré, ya verá.

Los ojos de Miles brillaron. —¿Por qué le interesa tanto mi amistad?

Decidió ser sincera. —Porque aparte de mi familia es la única persona de Londres con la que me siento a gusto.

Sin dejar de mirarse siguieron bailando. —Tu padre...

Casi chilla de la alegría cuando la tuteó, pero simplemente dijo —Déjame a mi padre a mí. ¿Serás mi amigo?

La música terminó en ese momento y Miles se detuvo muy serio. —Jamás habrá otra cosa, Elyse. Te ofrezco mi amistad de por vida, pero únicamente eso.

El corazón se retorció en su pecho por lo que obviamente era un rechazo. Pero no se iba a dar por vencida. Si solo le ofrecía eso, era muchísimo después de tan poco tiempo juntos. Si tenía suerte ella le haría cambiar de opinión. Sonrió radiante cogiendo su brazo. —Gracias.

Miles sonrió. —¿Sabes, milady? Eres la persona más interesante que he conocido en mucho tiempo.

—Es que soy de pueblo.

Él se echó a reír a carcajadas mientras los invitados veían con asombro lo bien que se llevaba aquel cervatillo con uno de los lobos más peligrosos de la ciudad. Las matronas murmuraban como locas con los ojos enormes por el escándalo que se avecinaba, pero ella lo ignoró todo porque no quería perderse un gesto de Miles, que la acercaba a su padre que echaba humo por las orejas.

—¿Mañana te levantas temprano?

Él divertido levantó una ceja. —No lo creo. Después de salir de aquí, que será en unos dos minutos, me iré al club de un amigo.

—¡Llévame! ¿Es divertido?

—No tanto como tu compañía, pero no. No puedo llevarte. Allí no van damas respetables.

—Rayos.

Miles se echó a reír de nuevo al ver su frustración. —Además tú tienes invitados que atender.

—Qué pesados. ¿No es muy tarde ya? ¿Cuánto más tengo que estar aquí?

Su acompañante se reía a carcajadas para asombro de su padre que atónito miró a Allison. Ésta les miraba fascinada.

—Ponte de mi parte —siseó su padre antes de que llegaran.

Allison asintió. —Lo estoy, lo estoy.

—Pues no se nota.

—Marqués, tiene una hija realmente encantadora.

Jonathan giró la cabeza como un resorte para encontrárselos ante él. Se quedó sin aliento al ver los ojos llenos de felicidad de su hija. Una felicidad que no había visto en mucho tiempo y eso le dejó sin habla. Allison le dio un codazo para espabilarlo y parpadeó asombrado—Oh. ¿Qué?

Miles perdió algo la sonrisa. —Que su hija...

—¡Oh, sí! Lo es. Encantadora e... —Intentó encontrar las palabras. —Inmaculada. Y así quiero que siga siendo.

Se puso como un tomate mientras Miles levantaba una ceja. —¡Padre!

Su acompañante sonrió de medio lado. —Tu padre es un hombre de mundo, Elyse. Y me considera un peligro para tu virtud.

—Exactamente. Así que le agradecería...

—Padre no termines esa frase —siseó furiosa por abochornarla de esa manera—. Miles y yo solo somos amigos.

—Amigos. ¡Ja! Éste te desvirgará a la primera oportunidad.

—¡Jonathan! —Allison estaba escandalizada. —Hay oídos por todas partes.

Miles se echó a reír. —Ahora entiendo de dónde has sacado tu espontaneidad, Elyse. Está bien. —Todos le miraron sin comprender. —Para que tu padre se quede tranquilo, juro por mi vida que jamás te pondré un dedo encima de una manera que tu padre pudiera considerar indecente.

¡No! Gritó ella por dentro viendo sonreír a su padre satisfecho. —Puedo confiar en su palabra.

—Esto no es necesario —dijo intentando impedir aquello.

Su padre alargó la mano y Miles se la estrechó cerrando el trato. —Puede que tenga muchas cosas Conde, pero su palabra es ley.

—Exacto.

—Eso no significa que me guste su compañía. No la considero adecuada para mi hija. Es demasiado inocente.

—No he sido yo el que ha sacado el tema de su virginidad en público, milord.

Gimió abochornada y fulminó a ambos con la mirada. Su padre tuvo la decencia de sonrojarse mientras Miles sonreía divertido. —No tiene gracia.

—Eso mismo le iba a decir a tu padre. Que seguro que no te había hecho ninguna gracia.

—Hija...

—¡No me hables! No puedo creer que me hayas avergonzado de esta manera.

Allison hizo una mueca al ver que se daba la vuelta cogiendo sus faldas y que atravesaba

la pista de baile sin importarle entorpecer a los bailarines. Ambos la miraron. —¡Se ha enfadado!  
—dijo por si no se habían dado cuenta.

—Pues vete a hablar con ella —dijo Jonathan escurriendo el bulto.

Jadeó indignada. —¿Tú la organizas y tengo que arreglarlo yo?

Jonathan dio un paso hacia ella rogándole con la mirada. —Es que no soporto verla llorar.

—Es muy blando con ella, Marqués. —Miles se cruzó de brazos. —Tenía que haberle quitado esas tonterías de la cicatriz hace mucho tiempo. —Ambos le miraron atónitos y él levantó una ceja. —¿Qué?

—¿Ha hablado con usted de eso? —preguntó el Marqués impresionado viéndole asentir—.  
Venga conmigo, Conde. Vamos a tomarnos una copa. Creo que la necesito.

—Una de ese coñac de contrabando que tiene.

Jonathan gruñó haciéndole reír y se alejaron dejándola a ella el problema, que por lo que intuía estaba en la terraza con ganas de quemar la casa.

No, no, ¡no! Gritó por dentro con ganas de matar a alguien. ¡Cómo podía su padre haberla avergonzado así! Pero sobre todo... ¿Cómo podía haber aceptado esa promesa? ¡Lo había estropeado todo!

—Puede que creas que han estropeado tus planes, pero no es así.

Se volvió para ver a Allison tras ella, que apretó los labios al ver sus ojos llenos de lágrimas que ni sabía que estaban allí. —No te disgustes. Tu padre solo quiere lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es él. —Molesta se volvió dándole la espalda. —Quiero estar sola.

—Pues va a ser difícil cuando hay más de cien invitados de un lado a otro. —Se puso a su lado y le acarició la espalda llegando a su cicatriz. Allison sonrió con tristeza porque en cualquier

otro momento hubiera odiado que la tocara, pero estaba tan disgustada que ni se había dado cuenta. —Tiene muy mala fama.

—Eso a mí no me importa.

—Lo sé. Pero tu padre todavía tiene que asumirlo.

Una lágrima cayó por su mejilla. —Lo ha estropeado todo. Quería que me conociera para que se enamorara de mí. Conseguí que quisiera ser mi amigo y ahora...

—Si te ama, hará lo que sea para estar contigo. Además, no ha prometido que no se casará contigo. Solo que no hará nada indecente a los ojos de tu padre. —No soportaba ver la tristeza en su rostro. —¿Qué ocurre?

—Es que yo quería otra cosa.

Allison jadeó llevándose la mano al pecho. —Querías seducirle. —Se puso como un tomate y apartó la mirada. —Ah, no. ¡Ahora mismo vas a decirme que es lo que te proponías!

—Quería que me deseara. Saber lo que es sentirse deseada sin que sea por la obligación de un matrimonio.

Allison separó los labios comprendiendo. —Empezarías con una amistad y una cosa lleva a la otra.

—¡Pero ahora padre lo ha fastidiado todo! ¡Él no es como los otros hombres! Tiene amantes y puede elegir a la que quiera. Pero si me elegía a mí...

—Sabrías que entre todas te había preferido a ti.

Se limpió las lágrimas furiosa. —Es una tontería. Porque por su manera de hablar es evidente que le vale cualquiera que se lo haga pasar bien y sigue enamorado de ella.

—Está dolido. Le utilizó de manera muy desagradable para sacarla del aprieto y su fría declaración en el tribunal...

La miró sorprendida. —¿Estuviste allí?

—La señora Martin quiso ir al juicio. Tuve que acompañarla.

Ansiosa por saber más cogió sus manos. —¿Cómo es?

—No es bueno que pienses en ella. Si yo lo hiciera con tu madre me volvería loca.

—Tú sabes cómo era mi madre. Su rostro sigue retratado por toda la casa. —Se le cortó el aliento al ver el dolor en sus ojos. —Dios, crees que la sigue amando.

—Cada vez que habla de ella, su rostro se transforma, Elyse. No hay que ser muy listo para saber que fue el amor de su vida y puedo vivir con eso.

—¿Pues yo no puedo! ¿Cómo es?

Allison suspiró. —Se parece mucho a ti.

Impresionada dio un paso atrás. —¿Que dices?

—Es rubia y de ojos azules. Su cabello es un poco más oscuro que el tuyo y tiene tu estatura más o menos. Es hermosa. Durante el juicio se mostró fría sabiendo que no la dejarían libre y en su declaración se mostró altanera dando su punto de vista. No se arrepintió de haber colaborado en la muerte de su cuñado en ningún momento. Así como su hermana era un mar de lágrimas, ella no soltó ni una sola.

—¿Miles estaba allí? —preguntó casi sin voz.

—Sí. Fue todos los días y tuvo que declarar. Contó los hechos como ocurrieron porque sus amigos también declararon dando la misma historia. Cómo se conocieron y todo lo que hizo ella para embaucarle y casarse con él.

—¿Le amaba?

—Una de las amigas de ella declaró que estaba segura de que todo no había sido un engaño. Que le amaba a pesar de haberle utilizado. Que la única salida que encontró al saberse descubierta, fue escribir al Conde aceptando su propuesta de matrimonio en Escocia y escaparse cuanto antes. Él por supuesto, enamorado como estaba, no vio nada extraño en ello hasta que les

encontraron. Su esposa intentó escaparse cuando un amigo les encontró y ahí él se dio cuenta de que tenían que regresar a Londres cuanto antes para descubrir qué había ocurrido. Mintió haciéndose la víctima para que él la apoyara. Imagínate su sorpresa al enterarse de que su esposa era cómplice de asesinato. Para él fue devastador. Pude ver su rostro al declarar su amiga y parecía tallado en piedra. Pero me fijé en sus manos y las tenía apretadas con fuerza como si intentara contenerse. Vi como miraba a su esposa durante un segundo y ella avergonzada agachó la mirada. Fue el único momento de debilidad de ella en todo el juicio.

—Se aman. —Su corazón tembló en su pecho.

—Ella nunca volverá a su vida, cielo. No te tortures con eso.

Se volvió llevándose la mano al vientre. —No sé qué me ocurre.

—Estás abrumada. Es la noche de tu presentación, todo es nuevo y has conocido a un hombre que te atrae. No dejes que la imaginación te juegue malas pasadas. Deja que el tiempo transcurra. Igual dentro de unos días te das cuenta de que no tenéis nada en común y esa atracción desaparece.

—No me imagino nada, Allison. Me he enamorado de ese hombre y siento que ya no puedo vivir sin él.

—Pues si lo tienes tan claro, yo estoy a tu lado. Pero prométeme que no te precipitarás. Disfruta de esa amistad que te ofrece y vive un poco. —Elyse la miró de reojo y ella sonrió. —Es la mejor etapa de tu vida y tienes un amigo que te ofrece una amistad que a mí me ha parecido muy sincera. Lo que tenga que ser será. No fuerces las cosas.

Asintió sabiendo que tenía razón. —¿Crees que padre...?

—Tu padre solo quiere verte feliz. Es lo único que le importa. Si llega el momento te apoyará con gusto en la decisión que tomes. Mucho ruido y pocas nueces.

Sonrió sin poder evitarlo y se quedaron en silencio unos minutos escuchando la música en el salón de baile. —Padre la amó mucho.



—Lo sé.

—Pero eso pasó y ahora estás tú. Y sé que te ama. No sé cómo amaba a mi madre porque no lo recuerdo, pero veo cómo te mira y no lo dudo.

Allison sonrió. —Me ha dicho que se ha enamorado de mí.

Chilló de la alegría abrazándola y Allison rió por su emoción. —Vas a ser mi madre.

—No corras tanto, que aún tenemos una piedra en el zapato —dijo apartándose y arreglándole los rizos sobre los hombros. Pero su emoción se reflejaba en sus ojos.

—Eso lo arreglo yo. En cuanto convenza a Miles para que hagamos la luna de miel en París, claro.

Allison vio con asombro como ilusionada entraba en el salón de nuevo dejándola con la palabra en la boca. Todo lo que le había dicho le había entrado por un oído y le había salido por el otro.

Ignorando a sus pretendientes con descaro preguntó a Paul —¿Y mi padre?

—En el despacho, milady. —Ella le miró interrogante. —Con el Conde, milady.

—Gracias, Paul.

—Es un placer.

Iba a irse, pero se detuvo en seco. —¿Te gusta?

—Me es simpático, milady. Pero tiene que gustarle a usted.

—Que no falte el coñac para sus visitas.

—Entendido, milady. Pediré una caja de inmediato.

—Que sean dos.

El mayordomo asintió y su señora sonriendo se alejó subiendo las escaleras del salón de baile. Al parecer tenía las ideas claras. Suspiró satisfecho.

—¿Has visto eso? No hace más que ausentarse de su propio baile —dijo una debutante que pasó ante él con un grupo de jóvenes—. Es una vergüenza.

Paul alargó el pie y le pisó el vestido que se rasgó al avanzar. La mujer se volvió asombrada y el mayordomo levantó el pie con descaro. —¿Pero qué hace?

—Disculpe, milady... Debe ser la tela que es de mala calidad. Solo hay que verla.

La mujer se puso roja como un tomate. —¿Qué sabrá usted?

—Bueno, Lia... La verdad es que ese vestido era de tu hermana —dijo otra maliciosa—. ¿No es cierto? Mi madre me lo ha comentado.

Abochornada negó con la cabeza moviendo sus rizos negros. —Claro que no.

—¿No? Pues mi tía me ha dicho lo mismo —dijo una muchacha pelirroja—. Tiene una mancha de ponche en un volante. —La chica alargó la mano y quitó una flor que tenía prendida. La mancha roja en la tela blanca la dejó en evidencia. —Vaya, vaya. Has mentido. Me pregunto en qué otras muchas cosas nos has mentido también. Igual en que tu padre sigue de viaje cuando todo el mundo sabe que ha huido por las deudas de juego.

A Paul se le cortó el aliento porque no había sido su intención humillarla de esa manera. Roja de la vergüenza corrió escaleras arriba sujetándose el vestido mientras todas se reían. Era evidente que la habían temido, pero en cuanto Paul había abierto la boca se habían tirado sobre ella como buitres. Las fulminó con la mirada y perdieron la risa en el acto saliendo a toda prisa cada una en una dirección.

Elyse se detuvo ante el espejo del hall para mirarse y comprobar su aspecto. Se pasó las manos por debajo de los ojos. No quería que vieran restos de lágrimas. Estaba colocándose los

rizos sobre su hombro cuando vio en el espejo como una joven llorando pasaba tras ella para meterse en la habitación de costura. Frunció el ceño volviéndose para mirar la puerta cerrada. Se mordió el labio inferior porque no sabía qué hacer. ¿Debía entrar como buena anfitriona? Pero Miles se iría enseguida. Paul apareció al final del pasillo y la miraba preocupado. —¿Qué ha ocurrido?

—Habló mal de usted y se me fue la mano.

Separó los labios comprendiendo. Su servicio siempre la protegía. A veces demasiado. Ahí se dio cuenta de que había vivido en una concha casi toda su vida. Sonrió acercándose a la puerta. —Yo me encargo.

—Dígale que lo siento —dijo arrepentido.

—Se lo diré. Vuelve a tus obligaciones y a ver si los echas. Pero disimuladamente.

El mayordomo sonrió. —Haré lo que pueda, milady.

Le guiñó un ojo antes de abrir la puerta. La habitación estaba a oscuras pero la luz de la luna que se filtraba por la ventana mostraba perfectamente a la chica morena que había sido cruel con ella apenas unas horas antes. Era increíble lo que había cambiado su vida en esos minutos. Cerró la puerta y se acercó en silencio. Ella avergonzada intentó limpiarse las lágrimas, pero Elyse no dijo palabra sentándose a su lado.

—Enseguida me voy. —Sorbió por la nariz sin darse cuenta.

—No hay prisa. Puedes quedarte toda la noche si quieres. —Sonrió dulcemente. —Me llamo Elyse.

—Lo sé. —Se pasó el pañuelo bajo la nariz mirándola de reojo. —No tienes que ser amable conmigo.

—¿Tú cómo te llamas?

—Lia. —La miró con desconfianza. —¿Por qué?

—Porque Lia, mi mayordomo está muy arrepentido de haberte hecho daño y quería que lo supieras. Pero es lo que tiene que me pongas verde, que alguien que me quiere puede sacar las uñas. —Lia agachó la mirada avergonzada. —¿Por qué has dicho esas cosas de mí?

Apretó los labios apartando la mirada. —Será mejor que me vaya.

—Ahora tienes la oportunidad de decirme todo lo que quieras a la cara. ¿Vas a desaprovecharla?

Lia la miró a los ojos y a ella se le cortó el aliento al ver un dolor muy profundo en ellos antes de que se levantara y saliera corriendo. Elyse se llevó la mano al vientre muy preocupada. Era obvio que esa chica necesitaba ayuda. Se levantó lentamente pensando en ello y en cómo la había criticado durante toda la velada. Al salir allí estaba Paul. —¿No ha salido bien, milady?

—Debo averiguar todo lo que pueda de ella. Me ha intrigado.

—¿Un pajarillo con el ala rota?

—Creo que sí.

—No puede ayudar a todo el mundo, milady.

—Estás tan intrigado como yo. No me sermonees, Paul. —Levantó una ceja interrogante.

—Sí, milady. Sigue aquí.

Sonrió radiante corriendo hacia la puerta del despacho, pero se detuvo ante ella colocándose los rizos de nuevo y mirando su vestido. Levantó la mano para llamar, pero se lo pensó mejor abriendo la puerta sin avisar interrumpiendo la conversación. Miles sentado en el sillón ante el escritorio sonrió al verla y ella devolvió la sonrisa. —Sigues aquí...

—Tu padre me ha invitado a tomar una copa de su coñac.

Su voz indicaba que ya era más que suficiente y miró a su padre como si fuera el causante de todos sus males. —Padre, tenemos invitados.

—Oh sí, por supuesto. —Se levantó cerrando la chaqueta del traje y caminó hacia la

puerta. Al ver que no le seguía se detuvo. —¿Hija?

—Voy a despedirme.

—Ah, entonces me quedo. —Se cruzó de brazos. —Por si alguna chismosa pone en duda tu reputación.

Gruñó volviéndose hacia Miles. —¿Vendrás mañana? Podemos montar a caballo.

—No sé a qué hora me levantaré. —Bebió de su coñac de nuevo sin levantarse de la silla. Ella chasqueó la lengua porque estaba claro que los buenos modales no eran cosa suya.

—¿Y por la tarde?

—Hija, el Conde es un hombre ocupado.

—Es por si quiere venir a tomar el té. —Le miró a los ojos. —¿Quieres? Podemos jugar al whist.

—Pensaba ir al club.

Intentó disimular su decepción. —¿Y por la noche? ¿Irás a alguna fiesta?

—Ni idea. Mañana veré las invitaciones.

Al parecer no tenía mucho interés en verla de nuevo. Menuda amistad que le ofrecía. Forzó una sonrisa. —Bueno... pues cuando quieras puedes venir por casa.

—Estupendo. —Se levantó de la silla y sin despedirse siquiera salió del despacho dejándola con la boca abierta.

Confundida puso los brazos en jarras y su padre apretó los labios. —No digas una palabra.

—Hija, te vas a decepcionar. El Conde es un hombre demasiado...

—¿Hastiado?

La miró con alivio. —Esa es la palabra correcta. Exactamente esa. Una amistad contigo no le va a aportar nada a un hombre como él. ¿Entiendes? No vendrá por aquí. No sé por qué me preocupaba tanto. Ahora que estoy seguro de que no te tocará un pelo sé que otro interés sería

imposible.

—Estás equivocado. Volverá. —Levantó la barbilla. —Lo sé.

El Marqués apretó los labios viendo el empeñamiento de su hija. Tenía la sensación de que iba a sufrir y eso no le gustaba nada. Cuanto más lejos se mantuviera el Conde mucho mejor para todos.

## Capítulo 5

Tres días. Tres malditos días en los que no sabía nada de él ni le había visto el pelo. Elyse se subía por las paredes porque su padre había impedido que le enviara una nota diciendo que creería que estaba loca. También le había dicho que seguramente alguien tan acostumbrado a beber, aunque no lo aparentara, estaba borracho cuando le había prometido esa absurda amistad y que ahora ni recordaba que existía. Eso la preocupó mucho porque era cierto que había bebido. No hacía más que darle vueltas una y otra vez a la noche de su presentación. Le había ofrecido su amistad y ahora no podía echarse atrás. Vaya que no. Estaría bueno. Ya se lo recordaría cuando le viera.

Sentada en la mesa del comedor tamborileando los dedos sobre la superficie de madera gruñó preguntándose dónde se había metido. Su padre la miró de reojo antes de mirar a Allison que suspiró untando mermelada en uno de los bollos antes de decir —Querida, ¿qué quieres hacer esta noche?

Levantó la vista distraída. —¿Qué?

Paul dejó de inmediato todas las invitaciones a su lado y ella se horrorizó al ver el montoncito sobre la bandeja de plata. —¿Hoy no podemos quedarnos en casa?

Su padre sonrió aliviado, pero Allison le fulminó con la mirada. —No.

Padre e hija gruñeron. —Tienes que ir a alguna de las magníficas fiestas que se dan por la ciudad. Eres una doncella en plena temporada.

—¡Es que no va a ir a ninguna!

—Hija...

El tono de advertencia de su padre decidió pasarlo por alto. —Paul, ¿se sabe algo?

El mayordomo se enderezó. —Está en su casa, milady. Durmiendo la mona. La noche de ayer fue algo agitada. —Le miró esperanzada. —No, milady. No sé dónde irá esta noche. Siempre decide en el último momento.

—Hija, olvídase de él.

Allison le pegó una patada bajo la mesa y el Marqués gimió antes de mirarla asombrado, pero ella sonrió radiante haciendo que se olvidara en medio segundo. Esa mujer iba a hacer con él lo que le diera la gana. Cuando volvió en sí ambas estaban discutiendo.

—¿Estás loca? No podemos escondernos en el carruaje y seguirle cuando se decida a salir de casa.

—¿Y qué más da? Me han invitado a todas las fiestas. Puedo ir a la que me venga en gana.

—Como él, que seguramente no le habrán invitado a ninguna.

En ese momento llamaron a la puerta mientras la familia discutía que era inconcebible que una dama como ella persiguiera de esa manera a un caballero. —¡Pero si no le encuentro! Esta es la única manera.

Paul fue diligentemente hacia la puerta y la abrió frunciendo el ceño al ver allí al Conde vestido impecable con un traje de mañana en color marrón. Su cara decía que tenía una resaca de primera. Paul le vio dar un paso hacia él, pero el mayordomo escuchando los gritos en el comedor levantó un dedo. —¿Me disculpa un momento?

Cerró la puerta de golpe y corrió hacia el comedor. —¡El Conde está en la puerta! ¡Silencio!

Asombrada vio como corría de nuevo hacia el hall y cuando se dio cuenta de lo que quería decir sonrió emocionada. —¡Ha venido! —Miró a su padre rencorosa. —Es que de verdad...

—Mierda.



—¡Jonathan!

Impaciente por verle se inclinó hacia atrás en la silla sujetándose en las patas traseras para ver parte del hall. Sonrió radiante al verle entregar su sombrero a Paul. Parecía divertido con algo y Elyse suspiró. Estaba tan guapo... Tenía unas pequeñas ojeras, pero nada que una noche durmiendo a pierna suelta no solucionara porque en todo lo demás estaba perfecto. Se volvió para ir hacia el comedor del desayuno y Elyse disimulando se enderezó en la silla cogiendo el tenedor. Sorprendida vio que no había tocado su plato mientras que los demás ya habían acabado.

—Señores, el Conde de Houghton.

Volvió la cabeza como un resorte y sonrió levantándose casi de un salto. —¡Has venido!

—Tenía negocios que atender y he decidido pasarme por aquí para saludar. —Miró a su padre. —Conde...

Su padre gruñó en respuesta sin dejar de comer, lo que era en sí una grosería y muy gorda. Elyse parpadeó cuando le escuchó gemir antes de que fulminara a Allison con la mirada. —Padre, ¿te encuentras bien?

Su mano desapareció bajo la mesa. —Claro que sí, hija. Me pica la pierna.

Allison con cara angelical se dirigió al Conde. —¿Quiere desayunar?

—No, por Dios. —Su cara de asco mirando las salchichas lo decía todo.

—Un té entonces.

—Una copita de...

Elyse carraspeó. —Paul un té para el caballero.

—Será un placer, milady.

Miles sonrió divertido acercándose y el corazón de Elyse casi se sale del pecho cuando la miró a los ojos. —Estás radiante esta mañana.

Se sonrojó del gusto. —Es que he dormido mis horitas al contrario que otros. Parece que

te ha atropellado un tren.

Su Conde se echó a reír y la rodeó para apartar la silla. —Pues no estás muy desencaminada.

Con gusto se sentó encantada y él lo hizo a su lado. —¿Qué hiciste? Cuéntamelo todo — preguntó con curiosidad queriendo saber cada detalle de su vida.

—Come Elyse.

El lacayo le sirvió el té mientras su padre carraspeaba.

—Tranquilo, Marqués. Los detalles escabrosos me los reservo para mí.

—Eso espero.

—Padre, no fastidies. ¡Seguro que son los más interesantes!

Miles se echó a reír. —No creas. Debe ser que me estoy haciendo mayor.

—¿Fue a alguna fiesta, milord? —preguntó Allison ayudándola.

—Pues sí. Una fiesta privada.

—Todas las fiestas son privadas, aunque algunos no capten la indirecta —dijo su padre con ironía. Miles se echó a reír mientras Elyse le miraba como si quisiera cargárselo—. ¿Qué? Es cierto.

—Tu padre tiene toda la razón. Disculpe Marqués por el atrevimiento, pero cierto amigo en común me habló de su coñac y no pude evitarlo. Y tenía razón, es divino.

Ella le miró. —No des rodeos. ¿A dónde fuiste?

—Ya te lo he dicho, a una fiesta privada.

—¿Dónde?

—En cierto club de mala reputación del que no te hablaré jamás para tranquilidad de tu padre.

—¿Era ayer? —preguntó su padre dejándolas de piedra. Se puso como un tomate—. Algo

ha llegado a mis oídos.

—¿Conoces ese club, Jonathan? —La voz de Allison indicaba que ya podía pensar bien su respuesta.

Su padre la miró de reojo. —No, querida. Ya te he dicho que sabía de esa fiesta por comentarios de los caballeros del club.

Elyse no se creyó ni una palabra, pero decidió pasarlo por alto girándose hacia Miles que bebía té intentando aguantar la risa. —¿Y qué hiciste? ¿Había damas?

—Es de mala reputación, Elyse.

—¿Damas casquivanas?

Miles rió. —¿Qué?

—Ya sabes, de esas casadas que viven la vida. Que se divierten.

—Esas no son damas, Elyse —replicó Allison.

—Conde...

—Tranquilo Jonathan, su hija no va a escandalizarse. —La miró a los ojos. —Pues sí, alguna de esas había. También había juegos de cartas y de otros tipos que no deben llegar a tus oídos.

—¡Menudo fastidio! ¡A mí nunca me cuentan nada! —protestó muerta de la curiosidad por si había alguna competencia a su alrededor. Aparte de la que estaba entre rejas, claro está, que con esa ya tenía bastante. —Vamos, cuéntame algo interesante.

—Mañana al amanecer tengo un duelo.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Qué has dicho?

Se encogió de hombros como si le diera igual y ahí fue totalmente consciente de que le daba igual morir. Algo se retorció en su interior. Parecía que no le tenía ningún aprecio a la vida y maldijo a esa mujer que le había destrozado el alma. Preocupada susurró —Dime que no hablas

en serio.

—Hija, el Conde tiene un duelo cada dos por tres. No debes inquietarte. Tiene más vidas que un gato.

—¡Los gatos también se mueren! —Cogió del brazo a Miles para que la mirara. —¿Por qué ha sido el duelo? ¿Te ha ofendido?

Sonrió de medio lado. —No, el ofendido es él. Aunque su mujer no parecía ofendida en absoluto.

—¡Miles! —gritó su padre.

—Vamos Marqués, su hija sabe de sobra cómo es la vida. ¡Deje de protegerla!

—¡Es mi obligación! Y no quiero que conozca esa parte tan...

—¿Indecente de la vida? —apostilló Allison por él.

—¡Exacto! Gracias, querida.

Su dama de compañía sonrió radiante. —De nada.

Ella les miró asombrada. Hasta ese momento ni se había dado cuenta de que se trataban con tanta familiaridad. Mirándolo desde fuera, que le diera lecciones de moral un hombre que estaba casado y mantenía a su novia en su casa... Decidió cortar a su padre de raíz. —¿Ya sois amantes? Allison, no me cuentas nada.

Allison se puso como un tomate mientras su padre que estaba bebiendo el té le fue por el otro lado y se puso a toser con fuerza. Paul se acercó a su señor de inmediato para darle palmaditas en la espalda mientras Miles se echaba a reír a carcajadas. Le miró divertida y le guiñó un ojo sabiendo que eso callaría a su padre un rato. —¿Me estabas diciendo...?

Divertido pasó la mano por su espalda apoyándola en el respaldo de su silla. Se le erizó el pelo de la nuca cuando sintió como su mano rozaba su cabello y suspiró mirándole sin darse cuenta. —Mañana lo soluciono. El Marqués tiene muy mal ojo. Para haberse casado con ella,

claro.

—Mira quien fue a hablar de mal ojo para elegir esposa.

Notó como Miles se tensaba con el comentario y eso la fastidió muchísimo. Elyse fulminó a su padre con la mirada. —¡Exacto, padre! ¡Hay hombres que no saben elegir esposa! ¿Quieres que le cuente al Conde a quién conozco yo?

—Hija... —Rojo como un tomate se llevó la mano al cuello de la camisa antes de gemir de nuevo sobresaltándose en su silla. —No. Mejor dejemos el tema.

—¡No, deja el tema tú! —dijeron las dos a la vez.

Miles sonrió al ver la cara de resignación del Marqués y aliviada porque no se lo había tomado a mal sonrió. —¿Me prometes que saldrás de ésta sano y salvo? Eres el único amigo que tengo en la ciudad.

La miró de tal manera que se le aceleró el corazón. —Pan comido, florecilla. Ahora come. Se te está enfriando el desayuno.

Sonrió radiante y cogió de nuevo el tenedor. —Cuéntame algo de esos negocios que tienes que atender.

Al terminar su desayuno por insistencia de Miles, los tres le conocían mucho mejor. Casi no dormía porque aparte de su intensa vida social tenía tres fábricas en la ciudad que le mantenían muy ocupado. Eso por no hablar de las haciendas ligadas a su título que también le tenían de un lado para otro. Él lo administraba todo porque su último administrador le había robado descaradamente. Eso le demostró que era una persona responsable por mucho que dijeran los demás y sonrió orgullosa cuando su padre le miró con admiración haciéndole mil preguntas sobre cómo se apañaba.

—Está claro que eres joven. No podrás seguir ese ritmo en el futuro, te lo digo yo. Sobre todo cuando tengas familia.

—De momento me las arreglo. Sé que tendré que buscar a alguien tarde o temprano. Lo

malo es que no me fio de nadie.

Ella le miró de reajo sabiendo que no solo pensaba eso en el tema de la administración de sus fincas. Era un extremo que había tomado en toda su vida.

—Hijo, debes ser más abierto de mente. Por fortuna yo tengo un administrador que es como un hermano. Haligan nunca me ha defraudado. Estudiamos juntos, ¿sabes? No sé qué haría sin él.

—Pues eres afortunado. El último me robó diez mil libras.

Las mujeres jadearon de la sorpresa. Era una fortuna. —¡Espero que le dieras una lección!  
—dijo indignada.

Miles sonrió. —Tranquila, preciosa. Ese ya no vuelve a tocar lo que no es suyo.

Se sonrojó del gusto. —¿Pasamos al salón?

Él miró el reloj de plata que estaba sobre el aparador. —Desgraciadamente tengo que irme. Tengo una reunión.

—Oh. —Intentó pensar rápidamente. —¿Quieres venir a un baile conmigo esta noche? Lo pasaremos bien, te lo prometo.

—Hija, no es muy ortodoxo que invites a alguien que no es tu prometido a un baile —dijo su padre intentando ser suave.

—Es un amigo. No les importará.

Su padre puso los ojos en blanco como si no pudiera con ella y Miles sonrió. —Tienes que buscar un pretendiente y yo espantaría a cualquiera medio decente.

—Menuda mentira. —Le cogió por el antebrazo sin darse cuenta. —Por favor, estos días han sido muy aburridos. Estoy harta de hablar con desconocidos que siempre me preguntan lo mismo y de tener los pies hechos polvo.

Miles se echó a reír a carcajadas. —Y eso que dicen que es la mejor etapa de una mujer.

—Pues cómo será lo demás.

—¡Hija! ¡Cualquier mujer soñaría con lo que a ti te está pasando! Pregúntaselo a Allison.

Miró arrepentida a su amiga que sabía que no había sido presentada porque había tenido que ponerse a trabajar. —Lo siento, yo...

Esta hizo un gesto sin darle importancia. —No te preocupes. Entiendo lo que quieres decir. Tú no eres como las demás.

—Eso es cierto. —Miles le guiñó un ojo y se levantó abrochándose la chaqueta. —Lo siento, pero esta noche no puedo. Tengo una cena en casa del Conde de Bellingham.

—Oh, vaya —dijo sin disimular su desilusión.

—Su esposa está en estado de nuevo y no puede salir de casa para divertirse. Así que le llevamos la diversión a su casa. Vamos unos cuantos amigos de toda la vida.

Sonrió sin poder evitarlo. Se moría por conocerles. —Espero que lo paséis muy bien.

Él se agachó apoyando la mano en la mesa y se le cortó el aliento por su cercanía hipnotizada por sus ojos castaños. —Pero si se retiran pronto, puede que me pase por allí.

—Pero si no sabes a dónde vamos a ir.

Él se echó a reír y la besó en la frente antes de incorporarse. —Conde, ha sido un placer. Allison...

—Vuelva cuando quiera —dijo su dama de compañía encantada mientras que Elyse aún sintiendo sus labios en su frente veía como se alejaba cogiendo el sombrero que le tendió Paul. Maravillada escuchó como se cerraba la puerta y se acarició la frente.

—Me ha sorprendido este muchacho —dijo su padre muy serio antes de mirarla—. Si consigues reformarle, será un marido de primera.

Chilló de la emoción levantándose y abrazó a su padre. —¡Me ha besado!

El Marqués se echó a reír acariciando su espalda. —Ya lo he visto. Es un descarado.

Se apartó de él mirando a Allison con los ojos como platos. —¿Cómo sabe a dónde iremos?

—Hija, eso es fácil. Envía a un lacayo para preguntar al mayordomo como tú has enviado a uno para vigilar su casa.

En ese momento entró uno de sus lacayos con la respiración agitada y Paul puso los ojos en blanco. —Tendríamos que haberle enviado en carruaje, milord. Es obvio que de esta manera no nos avisa a tiempo.

Todos se echaron a reír mientras el pobre lacayo se secaba el sudor de la frente con la manga de la chaqueta.

Observando a las damas bailar se tocó los rizos que caían sobre su hombro asegurándose estar perfecta para cuando llegara Miles. Porque sabía que iba a ir. Aunque quizás no debería haberle dicho nada. Tenía un duelo al amanecer. Debería estar fresco para ese momento. Se mordió el labio inferior preocupada. En cuanto llegara le diría que se fuera a la cama. Al pensar en él en la cama se sonrojó ligeramente.

—Querida, ¿tienes calor?

Se sonrojó aún más mirando a Allison. —Un poco.

—Es que aquí hay muchísima gente para un salón tan pequeño. ¿Quieres salir a la terraza un rato?

Su padre llegó en ese momento casi apartando a la gente a empujones. Se notaba que estaba harto. —Esto es el infierno.

Se echaron a reír. —En cuanto llegue Miles podéis iros.

La miraron levantando las cejas y rió aún más. —Muy graciosa, hija. —El Marqués bebió



de su copa después de entregarle la suya a Allison. —Cómo necesitaba esto.

—¿Vamos a la terraza?

Se volvió con intención de seguirles, pero en ese momento vio a Lia en una esquina. Se le encogió el corazón porque parecía muy sola e incómoda mirando de un lado a otro como si buscara a alguien que no terminaba de llegar. ¿Dónde estaba su acompañante? —Id solos. Enseguida os veo. Voy a saludar a una amiga.

—Vamos, Allison. Aquí me asfixio.

Se acercó a ella rodeando a un grupo de caballeros y Lia la vio llegar. Agachó la mirada como si no quisiera saludarla. —Hola.

—Hola —contestó a regañadientes.

—¿Y tus amigas? Parecía que tenías muchas el otro día. ¿No han venido?

Lia se sonrojó con fuerza. —No eran tan amigas.

Elyse entendió. Le habían dado la espalda. —¿Quieres caminar alrededor de la pista conmigo? Allison, mi dama de compañía, insiste en que deben vernos y en esta esquina no hay mucha luz que se diga.

—No, ve sola —susurró avergonzada.

Le dio muchísima rabia que la hubieran humillado de esa manera. Ella no había hecho bien en su comportamiento, pero ellas tampoco al seguirle el juego. Ahora la habían tomado con ella, que sería la siguiente. La cogió por la barbilla y se la levantó para que la mirara a los ojos. —Nunca dejes que te humillen. Levanta la barbilla y sigue adelante. Te han hecho daño, ¿y qué? — Lia la miró sorprendida. —Desgraciadamente en esta vida muchas cosas te harán daño y debes sobreponerte y continuar adelante. Lo único que haces quedándote aquí es darles satisfacción porque han conseguido hacerte daño.

—No lo sabes todo —dijo avergonzada.

La cogió por el brazo sorprendiéndola. —Pues ahora me lo vas a contar. Tenemos mucho tiempo mientras rodeamos la pista de baile intentando evitar a la multitud.

Lia levantó una de sus cejas morenas sin saber qué hacer. —Vamos, pesada. —Tiró de ella y Lia sonrió tímidamente dejándose llevar.

Empezaron a rodear la pista, pero era difícil entre los que bailaban y los que estaban en los extremos hablando u observando. —Nunca había asistido a una fiesta donde hubiera tanta gente. ¿Y tú?

—No. Hace un mes asistí a la de la Marquesa de Brentwood y había muchísima gente, pero es una casa enorme y abrieron tres salones para que estuviéramos más cómodos.

—Oh, la ahijada de la Reina. No la conozco.

—Es muy agradable.

—¿Has ido a muchos bailes?

—A doce. Y siete meriendas. Mi madre conoce a mucha gente y le hacen el favor...

Se detuvo en seco. —No te entiendo.

Lia apretó los labios. —Mi padre se fugó por deudas de juego. Estamos arruinadas. —Sus ojos castaños se oscurecieron de rabia. —Y ahora somos parias sociales. Nos mantiene una tía de mi padre que nos da una asignación.

—Lo siento mucho.

Lia miró de reojo a un grupo y susurró —Da igual. De todas maneras me quedaré solterona. No tengo dote y...

—¿Y? —preguntó acercándose más.

—Y ahora no tengo ni amistades. —Se encogió de hombros. —Mi madre dice que igual hay suerte, pero yo no lo creo.

—No digas eso... —La cogió del brazo y siguió caminando. —¿Por eso te comportabas

así? ¿Para ser el centro de atención?

Arrepentida se detuvo. —Lo siento, pero es que... —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —  
Me dio mucha rabia.

Se le cortó el aliento. —¿El qué?

—Será mejor que me vaya a casa, yo...

—Lia, cuéntamelo. Puedes confiar en mí. No se lo diré a nadie.

Agachó los párpados muerta de la vergüenza. —Te vi bailar con tu padre... Tan feliz. Tú  
lo tienes todo y...

Se llevó la mano al pecho impresionada. Para Lia ella era afortunada. Se dio cuenta de lo  
ridícula que había sido dándole tanta importancia a una marca que tenía en la cara cuando Lia lo  
había perdido todo. Apretó sus manos. —¿Sabes qué? Nos merecemos un pastel. Yo por aguantar  
tus insultos y tú por todo lo que te ha pasado.

Lia la miró sorprendida. —¿Por qué no te enfadas conmigo? Fui muy cruel y...

—Tú ya te castigas bastante por las dos. —La cogió por el brazo y miró a su alrededor. —  
¿Dónde estará aquí la cocina?

Su nueva amiga sonrió tímidamente. —¿Hablas en serio?

La miró maliciosa. —Seguro que hay una bandeja de pasteles por algún sitio. Vamos.  
Estoy muerta de hambre.

—¿No te da rabia que las debutantes casi no puedan comer? No entiendo por qué está mal  
visto.

—Es para que no piensen que somos unas glotonas y les arruinemos. No se dan cuenta de  
que un vestido cuesta mucho más que lo que nos comemos en meses. Tonterías de la clase alta.

—Es cierto... —Lia abrió los ojos como platos. —Con esa teoría, deberían huir de las que  
visten bien en lugar de todo lo contrario —dijo indignada—. ¡Debería tener pretendientes a

porrillo!

Miró su vestido que en comparación con el suyo era bastante austero, pero tenía una figura tan bonita que casi ni se notaba. —Tienes razón, deberías tener hombres a puñados luchando por casarse contigo.

—Oye guapa, ¿estás diciendo que mi vestido es feo?

—No. —Parpadeó sorprendida. —¿Crees que te estaba atacando?

—Perdona, es la costumbre. —Se encogió de hombros. —El vestido es de mi hermana. Como todo lo demás, porque no puedo permitirme un vestuario nuevo.

—Pues estás preciosa. Vamos.

Fueron hasta una puerta por la que vieron salir a un lacayo con una bandeja de copas. —Es por ahí.

—Nos van a pillar. Mi madre me tirará de los pelos como la deje en evidencia —dijo preocupada.

—Qué va. Estás conmigo. Échame a mí la culpa.

—¿No te importa?

—Mi padre no me regañará, así que no, no me importa. —Abrió la puerta mirando tras ella y entró en el pasillo a toda prisa. Rieron como niñas corriendo por él hasta llegar a una intersección desde donde se escuchaban voces. Lia señaló una puerta. —Allí está la cocina.

Un camarero pasó ante ellas, pero con las prisas ni se detuvo. Ambas se miraron. —Esto es más fácil de lo que pensaba —dijo Lia casi sin aliento esperando la regañina.

—Oye, para ser tan deslenguada te veo un poco retraída en este momento.

Lia entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

—Gallina.

Levantó la barbilla tomando aire y dejándola sin habla caminó hacia la cocina como si

fuera a la batalla. La siguió divertida para verla llegar a una encimera mientras todos los sirvientes la miraban sin decir ni pío. Lia cogió una bandeja enorme de pastelitos de crema y se volvió con ella en la mano. Abrió los ojos como platos antes de correr hacia ella como si alguien fuera a quitársela en cualquier momento. Se apartó justo cuando pasó ante ella y asombrada vio que no se detenía. —¡Lia!

—Corre, corre.

## Capítulo 6

Se reprimió la risa siguiéndola y antes de darse cuenta su amiga subía una escalera de servicio. —¿A dónde vas?

—¡No sé! Si alguien me ve con esto sí que ya no me caso. ¡Pensarán que me falta un hervor!

Ahí ya no lo soportó más y se echó a reír a carcajadas. Lia indignada se dio la vuelta en la escalera. —¿De qué te ríes?

—De ti. Parece que has robado las joyas de la corona.

Levantó la barbilla y cogiendo la bandeja con una mano cogió un pastelillo metiéndoselo entero en la boca. Gimió de gusto cerrando los ojos. —Está buenísimo.

—Dame uno. —Lia rió subiendo los escalones. —Oye, que la idea ha sido mía. No seas egoísta. —Subió tras ella riendo y corrieron por un pasillo hasta llegar al final. Sorprendiéndola se sentó en el suelo cruzando las piernas y puso la bandeja delante. Impaciente por probarlos se sentó ante ella y cogió un pastelillo. —Mmm, Lia vete a robar otra.

—Muy graciosa —dijo su amiga con la boca llena—. Esto es lo más divertido que he hecho en meses.

Con otro pastelillo en la mano la observó comer como si fuera lo más exquisito del mundo. Ahora que estaba relajada era aún más bonita y se preguntó si tenía muchos pretendientes. —¿Ya han pedido tu mano?

Lia a punto de meterse otro pastel en la boca se detuvo en seco y suspiró. —No, no me la pedirán. Pero mi madre hace que no ha pasado nada, esperando que algún hombre de buen corazón

y que tenga una cartera enorme se enamore locamente de mí. —Se metió el pastel en la boca y le preguntó con la boca llena —¿Y a ti?

—No. Pero tampoco necesito que me la pidan.

La miró fijamente. —No lo entiendo. ¿Ya tienes prometido?

—Casi.

—¿De veras? —preguntó con los ojos como platos—. No lo sabía.

—Ni tú ni nadie. No lo sabe ni él. —Se metió otro pastelito en la boca y masticó con ganas. —Por cierto, igual ha llegado ya. Espero que me espere.

—¿Está abajo? ¿Qué haces aquí? —Su amiga no salía de su asombro. —¿Quién es? ¿Es de la ciudad? —De repente frunció el ceño. —¿Cómo que no lo sabe ni él?

—Es que tengo que convencerle. —Hizo una mueca. —Se resistirá un poco.

Lia frunció aún más el ceño. —¿Por tu cicatriz?

—No. Eso le da igual. —Lia sonrió. —Pero es que sigue enamorado de su mujer.

Ahora sí que estaba escandalizada. —¿Está casado? ¡Hala!

—No, ya no.

—Es viudo —dijo con pena—. Pobrecito.

No sabía si contárselo. Realmente no la conocía y aunque ahora se llevaran bien la confianza había que ganársela. Mejor se lo reservaba. —Algo así.

—¿Algo así?

De repente oyeron gritos en el piso de abajo y ambas se miraron con los ojos como platos. —¿Qué?

Los gritos aumentaron y escucharon cómo se caían cosas. Asustadas se levantaron. — ¡Vamos! —gritó Lia corriendo por el pasillo.

Una mujer gritó fuego y Elyse se paralizó. Las llamas de su sueño aparecieron en su

memoria y el terror la invadió. —¡Vamos, Elyse! —Su amiga regresó y la cogió por el brazo tirando de ella. —¡Tenemos que salir de la casa!

En ese momento se abrió una puerta y una niña rubia asomó la cabeza. El corazón de Elyse se detuvo al ver su rostro asustado. —¡Oh, Dios... hay niños en las habitaciones! —Lia corrió hacia la niña. —¿Tienes hermanos?

—Sí.

—¡Elyse ayúdame! ¿Dónde diablos está el servicio?

La niña se echó a llorar por lo asustada que estaba Lia y eso la trajo de vuelta a la realidad. Con la respiración agitada corrió de habitación en habitación y vio a dos niños en una de ellas que seguían dormidos. Corrió hacia las camas y cogió al pequeño en brazos mientras la niña gritaba —¡John, despierta!

El niño se despertó con los ojos como platos. Apenas debía tener cuatro años.

—Nenita tendrás que caminar —dijo Lia dejándola en el suelo—. Agárrate a mis faldas.

Cogió al niño en brazos mientras Elyse acariciaba la cabeza del pequeño queriendo protegerle cuando llegó un hombre a la puerta. Era su anfitrión. Lord Lambert se acercó de inmediato. —Gracias —dijo agitado cogiendo a su hija en brazos—. Hay un incendio en el salón. Hay que salir cuanto antes.

—Sí Marqués, salgamos. Nosotras nos encargamos de sus hijos.

El hombre asintió yendo hacia la puerta a toda prisa mientras ellas le seguían de cerca. —Salgamos por la puerta de la cocina, así no nos acercaremos al fuego.

Para Elyse fue un alivio y descendieron la escalera a toda prisa recorriendo la cocina que ya estaba vacía. —¿Y el servicio?

—Algunos están apagando el fuego —respondió el Marqués—. Otros han huido como ratas.



Como la niñera. Estaba segura porque por la habitación de los niños no había aparecido. Cuando salieron ante las caballerizas el Marqués rodeó la casa corriendo, consolando a su hija como podía mientras la gente gritaba a su alrededor. Impresionada vio que las llamas salían por las cristaleras del salón de baile mientras todos observaban.

—¡Elyse!

Se volvió con el niño en brazos para ver a su padre, que agarrando de la muñeca a Allison corrió hacia ella. —Gracias a Dios, no te encontraba —dijo con angustia.

—Lo siento. —Se acercó a él y le abrazó. —Lo siento. Pero los niños... —Miró a su alrededor. —Tengo que llevarle con su madre.

—Dámelo, cielo. Se lo llevo yo —dijo Allison alargando las manos.

Se lo tendió y se volvió para ver como las llamas devoraban parte del piso de abajo. —La van a perder.

—Al menos ha salido todo el mundo. Un milagro teniendo en cuenta la cantidad de gente que había en la casa. En la estampida ha tenido que haber muchos heridos.

Lia pasó ante ella mirando a su alrededor. —¡Lia!

—¡No la encuentro! ¡No encuentro a mi madre! —gritó angustiada hacia un grupo de gente.

Elyse no la conocía y se acercó a ella a toda prisa. —¿Cómo se llama?

—Elionora. Como yo.

—Vale, tú vete por allí y yo con mi padre por aquí.

En ese momento se rompió un cristal de la casa y todos miraron hacia allí. Una mujer morena asomó la cabeza. —¡Mamá! —Lia corrió hacia ella.

Las llamas se veían tras la mujer, pero la ventana estaba llena de cristales rotos y su madre estaba intentando apartarlos para salir. Lia corría hacia la ventana cuando un hombre se acercó corriendo quitándose la chaqueta. Se le detuvo el corazón al ver a Miles. Rodeó su brazo con la

chaqueta y golpeó los cristales mientras varios hombres se acercaban a ayudar. Uno de ellos su padre. Fue un alivio cuando la mujer pudo salir de la casa.

Se le encogió el corazón al ver como Lia abrazaba a su madre y lloraban del alivio aferradas la una a la otra. Su padre les dijo que se apartaran de la casa y las cogió llevándolas hacia ella. En ese momento llegó el carro de los bomberos.

—¿Estás bien?

Se sobresaltó y levantó la vista hacia Miles que la observaba preocupado. Ella miró las llamas de nuevo. —¿Elyse?

Forzó una sonrisa. —Estoy bien. —Entonces se dio cuenta de que él podía haberse cortado. —¿Y tú? —Palideció al ver sangre en su mano. La mano derecha. —Miles.

—No es nada.

Cogió su mano y se la abrió para ver un buen corte en la palma. —Dios mío, el duelo.

—No es nada, Elyse. No te preocupes.

Sin color en la cara miró a su alrededor. —¡Padre!

—Preciosa, estás haciendo un drama de esto y...

—¡Cállate! ¡No me digas que no es importante cuando sí lo es!

Lia dejó caer la mandíbula del asombro. —Es el Conde... —Ella la fulminó con la mirada. —Vale, me callo.

Su padre llegó en ese momento sonriendo. —Los bomberos dicen que lo controlarán. No perderán toda la casa. —Perdió la sonrisa al ver el rostro de su hija y vio que tenía agarrada la mano de Miles. Apretó los labios al ver el corte que sangraba en abundancia. —Necesitas un médico de inmediato.

—Tu hija exagera —dijo muy serio observándola—. Será mejor que te la lleves a casa. Todo esto la ha afectado.

—Sí, vamos a casa. Aquí ya no podemos hacer otra cosa salvo estorbar. Pero antes hablaré con el Marqués por si necesita cobijo esta noche. Allison, encárgate de Elyse.

Sin hacerles caso se agachó y se rasgó un volante. Lia chasqueó la lengua. —Menudo sacrilegio.

—Ya estaba echado a perder. Tiene sangre en la falda —dijo su madre con pena.

Sin escucharlas rodeó su mano con la tela blanca mientras él la observaba fijamente. — Debes taparla o se te emponzoñará —dijo preocupada. Cómo iba a enfrentarse a duelo con la mano así.

—Necesitamos al cochero. —Allison alargó el cuello. —La calle es un caos.

—El mío está en la esquina —dijo él llevando la mano a su cuello para levantar su rostro —. Estoy bien, Elyse.

Muy asustada no pudo evitar que sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Me lo prometes?

Él asintió. —Te lo prometo.

—Conde, no sé cómo agradecerle su ayuda —dijo la madre de Lia abrazando a su hija por los hombros.

—Ha sido un placer, milady —respondió sin dejar de observarla. Mirando sus ojos sintió como acariciaba su cuello con el pulgar y él vio como una lágrima caía por su mejilla marcada—. ¿Elyse?

—Estoy bien.

Él apretó los labios asintiendo y miró a Allison. —Debemos ir hacia el carruaje. Cada vez hay más curiosos.

—Sí, sí. —Una mujer pasó ante ellos con la cara llena de sangre. —Dios mío.

—Seguro que la tiraron al salir —dijo la madre de Lia—. Como a mí. Antes de darme cuenta estaba en el suelo.

Lia la miró asustada. —¿Estás bien?

—Me duele un poco la cabeza, pero no es nada.

—Cuanto antes lleguemos a casa, antes podremos avisar al médico —dijo Elyse mirando a su alrededor—. ¿Dónde está padre?

En ese momento llegó el Marqués corriendo. —Vámonos, se quedarán con unos familiares.

—Lia y su madre vienen con nosotros —le informó Elyse.

—Bien, vamos. El médico tiene que revisar esa mano y puede que le hayan llamado ya para otro paciente. Esta noche van a tener mucho trabajo. —Su padre cogió a Allison de la mano e iba a coger la mano de Elyse, pero ésta cogió la mano sana de Miles que sin darle importancia tiró de ella hasta el carruaje al final de la calle. Su cochero suspiró del alivio al verle acercarse. —Llévanos a casa del Marqués de Luddington.

—Milord las calles están bloqueadas con tanto carruaje. Tardaremos un siglo en llegar. —Miró su mano. —¿Está herido?

Elyse gimió mirando a su alrededor. —Padre, ¿dónde vive el médico?

—No lo sé, hija. Siempre le llama Paul.

—No debes preocuparte, ¿me oyes? —dijo Miles muy serio—. No es grave y tardaremos lo que tengamos que tardar. —Abrió la puerta de su carruaje. —Sube, Elyse.

—Pero...

—¡Sube al carruaje! —Le miró asombrada porque parecía enfadado de repente y Elyse no supo cómo reaccionar. —¡Quieres subir al carruaje de una buena vez!

—Hija, sube al coche.

Tragando saliva intentando no llorar porque de repente se estaba cerrando a ella pasó ante él para subir al carruaje. Se le cortó el aliento cuando la cogió por la cintura para ayudarla demostrando que no le era tan indiferente como le quería demostrar ahora. No sabía por qué se

había puesto en guardia, pero le indicó que él pensaba que era peligrosa y eso le dio esperanzas más que ninguna otra cosa. Se sentó en el carruaje y enseguida se dieron cuenta de que había un problema de espacio con las faldas tan voluminosas que llevaban las damas. Con descaro se levantó. —Si Allison se sienta sobre mi padre y yo sobre Miles no habrá problemas.

—No, por favor —dijo la madre de Lia avergonzada intentando levantarse—. Buscaremos otro transporte y...

—No es problema —dijo su padre—. Además, quiero que la revise el médico. Los golpes en la cabeza son muy malos.

—Sí, madre. Por favor... —Lia estaba asustada. —No quiero que te pase nada.

Allison se sentó sobre su padre de inmediato dejando un espacio libre. Elyse sonrió a Miles que aún estaba abajo. —Tenemos prisa.

Gruñó entrando en el carruaje y cerrando la puerta. El Conde era alto así que se sentó ante la madre de Lia. Disimulando su triunfo se acomodó sobre él dándole la espalda a su padre y a Allison que iban sentados a su lado. —¿Peso mucho?

Él gruñó revolviéndose en el asiento como si estuviera incómodo y ella se cogió en sus hombros para no caerse. Miles la miró a los ojos sujetándola por la cintura. Nunca en su vida se sintió tan excitada como en ese momento y separó sus jugosos labios muy consciente de él que los miró gruñendo de nuevo y nerviosa pasó la lengua por el labio inferior. Miles no perdió detalle separando sus labios y apretó la mano de su cintura haciendo que su corazón se acelerara. Se sintió deseada y sin darse cuenta metió sus dedos entre su cabello castaño mientras su respiración se agitaba.

—Estamos parados —se quejó Lia.

Miles entrecerró los ojos antes de mirar hacia ella desilusionándola completamente. Si no hubieran estado allí... Si no estuvieran rodeados de gente habría caído. Vaya que sí. No tenía ninguna experiencia en el arte de la seducción, pero ese hubiera caído como se llamaba Elyse.

Sonrió como una tonta sin poder evitarlo. La deseaba.

—Seguro que enseguida avanzamos —dijo su padre tras ella—. Espero que esta manera tan poco ortodoxa de viajar se quede entre nosotros.

—Por supuesto, Marqués. Todos sabemos lo malintencionadas que pueden ser las malas lenguas —dijo Lady Elionora molesta—. Que me lo digan a mí.

—Fue una desgracia lo que ocurrió con su marido. Lo siento mucho. —Allison sonrió. — Espero que las circunstancias hayan mejorado.

—Desgraciadamente no. Pero tengo muchas esperanzas de que cambien pronto.

Elyse miró a Lia a los ojos. Ella era la esperanza de su madre. Una presión enorme para alguien que apenas había salido a la vida.

—Estoy seguro de que así será. —Su padre sonrió. —Tengo entendido que estaba en París. ¿Es cierto?

—No lo sé ni me importa. Por mí como si se muere —dijo furiosa.

Lia agachó la mirada y Elyse se dio cuenta de que ella sí que echaba de menos a su padre. Por eso le había molestado tanto el baile con el suyo. Lo sintió mucho por ella. Miró a Miles que la observaba y él le preguntó con la mirada qué ocurría. Negó con la cabeza imperceptiblemente antes de agacharse y susurrar en su oído —Ya te lo contaré.

Sintió como él se estremecía y se sintió poderosa. Se apartó lentamente para mirar sus ojos mientras que sus dedos acariciaban su nuca sin darse cuenta. Entonces lo sintió. Algo se endureció con fuerza cerca de su glúteo y se le cortó el aliento al ver como su rostro se tensaba. ¡Era su sexo! Sabía como eran los hombres desnudos porque una vez siendo pequeña había entrado en la habitación de su padre sin avisar. El pobre se murió de la vergüenza cuando ella le había preguntado qué era eso, pero gracias a ese episodio no era tan inocente como otras debutantes que seguro que no habían visto a un hombre desnudo en su vida. Sin poder evitarlo se mordió el labio inferior moviendo las caderas y él gruñó —¿Quieres dejar de moverte? —

preguntó con voz ronca.

—¿Me nuevo? —Se agarró a su cuello subiendo el trasero hacia arriba por sus muslos y él entrecerró los ojos apretando aún más la mano de su cintura al sentir su peso sobre su miembro.

—¿Así mejor, milord? —preguntó suavemente.

—Elyse...

—¿Qué?

—Oh, ya nos movemos —dijo Allison.

Rayos. Se quedaría así toda la noche. Sin dejar de mirarse a los ojos sintieron el traqueteo del coche. Era embriagador sentir como su sexo se endurecía más por su roce y lo hubiera dado todo porque pudiera besarla. Porque pudiera besarla y la hiciera suya porque era suya desde que le había conocido. —Mañana...

Él se tensó. —Mañana tengo que hacer, ya lo sabes.

—Después quiero que vengas a casa. —No era una pregunta. Era una exigencia. —Para asegurarme de que estás bien.

—¡Estoy bien! No tengo que...

—Tienes que hacer nada porque solo somos amigos. Lo sé, pero lo harás para que no me preocupe. Como amiga.

La miró con ganas de matarla. —¿No me digas?

—Aunque yo suspendería el duelo.

Él la soltó de repente justo cuando el carruaje dio un salto inesperado y cayó de sus piernas al suelo del carruaje entre los pies de todos.

—Oh, Dios mío, ¿estás bien? —preguntó Allison.

—Sí —gruñó molesta fulminando a Miles con la mirada—. Ha sido el bache. —Alargó la mano hacia Miles que no tuvo más remedio que cogérsela para ayudarla a levantarse. Cuando se

sentó de nuevo sobre sus piernas se dejó caer sobre su sexo y él gimió cerrando los ojos como si sufriera. —¿Te he hecho daño? —preguntó aparentando sorpresa.

—Preciosa... es una cuestión de honor.

Al mirarla a los ojos supo que no se refería al duelo sino a la promesa que le había hecho a su padre. —Entonces solo te queda una opción —susurró ella.

—Ni hablar. Eso no pasará nunca.

A Elyse se le retorció el corazón. —¿No me digas? Puedes elegir, la que está aquí o la que no verás nunca más y que solo es un sueño. —Los ojos de Miles se oscurecieron. —Piénsalo. Te doy una semana. —Enderezó la espalda por puro orgullo, porque le daba la sensación de que le estaba mendigando que la eligiera a ella en lugar de a aquella mujer que le había traicionado cuando Elyse no le traicionaría nunca. Y fue ese orgullo el que le hizo decir —Después...

—¿Después qué?

—Nunca se sabe. La vida da muchas vueltas.

—Que me lo digan a mí —dijo Elionora sin tener ni idea de lo que hablaban.

Elyse agachó la mirada maldiciéndose a sí misma por su impaciencia con lo bien que iba todo. La sangre había empapado la tela que rodeaba la herida y sin pensarlo se arrancó otro volante. Cogió su mano poniéndola sobre su regazo y con un cuidado exquisito fue quitando la venda de su herida para poner la nueva. —Ha dejado de sangrar. ¿Puedes mover bien los dedos?

Él lo hizo para que viera que podía mover el índice lo que la alivió muchísimo, pero aun así tenía que sujetar la pistola con esa mano. Sin darse cuenta acarició el dorso de su mano después de anudar la venda mientras él observaba su perfil.

Lia sonrió agachando la mirada porque le daba la sensación de que ese momento era demasiado íntimo para que los observara nadie y sintió algo de envidia porque se moría porque un hombre la mirara de la misma manera. Como si fuera la mujer más maravillosa de la tierra.



Cuando al fin llegaron a casa bajaron del carruaje con ayuda de un lacayo y ella disimuló su disgusto por tener que separarse de Miles, que en cuanto salió del coche se alejó de ella como si tuviera la peste. Ya en el salón después de ordenar que fueran a avisar al médico, él fue directamente a las bebidas y se sirvió una buena cantidad de whisky escocés. —Cuidado hijo, eso es una bomba. Me lo hace un viejo que es un artista en su campo —dijo su padre divertido.

—Justo lo que necesito —siseó mirándola de reojo para ver como se sentaba en uno de los sofás.

—Paul sírveme uno. Y lo que quieran a mis invitadas.

—Enseguida Marqués.

—Espero que no tarde mucho —dijo la madre de Lia—. Siento el trastorno.

—Trastorno para nuestro anfitrión que va a perder una fortuna con el arreglo de la casa. — Allison se sentó a su lado. —Para nosotros no es ningún trastorno.

—El Marqués tiene recursos de sobra. Seguro que ahora se compra otra casa —dijo su padre—. La suya es muy pequeña para su posición. Era su casa de soltero.

Lia se sentó al lado de Elyse y mientras los mayores hablaban susurró —Menudo gusto tienes, pillina. —Se sonrojó intensamente. —Es uno de los tres calaveras. Con ese no te vas a aburrir.

Sorprendida la miró. —¿Los qué?

—Antes de casarse eran el terror de Londres. Bueno, el tuyo antes de casarse y después, pero hay unas historias... Se supone que yo no tengo que saber nada, pero escuchaba las conversaciones de mi padre cuando estaba reunido con sus amigos. Les hacían gracia. —Se acercó aún más. —Yo creo que les tenían envidia porque ellos no podían hacerlo. En una de esas reuniones comentaron que el Conde y sus amigos habían compartido lecho con varias mujeres a la vez. —Abrió los ojos como platos. —Todos en la misma estancia.

Jadeó llevándose la mano al pecho.

—¿Ocurre algo, querida? —preguntó su padre mirándola fijamente. Ahora entendía que su padre opinara que era un disoluto. Y lo era. Apretó los labios mirando sin ningún disimulo a Miles que sin perder detalle bebió de su copa. Sintiendo que le hervía la sangre de la rabia porque con otras mujeres no tenía ningún escrúpulo siseó —No, padre. Lia me estaba comentando que le dolía un poco el tobillo.

—¿No me digas? —preguntó su madre preocupada—. ¿Podrás bailar mañana?

—Seguro que sí, madre. No te preocupes.

—¿Tiene algún pretendiente aceptable que le agrada, Lady Lia? —Allison sonrió. —Con su belleza los debe tener a raudales.

Su amiga se sonrojó. —No crea.

—Todavía no ha recibido ninguna propuesta de matrimonio, ¿se lo puede creer? —Su madre estaba indignada. —Su hermana se casó antes de terminar la temporada. Es una desgracia que mi marido aceptara ese matrimonio.

—¿Acaso no se aman? —preguntó Elyse confusa.

—Sí, se aman mucho. —Lia sonrió. —Pero mi cuñado no es un hombre de gran fortuna.

—A duras penas llegan a final de mes con la asignación que les da su padre.

Lia miró a su madre. —Mi padre solo quería que fuera feliz. Y lo es con Malcom. Mucho. Puede que no se pueda comprar vestidos bonitos todas las temporadas, pero se aman y eso es lo único que importa.

—Menuda mentira —dijo Miles con ironía sirviéndose otro whisky—. Siento sacarla de su ensoñación romántica, milady. Pero desgraciadamente eso no es lo único que importa.

Elyse se tensó. —¿Y qué importa según tu opinión para tener un matrimonio feliz?

Él la miró fijamente a los ojos cortándole el aliento. —Lealtad, fidelidad, pasión,

sinceridad, atracción, intimidad... —Elyse separó los labios mirando los suyos. —Y mucho...

—Ya está bien, Conde. Seguro que la hermana de Lady Lia tiene eso y mucho más. —Su padre le advirtió con la mirada.

Lia soltó una risita sacándola de su ensoñación. —Sí, creo que sí. Ya van a tener su tercer hijo.

—¡Lia! —Su madre sonrió sin poder evitarlo. —Pero el dinero es importante. Así se evitan discusiones.

—Cierto —dijo el Conde sin dejar de mirarla a los ojos.

—Espero que encuentres pronto un candidato que te dé todo eso y más —dijo Allison sonriendo llamando su atención.

—Y yo. —Miró a su madre y agachó la mirada de inmediato. Elyse vio el gesto y supo que la madre de su amiga opinaba que debía casarse cuanto antes con un hombre de posibles, pero si estaba en su mano, Lia se casaría con un hombre que le hiciera palpitar el corazón. Miró a Miles de nuevo que no le quitaba ojo. Como el suyo. Suspiró y le guiñó un ojo. Él gruñó molesto volviéndose y Elyse no pudo evitar soltar una risita por su resistencia.

—Desgraciadamente el mercado matrimonial es escaso en hombres casaderos de buena posición y atractivos para una muchacha en las circunstancias de Lia —dijo su padre. Todas las mujeres le miraron fijamente sentado en su sillón y se sonrojó intensamente—. Quiero decir...

—Padre, deja de beber ese whisky. ¡Lia se casará muy bien!

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Miles—. Es una joven sin fortuna que tiene un escándalo asociado a su apellido. —Lia gruñó a su lado. —Hay que ser sincera, florecilla. Ni con toda su belleza conseguiría un candidato mejor que el que conseguirás tú gracias a todo tu dinero.

Elyse palideció levantándose lentamente. Que la considerara menos hermosa que a Lia fue como si un cuchillo la traspasara. Y no solo eso, le había dicho claramente que si no tuviera dinero no se casaría bien, insinuando que Lia solo tenía el recurso de la belleza y ella el del

dinero. —¿Qué has dicho?

—¡Conde, mi hija no se casará solo por el dinero que tenga! —dijo su padre indignado.

Miles se tensó mirándola a los ojos. —No quería decir eso y lo sabes. Así que no me desdigo.

No sabía cómo reaccionar. Era un insulto en toda regla para su autoestima y él después de las circunstancias en que la había conocido, sabía que le dolería. Apretándose las manos desvió la mirada ocultando su dolor porque no soportaba ni verle. —Si me disculpáis, me duele la cabeza. Deben ser por todas las emociones.

—Por supuesto, querida —dijo Allison preocupada levantándose—. Déjame que te acompañe y...

—No, por favor. Atiende a nuestras invitadas. —Se volvió hacia Lia que la miró preocupada. —Eres bienvenida a esta casa cuando quieras. Espero verte muy pronto.

—Por supuesto que vendremos, ¿verdad, madre?

Elionora asintió. —Estaremos encantadas. Espero que se le pase el dolor de cabeza, milady.

—No es nada que no se me pase con una noche de descanso. —Hizo una reverencia y sin mirar a Miles porque estaba a punto de llorar, salió del salón a toda prisa.

## Capítulo 7

“Eso que tiene en la cara no será importante para una persona que la ame, milady”. Esa frase dicha en el despacho de su padre la noche que la conoció no dejaba de acosarla una y otra vez mientras subía las escaleras de dos en dos en su prisa por huir. Las lágrimas corrían por sus mejillas y entró en su habitación dando un portazo que sobresaltó a la doncella que estaba sacando su camión del armario. Teresa la miró con los ojos como platos antes de darse cuenta de que estaba llorando e intentando ocultarse susurró —Déjame sola.

—Antes voy a quitarle el vestido, milady —dijo preocupada acercándose a toda prisa—. Así podrá acostarse cuanto antes.

Se volvió intentando contener el llanto porque sabía que no podría quitárselo sola. Teresa lo desabrochó a toda prisa y en ese momento se abrió la puerta. Allison entró en la habitación muy preocupada. —Lo que ha dicho...

—No quiero hablar de esto. —Sacó las piernas del vestido después de que la doncella desatara sus faldones. —Solo quiero acostarme.

—No creo que lo dijera con mala intención. Solo estaba señalando que tú tenías dinero mientras que ella no.

Teresa desató su corsé haciendo que no escuchaba la conversación. Enderezó los hombros y giró la cabeza para mirarla. —Puedes retirarte. La señorita Baxter me ayudará.

—Sí, milady.

En cuanto salió la miró a los ojos. —Si dijo eso, es que quería decir exactamente eso. Miles no es un hombre al que le gusten los rodeos. Es sincero. Brutalmente sincero en ocasiones.

Es lo que piensa como también opina que el hombre que me ame no le dará importancia a mi cicatriz. Pero para eso tiene que amarme, por supuesto.

—Fue una frase desafortunada. —Se acercó a ella y continuó sacando los cordones del corsé. —Sé que te ha dolido, pero...

—Lo ha hecho a propósito. Estoy segura. —Se limpió la mejilla con la mano odiándose a sí misma por llorar siempre por lo mismo.

—No digas eso. No parece un mal hombre.

—Y no lo es. Lo ha hecho para dejarme claro que no siente interés en mí. Que él nunca será el hombre que me ame —dijo dolida apartándose cuando le quitó el corsé. Cogió el camión y lo miró pensativa entre sus manos—. Quería hacerme daño. No tengo ninguna duda. Y todo porque le he dejado claro mi interés en el carruaje porque sentí su deseo.

—¡Elyse! —Con asombro vio cómo se quitaba los pantalones interiores y las medias. —  
¿Estás loca?

Se quitó la camisola y se volvió furiosa sin preocuparla si estaba desnuda o no. —¿Qué tengo que hacer? ¿Disimular que no le amo mientras intento conquistarle?

—¡Sí! ¡Has sido demasiado directa! ¡Él te ofreció su amistad!

—¡Me desea! ¡A mí! —dijo desgarrada con los ojos llenos de lágrimas—. El hombre al que amo me desea, no iba a simular que no era así porque quiero estar con él. ¡Mi corazón llora por él, Allison!

La miró con pena. —Deberías haber tenido paciencia. Sus circunstancias...

Elyse perdió todo el color de la cara. —Está claro que por esas circunstancias me ha insultado y lo ha hecho públicamente para que me sintiera tan ofendida que no le hablara más. — Se volvió poniéndose el camión y Allison al escuchar un sollozo se acercó acariciándole la espalda. —¿Sabes lo que más me duele?

—No. ¿Qué es, cielo?

—Que cuando me conoció me dijo que era transparente. Sabe cómo me siento respecto a él.

—Es que tus ojos dicen mucho.

—Por eso me duele y más después de lo que hablamos en el carruaje. Creía que ya le había conseguido. Por eso la decepción ha sido mayor.

Allison entrecerró los ojos y la volvió. —Pues no deberías decepcionarte porque si él conocía tus sentimientos la culpa es solo suya por darte esperanzas. —A Elyse se le cortó el aliento mirándola a los ojos. —Fue él quien te visitó en tu casa. Fue él quien vino a ti y lo hubiera hecho esta noche de nuevo. Si no quería más que tu amistad, podía haberte saludado en una fiesta. Haber bailado o platicado durante unos instantes... Pero vino a casa, en contra de la opinión de tu padre, para estar una hora a tu lado. No han sido imaginaciones tuyas. He visto cómo te miraba esta noche cuando te preocupaste por su duelo. Estoy segura de que también le atraes muchísimo, cielo. Pero has apurado las cosas demasiado y se ha revelado como has dicho. —Le acarició las mejillas borrándole las lágrimas. —No llores más. Lo que tenga que ser será. Mira tu padre y yo. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a conseguir su amor? Puede que nunca sea su esposa por todo lo que nos rodea, pero doy las gracias a Dios por tener lo que tengo.

—Quieres que me conforme.

Allison asintió. —De momento sí. La vida puede dar muchas vueltas. La noche de tu baile de presentación tu padre y yo creíamos que no le harías caso a ningún pretendiente porque desconfiabas de todas las palabras bonitas que te decían. A la hora de repente habías encontrado al hombre con el que querías compartir tu vida. Y esa vida te depara muchas sorpresas, cielo. Y espero que sean sorpresas maravillosas. —La besó en la mejilla marcada. —Ahora a dormir. Quiero que mañana estés radiante para el nuevo día que te espera.

—El doctor...

—Me aseguraré de que le cure. No te preocupes por eso.

Asintió metiéndose entre las sábanas que Teresa había dejado abiertas y se arropó mientras Allison alargaba la mano hasta la lámpara de aceite para apagar del todo la pequeña llama como a ella le gustaba. —Buenas noches, cielo.

—Buenas noches.

Allison fue hasta la puerta y Elyse dijo en voz baja —Me hubiera gustado que entraras antes en nuestras vidas. Te quiero.

Emocionada la miró sobre su hombro. —Y yo a ti, cielo.

Elyse se pasó una mano por la sien borrando una lágrima mientras salía de la habitación. Su nueva madre tenía razón. Había precipitado las cosas. Apenas esa mañana creía que no iba a volver a verle y esa noche había descubierto que la deseaba. Era un avance enorme para un hombre enamorado de otra mujer. Aunque el deseo y el amor no eran lo mismo, para ella había sido un auténtico triunfo. Hizo una mueca girándose y abrazando la almohada. Bueno, estaba claro que no la amaba porque le había hecho daño intencionadamente y cuando se ama odias hacer daño a la persona que quieres. No, no la amaba todavía, pero si tenía suerte igual cambiaba de opinión. Una vocecita le preguntó en su mente por qué insistir y ella gruñó —Deja de decir tonterías. Es el hombre de tu vida. Ahora tengo que descubrir cómo hacer para que vuelva a mí en lugar de dejar que me arañe para que me aleje de él. Y tiene unas garras afiladas, milord. —Cerró los ojos. —Igual debería afilar las mías porque está claro que va a ser una guerra en toda regla. Mañana buscaré una lima.

Bajó a desayunar con un bonito vestido azul claro que llevaba un bonito bordado de flores en el corpiño y en el bajo. Sonrió radiante a su padre que ya estaba en la cabecera de la mesa leyendo el periódico. —Buenos días, padre. Hace una mañana radiante.

Su padre levantó la vista y sonrió encantado al verla tan contenta. —Buenos días, hija. Te



has levantado temprano.

—Igual que tú. Creía que sería la primera.

—Es que no me he acostado.

Se le cortó el aliento sentándose en su silla con ayuda de Paul. —¿Has ido?

—Por supuesto que he ido. Necesitaba un padrino y quería asegurarme de que todo iba bien porque sabía que te interesaría.

—¿Y? —preguntó impaciente.

—El pobre marido no tuvo ninguna oportunidad. Un disparo limpio en el hombro del que se repondrá prontamente, imagino.

—¿Y su mano?

—No le tembló en ningún momento. A pesar de los puntos que le puso el doctor no demostró dolor. Aunque con el enfado que tenía no me extraña nada que no le doliera.

—¿Estaba enfadado? ¿Qué ocurrió?

Su padre rió por lo bajo. —Esta mañana nada. Pero desde que te fuiste del salón parecía que tenía espinas clavadas bajo las uñas. Estuvo insoportable. Lo que hago por ti...

Sonrió sin poder evitarlo. —Te agrada, no lo niegues.

—Puede que sí, pero como vuelva a hacer comentarios como los de ayer noche le pego un tiro.

—¿Con la puntería que tiene?

—Debo practicar. Paul, ¿dónde están las pistolas?

El mayordomo le miró sorprendido. —¿Tenemos de eso, milord?

—Debo hacerme con unas. Sería una fatalidad si me retaran a duelo y no tuviera. Quedaría muy mal.

Elyse se echó a reír. —Pero padre, ¿has disparado alguna vez con pistola?

—Prefiero la escopeta.

—De eso sí que tenemos, milord.

—Ah, entonces asunto arreglado.

Divertida y muy aliviada se sirvió un buen desayuno. Cuando cortó un trozo de tocino miró de reojo a su padre. —¿Te ha dicho algo de mí?

—Cuando bajó Allison al salón se acercó a ella, discretamente por supuesto, y le preguntó si estabas bien. —Su corazón se calentó al escucharle. —Luego nos soltó un discurso absurdo sobre lo sensibles que eran las mujeres sobre las verdades de la vida y se puso a discutir con Lady Lia.

¡No! —¿Con Lia?

—Tranquila, niña. Le odia a muerte. Después de que tu amiga viera tu disgusto, a punto estuvo de sacarle los ojos. Es muy inteligente esa niña. —Entrecerró los ojos. —Aparentemente es una jovencita muy bella pero debajo de todo eso es muy lista. Se nota que lee mucho.

—¿Si?

—En una de sus réplicas nombró a Platón. Te aseguro que yo me quedé de piedra, pero luego recordé que cuando su padre no estaba en las mesas de juego era aficionado a la lectura. Un auténtico ratón de biblioteca. Que es impresionante según tengo entendido.

Sonrió encantada. —¿Y Miles qué hizo?

—Él tampoco se quedó atrás. Supongo que quedaron en tablas. Pero estuvo refunfuñando hasta que se fue a casa. Y cuando me encontré con él en el campo del honor seguía refunfuñando. —Su padre se echó a reír. —Si cuando llegó el padrino de su contrincante casi le gritó que se diera prisa porque había tenido una noche realmente mala y quería acostarse. Te aseguro que el hombre se quedó de piedra. Y eso intimidó bastante a su contrincante que casi temblaba sujetando la pistola porque los ojos de Miles pedían sangre. Creo que con el duelo no se quedó a gusto. Si hubiera sido una pelea a puñetazo limpio al menos se habría desquitado.

Masticó pensando en ello y cuando tragó preguntó —¿Está arrepentido?

—Hija, a ese le tienes aquí antes de que acabes el desayuno.

El portazo en la entrada hizo que girara la cabeza hacia el hall quedándose de piedra al ver a Miles entrar furioso en el comedor. —Buenos días.

—¿No te lo dije? —El Marqués dobló el periódico antes de levantarse de la silla. —Si me disculpáis estoy agotado.

—Que descanses, padre —dijo distraída al verle a un vestido en traje de noche.

—Paul, encárgate tú, ¿quieres?

—Por supuesto, Marqués. No me muevo de aquí. —Paul levantó la barbilla como si cuidar de su virtud fuera la misión de su vida. Sin quitarle ojo al Conde le hizo un gesto al lacayo que apartó la silla que estaba al lado de Elyse, pero él no se movió del sitio.

—¿Y bien? —preguntó él furioso.

Parpadeó sorprendida. —¿Y bien qué?

—¿Estoy esperando una explicación para tu comportamiento de anoche!

Abrió los ojos como platos. —¿Perdón? —Era lo que le faltaba por oír.

—¿Te comportaste como una cría!

Ah, no. Que encima tenía que oír más. Era el colmo. Entrecerró los ojos. —Paul, el Conde se marcha.

—¿De verdad, milady?

—No, Paul. ¡No me voy! —Se acercó a ella y se cruzó de brazos. —Vamos a ver, que creo que malinterpretaste mis palabras.

—¿No malinterprete nada! —Se levantó furiosa apartando la silla para enfrentarle. —¿Quisiste decir lo que entendí! ¡Como si yo no pudiera encontrar marido si no fuera por mi fortuna, dando a entender que no era tan bella como Lia, pero tenía eso que me proporcionaría mejores

candidatos!

Se pasó la mano por su cabello despeinado. —Eso no es cierto. ¡Era una comparación entre Lia y tú!

—¡Querías hacerme daño! —La miró asombrado. —¡Reconócelo!

—¡Menuda mentira!

—¡Aprovechaste que ese tema me inquieta para hacerme daño y que me enfadara contigo! ¡Pues ahora sí que estoy enfadada porque me estás mintiendo!

—¡No te miento!

Dolida dio un paso atrás. —Vete de mi casa. Creía que al menos entre nosotros había sinceridad. Paul...

Paul dio un paso hacia ellos y Miles le fulminó con la mirada. —Te aconsejo que no te acerques.

Jadeó indignada. —¿Cómo te atreves?

—¡Preciosa me estás poniendo de muy mala leche!

Señaló la puerta. —¡Fuera!

La cogió por la cintura pegándola a él y atrapó sus labios. La sorpresa la dejó muy quieta y él besó sus labios como si estuviera hambriento, provocándole sensaciones increíbles. Algo maravilloso recorrió su cuerpo de arriba abajo y la mano que señalaba la puerta fue a parar a sus hombros. Sin darse cuenta abrió la boca queriendo más, hecho que él aprovechó para invadirla y cuando sus lenguas se tocaron, Elyse gimió de placer mareada por lo que le estaba haciendo.

Un carraspeo a su lado hizo que Miles se apartara lentamente y Elyse suspiró con los ojos cerrados disfrutando aún del beso más maravilloso que recibiría jamás. Un suave beso en el labio inferior la hizo abrir los ojos y se miraron durante varios segundos sin que él tuviera intención de soltarla. —Lo siento —dijo él haciendo que su corazón casi estallara de la alegría—. No sé cómo

llevar esta situación.

Que le reconociera eso la emocionó. —Yo solo quiero estar contigo.

Él gruñó soltándola y se tambaleó aún con las piernas temblorosas viéndole ir hacia la puerta. Pareció pensarlo y se detuvo volviéndose. —Me has perdonado, ¿no? Seguimos siendo amigos.

—¿Amigos? —Eso la espabiló de golpe. —¿Cómo que amigos?

—¡Eso era lo que querías!

—¡Me has besado! —exclamó indignada.

—Bueno, a algunas de mis amigas las beso.

Ella chilló cogiendo lo que tenía a mano que era un bollo de canela y se lo tiró a la cara. Lo esquivó fácilmente y la miró divertido. —¿Estás enfadada otra vez?

—¡Vete de mi casa!

Él sonrió con picardía provocándole que las mariposas que tenía en el estómago se volvieran locas. —Por cierto, estoy bien por si quieres saberlo.

—¡Eso ya lo veo!

Le guiñó un ojo antes de alejarse y sintiendo que estallaba de la alegría se llevó las manos al pecho. —Me ha besado, Paul.

—Eso ya lo he visto, milady —dijo el hombre molesto—. No sé lo que considera el Conde un comportamiento indecente porque ha faltado a su palabra.

—Un beso no es indecente. —Le fulminó con la mirada. —¡Y no le dirás nada! —Sonrió como una tonta. —Me ha besado.

El mayordomo sonrió. —Felicidades, milady.

—Gracias. —De repente frunció el ceño. —Volverá, ¿no?

—Sí, milady. Eso me temo.

—Muy gracioso, Paul.

Estuvo impaciente por verle el resto del día totalmente ajena a lo que ocurría a su alrededor. Miles centraba cada uno de sus pensamientos y para todos fue evidente que estaba en la luna. Así que después de intentarlo varias veces Allison se dio por vencida al ver que solo recibía monosílabos por respuesta sin haber entendido siquiera la pregunta. Y lo demostró cuando en la comida el lacayo le preguntó si quería riñones y ella asintió cuando los odiaba.

A la hora de salir para el baile de esa noche estaba que se subía por las paredes. ¡No había aparecido! ¿No hablaría en serio cuando le había preguntado si seguían siendo amigos? ¡Si ella casi se le había declarado! La próxima vez que le viera debía dejar las cosas bien claritas. Más aún. Porque aunque había sido muy clara parecía que su Conde necesitaba que se lo explicaran con papel y pluma.

Llegaron al baile de los Josephson que prometía ser muy interesante porque el baile se celebraba en su enorme invernadero que habían conservado durante años. Era una auténtica maravilla y fascinada miró a su alrededor, viendo como las luces reflejaban en los cristales impecablemente limpios de la cúpula central donde estaba situada la pista de baile justo debajo.

—Es precioso.

—Incluso han puesto estufas por si alguien tiene frío —dijo Allison impresionada mirando a su alrededor—. Es muy romántico.

Admirando la decoración llena de flores vio a Miles riendo al otro lado de la pista antes de sacar a bailar a una mujer con un vestido rojo con encajes negros que demostraba que era casada. Cuando le vio susurrarle algo al oído ella sí que lo vio todo rojo.

Su padre carraspeó a su lado. —¿Qué tal si salimos al jardín? Me han dicho que también es precioso.

—No te molestes, padre. Ya le he visto —siseó con ganas de matar a alguien. Cuando vio su mano en la espalda de esa mujer bajando descaradamente a lo que era el límite con su trasero y la muy zorra se echó a reír, a punto estuvo de agarrarla por los pelos y arrastrarla. Levantó la barbilla entrecerrando los ojos. Era lo que quería. Así que amigos. Se iba a enterar. Vio pasar a uno de sus pretendientes más pesados y sin dirigirle la palabra siquiera le cogió de la mano tirando de él hacia la pista mientras su padre gemía golpeándose la frente.

El chico porque todavía no podía considerársele un hombre la miró sorprendido. —Lady Elyse, qué sorpresa. Al parecer está impaciente por bailar conmigo. Es muy impetuosa, ¿no?

—No lo sabe bien, Lord Walker —siseó casi llevándole a él.

—¿Y cómo se encuentra?

Le miró a los ojos. —Bien, ¿por qué? ¿Tengo aspecto de estar mal?

Se sonrojó con fuerza. —No, por supuesto que no. Está tan bella como siempre. ¿Sabe? Había pensado en ir a visitarla. ¿Tengo su permiso?

—No.

El chico la miró atónito. —¿No?

—Mi padre no quiere visitas en casa. ¿No se lo había dicho?

—Oh, no lo sabía —dijo aliviado por no ser el único rechazado—. ¿Y cómo va a recibir las propuestas de matrimonio?

Le miró de otra manera. —¿Propuestas de matrimonio?

—Por supuesto. Lo ortodoxo es ir a la casa de la novia y pedir permiso al padre antes de... —Miró a su alrededor. —¿Está por aquí?

Ella entrecerró los ojos antes de sonreír radiante. —Sí, ha venido a acompañarme, por supuesto —dijo animándole antes de sonreír tímidamente—. ¿No me diga que...?

La miró como si la deseara más que a nada. —Sería un honor que me aceptara en

matrimonio.

Ese quería su dinero, estaba claro, porque apenas le había dirigido la palabra por lo tímido que era las tres veces que habían bailado. Pero podía servir para lo que le estaba pasando por la mente. —Puede hablar con padre si quiere. Él toma la decisión. —La miró esperanzado. —Pero no le aseguro nada. —Soltó una risita tonta. —Es muy selectivo con mi futuro, como comprenderá.

—Lo entiendo perfectamente.

Ella soltó otra risita tonta y él la miró como si estuviera muy enamorado. Echó un vistazo a Miles que estaba a su derecha con la del vestido rojo y vio como la observaba muy serio con el ceño fruncido. Empezaba la guerra.

Dos horas después su padre había recibido veintitrés propuestas de matrimonio. ¿La razón? Que Elyse se dedicaba a sonreír a cada varón soltero que había en la fiesta. Bailaba con ellos les daba esperanzas y su fortuna hacía el resto. Estaba claro que Miles tenía razón porque a algunos ni les había conocido hasta esa noche. Pero no le daría la razón ni muerta.

—¡Oh, por Dios! —escuchó que su padre exclamaba desde el exterior de la pista—. ¿Otro? —El hombre que tenía unos cincuenta años y era mayor que su padre se sonrojó con fuerza. —¡No le daré la mano de mi hija! ¡Largo de mi vista! ¡Por Dios si podría ser su abuelo!

—Al parecer su padre ya no se encuentra predispuesto a escucharme. —Sorprendida miró a los ojos a su acompañante mientras giraban por la pista de baile. Y estaba realmente sorprendida porque era el primo segundo de Lia y se lo había presentado hacía unos minutos. —Está claro que no se lo esperaba —dijo divertido.

—Lord Hoswell yo... —¡No sabía qué decir! Se puso como un tomate y él se echó a reír. —Ah, que era broma



—No. —Se sonrojó aún más y Elyse se puso como un tomate. La verdad es que era muy agradable y no se podía negar que muy atractivo. Era moreno como su prima y con unos increíbles ojos grises. Debía tener unos veinticinco años y se notaba que hacía ejercicio porque no era endeble en absoluto. Pero faltaba algo. Algo que estaba al otro lado de la pista con ganas de querer matar a alguien. Miró de reojo hacia allí y este se tensó entrecerrando los ojos. —Puede que lo encuentre una locura, Lady Elyse pero desde que la he visto... —dijo con voz suave haciendo que le mirara a los ojos de nuevo—. Sé que no me conoce, pero estaría más que dispuesto a seguirla por la ciudad solo para ver esa sonrisa. —Se le cortó el aliento porque parecía sincero. Él sonrió admirándola. Su cabello, sus ojos, su pequeña nariz y sus preciosos labios, pero lo que la maravilló fue que no evitó su cicatriz. Parecía que quería grabarse en la memoria cada uno de sus rasgos. —Es tan bonita que me roba el aliento.

—Milord, yo...

—Por favor no diga nada. Al menos deme la oportunidad de conocerme. —Su pulgar acarició su mano. —Prometo que no se arrepentirá. ¿Le gusta montar a caballo?

—Sí, mucho —respondió sin poder evitarlo.

—¿Le agradaría salir conmigo mañana? Creo que hará buen día para disfrutar de nuestro paseo.

¡No sabía qué decir! La inseguridad había vuelto con fuerza y estaba abrumada por su atención. Atención que hacía una semana la hubiera enamorado perdidamente, pero las cosas habían cambiado mucho. Miró de reojo a Miles de nuevo que parecía a punto de saltar a la pista de baile en cualquier momento y dijo sin pensar —Sí, por supuesto.

Él sonrió encantado. —La iré a recoger a las once. ¿Cree que es buena hora?

—Sí, siempre me levanto más temprano.

—Cuando termine el baile estará agotada, así que debe dormir. Quiero que esté descansada para disfrutar de nuestro paseo.

Sonrió sin ser consciente de ello. —Pues muy bien. A las once.

El baile terminó en ese momento y él poniendo su mano en su antebrazo la acompañó hasta donde estaba su padre sin dejar de admirarla como si fuera la mujer más bella del mundo. Y durante un segundo se sintió así. Él se inclinó cogiendo su mano y la besó reteniéndola más tiempo del necesario mientras la miraba a los ojos. —Ha sido un auténtico placer que espero que me permita repetir, milady.

Lo decía de tal manera que a cualquier mujer se le caerían los pololos y se sonrojó de gusto. —Gracias por el baile Lord Hoswell.

—Llámeme Orwell, por favor.

Inclinó la cabeza hacia su padre. —Marqués, tiene una hija encantadora. —Su padre iba a decir algo. —Tranquilo, de momento no. —La miró de nuevo prometiéndole mil cosas. —De momento. Quiero que me ame.

Le dio un vuelco el corazón viendo cómo se alejaba y Allison dejó caer la mandíbula. —Madre mía, qué hombre.

—¡Allison!

—Querido, ¿has visto como la ha mirado?

—Sí —gruñó su padre—. ¡Lo he visto yo y lo ha visto todo el mundo!

Elyse se sonrojó de gusto y sus ojos fueron a parar al otro lado de la pista donde se encontraron con los de Miles que estaba realmente furioso.

—Ahora sí que se acerca —dijo Allison divertida—. Tres, dos... —En ese momento Miles atravesó la pista de baile y Allison soltó una risita. —Uno.

Cuando llegó ante ella Elyse le miraba como si nada y él bufó antes de cogerla con la mano y tirar de ella a la pista de baile casi arrastrándola. —¡Miles!

Se volvió cogiéndola por la cintura e iniciando el baile. —No digas una palabra,

preciosa... Estoy a punto de estallar y no te gustará el resultado.

—¿Me estás amenazando? —Apretó su mano acercándose a él. —Esta guerra la has iniciado tú, amigo.

Él miró sus labios y la mano de su cintura la pegó más a su cuerpo casi de manera indecente y a Elyse se le detuvo el corazón. Siguiendo el ritmo de la música se movieron por la pista sin darse cuenta de que la gente se detenía apartándose para mirarles porque parecían uno. Elyse le miró a los ojos y susurró —Te amo. No habrá otro para mí excepto tú. Nada excepto tú y nuestra felicidad.

—Júramelo —dijo posesivo.

—Te lo juro por mi vida.

Entonces sorprendiéndola se detuvo y se apartó de ella sin soltar su mano. Elyse mirando sus ojos temió que la rechazara, pero quedándose sin aliento vio que arrodillaba una pierna en el suelo mientras toda la sala susurraba del asombro. Él acarició su mano y levantó el rostro hasta que sus ojos se encontraron mientras su corazón latía alocado. Ni en sus mejores sueños había imaginado algo así. —Nunca nadie me ha sorprendido tanto como tú. No te esperaba en mi vida y has cambiado lo que siento y lo que quiero de la noche a la mañana. —Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción. —Y deseo que seas mi esposa, compartir una maravillosa vida juntos y tener muchos hijos. ¿Quieres formar esa vida conmigo?

No le pasó desapercibido que no le había dicho que la amaba. Pero ahora estaba segura de que se lo diría en el futuro. —Sí, quiero compartirla.

La gente se puso a aplaudir como loca y su padre gruñó antes de sonreír y empezar a recibir las felicitaciones de sus conocidos. Todo el mundo pasaba por alto que no le había pedido permiso a su padre para casarse con él, pero harían la vista gorda. Allison sin darse cuenta cogió del brazo a Jonathan emocionada. —¡Lo ha conseguido!

Miles se levantó mirándola a los ojos y sonrió besando su mano, pero para ella no era

suficiente y le abrazó con fuerza. —Gracias.

—¿Por qué, preciosa?

Se apartó para ver su rostro. —Por darme una oportunidad. Sé que te ha costado mucho.

Le acarició la mejilla de la cicatriz antes de echarse a reír. —¡Si hace una semana que nos conocemos!

Elyse se sonrojó con fuerza. —Entonces no te has resistido demasiado.

—Pues no.

Sonrió radiante. —¿Soy irresistible?

La miró como si quisiera devorarla antes de abrazarla empezando a bailar de nuevo. — Demasiado irresistible y algo impaciente.

Le miró enamorada. —Como usted, milord.

Él perdió poco a poco la sonrisa pegándola más a él. —Soy impaciente en muchas cosas, preciosa —dijo con voz grave. El deseo la recorrió de arriba abajo—. No sé si voy a ser capaz de cumplir mi promesa. —Miró sus labios haciendo que sus pezones se endurecieran. —Me muero por hacerte mía. —Sintió que se le erizaba cada vello de su cuerpo de anticipación. — ¿Tienes curiosidad, preciosa?

—Mucha —dijo casi sin voz.

La música terminó y los invitados aplaudieron mientras Miles la llevaba del brazo hacia donde estaba su padre que sonreía orgulloso antes de extender los brazos. —¡Ven aquí, hijo!

Se abrazaron y Miles rió. —¿Cómo cambian las cosas en unos días, no suegro?

—Yo solo quiero ver a mi niña feliz. Ya te amenazaré más tarde. —Sonrió a su hija. — ¿Contenta?

Ella le abrazó. —Mucho, padre. No podría estarlo más.

—Me alegro, me alegro mucho. —Cuando se separaron ella cogió a Miles de la mano. —

Bueno, supongo que no tardaréis mucho en casaros.

Elyse se puso como un tomate.

—Seis meses como marca la tradición —dijo su prometido sorprendiéndola.

—¿Seis meses?

Él la miró a los ojos. —Esta vez quiero hacer las cosas bien. Seis meses, ni un día menos.

—Bien, muy bien. Las cosas bien hechas bien parecen. —Su padre estaba de lo más satisfecho mientras ella no salía de su asombro. ¡Si le acababa de decir que se moría por hacerla suya! No sabía que pensar.

—Seis meses pasan enseguida, ya verás —dijo Allison encantada—. Así prepararemos una boda en condiciones.

—Sí, por supuesto. —Se volvió hacia Miles. —¿Viviremos en tu casa?

Él perdió la sonrisa de golpe. —No lo había pensado. Es mi casa de soltero. Es algo pequeña para una familia.

—Tenéis tiempo para buscar una casa. —Su padre entrecerró los ojos. —Creo que la de al lado de la nuestra está en venta. Lo averiguaré.

—No hace falta, Jonathan. No te molestes.

—No es molestia. Así veré a mis nietos a menudo. —Le guiñó un ojo sonrojándola.

—¡Papá!

El Marqués se echó a reír. —Hija, te voy a echar de menos.

—Procuraré hartarte en estos seis meses para que no sea para tanto.

—Eso sería imposible —dijo dándole un toquecito en la nariz.

Miles sonrió viendo como Lia se acercaba a toda prisa. —¡Felicidades! —Abrazó a Elyse. —Me alegro muchísimo por ti.

—¿Y por mí?

Miró a Miles como si fuera un insecto y arrugó su naricilla. —Todavía me lo estoy pensando.

Todos rieron y Elyse cogió aparte a su amiga mientras los demás charlaban. —¿Le puedes decir a tu primo que mañana no puedo salir a cabalgar?

Lia se echó a reír a carcajadas. —Amiga, creo que ya lo sabe. —Se puso como un tomate. —Tranquila. Orwell estaba improvisando. —La miró sin comprender. —Que estaba mintiendo. Yo le pedí que te sacara a bailar para darle celos a ese ceporro que tienes por prometido. —Dio saltitos dando las palmas realmente contenta. —Y funcionó. Ya sabía yo que el Conde estaba loquito por ti.

Jadeó impresionada. —¿Lo de tu primo era mentira?

Maliciosa sonrió. —¿A que es un conquistador nato? No hay dama que se le resista. Suerte has tenido de que era de mentira porque si no caes fijo.

—Impresionante. Así que es un picaflor.

—¿Picaflor? Arranca la flor de raíz, hermosa. Un día va a meter la pata y se va a jugar el pellejo de veras. Mi madre dice que no tiene remedio. —Lia chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —Es igual que su padre. Murió en un duelo después de que le pillaran en la cama de una princesa rusa o algo así.

—Que fascinante.

—Va camino de convertirse en un disoluto como tu prometido. Eso si no lo es ya. Aunque acaba de llegar a Londres después de viajar por Europa tres años. Seguro que por allí hizo unos cuantos destrozos. Londres no sabe lo que se le viene encima. Por eso era perfecto para que Miles se lo tragara todo. Porque no le conocen aún por aquí.

—Le vaticino un futuro prometedor como disoluto —dijo muy seria.

—Sí —dijo orgullosa.

Elyse puso los ojos en blanco antes de volverse hacia su prometido. Unos metros más allá

estaba Orwell que le guiñó un ojo con picardía. Miles no perdió detalle. —¿Ese acaba de guiñarte un ojo?

Disimulando le cogió por el brazo. —¿Quién, querido?

—¡Ese! ¡El que te miraba tanto y con el que te reías como una boba!

—Ah, ese... Tendría algo en el ojo.

Lia reprimió la risa. —Bueno, me voy que mi madre me espera en casa. Aún estaba cansada de ayer noche. Afortunadamente ya no le duele la cabeza. Mi primo me ha traído, pero estará agotado del viaje. Ha llegado hoy.

—¿Ese es primo tuyo? —preguntó agresivo—. Tenía que suponerlo. —Las miró con desconfianza, pero las dos disimularon como pudieron haciéndole gruñir mientras Lia se despedía de todos.

—Ven mañana a tomar el té y hablamos.

Lia le guiñó el ojo alejándose y cogió del brazo a su primo. Al verles reír su prometido la miró con más desconfianza aún. —¿Qué? ¡No lo sabía!

—¿No sabías que era su primo?

—No sabía que estaba fingiendo.

—Así que querías darme celos.

—Como tú a mí.

—Chicos, no discutáis —dijo Allison divertida—. ¿Una copita de champán para celebrarlo?

—¿Puedo beber yo también? —preguntó ilusionada.

—Ahora sí, cielo. —Su padre le entregó una copa a cada uno y Jonathan sonrió levantando la suya para brindar. —Por mi nuevo hijo. Bienvenido a la familia y porque seáis muy felices juntos. Lo deseo de todo corazón.

Chocaron sus copas y bebieron mirándose a los ojos. Las burbujas le subieron por la nariz y tosió provocando que rieran divertidos mientras Miles le daba palmaditas en la espalda. — ¿Estás bien?

—Sí, está rico. Me acostumbraré.

—¿Muchas cosas nuevas, preciosa?

Le miró enamorada. —Y todas maravillosas. ¿Podrás soportarlo? Sé que es un cambio muy drástico para ti, sobre todo porque no me esperabas y...

—Todo irá bien. No te preocupes por nada. Estoy bien y quiero esto, te lo aseguro.

No era muy romántico, pero era increíblemente mucho para el tiempo que se conocían y como era. —Te amo —dijo asegurándose de que lo supiera para que estuviera seguro de que todo aquello tenía sentido.

La cogió por la cintura pegándola a él y la besó en la sien. —Estoy deseando que seas mi esposa.



## Capítulo 8

Una semana después

—¿Qué rayos es esto, Elyse?

Se sobresaltó por el grito de su prometido que estaba en la puerta del salón con el periódico en la mano.

—¡Estás aquí! —Encantada se levantó y le cogió el periódico. —¿Sale el anuncio de nuestra boda? El nuestro se ha perdido. Menuda mala suerte después de lo que me costó redactarlo. —Abrió el periódico a toda prisa. —Padre iba a comprar uno, pero...

Se quedó sin aliento al ver su anuncio de boda al lado de un retrato de la antigua esposa de Miles.

—Preciosa...

Pálida le miró a los ojos antes de empezar a leer con detenimiento todo el artículo. Cuando terminó se sentó en el sofá mirando al vacío. —Lo han hecho para vender más ejemplares —dijo él agachándose a su lado—. Lo siento.

Le miró sorprendida. —¿Por qué lo sientes? No es culpa tuya. —Forzó una sonrisa y le acarició la mejilla. —Como has dicho, lo han hecho para vender más ejemplares —dijo disimulando el terror que la recorría. Terror a que la sombra de esa mujer le arrebatara su sueño.

Él pareció aliviado porque no se enfadara. —Llamaré al director del periódico para quejarme.

—Seguro que ya se está quejando mi padre. —Se agachó y le besó en los labios. —¿Has

ido a ver la casa?

Él hizo una mueca incorporándose. —Es un desastre. Hay un agujero en el segundo piso desde donde se ve el salón.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Tan mal está? Padre creía que estaba habitable.

—La anciana que vivía allí solo ocupaba la planta de abajo porque no podía subir las escaleras, así que nunca se molestó en arreglar nada. Ya he hablado con el hombre que me hizo unas reformas en el pasado y se pondrán a trabajar de inmediato. —Se sentó a su lado. —Así podrás cambiar todo lo que quieras.

—Uy, entonces tengo que ir a verla. —Se mordió el labio inferior porque esa tarde la tenía repleta de cosas que hacer. —Iré mañana.

—Avísame y te acompaño. —Se acercó peligrosamente y la besó en el cuello haciéndola reír. —Así tendremos un momento de intimidad en alguna de las veinte habitaciones.

—No creo, Conde —dijo Allison entrando en el salón—. Que corra el aire.

El Conde se enderezó riendo por lo bajo mientras Elyse se sonrojaba. —Allison, ¿no tienes nada que hacer?

—No. Y ahora menos. —Se sentó ante ellos y apretó los labios al ver el periódico en el suelo. —¿Has traído la lista de invitados?

Su prometido gruñó. —Me cuesta decidirme. A los más allegados ya les he apuntado, pero si tengo que rellenar... vamos mal.

—¿Cuántos son los allegados?

—Por mí solo irían seis.

Ambas se miraron. —Cielo... Padre ya va por doscientos cuarenta.

—Lo sé. Mi parte de la iglesia va a estar algo desangelada.

—¿Estás seguro de que quieres una boda a lo grande? Podríamos casarnos con los más

allegados, como tú dices. Solo los amigos íntimos.

—No, quiero una boda en condiciones.

—Pues entonces tendrás que invitar a los que no son tan allegados. Así que ponte a pensar a quien puedes tolerar en nuestra boda.

Gruñó asintiendo.

—Empieza con los amigos del club —sugirió Allison.

—Pero nada de antiguas amantes, Miles. —La miró sorprendido. —Hablo en serio. En mi boda no.

—¿Cómo se te ocurre? Jamás haría algo así.

—Ahora entiendo por qué tienes problemas para elegir invitados. No son los invitados, son sus esposas.

Su prometido se sonrojó y Allison reprimió la risa. —¡No tiene gracia! —Le miró atentamente. —¿Qué?

—No, nada. —Chasqueó la lengua. —Puedo entenderte. Han sido muchos años de correrías. Y te lo perdono porque no me conocías.

Él pareció aliviado. —Joder, esto es más difícil de lo que pensaba.

Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. —¿Mejor?

La miró con deseo. —Preciosa...

—Conde, ¿quiere abrir la ventana a ver si así se refresca?

Su prometido se echó a reír levantándose. —Buena sugerencia.

Escucharon un portazo. —¡Menudas sanguijuelas! ¡Voy a destruir a esos chupatintas!

—Ahí llega tu padre —dijo divertido.

El Marqués entró en el salón hecho una furia y se detuvo en seco al verlas allí sentadas mirándole con cara angelical. —¿No teníais modista?

—No padre, hasta por la tarde no.

Él carraspeó antes de acercarse a ellas y darle un beso a cada una en la mejilla. —Yerno, ponme un coñac.

—Sí, parece que lo necesitas —dijo irónico.

—No debes preocuparte, padre. No me afecta lo que digan de nosotros. —Los tres la miraron incrédulos. —¡Es verdad! He cambiado mucho.

—Así me gusta, preciosa. Tú con la cabeza bien alta que no tienes nada de qué avergonzarte —dijo su padre orgulloso.

—Eso mismo digo yo —comentó Allison.

Elyse miró de reojo a su prometido que estaba sirviendo el coñac con los labios apretados, lo que indicaba que se estaba mordiendo la lengua. Estaba claro que nunca iban a librarse de esa bruja. Empezaba a odiarla con todas sus fuerzas. Decidió cambiar de tema. —Padre, la casa necesita obras.

Eso desvió la conversación a las posibles reformas y a la decoración lo que relajó el ambiente y cuando pasaron al comedor ya nadie se acordaba del periódico. Nadie aparentemente porque Elyse no dejaba de darle vueltas. Y no le preocupaba que hubieran puesto el artículo al lado de su anuncio de boda ni la mayoría de lo que habían escrito en él, dónde se relataba todo lo ocurrido con pelos y señales. Lo que la preocupaba era que al final del artículo decía que la Reina estaba estudiando su indulto, pues su hermana la había exculpado de todo echándose la responsabilidad sobre sus hombros. Y era de entender, cuando la vizcondesa se casó su hermana era aún una niña. Fue obligada a casarse con un viejo que la separó de su familia. No le extrañaba que confabularan para matarle porque al parecer era un hombre muy posesivo y dominante. Ayudadas por un hombre absolutamente enamorado de la vizcondesa desde hacía años, planearon su muerte y ahora los tres estaban en Newgate haciéndose compañía después de haber matado al viejo. También se relataba en el artículo cómo la vizcondesa había engañado a todo el mundo pues

su plan era otro. Quedarse con la fortuna del viejo ahora que tenía un heredero e irse del país sin su amado. Toda una pieza la vizcondesa.

Pero si se echaba las culpas... Apretó los labios al recordar en su mente el artículo y ver el nombre de su rival en el periódico intencionadamente escrito con el apellido de Miles. Lady Lidia Grafham. Antigua Condesa de Houghton pues su matrimonio fue anulado por orden de la Reina. Y puede que siguiera siendo la esposa de Miles si su majestad no hubiera intervenido. Miró de reojo a su prometido que hablaba animadamente con su padre. ¿Le había pedido él que interviniera? ¿O al escuchar cómo le había utilizado para huir del país había decidido liberarle de ese matrimonio? No lo sabía y le daba miedo pensarlo.

Sentada en su tocador miraba su imagen sin verla realmente mientras Allison le cepillaba el cabello antes de irse a la cama. —Ha sido un alivio para tu padre que esta noche nos quedáramos en casa. Se lo ha pasado estupendamente jugando al whist con Miles. Se llevan muy bien, ¿verdad?

Levantó la vista distraída. —¿Qué?

Allison suspiró sentándose en el banquito a su lado. —Cielo, ¿qué te preocupa?

Sonrió con tristeza. —¿Tan transparente soy?

—Sí.

Perdió la sonrisa agachando la mirada y Allison la cogió suavemente por la barbilla para mirar sus ojos. —¿No quieres casarte?

—No hay nada que desee más en esta vida que ser su esposa. Le amo.

Allison sonrió. —Eso está muy bien. ¿Entonces qué te preocupa?

—¿Has leído el artículo?

Su amiga perdió la sonrisa de golpe. —Esa mujer no volverá a entrar en su vida.

—Si la dejan libre...

—¿Crees de verdad que Miles regresaría a su lado teniéndote a ti? —preguntó indignada —. No digas tonterías, Elyse. Le engañó.

—Lo amaba. Tú me lo dijiste. Y él a ella. A mí no me quiere de esa manera. Puede que me tenga cariño o me desee, pero no me ama.

A Allison se le cortó el aliento. —¿Cómo lo sabes?

—Como tú sabes que padre quería a mi madre con locura. Eso se siente, ¿no es cierto?

—Son amores distintos.

—Pues yo quiero que me ame de esa manera. —Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —Tengo terror a perderle porque mi rival no está muerta y puede regresar a su vida en cualquier momento.

Allison la observó durante unos segundos y muy preocupada vio cómo se levantaba del banquito e iba hacia la ventana apartando la cortina para mirar la luna. —Odio que esté presente continuamente.

—Te ha afectado lo que ha ocurrido con el anuncio de tu boda y lo entiendo. Todos lo entendemos. Seguro que a Miles también le ha trastornado.

Acarició la cortina de terciopelo borgoña pensando en ello. —Sí, llegó muy enfadado, pero...

—Al ver que a ti no te afectaba se relajó. ¿Ves cómo se preocupa por ti?

—Esta tarde cuando fuimos a la modista con Lia y su madre, mi amiga me dijo algo. Tú estabas tomando el té con Elionora y no lo escuchaste.

Se levantó inquieta. —¿Qué, niña?

Se volvió para mirarla a los ojos mientras una lágrima rodaba por su mejilla. —Se

rumorea por la ciudad que la madre de ellas le ha rogado a la Reina para que suelte a la pequeña. Dicen que la Reina se emocionó con su desgarradora historia. Y ya sabes lo que ocurre cuando a la Reina se le mete algo entre ceja y ceja.

—Sí, su majestad es de armas tomar. Si decide algo se acata sin rechistar. —Al ver la angustia en su rostro se acercó de inmediato. —Pero ahora ya no es nada suyo. Ya no es su esposa. Ni se le acercará siquiera si la sueltan.

—Estará libre por las calles de Londres. Pueden coincidir. Ya sabes cómo es la gente, hasta puede que la inviten a fiestas para tener un cotilleo jugoso. —Se limpió las lágrimas furiosa. —¡No lo entiendo! ¿Por qué ahora? ¡Han pasado dos malditos años!

—No lo sé, cielo. A veces el destino da estas sorpresas.

La miró a los ojos furiosa. —Pues esta vez no voy a dejar que el destino me arrebatte algo que amo. Esta vez no.

Allison nerviosa no dejaba de apretarse las manos mientras que Elyse sentada en un banquito esperaba pacientemente. —No deberíamos estar aquí. Como se entere Jonathan... — Abrió los ojos como platos. —¡Cómo se entere tu prometido menudo desastre!

—Haré lo que tenga que hacer. El juez no ha querido escucharme, así que aquí estoy. — Levantó la barbilla y Allison se le cortó el aliento. Había cambiado muchísimo desde que conoció a aquella muchacha asustada por lo que pensarían de ella. Y eso había sido apenas unas semanas antes. Ahora era toda una mujer y lucharía por su amor con uñas y dientes.

Un hombre vestido de negro se acercó a ellas. —Pueden pasar. Pero no se vayan por las ramas. Tiene otra reunión en media hora.

—Sí, por supuesto —dijo Elyse levantándose de golpe—. No nos llevará mucho tiempo, se lo prometo.

El hombre asintió y ellas le siguieron caminando por el suelo de mármol blanco hasta una puerta labrada con un tirador de oro. El hombre entró sin llamar. —Majestad, Lady Rainbow y su acompañante.

—Que pasen, que pasen.

Elyse tomó aire levantando la cabeza mientras el hombre se hacía a un lado para que pasara con Allison detrás. Se impresionó al ver a la Reina Victoria sentada tras un escritorio enorme rodeada de hombres. La Reina la miró fijamente mientras se acercaba y sus ojos fueron a parar a su cicatriz apretando los labios. Cuando estuvo ante el escritorio hizo una reverencia hasta el suelo. —Majestad...

—Incorpórese, niña. Lawton, dejadnos solas.

—Enseguida, majestad —dijo el hombre que estaba a su lado haciendo un gesto a los demás que salieron de inmediato del despacho dejándolas solas.

Elyse la miró inquieta.

—Creo que sé la razón de su visita.

—No quería importunarla con este tema, pero entenderá que es de vital importancia para mí.

Victoria asintió. —Siéntese, niña. La veo algo pálida. —Sonrió a Allison. —¿Usted es su dama de compañía?

—Allison Baxter para servirla hasta la muerte, Majestad —dijo haciendo otra reverencia de nuevo con la cabeza gacha.

—Espero que no sea necesario llegar a ese extremo, señorita Baxter. Siéntense.

Lo hicieron de inmediato porque era un honor que las invitara a sentarse en audiencia. Eso era muy bueno. —¿En qué puedo ayudarla, Lady Rainbow?

—Me gustaría saber qué está ocurriendo.



Victoria asintió. —Se ha solicitado el indulto de la primera esposa de su prometido. Y es un tema que debo reconocer que me preocupa mucho. No puedo dejar libres a asesinos y menos de la clase alta. Mi imagen se empañaría, ¿comprende? Por mucho que me apene la situación de Lady Lidia, también debo pensar en el fallecido y su familia que clama justicia. —El alivio en su tenso rostro fue evidente y la Reina la miró con pena. —Pero...

—Dios mío —susurró Allison cogiendo su mano.

—Pero se ha demostrado que Lady Lidia no participó directamente en el asesinato.

—Fue una persona clave en la organización y el planteamiento.

—Cierto. Sin ella seguramente no se hubiera llevado a cabo. Al menos de esa manera, pero su hermana ha cargado con toda la responsabilidad y su enamorado... —Frunció el ceño. —Un estúpido de tomo y lomo, también ha cargado con todas las culpas.

La miró sorprendida. —Pero si en el juicio les echó la culpa a ellas.

—Pues ha debido dejarse convencer —dijo molesta. —La cárcel es un lugar en el que si se tiene dinero puedes conseguir muchas cosas. Desgraciadamente eso está fuera de mi control, al menos de momento porque pienso impartir medidas. Estoy segura de que la vizcondesa ha convencido a su amante para que se eche la culpa. Al fin y al cabo es un hombre enamorado y ya no tiene nada que perder porque no saldrá de prisión jamás.

—¿Entonces la va a indultar?

—Como he dicho, aún lo estamos estudiando. No quiero que esto salpique a la corona. Tomaré la decisión después de meditarla concienzudamente, se lo aseguro. Sé que hay rumores de que la madre de Lady Lidia me ha ablandado el corazón. Debo reconocer que la mujer está destrozada por haber perdido a sus dos hijas y eso rompe el corazón a cualquiera, pero no puedo dejarme influir por eso. Han cometido un delito en uno u otro grado. El tribunal fue muy claro. Solo una razón poderosa me hará desdecirles.

Elyse asintió. —Entendido. Así que aún no se sabe nada.

—Como le dije a su prometido hace una hora, no.

Perdió todo el color de la cara. —¿Miles ha estado aquí?

Victoria apretó los labios viendo el terror en su rostro. —Quería saber lo mismo que usted y le he contestado exactamente lo mismo.

—Dios mío...

Allison le apretó la mano mientras la Reina la miraba con pena. —No se aflija. Va a casarse con usted y es un matrimonio que apruebo. De hecho me parece que hacen una pareja perfecta porque ambos han sufrido y sabrán apoyarse el uno en el otro. Les aconsejo que hablen y que se digan todo lo que les preocupa. No es bueno ocultarse cosas en un matrimonio. Deben ser uno y la sinceridad es la mejor manera de sobrellevar los problemas. —Elyse la miró a los ojos. —Y si se aman dará igual que yo libere a Lady Lidia o no, porque ya nada podrá separarles. Esa mujer ya no tendrá ninguna importancia.

—Yo le amo, majestad —dijo levantándose.

Victoria sonrió con tristeza al ver las dudas en sus ojos. —Pero duda que él la ame como la amó a ella.

Se mordió el labio inferior sin ser capaz de responder, pero Allison dijo con pena —Es que casi no han tenido tiempo. Se acaban de comprometer.

La Reina entrecerró los ojos. —¿Sabe lo que voy a hacer? —La esperanza renació en su pecho. —Tiene un año. Un año para hacer que su matrimonio sea un hecho. Lady Lidia merece otro año en prisión por lo que ha hecho y si sobrevive a su cautiverio, la liberaré. Durante ese año él será todo suyo y después tendrá que dejar que sea el Conde quien tome la decisión.

Elyse sonrió radiante. Un año para ella sola. Un año para disfrutar y para demostrarle todo lo que le quería. Tenía que hacer que se olvidara de ella. Tenía que conseguirlo. —Gracias, majestad.

—Un año a partir de hoy. He dicho. Pueden retirarse.

Ambas hicieron una reverencia hasta el suelo pero entonces Elyse recordó algo, que ya que estaba allí, la Reina podía solucionar. Se quedó agachada pensando en ello y la Reina estiró el cuello sobre la mesa al ver que no se levantaba. —¿Lady Elyse? ¿Está bien?

—¡Oh, sí! —Se levantó de golpe pensando rápidamente. —No sabe cómo se lo agradezco. Muchísimo. Tanto que... algún día se lo compensaré. —La Reina sonrió divertida. —Pero... — Allison la miró con los ojos como platos. —Sé que tiene una reunión muy importante y no puedo demorarla, pero esto es importante también.

Su majestad sonrió más ampliamente. —Dígame.

—Mi padre se ha casado con una arribista en Francia y le tiene bien amarrado. Solo le quería por su dinero, Majestad. Le engatusó para conseguir el anillo en el dedo y ahora no quiere darle el divorcio. Y fíjese usted, ahora mi padre se ha enamorado de verdad y está preso en esa relación.

La Reina frunció el ceño. —No sabía que el Marqués se había casado.

—Es que ella no ha venido al país. Con una sustanciosa asignación se conforma para así no hacerle la vida imposible a mi padre. Han llegado a un acuerdo económico. —Juntó las manos suplicándole con la mirada mientras Allison se ponía como un tomate. —Pero ahora ama a una mujer. A una mujer que es buena y que le quiere con locura. ¿No es triste, majestad? Al fin ha encontrado el amor después del fallecimiento de mi madre y está casado con esa... ¡Ni la conozco! ¡No se ha dignado a venir a Inglaterra! ¿Eso no es causa de divorcio, majestad? ¿Se puede hacer algo?

—Supongo que su padre ya ha consultado con un abogado, milady.

—No ha querido entrar en detalles, majestad. No quiere preocuparme con el tema. Me protege mucho.

La Reina miró a Allison que estaba muy quieta roja como un tomate. —Bellísima. Sería una Marquesa en condiciones e inglesa como debe ser.

Se acercó a ella de inmediato. —Y es muy buena persona, majestad. Siempre nos está apoyando en todo. Quiero que sea mi madre.

La Reina tomó aire por la nariz mirando los papeles que tenía delante. —¿Nadie sabe esta historia?

—Personas contadas, majestad. De plena confianza.

—No quiero que corra el rumor de que me meto en las relaciones ajenas. Sería un desastre que dijeran que soy una casamentera. —Sonrió maliciosa. —Que lo soy, para qué vamos a negarlo. Me gusta que los que aprecio sean felices. —Elyse sonrió encantada mientras la Reina para su asombro se levantaba e iba hacia la ventana. —A ver cómo arreglo esto... Qué demonios, el matrimonio queda anulado por abandono de hogar.

Elyse chilló de la alegría abrazando a Allison que paralizada no se lo creía. —Que su padre me envíe todos los detalles de esa mujer para que reciba una carta de mi puño y letra. —Hizo una mueca. —Será una carta que me dará una satisfacción enorme escribir.

Elyse estaba tan contenta que se acercó a su majestad y la abrazó espontáneamente. —Gracias, gracias.

La Reina se echó a reír y cuando Elyse se apartó la cogió por la barbilla. —Nunca pierdas ese encanto y esas agallas, niña. Ahora vete a casa para darle la noticia a tu padre. Un hombre al que aprecio mucho.

—Se lo diré. —Hizo una reverencia de nuevo antes de correr hacia Allison y cogerla de la mano. —Vamos, vamos. Ya verás lo contento que se va a poner.

—Sí, sí. —Allison se volvió mientras tiraba de ella. —Gracias, Majestad. Me ha cambiado la vida.

Su majestad asintió satisfecha. —Buena suerte.

En cuanto salieron, los hombres volvieron a entrar en el despacho y suspiró por las obligaciones que aún tenía por delante diciendo para sí. —Esto era más divertido.

Bajaron los escalones de palacio muy excitadas y el lacayo que las estaba esperando ante su coche la ayudó a subir. Perdió la sonrisa de golpe al ver allí sentado a Miles con cara de querer matarla. —Siéntate, Elyse. Os acompaño a casa.

Allison tuvo tiempo a disimular y forzó una sonrisa mientras Elyse se sentaba ante él. — Pero que sorpresa más agradable.

—No, sorpresa la mía cuando al salir de palacio os veo bajar del carruaje y entrar en el edificio —dijo con ironía viendo cómo se sentaba al lado de su protegida—. ¿Una visita social a alguna de las damas de la Reina? No me habías dicho nada, preciosa.

—Tú tampoco me habías dicho que ibas a venir. —Levantó la barbilla. —Interesante que lo ocultaras esta mañana en el desayuno. ¿No ibas a practicar esgrima?

—¡No quería preocuparte! Es inaudito que hayas ido a ver a la Reina.

—¡Lo mismo digo! ¿Qué te importa lo que le ocurra a esa mujer?

A Miles se le cortó el aliento. —Así que tengo razón. Has hablado con la Reina de Lidia y sus circunstancias.

—No, Conde —dijo Allison muy seria sorprendiéndola—. La Reina creía que veníamos a eso y por esa razón mencionó que usted acababa de estar allí, pero la causa de nuestra visita era otra bien distinta.

—Estoy impaciente por saberlo —Rabioso fulminó a Elyse con la mirada. —¡Porque te recuerdo que mi matrimonio con ella no es asunto tuyo!

Elyse apretó los labios con ganas de pegar cuatro gritos, pero sabía que eso solo empeoraría la situación y su tiempo juntos sin ella era limitado. No podía perder ni un segundo.

—Me parece injusto que digas algo así —dijo Allison indignada—. Sobre todo teniendo

en cuenta que ese matrimonio la afecta directamente. ¡El anuncio de la boda es prueba de ello, Conde!

La miró cortándola en el acto. —Todavía estoy esperando la razón de vuestra visita a palacio. Y espero que sea buena.

Allison levantó la barbilla. —Elyse ha sido tan amable de implorar por su padre ante la Reina. —Era obvio que Miles no se lo esperaba. Es más, era muy evidente que no entendía nada. —Para que le librara de una esposa que solo quiere su dinero y que le engatusó para cazarle en su viaje a Europa. La Reina ha accedido a anular ese matrimonio por abandono de hogar.

Miles miró a su prometida como si no la conociera. —¿Tu padre está casado? —preguntó incrédulo—. ¿Y se atreve a criticar mi conducta cuando casado mantiene a su amante en su casa? ¿Bajo tu techo? ¡Es más! ¡Es tu dama de compañía!

Mientras Allison se sonrojaba con fuerza ella replicó —Al parecer ahora te has vuelto muy mojigato. ¡Van a casarse!

—¡Gracias a tu intervención! ¡Porque tu padre no movió un dedo para pedir audiencia!

Le miró incrédula. —¿Qué quieres decir con eso?

—¡Todo el mundo sabe que la Reina tiene debilidad por las causas perdidas y más si son cuestión de amoríos! ¡Si tu padre hubiera hablado con ella, lo hubiera arreglado como hizo conmigo! ¡Apenas entré en su despacho y ya era soltero de nuevo!

Se quedó sin aliento. —Tú solicitaste el divorcio.

—¡Por supuesto que sí! ¡Después de humillarme de esa manera ante todo Londres no pensaba seguir con ella ni un minuto más! ¡Tenía derecho a rehacer mi vida, esas fueron las palabras de la Reina!

Elyse sintió una alegría inmensa y sin poder evitarlo se tiró sobre él abrazando su cuello. —Te amo.

Él se quedó muy quieto y durante un segundo creyó que no la correspondería, pero la

abrazó por la cintura sentándola sobre sus rodillas para mirarla a los ojos. —¿Me perdonas? — preguntó él apartándole uno de sus rizos rubios de la mejilla antes de pasar el índice por la cicatriz—. Creía que...

La Reina había dicho que tenían que ser sinceros el uno con el otro, pero tenía la sensación de que eso tenía que callárselo por el bien de su relación. Y por supuesto el año de plazo también si quería desterrar a Lady Lidia de sus vidas. —No te preocupes, lo entiendo. —Besó su labio inferior suavemente y le miró a los ojos. —No va a tomar ninguna decisión todavía.

Él suspiró. —Eso me ha dicho.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó con temor.

—Por un lado me gustaría que se pudriera en la cárcel, pero por otro creo que cometió un error por el amor que le tiene a su hermana. Una hermana que idealizó en su infancia y que no llegó a conocer nunca.

Elyse podía entenderlo, pero solo pensar que esa mujer tuviera la oportunidad de hablar con su marido y convencerle de que regresara a su lado, le ponía el estómago del revés. Sin saber qué responder miró a Allison que parecía pensativa con el ceño fruncido. Fulminó a Miles con la mirada. —¿Ves lo que has hecho con lo contenta que estaba?

Miles carraspeó incómodo. —Preciosa, es que me cabreaste. Pensé que...

—A ver si antes de hablar pensamos un poco. —Molesta se sentó en su sitio y se cruzó de brazos. Hizo un gesto con la cabeza al ver que se hacía el loco.

Volvió a carraspear sonriendo a Allison. —Así que va a haber boda. Felicidades.

De repente le miró y su futura madrastra se echó a llorar cubriéndose el rostro con las manos. —¡Mira lo que has hecho! —dijo furiosa pasándole el brazo por los hombros.

Las miró impotente. —No sabía... ¡Joder, no pensé que la iba a afectar tanto!

—Lo que decía. ¡A ver si pensamos un poco!

Su prometido hizo una mueca viendo a Allison en un llanto de lágrimas. —Puede que tengas razón. —Se acercó impotente. —Igual el Marqués no creía que la Reina le ayudaría. Como tiene ese pronto...

Eso la hizo llorar aún más. —Acaba de conocerla. No es tonta. ¡Es una mujer muy agradable!

La miró incrédulo. —¡Cielo, no tienes ni idea de lo que dices! Cuando quiere puede ser una bruja de primera.

Jadeó indignada. —Cierra la boca. ¡No haces más que meter la pata! Mira que como te escuche alguien... ¡Y ni se te ocurra hablar mal de la Reina ante mí! ¡Me has entendido? —gritó desgañitada haciendo que le mirara atónito.

—Hay que ser desagradecido —dijo Allison con rencor como si quisiera despellejarle vivo.

Para sorpresa de Miles, Elyse parecía defraudada con él. —Preciosa...

—¡Cierra la boca! ¡Nos has robado toda la alegría! Debería darte vergüenza...

Su novio se sonrojó y casi salta de su asiento del alivio cuando llegaron ante su casa porque parecían a punto de abalanzarse sobre él en cualquier momento.

Las ayudó a bajar del carruaje recibiendo dos miradas de odio que ponían los pelos de punta. Sobre todo la de su novia que le cogió del brazo y siseó —Mira que no quería discutir... Mira que no quería, pero...

—Cielo, ¿se te pasará hoy?

—Más te vale que se casen porque si no...

—Claro que se casan. Déjame a mí.

—¡No! ¡Ni se te ocurra hacer nada!

Entraron en la casa y el Marqués salió del salón sonriendo de oreja a oreja. —Ya estáis



aquí. Estupendo.

Allison fue ver a Jonathan y se echó a llorar con fuerza subiendo las escaleras corriendo mientras que el Marqués la observaba atónito. —¿Qué ha ocurrido?

Elyse se mordió el labio inferior. —Padre...

—¿Qué la ha disgustado? —preguntó preocupado—. Voy a hablar con ella.

Sorprendiéndole Elyse soltó a su prometido y se abrazó a él. —Eres libre de nuevo.

—Hija, no te entiendo. ¿Qué le ha pasado a Allison? —La apartó para mirarla. —¿Por qué está llorando?

Se emocionó porque era lo único que le preocupaba. —He visto a la Reina. Te ha dado la anulación.

Su padre dejó caer la mandíbula de golpe. —¿Qué has dicho? —preguntó casi sin voz.

—Hemos estado en palacio. ¡Puedes casarte con Allison! —gritó emocionada—. Debes enviarle los papeles de tu esposa y ella misma se encargará de comunicarle que se ha terminado este matrimonio. —Elyse fue perdiendo la sonrisa poco a poco al ver que iba palideciendo como si fuera a desmayarse en cualquier momento. —Padre, ¿te encuentras bien?

—¡Joder! —exclamó su padre sorprendiéndola—. ¿Que has hecho qué?

—Parece que no te alegras. —Confundida miró a su novio que tampoco entendía nada.

—¿Cómo voy a alegrarme? ¿Has ido a ver a la Reina a mis espaldas?

Parecía al borde de un ataque y Elyse se preocupó. —Padre, por favor tranquilízate.

—No está casado, Elyse —dijo Allison desde arriba dejándola helada—. Era mentira para que no insistieras. —Miró a Jonathan con desprecio. —¿No es cierto?

—Cielo, no lo entiendes —respondió arrepentido.

La sorpresa de Elyse fue evidente. —¿Me has mentado?

—¡Siempre estás emparejando a todo el mundo! ¡Y yo no quería casarme! Me atraía mucho

y empecé a preocuparme. ¡En ese momento tú metiste la nariz y entonces sí que me preocupé! ¡Así que te dije que me había casado para que lo dejaras! Pero...

Miles retuvo la risa. —Ya estabas enamorado de ella.

—¡No tiene gracia! ¡No sabía cómo arreglarlo para pedirle matrimonio! ¡Llevo unas semanas realmente horribles por mentirles a las personas que más quiero!

—¿Entonces sí que quieres casarte? —preguntó Allison suavemente desde arriba.

Su padre la miró con amor. —Por supuesto que sí, cielo. Nada me gustaría más que fueras mi esposa.

Allison sonrió y cogió el bajo de su vestido para descender la escalera a toda prisa, pero tropezó cayendo y rodó la mitad de los escalones. Elyse gritó de horror mientras Miles se apartaba de ella para ir en su ayuda. —¡Un médico! —gritó su padre muerto de miedo viendo a su mujer espatarrada ante él.

—Ay...

Elyse sin color en la cara se acercó a ella. Había caído de morros y las piernas le habían quedado sobre las escaleras con el vestido levantado mostrando sus pololos. —Ay.

—¿Qué te duele?

—Ay mamita, que me he matado. —Se apoyó en los antebrazos y la miró con todos los rizos sobre la cara. —¿Me he roto la nariz?

Su padre la palpó con cuidado. —No te muevas, cielo. No, parece que no la tienes rota.

—Y las piernas tampoco. —Elyse entrecerró los ojos. —¿Esa ropa interior no es mía?

—¡Elyse!

—Vale, te la regalo.

—No, no parece que las piernas las tenga rotas. Y es obvio que la espalda tampoco —dijo Miles bajándole las faldas—. ¿Puedes levantarte?

—Esto empieza estupendamente —dijo Allison cogiendo la mano de su prometido.

Miles reprimió la risa y Elyse le dio un codazo. Los novios se miraron enamorados y Allison dijo abrazándose a él —No pasa nada, estoy bien.

—No me des estos sustos. —La besó apasionadamente y Elyse se abrazó a Miles que la pegó a él. Cuando se apartó su padre susurró —Te quiero y lo siento.

—Lo sé. Yo también te quiero.

—Pues a ver qué le decís a la Reina —dijo Miles a punto de reírse.

Elyse gimió antes de abrir los ojos como platos. —¡Se ha quedado viudo! ¡Qué suerte! Justo en el momento adecuado.

Su padre entrecerró los ojos. —Sí, no es mala idea.

—Cuando vayas a ver a la Reina para decírselo no quiero perdérmelo. A ver cómo mientes a la cara a la Reina de Inglaterra. —Malicioso sonrió.

Su padre se sonrojó con fuerza y Allison susurró —Cariño tienes que hacerlo.

—Es que me metéis en unos líos... —Ellas jadearon indignadas. —¿Qué? Lo hubiera solucionado solo cuando tuviera las agallas para deciros que era mentira. ¡Es que no me dejáis ir a mi ritmo!

—Padre que llevas casi catorce años viudo. ¡Tu ritmo es muy lento!

Miles se echó a reír a carcajadas. —Me encanta esta familia.

Elyse sonrió. —No sabes lo que me alegro mi amor, porque tienes familia para rato.

## Capítulo 9

—Podrías decirle a tu padre que nos deje solos unos minutos —susurró sentado a su lado acariciándole el cuello bajo sus rizos rubios simulando que tenía el brazo apoyado en el respaldo.

Alguien carraspeó enderezándole de golpe y ella le miró inocente. —¿Quién quería un noviazgo de seis meses? Pues toma noviazgo.

—Muy graciosa. —La miró como si quisiera devorarla. —Mañana, preciosa. Mañana no te me escapas.

Soltó una risita dejando el bordado a un lado y cogió su mano. —Padre, ¿podemos pasear por el jardín? Hace una noche espléndida.

—Cinco minutos —dijo su padre leyendo un libro—. Como no regreséis a tiempo saco la escopeta.

Miles puso los ojos en blanco y tiró de ella hasta la puerta del jardín. —¡Si nos casamos mañana!

En la terraza le abrazó por la cintura pegándose a él. —Mañana. Parece increíble. Ya han pasado seis meses.

—Pues te aseguro que a mí se me han hecho eternos. —Elyse sonrió mirando sus ojos. —Preciosa... voy a besarte —susurró con voz ronca.

—Lo estoy deseando.

La cogió por la nuca y la besó como si quisiera devorarla. Nunca se sintió más deseada que en ese momento y respondió a su beso de manera entregada. La mano de su nuca bajó por su cuello erizándole la piel y llegó a su pecho amasándose por encima del vestido. Gimió de

placer en su boca y más aún cuando la otra mano fue a parar a su trasero amasándose con pasión para pegarla a sus caderas. Incluso a través de sus voluminosas faldas sintió su sexo endurecido y apartó su boca para mirarle a los ojos con la respiración agitada. Él acarició su labio inferior con la lengua antes de reclamar su boca de nuevo.

—¡Paul la escopeta!

—Sí, Marqués. Ya la tengo cargada.

Miles rió en su boca y se apartó con una sonrisa en la cara. —Está claro que mi suegro no va a dejarme ni un segundo de más.

Con los labios hinchados por sus besos le abrazó por el cuello. —¿Estás impaciente?

—Mucho. Pero cielo, como no te apartes no llegaré a la boda. —Carraspeó dando un paso atrás mientras la sujetaba por la cintura para que se apartara. —Jonathan, no es necesario.

Asombrada vio que su padre tenía la escopeta en la mano. —¡Padre! ¡Qué nos casamos mañana!

—¡Exacto mañana! ¡Así que cada uno a su casa! —Señaló la casa de al lado con el cañón de la escopeta. —Tú allí y tú aquí. ¡Mañana acabará esto por fin y podré dormir tranquilo porque desde que eres vecino no pego ojo!

Miles reprimió la risa. —Prometí...

—Ya, ya. ¡Pero es que mi niña es irresistible! —exclamó antes de entrar de nuevo.

Asombrada miró a su prometido que se echó a reír. —¿Nos estaba vigilando de noche?

—Cielo, con dos lacayos en el jardín. Te aseguro que se alegrarán muchísimo de la boda. Mucho más que nosotros con las lluvias que ha habido.

—Uy, espero que mañana no llueva. —Él la besó en la mejilla y Elyse susurró contra su oído —Estos han sido los mejores meses de mi vida.

Él sonrió apartándose y la besó en los labios. —Y vendrán más, cielo.

Nunca en su vida se sintió más feliz que en ese momento y sus preciosos ojos verdes lo demostraron porque sintió realmente que él quería pasar el resto de su vida a su lado. Miles sonrió y cogió su mano besándola y metiéndola de nuevo en el salón donde Allison le guiñó un ojo al entrar antes de seguir con su bordado mientras su padre gruñía.

Paul entró en el salón y se acercó a su padre agachándose tras su sillón y susurrándole algo al oído. Su padre se tensó y dejó el libro sobre la mesa que tenía al lado y dijo levantándose — Disculpadme. Al parecer Haligan tiene que comentarme algo. Miles no te vayas, quiero hablar contigo de ciertos detalles.

Su prometido asintió y Elyse supuso que eran detalles sobre su dote. Aunque le extrañaba que hubiera tardado tanto en ponerle al corriente de un tema tan importante en el matrimonio.

Mirando de reojo a Allison que estaba distraída con su bordado susurró —¿Te ha hablado de mi dote?

Miles chasqueó la lengua. —Cielo, eso son cosas entre nosotros.

Jadeó ofendida. —Perdona, ¿qué has dicho? —Él reprimió la risa y suspiró aliviada. — ¿Serás bromista? ¿Te lo ha contado o no?

—¿Que mañana mis arcas estarán a rebosar? Sí, preciosa. Me lo ha dicho. —Se acercó sin ningún disimulo y le dio un beso en los labios haciendo carraspear a Allison que como siempre estaba en todo aunque lo disimulara. Miles rió por lo bajo. —Pero eso ya lo sabía cuando te conocí.

—Bien. —Cogió su bordado y lo miró pensativa. En realidad le hubiera gustado que le dijera que sabía que su dote era buena, pero que no le daba ninguna importancia o algo así. Que su matrimonio era lo único que deseaba. Cogió la aguja que tenía clavada en la tela. En realidad, nunca le decía algo que no fuera más allá de que la deseaba mucho o que quería hacerla suya. En esos meses no le había dicho que la amaba por mucho que ella se lo hubiera repetido una y otra vez. Siempre tenía la frase adecuada, le decía apelativos cariñosos, pero esas palabras no habían

salido de su boca. Parecía que estaba a gusto con ella, ¿pero la amaba? No, no lo creía. Su amistad había aumentado de manera exponencial y eran cómplices el uno del otro. Se contaban todo, o al menos era lo que ella creía, pero de ahí a decir que la amara... Se sintió algo desmoralizada porque si no la amaba después de esos meses igual no llegaba a amarla nunca. No podía negar que su manera de vivir había cambiado radicalmente desde su compromiso. No salía sin ella excepto al club a ver a sus amigos, pero claro, sus amigos íntimos ya estaban casados y era lógico que ahora se sintiera aún más integrado con una pareja. Parecía encantado, pero no sabía si cumplía todas las expectativas que él tenía en ese matrimonio, sobre todo porque aún no habían compartido lecho y eso la ponía muy nerviosa. ¿Y si no era como ella? No tenía ni idea de lo que había que hacer, al menos en la práctica porque Allison ya le había explicado el procedimiento. Muy ilusionada, por cierto, porque parecía entusiasmada con las relaciones con su padre. Le había dicho que era maravilloso, un momento único entre la pareja. Y al parecer era clave y si ella no daba la talla... Se mordió el labio inferior preocupada. No, eso no podía ser. Aprendería lo que hiciera falta para hacerle feliz. Entonces mirando la flor que tenía a la mitad se le pasó un pensamiento por la mente. ¿Cuánto tiempo tendría que esforzarse en esa relación? ¿Siempre sería ella la que daría y daría esperando impaciente esas palabras que le hicieran saltar su corazón de felicidad? ¿Aquello se acabaría alguna vez? El miedo la recorrió por si no lo conseguía nunca.

—Estás muy callada.

Se sobresaltó mirando a su prometido y forzó una sonrisa. —Estaba pensando.

Él sonrió. —Ya te he dicho mil veces que piensas demasiado.

—Son los nervios de la boda.

Elyse sonrió a su amiga porque la había sacado del atolladero. —Sí, debe ser eso. Pienso en mil cosas a la vez. Tú también estabas muy nerviosa la noche antes, ¿recuerdas?

Allison hizo una mueca. —Es que no hacía más que pensar que la Reina se presentaría y

que detendría a tu padre por mentiroso.

Se echaron a reír. —La verdad es que tiene soltura para mentir —dijo Miles divertido—. Le dijo que se había quedado viudo una semana antes pero que no había dicho nada para no perturbar a su hija recién comprometida. Y se quedó tan tranquilo. Al menos aparentemente. —Se echó a reír a carcajadas. —Teníais que haber visto la cara de la Reina porque eso sí que no se lo esperaba. Dijo que ya tenía escrita la carta y que solo le faltaba ponerle el nombre. Le hizo un gesto con la mano sin darle importancia y dijo que ya que la tenía escrita igual la aprovechaba para otro. Que nunca se sabía.

—Fue muy amable. Afortunadamente todo ha ido bien. —Guardó su bordado en el costurero mientras ellos la observaban.

—Y también te irá muy bien a ti. —Allison sonrió. —Estoy segura. Hacéis una pareja perfecta.

Miles frunció el ceño. —Elyse, ¿tienes dudas?

Le miró sorprendida. —¿Dudas? No, claro que no. Te lo acabo de decir en el jardín.

Él pareció aliviado. —Menos mal, me apetece muchísimo probar esos canapés que va a hacer el cocinero francés que tu padre ha contratado.

Sabía que era un bromista, pero justo en ese momento no necesitaba algo así. Necesitaba que le dijera que la amaba y que no dudara de sus sentimientos. Que serían muy felices juntos hasta el día de su muerte. Pero era pedir demasiado. Ella forzó una sonrisa como si le hubiera hecho gracia, lo que provocó que Miles perdiera la suya poco a poco. Iba a coger su mano cuando el Marqués entró en el salón. —Miles, ven conmigo —dijo muy serio.

—Padre, ¿ocurre algo?

Su padre negó con la cabeza. —Es un tema administrativo y quiero el consejo de Miles. Enseguida estamos con vosotras.

—Bien —susurró, pero algo en los ojos de su padre la inquietó.



—Aquí pasa algo —dijo Allison dejando el bordado a un lado y levantándose.

—¿Tú crees?

—Es obvio que tu padre te puede meter mentiras como puños por el amor que le profesas, pero lo he visto en su cara. Ha vuelto a mentir. —Caminó hacia la puerta. —Voy a pegar la oreja.

Corrió tras ella hasta el despacho de su padre que ya tenía la puerta cerrada. Allison chistó. —No hagas ruido.

Pegadas a la puerta acercaron la oreja a la superficie. —No se oye nada.

—Shuss. Espera —dijo su amiga.

—¿Quién ha traído esto? —preguntó Miles muy serio al otro lado de la puerta.

—Un lacayo de tu casa y Paul me lo dio de inmediato al ver el remitente.

¡Era una carta!

—Quémala.

—Deberías leerla. Puede ser importante —dijo su padre preocupado.

—Tú no quieres que la lea y yo no tengo ningún interés.

—Fue tu esposa. —A Elyse se le cortó el aliento sintiendo como el terror la recorría. ¡Una carta de Lidia! No podía tener tan mala suerte justo el día antes de su matrimonio. Miró a Allison a los ojos y ésta apretó los labios. —Igual necesita algo y puede que te arrepientas si te enteras en el futuro.

¡No! Iba a entrar, pero Lidia la cogió con fuerza de la muñeca impidiéndoselo mientras Miles decía —Esto es solo un intento desesperado de que mañana no me case y lo sabes.

—Y esa es una decisión que solo puedes tomar tú.

¿Qué estaba haciendo su padre? Con el corazón en la boca esperó la respuesta de Miles y cerró los ojos al darse cuenta de que la estaba leyendo. Asustadísima esperó sus siguientes palabras que estaba segura de que eran decisivas en su vida. —¿Qué te dice? —preguntó su padre.

—Lo que suponía —dijo muy tenso—. Creo que será mejor que me vaya a casa. Mañana va a ser un día largo.

—¿Te presentarás?

—Yo siempre cumplo mi palabra, Marqués. Esa boda se celebrará. Es una cuestión de honor.

Pálida por su respuesta ni se dio cuenta de que Allison la cogía de la muñeca y tiraba de nuevo de ella hacia el salón sentándola a su lado. —Repite y disimula, cielo. Que no te vea afectada o sabrá que lo sabes. —Cogió su mano helada y se la apretó. —Sonríe.

Al escuchar pasos en la entrada del salón forzó una sonrisa y les miró sobre su hombro. — ¿Ya lo habéis arreglado?

Miles muy serio asintió y se acercó para darle un frío beso en la mejilla. —Es hora de que me vaya. Debes descansar.

Miró esos ojos castaños que hacían latir su corazón. —Que descanses, mi amor.

Él crispó los labios antes de acariciarle la mejilla con ternura y salió del salón despidiéndose de los demás sin dirigirle una mirada más, mientras Elyse paralizada de miedo veía impotente como se alejaba de ella.

Se hizo el silencio hasta que escucharon que había salido de la casa y durante unos minutos más. Su padre preocupado fue a servirse un whisky. Le vio bebérselo de golpe antes de servirse otro. Al parecer lo necesitaba.

—¿Qué has hecho? —gritó Allison levantándose de un salto y sobresaltándoles a los dos. Sobre todo a su padre que se tiró el whisky encima.

Le miró asombrado. —¿Estás loca, mujer? ¡Casi me muero del susto!

—¿Es que estás loco tú? ¿Por qué le has dado esa carta precisamente esta noche? —gritó furiosa.

—¿Está claro que o tienes un sexto sentido o has escuchado detrás de la puerta!

—¡Pues las dos cosas! —Puso los brazos en jarras. —Estoy esperando una respuesta, marido... ¡Y ya puede ser buena!

El Marqués miró a su hija preocupado. —Tenía que hacerlo, ¿comprendes? Debe estar seguro totalmente de que quiere casarse contigo. Así te evitarás sufrimientos en el futuro.

—¡Estaba seguro antes de que le entregaras la carta! —exclamó su mujer.

—Allison déjalo.

—¿Que lo deje? —Miró a Elyse incrédula. —¡Te ha fastidiado la boda! ¡Solo hay que verte la cara! Ahora no pegarás ojo en toda la noche porque tu prometido se ha ido a toda prisa. Se te están pasando mil cosas por la cabeza. ¡Tus ojos no me engañan!

Pues Miles no se había dado cuenta de nada, lo que indicaba lo perturbado que estaba por lo que había ocurrido. Agotada suspiró levantándose. —Creo que voy a acostarme.

Su padre dio un paso hacia ella preocupado. —Pediré que te lleven esa tisana que te ayuda a dormir. No debes preocuparte, hija. Miles es un hombre de palabra y se casará contigo.

—Eso lo sabías antes de darle la carta, padre. —Su padre se sonrojó asombrando a su esposa. —Lo que tú querías ver era su reacción al leer la carta y te morías por saber lo que ponía. Por cierto, ¿qué ponía?

—No lo sé. La arrugó en su mano y debió guardarla.

Sonrió con tristeza. —¿No la quemó?

—No.

Intentó contener las lágrimas. —Buenas noches.

—Hija...

Elyse intentando mantener la compostura salió del salón como toda una dama y Jonathan cerró los ojos jurando por lo bajo. Allison se acercó y tocó su antebrazo. —Cielo, ¿qué has

hecho?

—Meter la pata y hacer infeliz a mi hija, eso he hecho. —Bebió de su vaso que estaba vacío y Allison preocupada vio que su mano temblaba. Con delicadeza lo cogió y le sirvió otro whisky. —Gracias, querida.

—¿Qué querías comprobar? ¿Su reacción como ha dicho tu hija?

El Marqués apretó los labios. —Quería confirmar algo.

—¿El qué?

—Ven, sentémonos.

Allison se asustó. —Jonathan, ¿qué ocurre? —Como Jonathan no le respondía se sentó a su lado en el sofá impaciente. —Dime...

—Hace dos días estaba en el club y vi a Miles tomando algo con unos amigos. Me acerqué a saludar, pero el Duque de Stradford me detuvo para invitarnos a una merienda que va a dar su mujer en el parque ahora que empieza el buen tiempo.

—Sí, esta tarde ha llegado la invitación de la duquesa.

—El hecho es que me estaba despidiendo cuando escuché algo de la mesa que tenía justo al lado. Un lord que yo no conocía se reía con su amigo y se reía de Miles.

Jadeó indignada. —¿De Miles? ¿Y por qué razón si puede saberse?

—Por su anterior matrimonio. Decía que no engañaba a nadie con el casamiento con Elyse. Que todo el mundo sabía que el Conde seguía enamorado de su primera esposa y que solo se había divorciado por puro orgullo. Que era él quien pagaba y muy bien a los carceleros de su esposa para que viviera en la cárcel como una mujer de su posición. —A Allison se le cortó el aliento y su marido asintió molesto. —Comentaban que tenía una celda espaciosa con luz natural y que en la cárcel comía tres veces al día auténticos manjares. Comida que le traen de fuera todos los días. ¡Incluso paga las facturas de cierta modista de segunda que accede a ir a prisión para que elija las telas! ¡Es inaudito! Por eso en cuanto llegó la carta, que venía a nombre de esa mujer, Paul me

llamó de inmediato, porque no es tonto. ¡Cómo venía de su casa debía entregársela y quería saber su contenido! ¡Yo no podía abrirla, así que hice que lo hiciera él cuando hubiera sido mucho mejor para todos no habérsela entregado!

—Pero eso no podías hacerlo, mi amor. Si tiene correspondencia con ella a menudo te hubieran pillado tarde o temprano.

—¡Exacto! Tenía que darle la carta sí o sí. Así que preferí que la abriera delante de mí para comprobar su reacción.

Allison apretó los puños. —No puedo creérmelo. Si a veces parece que la odia.

—Y eso no es todo.

—¡Válgame Dios! ¿Qué más?

—El duque que escuchó la conversación tan bien como yo mientras nos tomábamos una copa me dijo que debía ignorarlo. Que era algo lógico teniendo en cuenta que era su primera esposa.

—Así que el rumor corre por todo Londres.

—Y debe ser cierto porque el duque no es hombre de chismorreos. Si el duque dice algo es porque lo sabe de buena tinta. Tiene muy buenos contactos.

Allison se llevó una mano al pecho impresionada. —Querías que se delatara para pedirle explicaciones.

—¡Exacto! Pero nada. Fue hermético y no mostró más que furia porque hubiera llegado esa carta. De hecho, me pidió que la quemara sin abrir.

—También es lógico porque la carta al final llegó aquí. Igual no quería que nos enteráramos. —Allison frunció el ceño. —También dijo que ella solo quería estropear su matrimonio.

—¡Ya no sé qué pensar!

—Igual cree que es su deber. Al fin y al cabo fue su esposa.

—Tengo que averiguarlo.

Allison levantó una ceja. —Cariño, ¿has preguntado a su mayordomo?

La miró asombrado. —¿Yo?

Su mujer puso los ojos en blanco. —¡Sí, tú! Hay que preguntarle si le han llegado más cartas de ella. Así sabremos la verdad.

—No haréis nada.

Se quedaron de piedra volviéndose para ver a Elyse con la cara descompuesta en la entrada del salón. —Pero hija...—Su padre se levantó. —¿No te importa?

Sonrió con tristeza. —Sí me importa. Pero como dijo el duque de Stradford es su primera esposa y supongo que tiene derecho a algo por su breve matrimonio. Entiendo que se sienta responsable —mintió mientras se le desgarraba el alma—. Es asunto de Miles y vosotros no haréis nada. No es problema vuestro.

—¡Tú eres problema mío y lo serás mientras viva! —gritó su padre.

Ella miró sus ojos negros y sonrió antes de decir serena —No, padre. A partir de mañana seré problema de mi marido, como Lidia lo fue antes que yo. Ahora buenas noches. —Se alejó de la puerta. —Os aconsejo que vayáis a dormir. Mañana va a ser un día muy largo.

El Marqués no salía de su asombro y Allison suspiró pasándose la mano por la frente. —Esto es un desastre. Ahora sí que le hemos fastidiado la boda.

—¡Mierda! —Jonathan furioso tiró el vaso a la chimenea.

Cuando su doncella entró por la mañana sonriendo para despertarla, vio sorprendida que estaba en el banco de la ventana mirando el exterior con la mirada perdida. —Milady, se ha

levantado temprano. ¿La tisana no la ayudó a dormir?

—No mucho.

—Claro, los nervios de la boda. No se preocupe que mañana pensará que todo ha sido un sueño, milady.

Se acercó al maniquí que estaba en el centro de la habitación y apartó la tela que lo cubría, mostrando el maravilloso vestido blanco que se había hecho para la ocasión. Elyse lo miró pensativa. El vestido de novia que cualquier mujer soñaría. Se lo había probado con tanta ilusión... Y ahora toda esa ilusión había desaparecido. Se sentía agotada como si hubiera golpeado una pared de piedra una y otra vez para solo conseguir hacerse daño.

—Enseguida traigo el baño para que se asee después de desayunar. La bandeja está casi lista.

—¿Lady Allison se ha levantado ya?

—Sí, milady. Está desayunando con su padre mientras ultima algunos preparativos con Paul. Nadie quiere que nada salga mal. —La miró preocupada porque en lugar de estar muy contenta como en los días anteriores parecía triste y apagada. —¿Está bien, milady? ¿Necesita un médico?

Miró hacia la ventana de nuevo y susurró —Dile a mi padre que suba. Quiero hablar con él.

—Enseguida, milady.

Teresa salió prácticamente corriendo de la habitación. Ni se dio cuenta de cómo pasaban los minutos sumida en sus pensamientos cuando la puerta de su habitación se abrió y su padre entraba con Allison tras él. La miró preocupado y cuando llegó a su lado se sentó. —¿Qué ocurre, hija?

—He pensado...

Su padre acarició su pálida mejilla. —Habla, habla sin miedo.

Una lágrima corrió por su cicatriz. —No quiero casarme, padre.

Allison se tapó la boca con la mano de la impresión y su marido la miró de reojo antes de centrarse en su hija que era obvio que estaba sufriendo. —¿Lo has pensado bien?

—No me ama y esa mujer siempre estará entre nosotros. Nunca conseguiré su amor.

—Cielo, no digas eso —dijo Allison agachándose ante ella para coger su mano y que la mirara—. Has conseguido mucho en poco tiempo.

La miró como si su alma estuviera muerta. —¿Qué he conseguido? No he conseguido nada. ¿Que me desee? —Negó con la cabeza. —Eso puede hacerlo cualquiera y todas las mujeres que han pasado por su lecho son prueba de ello. Yo quería mucho más y no he conseguido nada. Estos seis meses han sido totalmente inútiles.

—¿Vas a renunciar a tu amor por él, cielo? —preguntó su padre—. ¿Acaso no eres feliz a su lado?

Se echó a llorar porque no podía negar que le amaba con locura, ¿pero era justo para él? Estarían ligados para siempre cuando el amor de su vida saldría de la cárcel en seis meses. Él no lo sabía. Si lo supiera igual ni se casaba con ella y ese rechazo no podría soportarlo. Prefería cortar por lo sano cuanto antes.

—Hija... —Su padre angustiado la abrazó y acarició sus rizos rubios. —He visto cómo te comportas cuando él está presente. Nunca te he visto tan feliz como ahora. Será un buen marido.

—La ama a ella, padre —dijo sobre su hombro.

—Con ella apenas pasó unos días y tú has estado en su vida meses. Y hoy serás su esposa porque él lo quiere. —La apartó para ver sus ojos verdes llenos de lágrimas. —Te ha escogido a ti para compartir su vida cuando no tenía por qué haberlo hecho. Podía haber seguido adelante con su vida licenciosa, pero ha querido avanzar y lo quiere hacer a tu lado. Quiere que forméis una familia.

—Lady Lidia estará fuera de la cárcel en seis meses.



A su padre se le cortó el aliento. —¿Qué dices? —Miró a su mujer incrédulo y ésta asintió. —Así que es cierto. La Reina va a indultarla.

—En seis meses. Le ha dado ese plazo a Elyse para...

Su padre comprendió. —Para enamorarle. —Cogió a su hija por los hombros. —Pues aún tienes seis meses.

—No hay nada que hacer, padre. ¡No me ama ni me amará! ¡Se escribe con ella! — exclamó angustiada porque el día anterior ni se le hubiera pasado por la cabeza algo así—. ¿Qué ocurrirá cuando ella salga? ¿Me apartará? ¿No puedo vivir así!

El Marqués se incorporó. —Voy a hablar con él.

—No padre...

—Creo que es hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Jonathan...

—¡No! ¡Esto hay que solucionarlo de inmediato! ¡Por Dios, en cuatro horas es la boda! ¡Debemos saber a qué atenernos si vamos a cancelarla!

Asustada miró a Allison a los ojos mientras su padre salía de la habitación a toda prisa. — Se va a enfadar.

—¡Claro que se va a enfadar! ¡Vas a dejarle en ridículo ante todo Londres como anules la boda!

Elyse que no había pensado en ello palideció aún más y pensando en su humillación y en lo que diría la gente, de repente todo empezó a dar vueltas mientras Allison gritaba, pero ella dejó de oírla porque todo quedó en negro antes de caer al suelo de madera.

Un olor penetrante entró por sus fosas nasales haciendo que se despertara de golpe y lo

primero que vio fueron los ojos castaños de Miles que parecían preocupados. Se echó a llorar abrazando su cuello y su prometido la abrazó a él acariciando su espalda. —Shusss, preciosa... Me has asustado. —La abrazó aún más pegándola a su torso y ella calmándose apoyó la mejilla sobre su hombro. —¿Te están superando los nervios? —Acarició su espalda como si quisiera relajarla. —¿Recuerdas lo que te dije la noche en que te conocí? No te preocupes por lo que digan los demás. Eso no importa, preciosa. Y no importa nada más que tú y yo.

—¿Me lo prometes? ¿Tú y yo? ¿Nadie más?

—Tu padre me ha contado que cierto rumor que corre por la ciudad te preocupa. No es cierto. Es su madre quien la mantiene en prisión.

—¿De verdad? ¿Me lo juras?

—Jamás he pagado a un empleado de la cárcel para que Lidia viva mejor como se dice por ahí. Te lo juro.

—¿Qué decía la carta?

A Miles se le cortó el aliento y la apartó para mirar sus ojos. —¿La carta?

—También se lo he contado —dijo su padre muy serio.

—¡Pues bien que dijiste que no querías disgustarla! ¡Mira el resultado!

El Marqués apretó los labios. —¡Hice lo que en ese momento creía mejor!

Su prometido la miró a los ojos. —Pedía que no me casara. No voy a entrar en más detalles porque es innecesario.

Lo suponía y sin poder evitarlo porque ya no aguantaba más susurró —¿Aún la amas?

—¡Claro que no, Elyse! ¿Cómo se te ocurre? ¡La odio!

—Ese es un sentimiento casi tan fuerte como el amor.

Miles se levantó de la cama pasándose la mano por su cabello castaño demostrando que le estaba poniendo muy nervioso. —Vamos a ver, ¿qué quieres que te diga?

—La verdad.

—¡Pues la verdad es que la odio! ¡Odio lo que hizo y cómo me hizo sentir! ¡Odio su frialdad y como pensó en todos menos en mí! ¡Eso es lo que odio!

—Si ella volviera...

—¡Ella no va a volver nunca! ¡Ese asunto está muerto y enterrado! —gritó furioso—. No sé por qué tienes que sacar ese tema precisamente este día.

Algo en su interior le impidió decir la verdad, así que simplemente dijo —Porque aún estamos a tiempo de remediarlo.

A Miles se le cortó el aliento y la miró incrédulo dando un paso atrás. —¿Qué has dicho?

Le rogó con la mirada. —Te amo. Te amo muchísimo, pero si no vas a ser feliz conmigo, si no vas a hacerme feliz...

—Creía que eras feliz —dijo sin poder creérselo.

Alargó su mano hacia él necesitando sentirle y Miles la cogió de inmediato sentándose a su lado. Ella se echó a llorar y la abrazó con fuerza. —Dime que te hago feliz, preciosa —dijo casi desesperado—. Necesito que me lo digas.

Allison reprimió un sollozo y su marido la abrazó por los hombros mientras ella decía —Te amo. Nadie puede hacerme más dichosa.

Miles cerró los ojos como si fuera el mejor regalo del mundo. —Prometo que nunca dejaré que nada te haga daño. —La besó en la sien. —Solo tú serás importante. Lo demás no debe afectarnos.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro, cielo. Olvídate de ella. Nunca volverá. No importa lo que la gente diga, no importa lo que diga nadie.

—Y si lo hiciera y si la Reina...

—Nunca volverá a mi vida —dijo tajante cortándole el aliento. La apartó para mirarla a los ojos—. Solo tú y yo, cielo. Lo demás no importa.

Su corazón se hinchó de la alegría y se acercó para besarle. Miles al sentir sus labios tomó el control del beso de manera apasionada y ella le abrazó por la cintura entregándose en cuerpo y alma. Un carraspeo la hizo gemir cuando él se apartó suavemente acariciándole las mejillas. Miles sonrió sin soltarla. —¿Estás mejor?

—Lo siento.

—Esa cabecita tuya no deja de dar vueltas y vueltas. Pero no quiero que hagas esto más. Solo tienes que hablar conmigo, cielo.

—Te amo.

Él besó sus labios lentamente y se levantó. —Sí, suegro. Tranquilo, no vaya por la escopeta.

—A puntito he estado —bromeó sonriendo.

Miles sin dejar de mirarla sonrió. —¿Todo bien?

—Sí. —Sonrió para que se quedara tranquilo. —Demasiados nervios.

—Acabará antes de que te des cuenta y después disfrutaremos de una luna de miel como mismísimos reyes.

Sonrió aún más pensando en el increíble viaje que su padre les había organizado. —Lo estoy deseando.

Él le guiñó un ojo yendo hacia la puerta y al mirar el vestido de novia frunció el ceño. — ¿Eso no tiene mucho escote?

—¿Conde! —dijo Allison indignada—. ¡Está como marca la moda!

—Espero que esté un poco más arriba que como marca la moda, Marquesa... ¿No habíamos hablado de esto?

—Miles... —Su prometido la miró. —Te veo en el altar.

Él sonrió antes de salir de la habitación. Sus padres la miraron indecisos y sacó los pies de la cama. —Solo necesitaba hablar con él. Ahora todo está bien.

—No le has dicho que la van a soltar... —dijo Allison preocupada.

La miró a los ojos. —No, pero es que cuando me ha abrazado...

Su padre dio un paso hacia ella. —No te tortures por eso, cielo. Le amas y no quieres perderle. Te has dado cuenta cuando te ha abrazado y es lógico.

—Debéis pensar que estoy loca —dijo avergonzada.

—No. Eres una mujer enamorada que quiere intentarlo las veces que haga falta. Hoy serás su esposa. Ya no habrá marcha atrás. Uniréis vuestras vidas para siempre e igual es lo que necesitas para sentirte segura. —Allison sonrió apartando su cabello de su hombro con cariño. — Sí, creo que es lo que necesitas. Ser su esposa. Ese lugar no te lo quitará nadie hasta tu muerte, cielo. Seguro que esos temores se van poco a poco por la seguridad que te dará tu marido.

—Eso espero. —Sonrió tímidamente sintiendo de nuevo la excitación por la boda gracias a la visita de Miles. Tenía que haber hablado con él la noche anterior en lugar de torturarse con estupideces. Al ver el vestido su corazón saltó. ¡Iba a convertirse en su esposa! Después de ese momento de pánico que Miles había eliminado por completo, estaba deseando iniciar su vida de casada a ver si notaba la diferencia.

## Capítulo 10

Y vaya si la notaba, pensó sin aliento viendo como la puerta se abría dando paso a su flamante marido solo vestido con un batín de terciopelo borgoña. Tragó saliva por su intensa mirada que le prometía mil cosas y sintió que su corazón se le salía del pecho mientras se acercaba a la cama donde ella le había esperado, pues había probado mil sitios distintos y ninguno había sido de su gusto. Y como al final suponía que iban a terminar allí, decidió meterse en la cama cubriéndose con las sábanas hasta la barbilla.

Miles levantó una ceja sentándose en la cama doblando una rodilla sobre el colchón y al ver el vello de su pierna la respiración se le alteró de manera alarmante. —Preciosa...

—¿Si? —preguntó sin dejar de mirar esa pierna con los ojos como platos.

—¿Tienes frío? ¿Echo más leña a la chimenea?

Negó con la cabeza sin ser capaz de articular palabra y Miles alargó la mano cogiendo las sábanas para bajarlas lentamente. Se sonrojó soltándolas y él las apartó hasta sus caderas. —¿Estás nerviosa? —preguntó con voz grave viendo que no se había quitado la bata. Cogió uno de los cordones que la ataban a su cuello y tiró lentamente.

—Un poco.

—No tienes por qué estarlo. Sé lo que me hago, ¿sabes? —Con una sola mano apartó cada extremo de la bata mostrando su hermoso camisón blanco apenas transparente donde se veían las aureolas de sus pechos. Casi salta de la cama al ver su mirada de deseo y más cuando esa mano se posó en su vientre subiendo poco a poco hasta su pecho derecho acariciándolo por encima de la tela del camisón. —¿Te gusta?

—Sí —susurró antes de gemir al sentir como su pulgar rozaba su pezón endurecido. —  
¿Qué hago?

Él la miró entre sorprendido y divertido. —¿Qué haces?

—Algo tendré que hacer. —Se apoyó en sus codos elevándose. —¿O no? ¿Lo haces tú  
todo?

Los ojos de Miles brillaron. —¿Qué quieres hacer?

Pensó en ello y se moría por besarle. Se sonrojó aún más. —Besarte... y tocarlo.

—Pues hazlo —dijo con voz ronca—. Yo te tocaré a ti.

Sonrió sentándose en la cama y confiada porque eso sabía hacerlo rodeó su cuello con sus brazos, pero antes de que pudiera rozar sus labios él ya había atrapado su boca besándola y saboreándola de tal manera que parecía que la necesitara. Sin darse cuenta ella metió sus manos por el cuello del batín para acariciar sus hombros, lo que provocó que sus solapas se deslizaran para mostrar su pecho. Totalmente ida ni se dio cuenta de que su mano bajaba por él acariciando el vello de entre sus pectorales, provocando que Miles gimiera levantándose para tirar de las sábanas hacia abajo mostrando su cuerpo. Sin separar sus bocas él abrió su batín quitandoselo a toda prisa y antes de darse cuenta tiraba de su bata hacia atrás, lo que provocó que ella tuviera que alejar las manos de su cuerpo. Protestó en su boca antes de apartarse y abrió los ojos como platos al verle desnudo. Y era perfecto. Desde sus fuertes hombros pasando por sus pectorales hasta llegar a su... Madre mía, y todo era suyo. Tenía que haberse casado antes. —Estás...

—¿No querías tocar? —preguntó él con voz ronca cogiendo su muñeca y acercando la mano a su sexo—. Toca todo lo que quieras.

Fascinada pasó las yemas de los dedos por su miembro. Le sorprendió lo suave que era y lo acarició de nuevo antes de que él gruñera dando un paso atrás. —¿Lo hago mal? —Se puso de rodillas. —Déjame probar de nuevo que...

Su marido la cogió por la nuca elevando su rostro. —No lo haces mal. Lo haces

demasiado bien —dijo como si estuviera enfadado—. ¿Lo has hecho antes?

Parpadeó asombrada. —¿Qué?

La miró con desconfianza. —¿No?

Jadeó indignada y le dio un bofetón. Él ni se inmutó antes de mirar sus labios. El deseo la recorrió de manera arrolladora y se tiraron el uno sobre el otro de forma desesperada. La tumbó sobre la cama y rodaron besándose como posesos. Miles acarició su muslo por debajo del camisón y ella se estremeció entre sus brazos cuando esa mano llegó a su trasero. Apartó su boca de él gimiendo de placer cuando se metió entre sus piernas y ella le hizo espacio gustosa. Mirándose a los ojos se le cortó el aliento al sentir la punta de su miembro rozándola. Él movió las caderas haciéndola jadear de placer sujetándose en sus hombros y cerró los ojos disfrutando de lo que le hacía sentir. —Quería ir despacio esta vez, preciosa. Pero...

Abrió los ojos y acarició su cuello intentando atraerle sin darse cuenta. —Hazme tuya, mi amor. Te necesito.

Él gruñó besándola apasionadamente. Ni se dio cuenta como empujaba sus piernas hacia arriba abriéndola más a él, pero lo que sí sintió fue como su miembro entró en ella poco a poco. Miles apartó sus labios gimiendo contra su oído y ella se aferró a él clavando las uñas en sus hombros mientras la presión crecía poco a poco. Respirando agitadamente cerró los ojos mientras su marido avanzaba y sintió como llegaba a la barrera de su virginidad. —Mi esposa. —Entró en ella de golpe y Elyse gritó de la sorpresa porque no se esperaba que le doliera. Asombrada abrió los ojos como platos. Al parecer era muy grande para su agujerito. Se tensó sin darse cuenta y él gimió levantando la vista. —Ya ha pasado, cielo.

—¿Ya? ¿Así se hacen los niños?

Pues tampoco era para tanto como decía Allison. Su marido sonrió apoyando su frente en la suya. —Eres maravillosa, ¿lo sabías?

—Gracias. —Incómoda intentó moverse, pero no podía con su peso. —Si ya hemos



acabado... —Él salió de ella suavemente y perdió el aliento cuando el placer la recorrió. —Uy... Entra, entra. —Su marido reprimió la risa haciéndole caso y entrando de nuevo con contundencia. —¡Dios! —gritó arqueando su cuello hacia atrás.

—Así se hacen los niños, cielo —dijo con voz ronca antes de besarla en el cuello.

Cada vez que se movía el placer era infinito, pero algo en su cuerpo le decía que quería más y gimió aferrándose a él mientras cada músculo de su cuerpo se tensaba. Miles movió las caderas con más contundencia y se desesperó hasta que con un fuerte empujón gritó liberándose mientras su cuerpo se estremecía de éxtasis en sus brazos.

Ni sintió como su marido se apartaba con la respiración agitada porque Elyse seguía disfrutando de lo que le había hecho sentir. Minutos después abrió los ojos aún con una sonrisa en los labios y su marido estaba de costado observándola divertido. —¿Continuamos?

—¿Hay más?

Él rió por lo bajo. —Preciosa... quítate el camisón. Ahora voy a tocarte yo. Esto te va a encantar.

Ahora entendía a su padre con lo que había querido decir respecto a la luna de miel. Observó a su marido que intentaba dormir mientras el carruaje se movía de un lado a otro y la verdad es que era para estar agotado porque habían sido cuatro meses de lo más intensos recorriendo Europa. Frunció el ceño. ¿Estaba más delgado? Igual tenía que dejar que comiera más y no interrumpirle en ese momento con sus exigencias, pensó viendo sus ojos hinchados. Sonrió satisfecha porque ahora no se reprimía. Si quería algo de él se lo decía y afortunadamente su marido la consentía en todo. Pero viendo las ligeras ojeras que tenía alrededor de los ojos debía exigir algo menos. Esa noche le dejaría dormir al menos cinco horas. Uno por la noche y otro por la mañana.

Sonrió satisfecha mirando el paisaje. Ya estaban entrando en Londres. A ella le hubiera gustado quedarse un mes en Rainbow Hall, pero su marido llevaba mucho tiempo sin atender sus obligaciones y lo entendía. Además, también estaba deseando verlos a todos. Aunque les había enviado cartas desde todas las ciudades que había conocido estaba deseando hablar con ellos porque como era obvio no le habían respondido. Eso la llevó a pensar en su amiga Lia y en la carta que le había dado el día de su boda. Quería que se la diera a su padre en París si le encontraba y gracias a su marido que conocía a mucha gente allí, le había localizado en un barrio bastante empobrecido. La apenó muchísimo su situación y ver llorar al hombre cuando le entregó la carta le rompió el corazón. Por supuesto esperó a que escribiera su respuesta y se alegró cuando su marido le dio dinero medio a escondidas, hecho que el hombre le agradeció muchísimo dándole un abrazo. Recordó como de regreso al hotel su marido había estado muy callado y ella le había preguntado qué le ocurría.

—Es increíble como un hombre puede perderlo todo por una mala mujer.

Se le cortó el aliento. —Pero si había sido por el juego...

Él chasqueó la lengua. —Eso es lo que le han dicho a Lia, cielo. Y en parte es así. Pero fue su amante la que lo animó a apostar cuando todo el mundo veía que él no quería. Y no quería porque estaba apostando más de lo que tenía. Lo que es un delito.

—Dios mío... estaba solo.

—Es lo que pasa con las amantes, que cuando se acaba el dinero suelen hacer que no te conocen y buscan a otro que las mantenga.

Ahora de vuelta al carruaje miró a su marido. Ella jamás podría hacer algo así, dejarle cuando más le necesitaba. Esa zorra era una arpía y esperaba que se pudriera. Eso la llevó a otro pensamiento como que no le extrañaba que la madre de Lia no le tuviera a su marido ningún aprecio. Siempre se había preguntado por qué no se había ido con él. Ahora todo tenía sentido.

Había pensado muchas veces cómo explicarle a Lia lo que había pasado. En si decirle la

realidad de la vida de su padre o adornarla un poco para no hacerla sufrir. Mejor la adornaba un poco porque ya había sufrido bastante.

Suspiró mirando por la ventanilla. Que ganas tenía de llegar. Ya sentía el trasero adormecido de aquel asiento. Esperaba que su amiga hubiera encontrado a alguien que le agradara. Los días antes de su boda había estado muy intranquila porque veía que el tiempo pasaba y que su madre no había recibido ni una proposición de matrimonio. Y era totalmente incomprensible porque era preciosa.

—¿Qué piensas, cielo? —Se sobresaltó mirando a su marido y sonrió. —Tienes el ceño fruncido.

—Estaba pensando en la razón para que Lia no tenga pretendientes sinceros que le hagan una proposición de matrimonio. Es hermosa.

Su marido apretó los labios. —E inteligente. Pero desgraciadamente los hombres apenas conocen a las mujeres que cortejan. Así salen luego los matrimonios —dijo con ironía.

—¿A ti te ocurrió eso?

La miró sorprendido. —¿De verdad quieres saberlo?

—Sí —respondió mirando sus ojos.

Él pareció pensarlo. —Todavía ni sé lo que ocurrió. La saqué a un baile casi de manera obligada y me pareció embriagadora. Era divertida y hablaba por los codos. Nada aburrida. Y de ese baile se pasó a otro. Poco a poco y a pesar de casi no conocerla sentí que no podía vivir sin ella, pero no quería demostrarlo. Eso la enfadó y se alejó de mí. Fue cuando contactó conmigo de repente pidiéndome que me la llevara. Ni lo pensé.

—¿Te amaba?

Él miró sus ojos. —No me amaba ni una mínima parte de lo que me amas tú. Tu amor es inmenso al lado del suyo, preciosa.

Se le cortó el aliento porque estuviera tan seguro de ella y emocionada alargó la mano. Su

marido tiró de ella sentándola sobre sus rodillas para besarla suavemente en los labios mientras Elyse acariciaba su nuca. Ella se apartó y le acarició la mejilla. —Y te amaré siempre. No lo olvides nunca.

—Cómo me alegro de haber ido a probar el coñac de tu padre.

Elyse rió porque se sintió querida como durante toda la luna de miel. Miles le había demostrado que amar era mucho más que decirlo a todas horas y ahora sí que era feliz a su lado porque él se lo demostraba continuamente. Él acarició su vientre. —¿Cómo estás?

—Hasta que no me vea el médico no te hagas ilusiones.

—Cielo, no te ha bajado el periodo desde la boda y estás más gordita. —Jadeó indignada haciéndole reír y la miró intensamente. —Pero estás preciosa.

—Espero que sea niño y tan guapo como tú —susurró acariciando su cabello.

—Lo será.

Se echó a reír. —¿Quieres un heredero?

—Claro que sí —dijo indignado.

—¿Y si es niña? —preguntó maliciosa.

—Si es niña y sale a su madre, la vigilaré de cerca porque hay mucho caradura suelto. Si lo sabré yo.

—¿Serás uno de esos padres controladores?

—Totalmente. Le pediré la escopeta a tu padre. —Él acarició su espalda. —¿Serás feliz en Londres? Será vivir allí casi todo el año y no estás acostumbrada. Cuando podamos iremos a Rainbow, pero también tengo otras fincas que debo cuidar.

—Yo seré feliz donde estés tú.

El carruaje se detuvo y él besó su labio inferior. —Ya hemos llegado.

—¡Al fin! —Se levantó haciéndole reír y en ese momento se abrió la puerta para ver que

estaban ante la casa de su padre.

—Sabía que querías verles de inmediato —dijo entre risas mientras ella casi saltaba del carruaje.

La puerta de su casa se abrió y se detuvo en seco al ver a Paul antes de sonreír radiante.  
—Condesa, bienvenida a casa.

—Que bien estar en Londres —dijo quitándose los guantes—. ¿Dónde están?

Un chillido en lo alto de la escalera la hizo mirar hacia allí para ver a Allison. Pero lo que la dejó con la boca abierta fue el evidente vientre que tenía. —¡Estás aquí! —gritó su madrastra a punto de bajar las escaleras.

—¡No! —gritaron los tres a la vez dando un paso hacia las escaleras lo que hizo que la Marquesa se detuviera en seco.

—¡De verdad, no iba a bajar corriendo! —dijo indignada—. ¡Cada vez que bajo la escalera se ponen muy pesados!

—¡Voy a tener un hermano! —dijo emocionada acercándose—. Que se fastidie el primo Donald. —Se echó a reír maliciosa. —Seguro que se tira de los cuatro pelos que tiene desde que se ha enterado.

—De hecho, se ha quedado sin esos cuatro pelos, milady —dijo el mayordomo.

—Puede que sea niña —dijo Allison sin darle ninguna importancia. Se notaba radiante—. Y a tu padre le da igual. Dice que si sale como tú serán otros dieciocho años de alegría.

Abrazó a su amiga y le preguntó —¿Y papá?

—Pues ya debería estar aquí. Me dijo que vendría a tomar el té conmigo. —Se volvió hacia su yerno. —Válgame Dios, ¿qué te ha pasado? ¿Has estado enfermo?

—Gracias, suegra. Échele la culpa a su nueva hija porque no me deja pegar ojo.

Se puso como un tomate cuando Allison la miró asombrada. —Pues tú estás más gordita.

Con tanto ejercicio...

—¡Allison!

Se echaron a reír y en ese momento llegó su padre que les miró sorprendido. —¡Ya estáis aquí! —Su padre abrió los brazos y corrió hacia él.

Les observaron mientras él le daba vueltas como cuando era niña y sonrieron cuando la miró de arriba abajo. —Preciosa. —Miró a su yerno. —Hijo, yo también volví más delgado la primera vez. Se nota que ha salido a su madre.

Se puso como un tomate mientras los tres se echaban a reír. Miles la cogió por la cintura y la besó en la sien. —Pero ha dado sus frutos, suegro.

Los miraron sin comprender hasta que los dos a la vez abrieron los ojos como platos antes de gritar de la alegría abrazándose.

—Esto hay que celebrarlo —dijo su padre orgulloso—. ¡Paul! ¡Saca mi mejor coñac!

—Ya está sacado, milord. Sabía que llegaba el Conde.

Allison la cogió del brazo caminando hacia el salón mientras los hombres hablaban. — Cuéntame, ¿qué tal tu viaje de novios?

—Maravilloso —dijo emocionada—. Todo era tan precioso y...

—No me refiero a eso, tonta.

—Ah... —Miró sus ojos azules emocionada. —No he podido elegir mejor. Si antes le amaba, ahora... No sé explicarlo.

Le dio unas palmaditas en el brazo. —Eso es estupendo. Una noticia realmente maravillosa como tu embarazo.

—Tú sí que me has dado una sorpresa. Todavía no me puedo creer que vaya a tener un hermano.

Su padre se volvió con una copa en la mano. —¿Ves como no iba a molestarse? Siempre

ha querido tener hermanos.

—Eso se dice cuando eres pequeña, amor. De mayor es un poco... raro.

—Pues yo estudié con un chico que tenía hermanos de todas las edades —dijo Miles sentándose en el sofá mostrando ante todos que estaba agotado pues se había sentado antes que las damas, algo impropio en él—. Y no parecía afectarle en absoluto, os lo aseguro. De hecho, con diecisiete años su padre se volvió a casar y con veinticinco llegó su último hermano. —Frunció el ceño. —¿O fue con veintiséis? Bueno, hace poco.

—Cariño, ¿estás bien? —Preocupada se acercó a él sentándose a su lado.

—Debe ser el viaje.

—Es que es un viaje agotador. ¿Habéis viajado toda la mañana?

—Solo nos hemos detenido para dejar descansar a los caballos —dijo Elyse pendiente de su marido que estaba algo pálido y entrecerraba los ojos como si le doliera la cabeza—. Cielo, igual deberíamos ir a casa. Podemos hablar mañana.

—Claro que no. Estoy bien. —Sonrió a su suegro. —Además tenemos mil cosas de las que hablar.

Eso la tranquilizó un poco, pero durante el resto de la tarde hasta la cena había algo que no la dejaba, provocando que estuviera pendiente continuamente de su marido. Y sus peores sospechas se confirmaron justo después de la cena. Empezó a ver que sus mejillas se sonrojaban ligeramente, lo que la inquietó bastante. Miró de reojo a Allison que se acariciaba el vientre escuchando la conversación de los hombres sobre un terreno que su padre quería adquirir. Su marido hablaba más despacio como si le costara encontrar las palabras y ahí ella se levantó. — ¡Ya está bien!

La miraron sorprendidos. —Paul ve a llamar a un médico.

—¿Un médico? Cielo, ¿no te encuentras bien? —Su marido se levantó y al hacerlo tan rápido perdió el equilibrio doblándosele una rodilla. Su padre le agarró del brazo mientras ella

gritaba del susto levantándose para acercarse a él. —Estoy bien —dijo sin aliento pálido de nuevo.

—¡Paul!

—Sí, milady. Enseguida lo traen.

Le cogió por el brazo con una mano y pasó la otra por su frente. —Tiene fiebre. Padre ayúdame a levantarlo.

—Allison sube a tu habitación.

La Marquesa se levantó de inmediato apretándose las manos. —Pero...

—¡Ahora! No puedo permitir que tú te pongas enferma también.

—Mierda —dijo su marido cerrando los ojos—. Me mareo.

Paul se acercó a ellos. —Permítame, milady.

—Gracias, Paul. —Entre su padre y él consiguieron llevarlo hasta el sofá para tumbarle y ella le puso un cojín bajo la cabeza para que estuviera más cómodo. —Cariño...

Él abrió los ojos y sonrió. —Ahora entiendo lo del médico.

—Tenías que habérmelo dicho. —Miró a Paul. —Agua fría y unos paños.

—Enseguida, Condesa.

—Seguro que no es nada, pero tú tampoco deberías estar aquí, hija. Y el doctor te dirá lo mismo que yo.

Miró a su padre como si no se lo creyera. —No me voy a mover de su lado, padre.

—Tu padre tiene razón. El bebé...

—Calla —dijo con ternura antes de acariciar su mejilla rozando un ligero sarpullido que tenía cerca de la patilla—. No hay nada en esta tierra que me separe de ti cuando me necesitas, ¿entiendes? Nada. Ahora vamos a llevarte a casa para que te pongas cómodo. Así podrás descansar lo que quieras.



—Dame un minuto. Enseguida podré levantarme.

Pero eso no fue así a pesar de los paños fríos en la frente, así que Elyse ordenó que le metieran en el carruaje para recorrer los pocos metros que llevaban a su casa. Como era tan grande necesitaron a tres lacayos para subirle por las escaleras y Elyse se encargó de desvestirlo preocupadísima porque su frente cada vez estaba más caliente y el médico no terminaba de llegar.

Como pasó una hora y el médico no llegaba, ordenó que buscaran a otro de inmediato. Rogers, el mayordomo de su marido cuando era soltero y que ahora se encargaba de la casa, entró en la habitación mientras ella refrescaba el paño de nuevo en una palangana. —¿Se sabe algo?

—Sí, milady. Ya sé la razón por la que no podemos localizar a los médicos. Ha habido una explosión en una de las fábricas cerca del puerto y hay muchos muertos.

—Dios mío... Así que han ido a ayudar.

—Eso es, milady. Tardarán horas en estar disponibles porque hay muchas operaciones pendientes.

—Sí, por supuesto. —Miró a su marido que se había quedado dormido. Entendía el problema, pero su marido también necesitaba ayuda. Entonces recordó que Lia era una aficionada a la lectura como su padre y que en una de sus charlas le había comentado que le fascinaban los manuales médicos. Puede que ella supiera qué hacer mientras llegaba el doctor. —Envía un carruaje a casa de Lady Lia Campbell, ¿sabes de quién te hablo?

—Sí, milady. Su amiga. La que vino varias veces cuando estaba decorando la casa y que siempre gruñe al señor, aunque le cae muy bien.

—Esa misma. Vive en la calle Davies. No recuerdo el número. Es una casa con la puerta blanca de ladrillo rojo. Vete tú mismo. Explícale la situación y dile que la necesito.

—Enseguida, milady. Volveré cuanto antes. —Estaba saliendo cuando se le ocurrió algo. —¡Rogers! —El mayordomo la miró. —Antes vete a casa de mi padre y dile que envíe a alguien de confianza a Rainbow Hall para que traigan al médico. El doctor Everly es magnífico y seguro

que no le importa venir a Londres si se lo pedimos. Tardará algo más, pero me quedaré tranquila si le revisa él.

—Perfecto, milady. A mí también me preocupa. Milord nunca se ha puesto enfermo desde que entré a su servicio hace seis años.

Su labio inferior tembló más preocupada aún. —Date prisa, por favor.

—Enseguida, milady.

Se sentó a su lado y le apartó un mechón castaño de la frente. Que tuviera esa calentura la preocupaba mucho, sobre todo después de decirle Rogers que nunca se ponía enfermo.

Su amiga Lia entró en la habitación sin llamar llevando un volumen enorme bajo el brazo y una bolsa en la mano. —¡Ya estoy aquí!

Se levantó de inmediato y emocionada porque hubiera acudido tan aprisa la abrazó. —Gracias, gracias.

—No digas tonterías. —Le guiñó un ojo. —No estaba haciendo nada.

—Tu madre...

—Mi madre está abajo. No le gusta la enfermedad y no va a subir. Casi mejor. Así no me distrae con sus parloteos de vuestra luna de miel. —La miró a los ojos. —¿Tienes algo que contarme?

—Sí.

—Pues me lo dirás después—. Se acercó a la cama dejando el libro sobre el colchón con la bolsa a su lado. —Veo que tiene fiebre.

—Sí, y muy alta. Y nunca se pone enfermo.

—Bien, ¿ha sufrido dolores?

—No que yo sepa. Pero no sé si me lo hubiera dicho para no preocuparme. Aparentaba estar bien.

—Vamos a ver. —Apartó las mantas para ver su torso desnudo. —Chica, vaya suerte que tienes —dijo sonrojada.

—Lia...

—Vale, vale. —Le tocó el costado y soltó una risita. —Está duro.

—¿Eso es malo?

—No. Es puro músculo. A ver si me toca uno así.

—¡Lia!

—Que sí... —Siguió palpando y miraba el rostro de Miles perdiendo la sonrisa poco a poco. —Está totalmente dormido. No se ha despertado cuando le toco.

—Lleva así al menos una hora. En cuanto se tumbó en la cama se quedó dormido.

—Al tocarle no parece que le duela nada. ¿Has sentido algo en su aliento? ¿Le ha sentado mal alguna comida? ¿Ha vomitado?

Pensó en ello. —Lleva un par de días comiendo muy poco. En realidad desde que salimos de París.

—Tiene ojeras. ¿Duerme bien?

—Bueno...

Lia la miró con el ceño fruncido y por su sonrojo entendió. —¿Y tenía energías? Desde París digo.

—Pues la verdad... ¡Eres soltera! ¡No debería hablar de esto contigo!

—Te sorprenderías de lo que se aprende en los libros. Contesta a la pregunta.

—Dos veces cada noche y el de por la mañana.

Lia la miró con la boca abierta. —Vaya, ¿tanto copuláis?

—¡Lia!

—Eso es mucha energía. —Chasqueó la lengua. —¿No estará agotado?

—¿Y la fiebre? —La miró exasperada. —¿Sabes lo que haces?

—¡Claro que no! ¡Solo he leído libros! —Miró el cuerpo de su marido muy interesada. —  
No me han dejado experimentar.

—¡Pues no vas a experimentar con él!

—No seas mala. —Se acercó a la cara de su marido y frunció el ceño. —¡Uy! —Se  
enderezó de golpe. —Vaya.

—¿Qué?

—¿Tu marido tiene pecas?

—No. —Se acercó a toda prisa y se llevó la mano al pecho al ver que lo que antes había  
pensado que era un sarpullido ahora eran pequeños puntitos en los mofletes. —Dios mío.

Lia se acercó a su marido y le palpó bajo la barbilla y en el cuello antes de ir hacia detrás  
de las orejas para palpar de nuevo. —Tiene los ganglios inflamados. Creo que es sarampión  
alemán.

Palideció del todo. —¿Se va a morir? —Lia la cogió por el brazo alejándola de su marido  
hasta la puerta. —¿Qué haces?

—¡Es muy contagioso, Elyse!

—Yo no me muevo de su lado.

—Mira, si hay suerte puede que no haya complicaciones y que esté sano como una  
manzana en una semana.

—¿Y si no? —preguntó aterrada.

—No puedo asegurártelo. Pero es joven y fuerte, Elyse. Sin embargo, tú...

Enderezó la espalda. —No voy a moverme de su lado.

—Las mujeres en estado corren un riesgo enorme al lado de un enfermo de su clase. — Elyse perdió todo el color de la cara. —Yo no estoy en estado, pero tú tienes posibilidades y por lo que habéis copulado me arriesgo a decir que muchas.

—Creo que lo estoy —susurró impresionada. Su amiga agachó la mirada—. ¿Qué puede ocurrir?

—Deberíamos esperar a que venga un médico.

—¡Dímelo ya!

La miró a los ojos preocupada. —Hay varios estudios y dicen que el feto, que es como llaman al niño, puede nacer sordo o con malformaciones. Eso si llega a nacer porque muchas abortan.

—Dios mío. —Impresionada dio un paso atrás chocando con la puerta. Pensó en ello sin poder creérselo. —Ha abrazado a Allison cuando llegamos. —Se llevó la mano a la boca.

—No sé si ya estás infectada, pero deberías alejarte de él lo máximo posible y cerrar la casa. No debe entrar ni salir nadie para evitar contagios.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Mis padres.

—Deberían encerrarse en su casa por si se han contagiado. Si no es así muy bien, pero es mejor prevenir que lamentar y por supuesto Allison no debe acercarse por aquí. Ahora vas a salir de la habitación e ir a otra. Yo esperaré al doctor.

—No. —Negó con la cabeza. —Si ha podido infectarme ya lo ha hecho. No voy a moverme de su lado como es mi deber.

Lia vio como regresaba a la cama y se sentaba a su lado para quitarle el paño para enfriarlo de nuevo. —¿Qué debo hacer? —preguntó llorando.

—Lo que haces es perfecto —susurró impresionada por el amor que su amiga sentía por su marido. Cualquiera otra mujer al escuchar que podría perder a su hijo hubiera salido huyendo dejando que le atendiera el servicio, pero Elyse no lo había dudado ni un minuto. Caminó hasta la

cama y se apoyó en el dosel observándoles—. Puede que aún no estés contagiada. Deberías irte al menos hasta que llegue el médico y lo confirme.

Su amiga sonrió con tristeza. —Sabes que eso es mentira. Yo también he oído cosas sobre los contagios, ¿sabes? Nos hemos besado, nos hemos amado y no nos hemos separado en todos estos días. Seguramente ya estoy contagiada y lo sabes.

Sí, seguramente sí. Miró con pena a su amiga porque aunque intentaba evitarlo estaba destrozada. Vio como una lágrima corría por su mejilla. —No se lo digas si se despierta, ¿de acuerdo? No quiero que se eche la culpa. Si nace y no viene bien, es que Dios nos lo ha enviado así. —Sollozó sin poder evitarlo. —Le querremos igual.

—De eso estoy totalmente segura —dijo reteniendo las lágrimas.

## Capítulo 11

La espera fue eterna para Elyse que no se separó de su marido por si se despertaba. Fue Lia la que fue a hablar con el mayordomo que comprendió la situación y ordenó que nadie saliera de la casa. Su madre puso el grito en el cielo, pero aun así después de hablar con ella comprendió la situación yéndose a dormir a la habitación que le prepararon. No se movió de la habitación por si su amiga la necesitaba. Elyse agotada por el viaje dormitó al lado de su marido sobresaltándose al darse cuenta de que se dormía. Ya estaba amaneciendo cuando se acercó a ella. —Acuéstate un rato.

—Voy a cambiarle el paño.

—Ya lo hago yo.

—No, déjalo. —Apartó el paño con cuidado de no molestar a su marido y metió el paño en el agua. Se lo estaba colocando con mucha delicadeza cuando llamaron a la puerta.

—Pase —dijo impaciente levantándose.

Paul entró en la habitación. —Condesa el doctor Afton Robinson.

—¿El doctor Robinson? —preguntó confundida.

Un hombre de la edad de su marido entró en la habitación. Era moreno y muy atractivo con unos bonitos ojos azules. —Milady... Me envían de Rainbow Hall.

—¿Le envía el doctor Everly?

—Sí, milady. Se ha retirado y yo le sustituyo. Le duele el pie por la gota y he venido yo. De esa manera si surge algo allí él se encargará pues sabía que era importante si le habían llamado.

—Gracias, gracias.

Lia le miró atentamente mientras se acercaba a la cama dejando un enorme maletín en el suelo a su lado. Con los nervios destrozados rodeó la cama para ver lo que hacía. El doctor apartó las sábanas y le palpó en el cuello como había hecho Lia. Miró a su amiga que había estirado el cuello para ver bien lo que le hacía. —Mi amiga dice que puede ser sarampión alemán...

—Antes de sacar conclusiones voy a explorar al paciente. —Miró a Lia levantando una ceja. —No sé quién es usted, pero debe salir.

Lia se sonrojó. —¿No puedo quedarme? Quiero aprender.

—Usted es la de las conclusiones.

Levantó la barbilla. —¡Pues sí! Leo mucho. ¿Qué pasa?

—¿No es sarampión alemán? —preguntó esperanzada.

—Salgan de la habitación —dijo de malos modos haciéndolas jadear. Al ver que no le hacían ni caso gritó —¡Ahora!

Preocupada por su marido se acercó a Lia que le miraba con rencor. —Pues voy a aprender. ¡Seguiré leyendo!

—Vamos, por favor —le rogó a su amiga tirando de ella fuera de la habitación.

—¡Y terminaré sabiendo más que usted! —Obligada a salir metió la cabeza en el último momento. —No se ha despertado desde hace horas. Fiebre alta. —Elyse tiró de su muñeca con fuerza. —¡Manchas sobre el pecho! —gritó antes de que Rogers cerrara la puerta fulminándola con la mirada—. Era para abreviar.

Muy asustada Elyse se apretó las manos. —¿Tardará mucho?

Lia la miró y gimió por dentro porque por su culpa la habían echado cuando tenía todo el derecho a estar allí. —Entra. Eres su esposa, no puede echarte a ti también.

Negó con la cabeza. —¿Y si se va ofendido? Le necesita.



Su preocupación era obvia para todos y Rogers se acercó a ella. —Milady, ¿necesita algo? Déjeme traerle un té.

—No podría dar un trago.

La puerta se abrió sorprendiéndola y miró al doctor ansiosa. —Pase, milady.

Ella lo hizo de inmediato y Rogers cerró la puerta antes de que Lia pudiera pasar. Se mordió la lengua cruzándose de brazos.

Elyse miró al doctor a los ojos. —¿Lia tiene razón?

—¿Ha estado cansado, dolorido, le ha dolido la cabeza? —Ella asintió con lágrimas en los ojos. —Entonces sí, milady. La erupción es la típica de esa enfermedad. Además tiene los síntomas físicos que avalan el diagnóstico. El problema es que es una enfermedad muy contagiosa.

—Estoy en estado. Mi amiga me ha explicado lo que puede ocurrir. ¿Es cierto que puedo perder el niño?

—Y no solo eso, milady. He visto nacer niños con malformaciones a causa de que la madre tuvo la enfermedad durante el embarazo. —Elyse reprimió un sollozo. —Sea fuerte. Entiendo que está preocupada por su esposo, pero lo mejor que puede hacer es alejarse de él. Yo cuidaré del Conde y usted tiene que cuidarse a sí misma, ¿entiende? Puede que haya suerte y no esté infectada. Debemos evitar eso todo lo posible.

—¿Usted cree que hay posibilidades?

—¿Ha tenido alguno de los síntomas de su marido?

—No, de momento no —dijo esperanzada.

—Pues ahora se va a ir con esa amiga suya y va a descansar después de comer algo.

—Le prometí que si me necesitaba nunca le dejaría solo —dijo con lágrimas en los ojos.

—La entiendo, milady. Pero piense en lo que dirá su marido cuando se recupere. ¿Querría que se expusiera al peligro por él? —Elyse negó con la cabeza convencida y él sonrió. —Bien,

pues ahora salga. Tendrá noticias más, no se preocupe.

—Si se despierta...

—Le explicaré la situación. Lo entenderá, milady. No se inquiete por esto, que eso sí que no es bueno para el bebé. Ahora siga mis instrucciones y haga lo que le digo. Son órdenes del médico.

Asintió yendo hasta la puerta, aliviada porque él tomara el control. Ni sintió como se desplomaba sobre la alfombra.

Abrió los ojos sobresaltada y se dio cuenta que estaba en una de las habitaciones de invitados. Una de las más alejadas a la habitación de su marido. Intentó sentarse. —¿A dónde te crees que vas? —preguntó su amiga llenando un vaso de agua y tendiéndoselo—. Bebe. El médico ha dicho que bebas y que te tomes una gotita de esto en cuanto te despiertes. —Le mostró el frasquito con la otra mano.

—¿Qué es eso?

—Láudano. Te ayudará a descansar. Y comerás algo. Enseguida viene Rogers con una bandeja. —Su amiga desvió la mirada mientras bebía y Elyse frunció el ceño. —No debería decírtelo, pero Miles se despertó cuando te desmayaste.

—¡Sí! —Intentó levantarse, pero se dio cuenta de que su médico le había prohibido ir a la habitación. —¿Está bien? —preguntó ansiosa.

—Si se ha despertado eso es un buen síntoma. El médico está hablando con él porque al verte en el suelo se preocupó. Yo también tengo prohibida la entrada, así que no puedo decirte más.

—Dios mío. —Se llevó una mano a la frente. —Esto es una pesadilla.

—Menos mal que ya habíais llegado a casa.

—Sí... Ni me quiero imaginar qué hubiera pasado si se hubiera puesto enfermo en Europa.

—El doctor Robinson va a hablar con todo el servicio y va a revisar a quienes os acompañaron en el viaje por si tienen algún síntoma. Así que no te extrañe no ver a tu doncella.

—Bien. Mis padres...

—No te preocupes por ellos. Escribiré una nota para que uno de los lacayos del establo se la meta por debajo de la puerta. Es una medida exagerada pero la mejor para evitar riesgos. —Su amiga suspiró sentándose a su lado. —No te preocupes, ¿de acuerdo? Todo va a salir bien.

Elyse sonrió con tristeza. —Eres fantástica, ¿sabes? Y una amiga de verdad. Cualquiera otra saldría corriendo.

—Eso es el desconocimiento, que asusta. Mi padre siempre lo dice.

Al hablar de su padre Elyse perdió todo el color de la cara recordando aquel abrazo que le dio a su marido en agradecimiento. Miró a su amiga a los ojos. —¿Qué ocurre, Elyse? ¿No te encuentras bien?

—Tu padre...

Su amiga sonrió radiante. —¿Sí? ¿Cómo está? ¿Le has llegado a ver? Claro que sí, si no antes no me hubieras dicho que tenía noticias. ¿Cuéntame cómo está? ¿De qué se mantiene?

Elyse sonrió. —Está muy bien. Ha conseguido un trabajo en un periódico y vive modestamente pero bien.

El alivio de su amiga fue evidente y Elyse se dijo que había hecho lo correcto porque era una crueldad innecesaria decirle la verdad. —Leyó tu carta y se emocionó mucho. Dice que te echa mucho de menos.

—¿De verdad? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Y qué más te dijo?

—No pudimos hablar mucho porque de inmediato se puso a escribir su respuesta. —Miró

a su alrededor. —¿Dónde metería Teresa la carta? Con lo que ha pasado...

—No te preocupes. Ya me la darás. —Sonrió con ternura limpiándose las lágrimas. —Me moría por saber si estaba bien y me has dado una alegría inmensa, amiga. Gracias. Lo necesitaba.

—Está bien. No te preocupes por él. Me ha dicho que lo único que quiere es que seas feliz y que lo siente mucho.

—Sé que lo siente. Me lo dijo antes de irse.

—No me habías dicho que había hablado contigo.

—No me dijo que se iba. Simplemente estábamos en una conversación que yo creía intrascendente la noche anterior. —Su amiga miró al vacío como si recordara. —Me dijo que a veces en la vida cometemos errores que pagamos muy caros. Que no me dejara llevar y que me guiara con el corazón. Que esa era la única manera de saber que estás haciendo las cosas bien.

—Y tiene toda la razón.

Lia sonrió con tristeza. —Ahora recuerdo muchas de nuestras conversaciones.

—Porque le echas de menos.

—Sí. Quiero a mi madre, ¿sabes? Pero mi padre era...

—Tu cómplice.

—Me encantaría que estuviera aquí. Aunque si estuviera aquí estaría en la cárcel, claro. Así que está mejor donde está.

Cogió su mano y se la apretó. —Está muy bien. Así que no te preocupes por él.

Asintió dándole la razón. —Voy a ver dónde está tu desayuno. No quiero darte las gotas sin el estómago lleno.

En ese momento llamaron a la puerta y Lia limpiándose las lágrimas fue a abrir para hacerse a un lado y que pasara una de las doncellas con el desayuno.

Elyse volvió a la realidad. —¿Hay alguien más enfermo?

—De momento no, milady. El médico está revisando a su doncella.

—Eso es una noticia buenísima —dijo Lia acercándose.

Miró el desayuno con desgana, pero debía comer por su hijo y por su marido que se preocuparía si se enterara. Cogió una tostada y le dio un mordisco antes de mirar a Lia a los ojos.

—Esperemos que siga habiendo buenas noticias en los siguientes días y no enferme nadie más.

Pero eso no ocurrió. Apenas dos días después su doncella y dos de los hombres que les acompañaban en el viaje empezaron a tener fiebre al igual que Elyse, lo que confirmó el peor de los presagios. Y en ese momento estaba allí el médico para corroborárselo.

Tumbada en la cama con la cara sonrojada preguntó cansada mientras la cubría con las sábanas de nuevo —¿Cómo está mi marido?

—Se encuentra algo mejor que ayer, milady. Lo que me indica que la enfermedad está remitiendo.

—¿Hay peligro para alguien?

—Me preocupa una anciana que hay en la cocina porque está delicada del corazón, pero aparte de ella no creo que haya demasiados problemas. Quien me preocupa y mucho es usted, milady.

—¿Qué le ocurrirá a mi hijo?

—Le transmitirá la enfermedad y las secuelas son inciertas, milady. Eso si llega a dar a luz. En muchas ocasiones la madre aborta el bebé.

—Eso ya me lo ha dicho, ¿pero puede nacer sano?

—Existe la posibilidad, sí. El riesgo es mayor cuanto más reciente es el embarazo. O al menos esos dicen los estudios. Usted está de cuatro meses más o menos, si tenemos suerte puede

que todo salga bien.

—Usted no cree eso.

—Ahora solo queda esperar, milady. A no ser que quiera solucionar este tema de otro modo.

Se le cortó el aliento mirando a Lia que agachó la cabeza como si no quisiera influenciarla. —No. Jamás le haría eso a mi hijo.

El doctor sonrió. —Bien, entonces no se angustie y descanse para que su cuerpo sufra lo menos posible durante este proceso. Coma lo que pueda y beba mucha agua. —Se volvió bajándose las mangas de la camisa y fue hasta la puerta. —Lia, que esté cómoda. Pasaré a verla de nuevo por la tarde.

—Sí, Afton.

—¡Doctor!

Se volvió hacia ella y Elyse susurró —No se lo diga, por favor.

El hombre dio un paso hacia ella confundido. —No puede ocultarle algo así a su marido, milady. Tiene derecho a saberlo.

Le miró angustiada. —Se sentirá responsable.

—De esto nadie tiene la culpa. Ni la persona que les infectó. Nadie, ¿entiende? Es una enfermedad y desgraciadamente estas cosas ocurren.

Elyse agachó la mirada. —Todo era tan perfecto...

—No se ponga en lo peor, milady. Aún hay esperanzas. Descanse.

Miró el techo con lágrimas en los ojos y Lia se acercó. —No te angusties. Ya verás como todo sale bien y dentro de unos meses tendrás un niño fuerte y hermoso.

Asintió mientras se limpiaba las lágrimas. Se quedó mirando sus ojos castaños. —¿Afton?

Su amiga se sonrojó. —Bueno... Es que hablamos mucho. —Sus ojos brillaron sentándose

a su lado. —Y ahora deja que le haga preguntas. No es tan prepotente como parecía al principio. Dice que soy muy inteligente y que debería estudiar.

La observó mientras hablaba de las virtudes del buen doctor durante unos minutos más hasta que ya no pudo contenerse. —Le amas...

Lia se sonrojó agachando la cabeza. —No, claro que no.

—Oye, a mí no me mientas —dijo sonriendo divertida—. No tienes por qué mentirme a mí.

—Mi deber...

Eso le hizo perder su sonrisa de golpe. —Tú deber es ser feliz. ¿No te lo ha dicho tu padre? Y seguir tu corazón. No dejes que tu madre te diga cómo vivir tu vida. Si le amas, lucha por él.

La miró ilusionada. —Sí, le amo. Siento algo aquí... —Se tocó el pecho. —Y cuando me habla soy feliz. —Se sonrojó con fuerza. —Una tontería porque ni sé si está casado.

—¿Y qué haces que no lo averiguas? —preguntó asombrada.

—Es que me da vergüenza. Y no le puedo pedir a mi madre que se lo pregunte.

—Esta noche se lo preguntas en la cena. No directamente, ¿sabes? Le preguntas que cómo lleva su mujer que esté ausente de su casa tanto tiempo. Aún se quedará unos días y sería lógico que se molestara. —Le guiñó uno ojo viendo como le daba vueltas al asunto. —Y después te declaras.

—Sí, por supuesto. Muy graciosa.

Sonrió mirándola fijamente. —¿Cómo estás? No te encuentras mal, ¿verdad?

Lia la miró sorprendida. —Pues si te digo la verdad estoy encantada sin tanta fiesta porque ya estaba harta. Esto son unas vacaciones. Y Afton...

—Las cosas que tiene el destino, ¿verdad?

Se quedó pensando en ello. Si Lia no la hubiera insultado aquella noche quizás nunca hubiera conocido a Miles. Si ellos no hubieran ido de viaje de novios a París, su padre no les hubiera infectado y Lia no hubiera conocido a Afton que estaba segura de que cambiaría su vida porque eran perfectos el uno para el otro. —Cuando te vayas te echaré de menos.

La miró sorprendida. —¿Irme? ¿A dónde iba a irme?

—A Rainbow Hall, tonta. Él vive allí.

—¿Quieres dejar de decir tonterías? —preguntó levantándose algo avergonzada—. Voy a ir a por agua. ¿O prefieres un té?

Negó con la cabeza y en ese momento se abrió la puerta. Su corazón se estremeció al ver a su marido apoyado en el marco mirándola fijamente vestido con un batín azul y sus ojos se llenaron de lágrimas dejando salir todo el miedo que tenía dentro.

Miles se acercó en silencio y Lia fue hacia la puerta dejándoles solos.

Mirando sus ojos susurró —¿Te encuentras mejor, mi amor?

Sin contestar se tumbó a su lado y la rodeó con sus brazos pegándola a él. Fue maravilloso sentirle y lloró en su pecho mientras Miles le acariciaba la espalda. —Todo va a salir bien, cielo —dijo él con voz suave.

Se apartó para mirar su rostro y Miles sonrió con tristeza. —Y si ocurre, lo pasaremos juntos. No estarás sola. Ahora somos uno, no intentes ocultarme nada, preciosa. —Él pasó la mano por su mejilla borrando sus lágrimas. —Tendremos unos hijos muy sanos. Y si no es en esta ocasión será en la siguiente. No te angusties que eso no es bueno.

—Te amo. —Le besó suavemente en los labios.

La abrazó a él con fuerza como si no quisiera perderla jamás. —¿Incluso con esta cara llena de ronchas?

Ella rió sobre su pecho sintiéndose mucho mejor. —Incluso así. —Se apartó para mirarle de nuevo. —Estás muy atractivo.



Él gruñó haciéndola reír otra vez. —Tú todavía no tienes.

—Seguro que no tardan en salir. ¿Me seguirás queriendo cuando esté como tú?

Se le cortó el aliento porque ni se había dado cuenta de lo que esa pregunta implicaba, pero él simplemente sonrió. —Claro que sí.

Su corazón estalló en ese momento de felicidad y se miraron a los ojos unos minutos sin decir nada porque Elyse estaba disfrutando del momento. —Tengo el mejor amigo del mundo.

Miles se echó a reír. —¿Amigo? ¿Ahora soy tu amigo?

—Un amigo muy especial —dijo maliciosa.

La pegó a él. —Es usted muy lista, milady.

—Gracias. Ya lo sabía. Si hubiera sabido mis intenciones desde el principio, hubiera huido de mí, milord.

—Preciosa, eres transparente, ¿recuerdas?

—Ah, es cierto. E irresistible.

Miles besó sus labios. —Totalmente. Totalmente irresistible y la más hermosa...

“Eso que tiene en la cara no será importante para el hombre que la ame, milady.” Recordó sus palabras y por primera vez en su vida se sintió realmente hermosa a los ojos de su marido y ahí se convenció totalmente de que la amaba. La amaba como ella a él y juntos superarían lo que fuera.

Acariciándose su vientre de casi seis meses cogió con la otra mano otro croissant de la bandeja y se lo metió en la boca con ansias sin dejar de leer el periódico que tenía al lado del plato. Miles sentado a la cabecera reprimió la risa al igual que Rogers. —Preciosa, ¿ese no es el tercero que te comes?

Levantó la vista sorprendida con la boca llena. —¿Qué? —Masticó disimulando.

—¿No te ha dicho Afton que no te excedieras comiendo?

—Tengo hambre.

Su marido sonrió. —Pues ya sabes lo que tienes que hacer. —Gruñó mirando de nuevo el periódico. —Al parecer no le gusta caminar, Rogers.

—Es algo muy sano, milady.

—¿Qué va a ser sano? Si fuera en el campo todavía, pero aquí... —Se metió el croissant de nuevo en la boca.

—Por eso nos vamos a Rainbow Hall mañana. —Miró a su marido con sorpresa. —Hasta el parto.

Tragó a toda prisa. —¿De verdad? ¿No esperamos a la boda de dentro de un mes?

Él negó con la cabeza y Elyse chilló de la alegría levantándose para abrazarle mientras su marido se reía. Con el croissant en la mano corrió hasta la puerta y gritó —¡Teresa! ¡Haz el equipaje! ¡Nos vamos!

—Sí, milady. Ya estoy en ello.

Se volvió de golpe. —¿Y mi padre también viene?

—Quiere que Allison dé a luz allí para que sea Afton quien la atienda. Ese doctor se ha ganado la confianza de todos. Nos quedaremos unos meses.

Sonrió ilusionada. Era el momento perfecto porque Lidia estaba a punto de salir de prisión. No estarían en Londres cuando la soltaran. Dio un paso hacia él. —¿No podemos irnos hoy?

—Cielo, nos iremos mañana todos juntos. Además, tenemos que llevar a Lia para la boda y a su madre que al parecer quiere cerciorarse que el bueno doctor no vive en una cueva. —Su marido miró el periódico y gruñó —Esa mujer me saca de quicio. Se la encasquetaré a tu padre en

el carruaje. A ver cómo me arreglo.

Soltó una risita. —No, te llevarás muy bien con ella para que no estropee la boda de su hija. Con lo que me costó convencerla.

—Por eso me muerdo la lengua que si no... —dijo por lo bajo.

Con la boca llena de nuevo preguntó —¿Qué has dicho?

—Nada, cielo.

—Eso creía. —Se sentó a su lado y el lacayo le sirvió más té. —Gracias.

—De nada, milady. Por cierto, milady... Gracias por el presente.

Sonrió radiante. —¿Te gustó?

La miró como si la adorara. —Mucho. Es el mejor regalo que me han hecho nunca, milady.

—Mujer, ¿vas haciendo regalos a hombres por ahí? —preguntó su marido frunciendo el ceño.

El lacayo se sonrojó saliendo casi corriendo del salón mientras su marido la miraba como si hubiera cometido un delito grave. Se sonrojó ligeramente mientras Rogers reprimía la risa por los celos evidentes del Conde.

—Sí —dijo algo incómoda.

Miles parpadeó sin poder creérselo. —¿Qué has dicho?

—Era su cumpleaños. Los cumpleaños son sagrados. Todos merecen un regalito.

Rogers carraspeó por el asombro del Conde. —Si me permite milord, cuando llegó a esta casa la Condesa me dejó muy claro que debía ser informada de cada cumpleaños del servicio. Y no ha fallado a ninguno, mi señor. Con tarta y todo. Se celebra en la cocina.

Elyse se puso como un tomate porque seguramente pensarían que estaba mal de la cabeza. En Rainbow Hall o en la casa de su padre no era extraño porque siempre celebraba con ellos sus cumpleaños. Pero es que eran su familia. Las personas que habían estado con ella desde su

infancia. Pero a su marido no le estaba haciendo ninguna gracia.

—¿Miles?

—¿Qué le has regalado?

—Oh, está aprendiendo a escribir, ¿sabes? Está muy bien que quiera superarse. Le he regalado de nuestra parte un tintero de plata. ¿A que es original? —Pensó en ello. —Oh, me voy a perder el de la señora Higgins. —Se levantó en el acto. —Voy a darle su regalo para que no crea que me olvido de ella.

Salió de la sala del desayuno a toda prisa dejando a su marido con la palabra en la boca. Este miró asombrado al mayordomo que sonrió. —Es una mujer maravillosa, milord.

Sin poder evitarlo sonrió. —He tenido mucha suerte. —De repente frunció el ceño. —Mi cumpleaños es en una semana.

Rogers soltó una risita. —Lo sabe, milord. Fue lo primero que preguntó en cuanto me conoció. Prepárese...

Sonrió satisfecho antes de fruncir el ceño de nuevo. —¿Y cuándo es el suyo?

—Cumplen el mismo día, señor.

Eso sí que le sorprendió. —¿De verdad?

—De verdad. Así que ya puede estar a la altura.

—Está claro que estaba destinada a mí —. El Conde se levantó satisfecho. —Y es una suerte porque así no se me olvidará.

—Más le vale porque eso sería un grave error.

—Me voy de compras. Quiero sorprenderla.

—Y recuerde milord que hoy es miércoles y que dentro de dos semanas justas, hace un año que conoció a su esposa. Eso también es importante.

—Eso sí que lo sabía, Rogers. Y ya le he comprado su regalo.

—Espero que sea bueno, milord. Ella se merece lo mejor —dijo muy serio.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó divertido.

—No, milord. Eso es cosa suya. Pero le sugeriría un costurero de plata y nácar que una doncella ha visto en la calle Bond. Dice que es digno de su señora. O también un abanico de oro con incrustaciones de esmeraldas que hay en una joyería al final de la calle. También han visto una sombrilla de plumas de marabú que es el último grito. No se preocupe Conde que yo se lo explico al cochero para que le deje en todas esas tiendas.

Levantó una ceja a punto de reírse. —¿Crees que será suficiente?

—Bueno, milord... Sé que ella se conformaría con cualquier cosa viniendo de usted, pero debe estar a la altura.

—Por supuesto. ¿Alguna sugerencia más?

—Vaya dándole regalitos poco a poco. No se los dé todos de golpe. Eso sí que la sorprenderá.

—Una idea estupenda, Rogers.

—Gracias, milord.

Fue hasta la puerta y le entregó el sombrero a su señor. —Dile a mi esposa que estoy en el club de esgrima.

—Perfecto, milord —dijo siguiéndole al exterior para hablar con el cochero.

Rogers estaba explicándole al cochero a donde tenía que ir cuando se le cortó el aliento al ver al otro lado de la calle a la primera esposa de su señor. Reaccionando rápidamente le ordenó al cochero en voz baja —Que tarde en regresar.

El cochero asintió sabiendo lo que miraba y agitó la fusta sobre los caballos alejándose calle abajo. Rogers hizo que no la veía y entró en la casa a toda prisa cerrando la puerta. Se acercó a la ventana de la sala de desayuno y ordenó al lacayo —Recoge todo esto y llévalo a la

cocina.

—Enseguida, señor Rogers.

Apartó la cortina con cuidado para ver lo que hacía. Había agachado la cabeza como si estuviera pensando antes de mirar calle abajo. Le había visto subir al carruaje, pero no había tenido el valor de acercarse. Esa mujer no tenía vergüenza.

La risa de su señora le tensó y sintió una rabia enorme porque esa mujer viniera a enturbiar su ánimo. Con lo bien que iba todo después de lo mal que lo había pasado su señor, tenía que aparecer por allí. Su señora salió por la puerta de la cocina y le guiñó un ojo. —Le ha encantado.

—Estoy seguro de que es así.

Elyse se detuvo en seco. —Rogers, ¿ocurre algo? Estás algo pálido. —Se llevó una mano al pecho. —¿No estarás enfermo?

—No, milady. No ocurre nada.

Se escuchó la campanilla de la puerta y Rogers muy tenso ni se movió. No se podía creer que llamara a su puerta sabiendo que milord no estaba en la casa. Elyse le miró sin comprender.

—Rogers están llamando.

—Lo sé, milady.

Eso sí que la descolocó. —¿Quieres que abra yo?

—No, milady. —Pero no se movió del sitio. Sonriendo su señora salió del comedor. —No, milady. ¡No abra!

En ese momento volvieron a llamar y se quedó sin aliento al ver a la única mujer que no le gustaría encontrarse jamás. La reconoció al instante. Sus rizos rubios, sus facciones y esos ojos los tenía grabados en la memoria. Era igual que el dibujo del periódico. El suelo tembló bajo sus pies mirándola sin poder creérselo sobre todo porque no se había cumplido el plazo y era algo totalmente inesperado.

—Supongo que usted es la Condesa de Houghton. ¿Puedo pasar?

—¿Cómo se atreve a venir a esta casa? —preguntó Rogers indignado.

Lidia no se dejó intimidar, lo que demostraba que era una mujer mucho más fuerte de lo que aparentaba. —He venido hablar con ella. Es decisión suya si quiere escucharme o no. —La miró de nuevo a los ojos. —Por favor. Le aseguro que no le robaré mucho tiempo.

—Mi esposo...

—Le acabo de ver salir. Llevo esperando una hora a que se fuera. Creo que no me ha visto. —Dio un paso hacia ella y le rogó con la mirada. —Por favor. Solo serán unos instantes. Casi no tengo tiempo y no puedo regresar otro día.

Dio un paso atrás sin poder evitarlo. —Pase.

—Milady, no debería...

—Rogers tráenos un té a mi sala.

Rogers apretó los labios. —Enseguida, Condesa —dijo remarcando su título para que a Lidia no se le olvidara.

La mujer levantó la barbilla y siguió a Elyse hasta su sala. En cuanto pasó le indicó un sofá de flores. —Por favor, siéntese.

—Es muy amable al recibirme.

—No es amabilidad —dijo muy tensa. Si ella tenía el descaro de ir hasta allí, ella no iba a reprimir lo que pensaba.

Lidia asintió acomodándose en el sofá sin dejar de mirarla. —Me enteré de su matrimonio. En la cárcel me informaron.

—Sí, ya sé que se enteró. Mi marido recibió su carta.

Se sonrojó ligeramente. —No quería importunar. Solo desearle suerte. —Eso sí que la puso en guardia porque había escuchado a Miles y había dicho que le pedía que no se casara, así

que no iba a creerse ni una palabra de esa mujer. Se sentó ante ella. Lidia sonrió al verla tan envarada antes de decir con ironía —¿No leyó usted mi carta?

—No, milady. Nunca la he visto.

—Es interesante que no se la mostrara a su prometida, ¿no cree? —Su rival miró a su alrededor mientras ella la observaba encajando el golpe. Lidia suspiró. —Todo esto podría haber sido mío. —Elyse volvió a tensarse y más cuando apretó los labios. —Pero tenía que hacerlo. Miles no lo entendió.

—Y yo tampoco, la verdad. Matar a un hombre para quedarse con su herencia no me parece algo que se pueda entender.

Sonrió con tristeza. —Mi hermana sufría mucho. Llevaba sufriendo años.

—Eso le dijo a usted.

—No se crea todo lo que se rumorea. Quiso huir por miedo. Se dio cuenta de que estaba a punto de perderlo todo y quiso alejarse. ¿Usted no lo haría? Va a ser madre.

Se acarició el vientre como si quisiera protegerle de ella y Lidia suspiró. —Quizás ha sido un error venir aquí. Debería haberlo dejado como está.

—Sí, debería haberlo hecho. Ahora si me disculpa...

—Siéntese, milady —dijo con firmeza dejándola anonadada por su descaro. Lidia sonrió sacando una carta de su bolsito y dejándola sobre la mesa—. Esta carta es para Miles. En su mano está entregársela o no.

—¿A qué está jugando? —preguntó furiosa—. ¿Qué juego retorcido es éste?

—No es un juego. Es la vida misma. Miles me amaba. Lo supe casi desde nuestro primer encuentro. —El corazón de Elyse se retorció por su seguridad. —Y me cuesta mucho creer que ese amor haya muerto para siempre. —Sin soportarlo más se levantó enfrentándola, pero cuando iba a decir algo ella la interrumpió —Puede que usted sea su esposa ahora, pero su corazón es mío. ¡Y tenemos derecho a ser felices!



Pálida como la cera dio un paso hacia ella furiosa. —¡Salga de mi casa!

—¡Miles pidió el divorcio por orgullo! ¡Y sé que siempre se arrepentirá de ello! ¡Y lo demostró cuidándome en prisión mientras estaba cautiva! ¡Cuidando de mí, de que no me faltara de nada!

Elyse intentó encajar el golpe. —Miente, él no haría eso. Él mismo me lo ha negado.

—¡Puede que reniegue de mí, pero le juro por lo más sagrado que es verdad! ¡Daba una asignación a mi madre para que ella sobornara a los guardias!

Elyse sintió que se mareaba recordando las palabras de su marido y tuvo que sentarse. Jamás he pagado a un empleado de la cárcel para que Lidia viva mejor. No, claro que no. Se lo había dado a su madre. No se lo podía creer. Había retorcido la verdad para no reconocer lo que hacía a sus espaldas. Se pasó la mano por la frente y Lidia se acercó preocupada. —¿Se encuentra bien?

La miró con incredulidad. —¡No se acerque a mí! —gritó furiosa.

Lidia se enderezó. —Siento hacerle daño.

—¡Usted no siente nada porque jamás ha tenido corazón! —Señaló la puerta. —¡Váyase!

La puerta se abrió en ese momento y Rogers la miró con ganas de matarla. —Como no salga sola la sacaré a rastras.

Lidia sonrió levantando la barbilla. —Por supuesto que me voy. Le dejo la carta, milady... En su mano está querer seguir viviendo un amor ficticio o saber la verdad. ¿Él es mío y lo será siempre? ¿O ya me ha olvidado? Esa carta se lo demostrará. Le demostrará a quien ama de verdad. —A Elyse se le cortó el aliento por el reto. —En su mano está... —Miró a Rogers divertida. —Sí, ya me voy. Qué pesado.

Iba a salir, pero se volvió para mirarla. —¿Sabe, milady? Jamás hubiera pensado que llegaría a esto, pero la vida me ha demostrado que puede darte muchas sorpresas. Sea cual sea el resultado de esa carta, no me guarde rencor porque jamás he querido hacerle daño.

—¡Váyase! —gritó histérica al borde del llanto.

Lidia apretó los labios. —Adiós, milady.

En cuanto salió de la salita Elyse miró la carta y se levantó cogiéndola con intención de tirarla al fuego, pero se detuvo en el último momento. Una lágrima corrió por su mejilla de la impotencia. El miedo la torturaba. La incertidumbre a lo que diría esa carta la instaba a deshacerse de ella, pero el amor que sentía por Miles le gritaba que él tenía derecho a saber la verdad. Se sentó en el sofá con la carta entre sus manos. Por mucho que le quisiera no tenía derecho a retenerle si la amaba más a ella. Era egoísta pensar lo contrario. Miles tenía derecho a ser feliz aunque esa felicidad conllevara su desdicha. Eso era el amor, querer hacer feliz a la persona amada.

—Quémela, milady.

Levantó la vista hacia Rogers que la observaba preocupado. —Quémela y olvídense de ella.

—Ese no es el problema, Rogers. —Sorbió por la nariz mirando la carta de nuevo. —El problema es si Miles se ha olvidado de esa mujer.

Rogers apretó los labios agachando la mirada. Esa mujer volvía a arrasar sus vidas.

## Capítulo 12

Sentada en la mesa del comedor con la carta sobre la superficie, acarició la madera impecablemente pulida escuchando la voz de su marido en el hall. Disimulando sus nervios se dijo que aún estaba a tiempo de arrepentirse, pero algo en su interior también le dijo que ella merecía saber la verdad y sentirse totalmente segura sobre si la elegiría, sabiendo que esa mujer estaba dispuesta a todo con tal de que regresara a su lado. Escuchó los pasos de su marido acercarse y levantó la vista con una dulce sonrisa. Miles sonrió. —Rogers me ha dicho que estabas aquí. ¿Qué haces?

—Ven. —Alargó la mano hacia él y su marido se acercó.

—No está la mesa puesta. ¿Hoy no se come en esta casa? —preguntó divertido cogiendo su mano. Su mirada fue a parar a la carta que estaba sobre la mesa y frunció el ceño—. ¿Qué es eso?

—Siéntate. Van a preparar la comida en el comedor del desayuno. Aquí no nos molestará nadie.

Se sentó en la silla a su lado. —Estás muy misteriosa. ¿Es una sorpresa?

—No, cielo.

Miles perdió la sonrisa poco a poco. —¿Qué ocurre, Elyse? Parece algo muy serio.

—Lo es. —Había llegado el momento. —Hace unas horas tu primera mujer se presentó en esta casa.

Su marido se tensó. —¿Qué has dicho?

—Lidia vino a verme.

—¿A ti? —No salía de su asombro.

—Quería entregarme esta carta. Quedaba en mi mano si te la daba o no —respondió atenta a su reacción.

Él miró la carta. —No la has abierto.

—Es para ti. No tenía derecho a abrirla.

—Eres mi esposa. Por supuesto que tienes derecho a saber lo que dice.

Escuchar esas palabras fue un verdadero alivio, pero aún así dijo —Creo que ella no quiere que lea su contenido. —Empujó la carta hacia él. —Ahora está en tu mano si la abres o no.

Para ella ese gesto era suficiente. Si Elyse estuviera en su lugar y le amara ni la abriría porque sabría que le haría daño. Si no le importaba esa mujer en absoluto, tiraría la carta sin leerla. Se le cortó el aliento al ver como su marido cogía la carta entre sus manos.

—¿Qué más te ha dicho?

—¿Tiene importancia?

—Sí, la tiene.

No pudo evitar que en sus ojos verdes se reflejara el dolor por su interés y Miles se tensó.  
—¿Qué te ha dicho, mi amor?

—¿Mi amor? ¿No me has llamado así nunca y lo haces precisamente en este momento? —  
No se lo podía creer y en su rostro quedaba claro que no estaba nada contenta.

—Preciosa...

—¿Abres la carta o no? ¿No quieres saber lo que pone? —preguntó alterada.

—Elyse no te disgustes —dijo preocupado—. El bebé...

—¿Que no me disguste? ¡Me has mentido! —gritó desgarrada levantándose de la silla.  
Miles no salía de su asombro—. ¡Me has mentido y es algo que creí que nunca habías hecho!

—No te mentí, cielo. No entiendo lo que ocurre. Esa mujer solo quiere enturbiar nuestra

relación. —Se levantó dejando la carta sobre la mesa y cogiéndola por los brazos. —No pasa nada.

—Por supuesto que pasa. ¿Abres la carta o no?

Él cogió la carta de encima de la mesa y se la tendió. —Ábrela tú si tienes tanto interés.

—¿Acaso tú no lo tienes?

Frustrado abrió la carta y muy tenso empezó a leer en voz alta:

*Mi muy querido y amado Miles:*

*Durante todo este tiempo en el que he estado separada de ti nunca he podido olvidarte. —Miles apretó los labios antes de continuar. —Te amé desde el primer momento en que te vi y te seguiré amando hasta el día de mi muerte. Sé que no soy justa, sé que he cometido errores que te han hecho daño pero debes saber, mi amor, que todos y cada uno de esos errores los cometí por amor a los míos y que nunca fue mi intención herirte de ninguna de las maneras. Si en un primer momento mostré que no me importabas, fue para que me olvidaras cuanto antes. Nunca te he dado explicaciones porque creía que jamás sería libre de nuevo para volver contigo. Desde el momento de mi detención estaba segura de que moriría en prisión y verte en aquel juicio me desgarró el alma. —Los ojos de Elyse se llenaron de lágrimas al escuchar que su voz se emocionaba. —Siento haber sido tan dura, pero creí que era lo mejor para ti. Pero como te habrá dicho tu nueva esposa si estás leyendo estas líneas ahora soy libre de nuevo. Puede que sea un momento inapropiado, puede que me hayas olvidado, puede que me odies por lo que hice, pero yo te amaré siempre y necesitaba que lo supieras. Quizás estas líneas llegan tarde, pero consideraba una obligación tener que decírtelo porque tú no hiciste nada mal. Yo fui la que cometí errores porque creía en mi inocencia que podía tenerlo todo. A mi hermana y a ti. Lo siento. Siento haber sido tan egoísta. Me arrepiento de haberte hecho daño, sobre todo porque sé que te sentiste utilizado cuando yo me moría por ser tu esposa. Hubiéramos sido muy felices,*

*estoy segura.*

*Sé que dabas dinero a mi madre para que mi cautiverio fuera más llevadero. Otra cosa por la que nunca te he dado las gracias. Gracias por preocuparte a pesar de todo. —Elyse dejó salir una lágrima al ver el dolor en su rostro. Mientras continuaba con la voz rota. —Hubieras sido un marido maravilloso. Eso no lo he dudado nunca.*

*Esta carta es mi despedida. Esta noche embarco para América. Voy a iniciar una nueva vida. Te deseo lo mejor en la tuya, mi amor. Esos maravillosos días que pasamos juntos no los olvidaré nunca y me acompañarán hasta que expire mi último aliento. Espero que seas inmensamente feliz.*

*Lady Lidia Arnell*

*Posdata:*

*Tu esposa debe amarte muchísimo para dejarte leer esta carta. —Miles sonrió con tristeza. —Yo la hubiera echado a patadas de mi casa a la muy descarada. Pero si te la ha entregado es porque igual tiene dudas sobre lo que sientes, Miles. —Su marido frunció el ceño. —Para comprobar si te importo. Y si te importo... Si no me has olvidado, mi amor, te esperaré en el puerto hasta el anochecer que es cuando zarpa el barco. Te he comprado el billete y te esperaré hasta el último momento. Piénsalo, podríamos iniciar una nueva vida juntos lejos de todo y de todos. Solos tú y yo.*

*Si no vienes, como te dije antes te deseo lo mejor. Adiós, mi amor. Te recordaré siempre.*

Miles bajó la carta lentamente como si pensara en ello y la miró distraído como sino recordara que estuviera allí. Al ver sus lágrimas se tensó. —Cielo...

Elyse gritó desgarrada dándole un bofetón que le volvió la cara antes de salir corriendo

del comedor sujetándose las faldas. —¡Elyse! —Él la agarró del brazo antes de que subiera las escaleras. —¡No tienes que preocuparte!

—¡Vete! ¡Vete con ella!

Palideció dando un paso atrás. —No sabes lo que dices.

—¡Claro que lo sé! ¡La quieres a ella! ¡Lo he visto en tu rostro con cada palabra que ella te había escrito! —Sus ojos expresaron su dolor pues le había roto el alma. —No me quieres. ¡No me has querido nunca, así que vete con ella! —Empezó a subir las escaleras.

—Elyse, ni se me ocurriría irme —dijo impresionado.

Se volvió para mirarle. —¿Por qué no? No te quiero a mi lado si te sientes obligado. ¡No quiero retenerte, es más quiero que te vayas! ¡Porque durante todo este tiempo juntos siempre he tenido la esperanza a que me amaras y esa esperanza acaba de morir con esa maldita carta! ¡Vete! ¡No quiero verte más en la vida! —Corrió escaleras arriba y se encerró en su habitación corriendo a la puerta de comunicación para cerrar con llave.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. —¡Elyse, abre la puerta!

—¡Vete! —Se echó a llorar dejándose caer en la cama y se cubrió el rostro con las manos intentando retener sus sollozos.

—Preciosa abre la puerta. —Le escuchó correr por el pasillo e intentar abrir la puerta que comunicaba con su habitación. —¡Elyse! Rogers, ¿dónde está la llave de esta puerta?

—Al otro lado, milord.

—¡Abre la puerta!

—Milord, va a ponerla nerviosa con tanto golpe.

—¿Crees que no está nerviosa ya? —gritó furioso—. ¡Elyse abre la puerta o la tiro abajo!

—No sabe si está detrás, milord.

Eso pareció contenerle porque le escuchó decir más tranquilo. —Entiendo que estés

alterada pero no es lo que imaginas. Jamás volvería con ella. —Suspiró al ver que no contestaba. —¿Cómo no voy a quererte, mi vida? Eres todo lo que siempre he querido en una mujer. Eres divertida, inteligente y preciosa. ¿Por qué crees que no podía evitar acercarme a ti a pesar de que era evidente que tú sí estabas interesada en mí? ¿Amigos? Te he deseado desde el primer momento, preciosa. Pero al pedirme que fuéramos amigos me dije que no había nada de malo en ello. Me moría por estar contigo, aunque sabía que no estaba preparado. No quería una relación ni una esposa, lo sabes. Pero en apenas unos días no podía sacarte de mi cabeza, esa fue la razón por la que te pedí matrimonio, cielo.

Elyse negó con la cabeza sin apartar las manos de la cara. Le había visto leyendo sus palabras. Ya no podía mentirle por mucho que lo intentara. Y lo que era peor, ella ya no se dejaría convencer por mucho que le amara y le doliera no estar a su lado.

—Abre la puerta, Elyse. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Déjame sola.

—No por favor abre...

—¡Déjame sola! —gritó antes de sollozar de nuevo.

El silencio al otro lado de la puerta fue un alivio y pasados unos minutos pudo relajarse un poco. Durante varias horas pensó en lo que le había dicho y se imaginó que no se iría con Lidia. Puede que por orgullo. Igual porque no le había dado tiempo a pensarlo bien. Puede que en el transcurso de las horas se diera cuenta que aquello no tenía sentido y decidiera irse. Una lágrima cayó por su sien mojando la mano que tenía debajo. Tumbada de costado se preguntó en qué iba a acabar aquello si no se iba. ¿En qué se convertirían? Porque ese día acababa de terminar un matrimonio que nunca tenía que haberse producido y la culpa era solo suya por creer en un sueño.

Horas después ya había oscurecido y escuchó que llamaban suavemente a la puerta. —



¿Elyse? —Preguntaron al ver que no respondía —¿Estás bien?

La voz de Lia la hizo sentarse. —Abre la puerta, por favor. Tienes a todos preocupados. Tu padre está de los nervios.

A toda prisa fue hasta la puerta y abrió una rendija viendo únicamente a su amiga. La cogió por la muñeca tirando de ella hacia adentro y cerrando la puerta. —¿Qué ha pasado?

—¿Se ha ido?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Miles!

—¿Por qué has llorado así? ¿Qué ocurre?

—¿Se ha ido? —preguntó de los nervios.

—Estoy aquí, preciosa —dijo desde el otro lado de la puerta de comunicación cortándole el aliento.

—¿Qué ha pasado? —susurró su amiga asombrada—. Me ha enviado recado diciendo que me necesitabas. ¿Estás bien? —La llevó hasta la cama y la sentó. Se quedó en silencio y agachó la mirada. —¿Se ha muerto alguien? —preguntó en voz baja—. Tu padre ha venido a verte. Está en el salón porque quiere asegurarse de que estás bien. Iba a subir cuando he llegado y ha preferido que suba yo. Te lo digo por si prefieres hablar con él.

Negó con la cabeza porque tampoco sabía cómo explicárselo a su padre. Su amiga acarició su espalda. —Cuéntamelo. Puede que te encuentres mejor.

—No hay mucho que contar —susurró mirando la puerta de reajo—. Sal y dile que se vaya con ella.

La miró sin comprender. —¿Con quién?

—Que se vaya con su mujer. No quiero verle más.

—¿Qué mujer? —Incrédula la cogió por la mejilla para que la mirara. —Tú eres su mujer.

Tú eres su esposa y la madre de su hijo. ¿Qué mujer?

Una lágrima rodó por su mejilla. —Su primera esposa. Le esperaba para irse a América.

A Lia se le cortó el aliento. —¿Qué dices?

Se echó a llorar y sollozando le contó todo lo que había pasado desde que le había conocido. —Todo esto es culpa mía —dijo angustiada—. Si no hubiera hablado con la Reina... Este matrimonio nunca se hubiera producido y ahora estaría con ella.

Lia se tapó la boca impresionada. —Dios mío. ¿De verdad crees que tu marido aún la ama?

—Tenías que haberle visto la cara al leer sus palabras. Se emocionó cuando le dijo que le esperaba.

Lia la miró fijamente durante varios segundos. —Pero Miles te dijo que te amaba un minuto antes de abrir la carta.

Asintió sin ser capaz de hablar. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. —Así que dile que se vaya. Con ella puede ser feliz.

Lia parpadeó levantándose de la cama. Le pegó un bofetón que le volvió la cara y la miró asombrada. —¿Estás loca?

—¡Loca tú! —le gritó a la cara antes de ir al otro lado de la habitación y abrir la puerta de comunicación con la llave. Su marido estaba allí de pie demostrando que había estado intentando escuchar—. ¡Entra ahí y déjale claro que es la mujer de tu vida, imbécil! ¡Ya sabía yo que eras algo tonto cuando te conocí! —Furiosa fue hasta la otra puerta y la abrió para ver allí a su padre. —Váyase a casa, hombre. ¡Estos están casados y muy casados! ¡Eso ya no hay quien lo cambie! ¡Con todo lo que tengo que hacer! —Miró sobre su hombro a Miles que estaba muy tenso. —¿Nos vamos mañana, no? —Su marido asintió. —Perfecto.

Su amiga salió dejándola aún con la sorpresa en el rostro y su padre carraspeó cogiendo el pomo de la puerta. —Creo que tiene razón. Mejor me voy a casa.

Sin salir de su asombro él cerró la puerta como si tal cosa. Su marido suspiró caminando hacia ella y Elyse agachó la mirada. —Creo que ahora deberías comer algo. Te has saltado la comida —dijo suavemente.

Le miró de reojo. —No tengo hambre.

Miles se sentó a su lado y apoyó los codos sobre las rodillas. —Estas horas me han hecho pensar mucho en lo que ha ocurrido. Me he dado cuenta de que te he fallado, ¿no es cierto, preciosa?

Se apretó las manos incómoda y eso le demostró que ya no estaba a gusto con él. —Tú querías que no abriera la carta. Tenía que haberla tirado.

—Yo nunca te hubiera hecho eso. Sabías lo que siento por ti y soy tu esposa. La madre de tu hijo —dijo con rabia intentando no llorar—. Ese gesto me ha demostrado que tú no me sientes como tu compañera y quiero que te vayas.

Él asintió. —No he querido hacerte daño.

—Pues me lo has hecho.

Se quedaron en silencio. —Ya no la amo.

—No quiero hablar más de esto. —Se levantó de la cama y su marido la siguió cogiéndola del brazo y dándole la vuelta. —¡Suéltame, Miles!

—¡Sé que querías que no la abriera, pero tú misma me has presionado para que lo hiciera! ¡Querías comprobar mi reacción como hizo tu padre hace meses con la otra carta que Lidia me envió! —Elyse palideció. —¿Crees que soy idiota? ¡El mayordomo solo tenía que entregármela a mí como se haría en cualquier casa cuando llega un correo! ¡Pero tu padre me llevó al despacho y como tú me presionó para que la leyera! ¡Y lo hice! ¡Porque ya estaba comprometido contigo y quería que fueras mi esposa! ¡Y te mentí sí! ¡En cuanto me lo has recriminado sabía perfectamente de que me acusabas porque solo te he mentido una vez! ¡Tenía que darles el dinero! ¡La he querido muchísimo y no soportaba pensar lo que estaba pasando en prisión! ¡No te oí quejarte cuando le di

dinero al padre de Lia y no le conozco de nada! —le gritó a la cara.

Le miró fijamente. —Tienes razón soy una manipuladora. Lo retuerzo todo a mi conveniencia, ¿no es cierto? En realidad todo esto es culpa mía.

—Elyse...

—Yo quise casarme contigo y en cierta forma te presioné, ¿no es verdad? Fui yo la que he mendigado tu amor durante todo este último año. Yo quería tu amistad con intención de conquistarte y yo fui a hablar con la Reina cuando me enteré de que esa mujer podía volver a tu vida. —Miles la miró sorprendido y ella sonrió con tristeza mientras su corazón se retorció de dolor. —Sí, tenías razón. Fui a hablar con ella de Lidia y conseguí convencerla para que me diera un año a solas contigo. Pero ese año no ha servido de mucho, ¿no es cierto? Nunca llegarás a amarme como la has amado a ella y jamás me conformaría con menos. Por eso creo que lo mejor es que te vayas.

—¡No me voy a ir a ningún sitio! —le gritó a la cara furioso—. ¡Eres mi mujer y siento que este matrimonio no sea lo que esperabas, pero es lo que vas a obtener! ¿No cumplo con tus altas expectativas? ¡Me da igual! ¡Estoy harto de tus inseguridades! —exclamó haciéndola palidecer—. ¡Yo también puedo quejarme porque a veces siento que me he casado con una niña! —Elyse dio un paso atrás como si la hubiera golpeado. —Una mujer tiene que asumir las consecuencias de sus actos. ¡Si me presionas para que lea la carta, debes tener los arrestos de asumir mi reacción por algo que me ha afectado durante años! ¿Cuándo me has protegido tú a mí? —gritó fuera de sí—. Sabías desde el principio lo que sentía respecto a este tema, no pude ser más sincero contigo respecto a mi sentimientos y en lugar de protegerme como haría una esposa, tu familia y tú me habéis ido retando poco a poco. ¡Pues éste es el resultado! ¡No he podido evitar emocionarme, pero no porque me haya invitado a irme con ella! ¡Sino porque todo lo que yo creí una ilusión y una manipulación en su plan, fue real y no me había mentido a mí mismo respecto a lo que sentía! ¡Siento si no ha sido la reacción que en tu mundo de fantasía soñabas, pero sabías que te arriesgabas a esto cuando me diste esa carta! ¡Ahora no te enfades cuando no obtienes los

resultados que esperabas!

Salió de la habitación dando un portazo y ella se estremeció. Ni se daba cuenta que a medida que iba hablando las lágrimas habían corrido por sus mejillas. Estaba en shock. Empezó a respirar agitadamente recordando sus palabras una y otra vez. Que estaba harto de sus inseguridades, que era como una niña, que se había emocionado porque lo que había sentido por Lidia era real. Y esa era la confirmación que esperaba de que su matrimonio era un teatro desde el principio. Ni supo cómo llegó a la cama dejando salir todo el dolor que tenía dentro. Nadie la molestó y el agotamiento y los nervios provocaron que poco a poco se fuera quedando dormida, lo que para Elyse fue un auténtico alivio a su dolor.

Sentada en el carruaje ante su marido se mantenía con la mirada en la ventanilla. Lia la observaba de reojo e iba a decir algo cuando Miles la fulminó con la mirada cerrándole la boca.

—Hace una mañana estupenda, ¿verdad Condesa? —preguntó Elionora incómoda muy consciente de la tensión que vivían desde hacía dos horas que es cuando habían salido de Londres.

Elyse sonrió a la mujer sin que esa sonrisa llegara a sus ojos. —Hace una mañana maravillosa. Esperemos que este tiempo continúe.

—Estoy deseando llegar a Rainbow Hall. Me han dicho que su casa es enorme y muy hermosa.

—Tiene noventa habitaciones y dos salones de baile.

La madre de Lidia la miró impresionada. —Vaya, ¿pertenece a su abuelo? Tengo entendido...

—Sí. Y él la heredó del suyo. Mi familia hizo fortuna y un antepasado mío quiso hacer la mejor casa del contorno. Tardaron diez años en terminarla.

—Debe ser impresionante —dijo Lia.

—Ya verás la biblioteca. Es más grande que la casa de mi padre en Londres. —Su amiga jadeó llevándose la mano al pecho. —Y puedes ir cuando quieras. Ahora que vivirás allí tendrás acceso a ella.

—Gracias. Prometo cuidar mucho los libros.

Sonrió a su amiga. —Sé que lo harás. —Volvió la vista a la ventanilla sumiéndose de nuevo en sus pensamientos. Pensamientos de su infancia y de lo insegura que se había sentido cuando la cicatriz llegó a su vida. Como se escondía detrás de las columnas para observar a los amigos de su padre cuando iban de visita. Las pesadillas despertándose a gritos porque el fuego iba a alcanzarla. Creía que todo eso había quedado atrás hacía años, pero era evidente que seguía dentro de ella porque esa noche había vuelto a soñar con fuego. En ese momento solo quería esconderse de nuevo y que el dolor se fuera, pero al parecer tenía que comportarse como una adulta y aparentar que todo estaba bien cuando nada iba bien en absoluto.

—Ese sombrero es maravilloso, Condesa —dijo Elionora sin darse por vencida.

La miró a través de la redecilla que cubría parte de su rostro y sin ser consciente de ello llevó la mano allí asegurándose de que cubría la cicatriz, sin darse cuenta de que no se había puesto esa clase de sombreros desde que había conocido a Miles. Éste apretó los labios al ver el gesto, pero Elyse ni se dio cuenta sonriendo de nuevo. —Gracias. Los hace una sombrerera de Rainbow. Como tendremos oportunidad, puedo llevarla a su tienda si quiere.

—Oh, claro que sí. Estaré encantada.

—¿No te molesta esa redecilla delante de los ojos? —preguntó su amiga preocupada por su comportamiento.

Distraída contestó —Estoy acostumbrada.

Esa respuesta hizo el silencio en el carruaje. Era obvio que los Condes no querían hablar y mucho menos entre sí. De hecho no se habían dirigido la palabra desde que ellas habían llegado a la casa emocionadas por el viaje. Lia miró a su amiga que parecía que se escondía tras ese

sombrero para no mostrar sus ojos. Estaba claro que la noche anterior no habían arreglado nada y eso la preocupó muchísimo. Sobre todo en su estado. El Conde se mantenía callado y muy serio sin decir palabra observando a su esposa fríamente. Era una pena que se hubiera abierto esa brecha entre ellos cuando antes estaban tan unidos. Con lo que su amiga la había ayudado para conseguir su compromiso con Afton... Lia se mordió el labio inferior porque la noche anterior Elyse necesitaba apoyo y la había traicionado con su exabrupto. Pero es que había pensado que era una riña de enamorados y había supuesto que si hablaban lo solucionarían. Estaba claro que todo había ido a peor y quizás era culpa suya. Ahora no sabía qué hacer. Elyse parecía distante y no le extrañaba nada. Después de haberle hecho daño aquella noche con sus burlas e insultos la había acogido sin reservas y ella le había dado la espalda cuando la necesitaba. Estaba claro que era una amiga pésima.

El trayecto fue muy incómodo, pero la que estaba más incómoda era Elyse. Le dolía la espalda de la tensión de tener a su marido delante observándola constantemente. También le dolía el cuello por tener que mirar siempre a un lado. Se revolvió incómoda en su asiento sin darse cuenta y se acarició el vientre porque su hijo estaba más inquieto de lo normal.

—¿Estás bien? —preguntó su marido sorprendiéndola.

Le miró a los ojos a través de la redecilla antes de agachar la mirada avergonzada. —Sí, por supuesto.

—No quedará mucho, ¿verdad? —preguntó Elionora.

Elyse miró por la ventanilla y vio la colina a unas millas donde Rainbow Hall se mostraba en todo su esplendor bajo la luz del sol. Sonrió sin poder evitarlo viendo la que consideraba su casa. —Bienvenidas a Rainbow.

Lia miró por su ventanilla y abrió los ojos como platos. —Dios mío. Parece un palacio.

¡Tiene una torre!

Sí, pensó ella observándola. Era su castillo. Al menos eso pensaba cuando era pequeña y jugaba por sus pasillos. Siempre sola porque nunca había tenido amigos de su edad. Creía que aquello había cambiado, pero al parecer no sería así. Se acarició el vientre distraída. Bueno, al menos tendría a su bebé porque Dios no podía ser tan injusto como para arrebatárselo. Era fuerte, le sentía.

—Oh, los Marqueses ya han llegado —dijo Elionora al ver que un carruaje se detenía ante la casa.

—Allison estaba impaciente por llegar —dijo Lia—. Supongo que como es la señora de la casa ahora, se moría por conocerla. —Miró a su amiga arrepentida. —Quiero decir...

Sonrió con tristeza. —Sé lo que quieres decir. Pero no estás en lo cierto. Rainbow es mía.

Todos en el carruaje la miraron con sorpresa. —Fue el regalo de bodas de mi padre a mi madre, así que me pertenece.

—Tu padre no me había comentado nada —dijo su marido—. Creía que esta propiedad iba asociada al título.

—Pues no sé por qué no te lo ha dicho —dijo por lo bajo antes de mirar de nuevo su casa.

Su marido apretó los labios antes de mirar a Lia que le fulminó con la mirada cruzándose de brazos con ganas de guerra.

—Debía amarla muchísimo para regalarle algo tan preciado para él ya que ha estado en su familia durante generaciones —dijo Elionora impresionada.

—Sí, la amaba mucho —susurró viendo la sonrisa de su madre en su memoria antes de echarse a reír. Esa risa no la olvidaría nunca—. Mi padre escuchó que cierto príncipe indio había querido demostrarle su amor a su esposa regalándole un palacio y quiso impresionar a mi madre con el mismo gesto.

—Debió quedarse con la boca abierta —dijo Lidia fascinada.



—Eso me han dicho. De hecho se desmayó de la impresión.

Elionora soltó una risita. —A mí me pasaría lo mismo.

Lia suspiró. —Me parece tan romántico... Le dio algo tan preciado para él para que estuviera segura de su amor. No hay nada más bonito.

—Hoy en día no se hacen esos gestos tan románticos, y seamos prácticos, realmente el Marqués fue muy generoso con su esposa —dijo su madre.

—Aunque no hay que regalar una mansión para demostrar que amas a otra persona, madre. Cuando mi Afton me regaló mi anillo de compromiso me sentí como si me hubiera regalado la luna.

—Claro que sí, cielo. Hizo un esfuerzo enorme para comprarte un anillo a tu altura.

Elyse agachó la mirada algo avergonzada porque a ella su marido nunca le había regalado nada especial. Le había comprado detallitos en su viaje de novios, pero nada que fuera realmente especial y que demostrara todo lo que la quería. El coche se detuvo y gimió del alivio deseando bajar del carruaje lo más pronto posible.

Ante la entrada estaba todo el servicio principal esperando para recibirles. Un lacayo abrió la puerta y Miles fue el primero en salir alargando la mano para ayudarla a bajar, provocando que el lacayo se apartara. Sonrió a John al que conocía desde que era niño y no tuvo más remedio que coger la mano de su esposo para descender del carruaje. El tacto de su mano la puso tan nerviosa que en su prisa por salir casi se cae asustando a los presentes. —¿Estás bien? —preguntó su marido agarrándola por la cintura.

—Sí, gracias —respondió sin mirarle sonrojándose sin darse cuenta. Miró a su alrededor a todo su servicio que respondió a su sonrisa haciendo una reverencia.

—Condesa es un placer tenerla de nuevo en casa.

Miró al mayordomo que estaba en lo alto de las escaleras al lado de su padre. La conocía desde niña y en ausencia de su padre no había dudado en reprenderla. Empezaba a tener canas en

las sienes morenas y la miraba satisfecho con sus bonitos ojos marrones. —¿Hobson me has echado de menos?

El mayordomo sonrió. —Cada día, milady.

—Eso está bien. —Cogió del brazo a su marido entre otras cosas porque no la había soltado y sujetó las faldas de su vestido para subir los escalones. —Ha pasado demasiado tiempo, amigo.

—Demasiado para no tenerla en el hogar.

—Te presento a mi esposo. El Conde de Houghton.

—Será un honor servirle, milord. —Agachó la cabeza en señal de respeto.

—Gracias, Hobson.

Sus invitadas estaban justo detrás y ella se volvió para presentarlas. —Y ellas son Lady Campbell, Baronesa de Medway y su hija Lady Lia Campbell futura esposa de nuestro buen doctor. El señor Robinson.

—Todo está listo para la celebración, milady. Como especificasteis.

Los ojos de Lia brillaron. —¿Celebración?

—Qué mejor sitio para celebrar una boda que Rainbow Hall —dijo el Marqués orgulloso—. Mi hija siempre dijo que no había sitio mejor.

Su marido la miró. —¿Querías casarte aquí?

—¿Por qué no pasamos? Estoy muy cansada del viaje y me gustaría acostarme un rato.

—Sí, por supuesto, milady —dijo Hobson—. ¿Quiere que le prepare un baño?

—Eso sería estupendo. Que a mis invitadas no les falte de nada. —Entonces entrando en el hall vio de reojo a una chica rubia que hacía una reverencia y salió abriendo los ojos como platos. —¿Lucy?

Su doncella desde que tenía catorce años sonrió incorporándose. —Bienvenida a casa,

milady.

—¿Pero qué rayos haces tú aquí? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Te has quedado viuda!

La doncella se sonrojó. —No, milady. Mi John ahora trabaja aquí. —La miró incómoda. —Es que este es mi hogar y...

—Nos echaba de menos, milady —dijo el mayordomo orgulloso—. John trabaja en los jardines y debo decir que está muy contento.

Chilló de la alegría sin poder evitarlo y se apartó de su marido abrazando a la doncella. El servicio sonrió encantado por esa muestra de cariño. Se apartó para mirar sus ojos castaños. —¿Cuándo has regresado?

—Hace dos meses, milady. Creía que usted ya estaba aquí. —Miró de reojo a su marido que las observaba con una ligera sonrisa en los labios. —Qué guapo —dijo por lo bajo.

—Shuss, descarada.

La doncella soltó una risita. —Enseguida le preparo el baño, milady.

—Sí, porque he dejado a Teresa en casa. Sabía que aquí tenía doncellas de sobra. — Sonrió encantada. —Me alegra mucho verte.

—Gracias, milady. Lo mismo digo.

Se volvió y vio a todos observándolas. Su padre sonreía encantado al igual que Allison. —Qué bueno es estar en casa.

—Pensamos lo mismo, milady —dijo Hobson encantado.

En cuanto los señores entraron en la casa se dirigieron al salón. Elyse se quedó a propósito detrás para hablar con Hobson que se dio cuenta enseguida. Levantó los brazos para quitarse la aguja del sombrero dándoselo a Lucy que esperaba tras ella. —Hobson...

—¿Si, milady?

—Mi esposo dormirá en el ala este con los invitados.

Hobson disimuló su sorpresa. —¿En el ala este, milady?

—Sí, que lleven allí su equipaje. —Sin dar más explicaciones fue hasta el salón y se quedó en la puerta. —Os veré esta tarde. Yo comeré algo en mi habitación. Padre, ¿puedes encargarte de nuestros invitados?

—Por supuesto, querida. Tú descansa lo que necesites.

Forzó una sonrisa sin mirar a su marido, pero sí se dirigió a Lia y a su madre. —Espero que todo esté a vuestro gusto. Si no es así no dudéis en decirlo. —Le guiñó un ojo a su amiga. — Luego te enseñaré la biblioteca si no se me adelanta mi padre.

—Después de comer puedo enseñaros la casa.

—Eso sería estupendo —dijo Lia emocionada—. ¿Es eduardiana?

—Tienes ojo para la arquitectura.

Aprovechando que se pusieron a hablar de la construcción de la casa ella salió del salón. Sujetándose las faldas subió la escalera en forma de U y al llegar al primer piso se dirigió hacia la izquierda del pasillo. Dobló la esquina y continuó caminando hasta el final donde la puerta ya estaba abierta. Se quedó en el vano de la puerta observando a Lucy que estaba en medio de la habitación con las manos unidas esperándola. Lucy apretó los labios al mirar sus ojos. —¿Qué ha pasado, Elyse? Hace tres meses en tu última carta eras inmensamente feliz.

Se echó a llorar sin poder evitarlo y Lucy se acercó para abrazarla. Después de unos minutos la llevó hasta la cama y susurró sin dejar de abrazarla —Venga, venga. No será para tanto. Ahora me vas a contar todo lo que has hecho en este último año.

Levantó la vista para mirarla a los ojos. —Soy una tonta.

—Tú nunca has sido tonta. Todo lo contrario. ¿Recuerdas aquella vez que uno de tus arrendatarios quiso timarte con el peso del trigo? Nadie se había dado cuenta. Ni Haligan que vino desde Londres al pesaje. Solo te diste cuenta tú. —Le levantó la barbilla. —Así que si estás

disgustada es por una razón y me la vas a contar. Y empieza por el principio que ya que has conseguido librarte de tus invitados tenemos mucho tiempo y no quiero perderme nada.

Con cada frase en la que relataba todo lo que había ocurrido desde su llegada a Londres su amiga no hacía más que interrumpirla impresionada con frases como: ¿De verdad? ¿Hizo eso? Esa chica es una bruja. Qué emocionante, un amor con dificultades. ¿Te besó? Qué bonito. ¿Conociste a la Reina en persona? Al final no era mala chica. Cielo, no te preocupes. Dios proveerá. ¿Te pegó un bofetón? A esa le rebano el pescuezo. ¡Será estúpido!

Cuando Elyse terminó la miró a los ojos. —No sé cómo comportarme. Me siento ridícula.

—Tú no tienes nada de ridícula.

—Sé que soy insegura y comparada con él soy una niña. Él es mucho más experimentado y... Esto es una tontería.

—No es una tontería. Te estás desahogando. Yo tengo a mi John. Tú tienes a esa bruja que aparenta ser una amiga, a un padre enamorado de su esposa que está en una nube y que no se entera de nada. Y a un marido que crees que no te aprecia lo suficiente.

Sonrió con tristeza. —No es una bruja. Siempre que la llamo acude en mi ayuda. Cuando estuvimos enfermos estuvo a nuestro lado y se portó muy bien, de verdad. Ayer creyó que era una tontería y por eso reaccionó así. Está algo nerviosa por la boda.

Lucy chasqueó la lengua. —Boda de la que seguramente tú has tenido algo que ver.

—¡No! Se enamoraron...

—Vamos, te conozco. Soltero que hay a cien millas, soltero que emparejas, tenga la edad que tenga.

—Pues padre se me resistió muchos años.

—Porque no había llegado la mujer adecuada. Esa mujer tiene muy buena pinta.

Sonrió encantada. —¿Verdad que sí? En cuanto la vi me dije que estaban predestinados.

—Tu madre estaría orgullosa de ti.

Se le cortó el aliento. —¿Eso crees?

—Claro que sí. Has luchado por lo que quieres y siempre procuras hacer felices a los que te rodean. Si lo sabré yo, que lo he visto durante años. Bueno, solo lo he visto cuatro años, pero siempre es lo mismo. Por cierto, el Pastor está encantado con su esposa. —Le guiñó un ojo. —Ha rejuvenecido diez años. Te besaré los pies en cuanto te vea. —Frunció su naricilla. —Volviendo al tema... Él hizo mal. No debía haber abierto la carta. De hecho, no debió mentirte respecto a que daba dinero a su antigua suegra. Fue una mentira velada pero una mentira, al fin y al cabo. Y si tan niña le parecías no sé por qué se casó contigo tan precipitadamente. —Levantó la barbilla. —Para ser una niña bien que te ha dejado en estado. ¿Y qué si eres insegura? Después de lo que has vivido es muy normal que seas así. Si se comportara como un marido, te quitaría las dudas de la cabeza en lugar de fomentarlas. Mi John lo hace continuamente cuando le digo que tengo los pies feos.

—¿Tienes los pies feos?

Su amiga se quitó el zapato y la media para mostrarle el pie. Se tapó la nariz. —¡Lucy!

—¿Qué? ¡El baño de la semana no toca hasta mañana! Que nariz más delicada tiene, milady—dijo con burla.

—Pobre John.

—Oh, los de él huelen mucho peor.

—Puaj.

Su amiga movió los dedos de los pies ante su cara. —¿Son feos?

—¡Tápate eso, vas a matarme!

Lucy se echó a reír a carcajadas. —La cara que has puesto.

—Se me han revuelto las tripas —dijo acariciándose el vientre—. Pero tienes unos pies

muy bonitos.

—¿Ves? Siempre quieres hacer feliz a la persona que tienes al lado. —Soltó una risita. — John dice lo mismo, pero es que me quiere mucho e ignora lo feos que son mis pies. —Después de atarse el zapato se incorporó. —¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, que Miles no me quiere —dijo desmoralizada.

La puerta se abrió sobresaltándolas y Lucy se levantó de golpe de la cama. Lia frunció el ceño mirando primero a una y después a la otra. —Venía a ver si estabas bien. —Cerró la puerta tras ella. —No quería llamar por si estabas dormida. —Entrecerró los ojos cruzándose de brazos. —¿Ni siquiera te has bañado?

Se sonrojó avergonzada. —Estábamos hablando y...

—Eso no es de su incumbencia, milady —dijo Lucy groseramente—. Y se llama antes de entrar.

—¡Lucy!

—Mira bonita, deberías aprender como hablar con tus superiores.

—¡Lia compórtate!

—Usted no es nada mío, milady —dijo con burla.

—Soy una invitada en esta casa y...

—¿Usted me da lecciones de conducta? ¿Usted que se burla de mi señora en público y la abofetea?

Lia jadeó asombrada antes de mirarla. —¿Se lo has contado?

—Me lo cuenta todo. ¡Porque yo sí soy una amiga!

La miró arrepentida. —Soy tu amiga. Sé que no reaccioné como tú querías, pero...

—No lo consideraste importante. Lucy está exagerando.

—¡No estoy exagerando! ¡La necesitabas y esta bruja te arreó! ¡Como si fueras una niña

que ha tenido una pataleta!

—¡Creía que si lo hablaba con su marido lo arreglarían! ¡Y a ti no tengo que darte explicaciones! ¡Tú no les has visto juntos cuando estaban bien! ¡Están muy unidos!

—¡Eso no implica que no le haya fallado! ¡Y tú también!

—¡No fue mi intención! Consideré que lo mejor era que hablaran. ¡Creía que lo arreglarían! —le gritó a la cara.

—Fuera de la habitación.

—¡Lucy!

—¡Sácame tú si puedes, canija!

Elyse chilló levantándose cuando Lucy se lanzó sobre ella tirándola al suelo. —¿Estáis locas?

Se peleaban como dos gatas en celo y Elyse temía por Lucy que era plebeya. Lia podía meterla en un buen lío si la denunciaba. Para su sorpresa Lia giró sobre sí misma tirando del pelo de Lucy antes de arrearle un tortazo que la tiró sobre la alfombra. Su doncella gruñó antes de arrodillarse y pegarle un derechazo a Lia que la tumbó en el suelo de nuevo.

—Dios mío. ¡Parad! —gritó muy nerviosa al ver que Lia arañaba a Lucy en la mejilla con el anillo de compromiso—. ¿No me oís? ¡Parad!

—Estúpida niña mimada —dijo Lucy con rabia haciendo chillar a su amiga al agarrarle de la oreja. Afortunadamente empezaron a agotarse y los golpes eran más flojitos. Exasperada se sentó de nuevo en la cama viendo cómo se arreaban lo que podían hasta que cansadas se sentaron en el suelo mirándose. A Lia le sangraba la nariz y a Lucy la mejilla. Y ambas tenían unos pelos de locas que era para partirse de la risa. Elyse no lo pudo evitar. Intentó no reír, pero al ver como se miraron con inquina de nuevo soltó una risita. La miraron asombradas antes de que Elyse se echara a reír a carcajadas.

—¡No tiene gracia! —protestó Lia.



—A ver cómo le explicas eso a tu novio. Y tú a tu marido. —Se echó a reír de nuevo llevándose la mano al vientre y sin poder evitarlo ambas sonrieron al verla feliz.

Lucy se encogió de hombros. —Le diré que me ha atacado un pájaro.

Lia se tocó la nariz y jadeó con los ojos como platos. —Estoy sangrando. —Se miró la mano llena de sangre antes de bizquear cayendo hacia atrás sin sentido.

Elyse hizo una mueca mientras la doncella miraba a su víctima y chasqueaba la lengua. — Es que se esperaba tener sangre azul. Ha sido la impresión.

## Capítulo 13

Sentados a la mesa a la hora de la cena, Elyse miraba a Lia sentada al lado de Allison intentando comer la sopa sin arrugar la nariz, porque su madre le había dicho que el desafortunado golpe que había sufrido con una puerta podía provocarle un morado el día de su boda y eso que aún quedaba un mes. Que era mejor que no la moviera. Reprimió la risa al ver que en su intención de no mover el labio superior, la mitad del contenido de la cuchara se le salió por la comisura. Reprimió la risa y su amiga la fulminó con la mirada. Al ver que su marido giraba la cabeza para mirarla perdió la sonrisa de golpe y se metió la cuchara en la boca.

—Es una pena que Afton haya sido llamado para atender a un paciente —dijo Miles sin quitarle ojo.

—Sí que es una pena —dijo su futura suegra como si su profesión fuera una desgracia.

—Es su obligación, madre.

—Es una profesión que admiro mucho —dijo Allison sentada frente a ella—. Hay que ser muy valiente para quedarse al lado de un enfermo que te puede contagiar cualquier cosa en cualquier momento.

—Sí, temí mucho por mi hija cuando cuidó a la Condesa.

—Si hubiera enfermado no hubiera sido para tanto, madre. Unos días en cama y punto.

—Cierto, era más grave para...

Todos se quedaron en silencio y la Baronesa se sonrojó. —Todos entendemos lo que ha querido decir, Elionora —dijo Elyse amablemente aliviándola—. Su hija será la perfecta esposa de un doctor. Le apasiona su profesión y comprenderá cuando tenga que ausentarse de casa porque

es por una causa muy noble.

—Además se aman —dijo su padre divertido—. Solo hay que verles juntos.

Lia se puso como un tomate haciendo reír a la mesa. A todos menos a su marido que parecía muy incómodo. Elyse perdió la sonrisa poco a poco e hizo un gesto para que recogieran la mesa pues los comensales habían acabado. Hobson lo ordenó de inmediato.

—Miles estás muy callado. ¿No estarás enfermo de nuevo? —preguntó Allison con una dulce sonrisa en los labios.

—No, suegra. Estoy perfectamente —dijo con ironía antes de beber de su copa de vino—. Es todo este amor que hay en el ambiente lo que me tiene sin palabras.

Todos se miraron extrañados mientras Elyse se tensaba. —¿Acaso te molesta? —preguntó sin poder evitarlo—. Es que hay personas, no todas como bien sabrás, que se casan enamoradas.

La baronesa dejó caer la mandíbula del asombro antes de mirar al Conde que parecía divertido dejando la copa sobre la mesa. —No querida, hay personas que cuando se casan creen que están enamoradas y cuando pasa un tiempo se dan cuenta del error que han cometido.

Tensó la espalda apretando el tenedor que tenía en la mano. —Eso es un poco cínico, querido.

—Pero es lo que hay, querida. Lo que no entiendo es por qué no piensas lo mismo.

Todos giraron la cabeza hacia ella. —Será porque he vivido lo que es un amor en mi propia familia, esposo. Por eso sé que existe.

—No, cielo. Tú has vivido con un viudo la mayoría de tu vida. —El Marqués se tensó. — Un hombre que puede que amara mucho a su mujer, pero igual no vivió con ella el tiempo suficiente como para arrepentirse de su decisión. ¿Por qué no le preguntas a la baronesa?

Lia frunció el ceño. —No meta a mi padre en esto, Conde.

Elyse le miró furiosa—No te atrevas.

—Estamos conversando...

—Miles... —le advirtió su suegro.

—El Conde tiene razón —sentenció la baronesa antes de meterse el tenedor en la boca como si nada mientras todos la miraban asombrados. Masticó lentamente mientras nadie sabía que decir y se limpió con la servilleta como toda una dama mientras su hija la observaba incrédula. — ¿Qué? Es cierto. Mi marido me enamoró con palabras bonitas que sacó de los libros y antes de darme cuenta estaba casada. Yo que tenía tantos pretendientes, porque no era por nada, pero yo de joven era una perita en dulce, me caso con un hombre que por cuatro palabras bellas me dejó medio atontada. Ignoré que no era de los más ricos, ni de los más atractivos y esas palabras bonitas dejó de decírmelas para decírselas a otras.

—¡Madre!

—Vas a casarte, hija. Más vale que te espables. —Puso los ojos en blanco antes de beber mientras Miles se echaba a reír a carcajadas. —Tu padre tenía amantes. Y por una de esas amantes estamos como estamos. Aunque tampoco estamos tan mal, he de reconocerlo. Mi yerno nos hará vivir cómodamente al menos.

—De eso estoy seguro —dijo su padre muy tenso. Fulminó a Miles con la mirada—. Ella ha tenido mala suerte.

Miles se echó a reír. —¿De verdad? Entonces yo he tenido una suerte pésima.

Elyse palideció por el insulto y más en público. Se levantó dejando caer la silla al suelo y dijo casi sin voz —Si me disculpáis...

Su marido perdió la risa de golpe mirando sus ojos. —Preciosa, yo no...

Elyse salió corriendo del comedor reprimiendo un sollozo, dejando a todos mudos de la impresión. Miles dejó la servilleta sobre la mesa. —Si me disculpáis...

—¡No! ¡No te disculpo! —gritó Jonathan furioso—. ¡Está en estado en un embarazo muy delicado, por el amor de Dios! ¿Qué diablos te ocurre?

—Eso me gustaría saber a mí —dijo por lo bajo antes de salir tras su esposa.

Miles subió los escalones yendo hacia donde creía que estaba su habitación, reconociendo que le había enfurecido que le apartara de su vida de esa manera colocándole al otro lado de la casa como si fuera un invitado. Abrió varias habitaciones que obviamente estaban vacías y cuando llegó al final abrió la última de la derecha quedándose helado al ver una habitación llena de juegos de madera y muñecas. Una casa de muñecas enorme estaba entre las dos ventanas y todas las muñecas pulcramente cuidadas a pesar de los años que tenían. Había una mesa en un lateral que estaba llena de pinceles y lienzos. En otro extremo había un costurero. Hizo una mueca porque era enorme. El suyo era una ridiculez al lado de esa belleza hecha de oro y plata que medía casi lo mismo que su esposa y tenía sus iniciales grabadas. Se acercó acariciando las iniciales del cajón central.

—Es su habitación de juegos. —Se volvió viendo a la doncella de su esposa con una lámpara de aceite en la mano. —Prácticamente se crió aquí.

—Has dicho es, no era.

La doncella sonrió dando un paso dentro de la habitación. —Es que la ha usado hasta el año pasado. Aquí se entretenía en las largas horas en solitario sin nada que hacer. —Se acercó para acariciar la cabeza del caballito de madera que se balanceó del impulso y él pudo ver el arañazo en la cara. Ella miraba triste el caballito. —Es increíble como alguien que lo tiene todo, puede vivir una vida tan solitaria.

—Tenía a su padre.

Ella rió divertida. —Oh, sí. El Marqués que temía tanto por su delicada hija, que la mantenía en una urna de cristal dándole todos sus caprichos. Cuando llegué a esta casa tenía catorce años y aunque me presentaron a una joven de mi edad, parecía que tenía diez. —El Conde se tensó. —No hablaba con nadie que no fuera de la casa. Si venían invitados se quedaba callada observando y si venía un desconocido, se las arreglaba para esconderse sin que su padre se diera

cuenta. Solo tuve cuatro años para que se abriera un poco a los demás y conseguí que lo hiciera con los arrendatarios, pues le insistí que esta finca que por cierto es enorme sería de su responsabilidad y debía saber cómo administrarla y como tratar con los que la servían. Le costó muchísimo.

Dio un paso hacia ella. —¿Por qué?

Sonrió divertida. —Ha hecho la pregunta adecuada, Conde. Eso demuestra que le importa.

—¿Por supuesto que me importa! ¡Es mi esposa!

—¿De veras?

A Miles se le cortó el aliento. —Te lo ha contado.

—Elyse y yo no tenemos secretos, milord. —Se acercó a una estantería y cogió una muñeca mostrándole su rostro. Tenía la cabeza de porcelana rota, pero la habían reconstruido tan bien que casi ni se notaba. —¿Ve esta muñeca?

—Sí —dijo muy tenso.

—Podría ser Elyse. De hecho lo es, la llamó así. —Miles palideció. —Cuando llegué a esta casa tampoco entendía nada. Era maravillosa con los que la rodeaban, pero con los extraños se retraía. Me negaba a creer que era por esa cicatriz o por la que tiene en la espalda que casi no puede ver nadie. Aunque ella hacía gestos que delataban que era así.

—Como intentar cubrirla.

—Exacto. A veces cuando se siente intimidada se la toca sin darse cuenta, pero es un gesto que hace sin querer. Ha culpado a la cicatriz que tiene fuera y a la vista de todos para no mostrar el dolor y el miedo que tiene dentro por otra razón.

—¿Y qué razón es esa?

La doncella le miró a los ojos fríamente. —¿La conoce desde hace un año y aún no lo sabe, milord?

Apretó los puños impotente. —No me lo ha contado.

Lucy expresó su desprecio en su rostro. —Era más fácil echar la culpa a la cicatriz que intentar averiguar la verdad. Ella tiene razón, no la ama.

Se apartó con intención de irse, pero él la agarró por el brazo sorprendiéndola. —Quiero saber.

Apartó el brazo. —¿Y qué es lo que sabe, Conde?

—Lo que sabe todo el mundo. Que asaltaron su carruaje cuando era niña y su madre falleció asesinada.

La doncella sonrió incrédula dando un paso atrás. —No sabe nada de su esposa. No se ha molestado en conocerla.

—¿Me lo vas a contar o no? —preguntó furioso.

—Nunca se habla de ese momento en esta casa. Si se entera...

—No lo sabrá por mí.

—A mí no me lo ha contado ella. Y no voy a decir quien me lo dijo, pero estaba presente esos días y no se separó de la cama de la niña en ningún momento.

—¡Habla de una vez! ¿Qué le ocurrió a mi esposa?

—Era de noche. Regresaban de Londres después de la temporada. La niña dormía al lado de su madre y se despertó sobresaltada al escuchar los gritos de la Marquesa cuando intentaban abrir la puerta. Elyse se asustó y quiso ayudar a su madre. Había una lamparita de aceite sujeta a la pared del carruaje, supongo que usted también tiene una. —Miles asintió. — La Marquesa siempre la llevaba encendida porque a la niña le daba miedo la oscuridad. Elyse la golpeó sin querer revelándose contra uno de los asaltantes que había conseguido abrir la puerta y la sujetaba por la muñeca, y la lámpara cayó sobre la falda de su madre. —Miles apretó las mandíbulas. — Los asaltantes al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, temieron perder su botín y de paso la vida si alguien les encontraba. Así que en lugar de ayudar a la Marquesa, sacaron el equipaje de

encima del carruaje después de matar a los cocheros. Fue cuando huyeron como ratas.

—¿Y Elyse?

Los ojos de la doncella se llenaron de lágrimas. —Elyse intentó ayudar a su madre, pero la Marquesa la empujó del pecho golpeándola contra la puerta para alejarla del fuego cortándose la mejilla con el cristal de la ventanilla. Cayó desmayada al lado del camino y justo en ese momento pasó un grupo de pastores que iban a la faena. La sacaron de milagro del carruaje. Su espalda ya se había prendido al igual que su cabello.

—¿Qué ocurrió después?

—La niña tardó en recuperarse porque las heridas se le envenenaron y todo el mundo creía que moriría. Sobre todo por la quemadura de la espalda porque el anterior médico no la limpió bien, dejándole restos del vestido entre la quemadura que por poco la matan. Cuando se despertó todo el mundo quería saber qué había ocurrido, pero ella casi no recordaba nada. El doctor decía que era por el trauma, pero poco a poco empezó a recordar. Una de las niñeras de noche la escuchaba llorar y llamar a su madre. La asustaba el fuego. De hecho todavía la asusta. —Miles se tensó recordando su mirada la noche del incendio. —Pero todo se desencadenó cuando el alguacil quiso hablar con ella después de la detención de los malhechores porque ellos habían contado que había sido la niña quien había matado a su madre. —Muy tenso apretó los puños con fuerza. —Y eso la hizo recordar y con los recuerdos llegó la culpa. Una culpa muy difícil de asumir para una niña de seis años.

—Fue un accidente —dijo con rabia.

—Para una niña de seis años, ella había matado a su madre. ¿Se imagina vivir con eso, milord? Por eso odia que vean su cicatriz, porque esa cicatriz le recuerda cada maldito día que si su padre ha perdido al amor de su vida es por su causa. Que si ella ha crecido sin madre es por su culpa. ¿Se lo imagina, milord? Aquí estaba segura. Todos la conocen. Nadie da importancia a su cicatriz porque ya casi ni la ven. Pero un desconocido...



—Lo primero que ve es su cicatriz y por educación simulan no verla intentando que no se sienta incómoda.

—Y vuelve el recuerdo. ¿Por qué cree que se enamoró de usted, milord? Porque no simuló no ver su marca. La vio, pero también la vio a ella. Le dijo lo que necesitaba oír justo en el momento adecuado y para una muchacha que lleva toda la vida esperando que alguien le diga que sus heridas no tienen importancia, es un mundo. —Sonrió con tristeza. —¿A veces parece una niña? Es que en muchos aspectos lo es, milord. Necesita un hombre que la ame para que florezca la maravillosa mujer que está en su interior. Pero había un problema, milord. Usted estaba enamorado de otra mujer. —Le miró fijamente. —¿Por qué cree que le eligió a usted entre todos los hombres? Un hombre con una vida complicada. Un hombre que también había sido herido por la mujer a la que amaba. Un hombre roto como ella.

Miles palideció. —Son innumerables las historias que le contará cualquiera del servicio de los animalillos heridos que ha traído a la casa. De las parejas que ha intentado unir para que sean felices y todo para intentar compensar el daño que hizo en su infancia. Por eso su padre fingió estar casado. Porque la veía venir. —Lucy se echó a reír sin ganas. —Está en su naturaleza. Nunca podrá evitar intentar hacer feliz a los demás. Por eso perdonó a esa bruja que ahora es su amiga a pesar del daño que le hizo. Porque la vio sufrir y es algo que ella no puede soportar. Quiso hacerle feliz, milord. Quiso que ambos fueran felices y creyó que lo había conseguido, por eso el dolor fue tan intenso, porque al abrir esa carta sintió que todo lo que había intentado para enamorarle no había servido de nada. Y se lo ratificó después al hablarle de esa manera como si no fuera importante para usted.

Dejó la muñeca sobre la estantería y la colocó exactamente como estaba antes. —¿Ahora conoce mejor a su esposa, milord? —Se volvió para ver sorprendida que se había ido.

Buscó a su esposa desesperado por toda la casa y cuando no la encontró no tuvo más remedio que acudir a Hobson que salía del comedor en ese momento. —¿Dónde está la Condesa? —Hobson se tensó. —¿La ha visto? —preguntó impaciente.

—No la he visto, milord.

—Pero sabe dónde está.

—Cuando milady está disgustada sube a la torre porque allí no sube nadie y cree que nadie sabe que está allí. Es su refugio, pero dudo que haya ido allí ahora que está en estado. No podría subir las escaleras.

Preocupado se pasó la mano por el cabello. —¿Cómo se sube?

—Escalera este, milord. En el último piso hay una puerta que da a una escalera de caracol.

El Conde subió las escaleras corriendo y Hobson gritó —¡No le abrirá la trampilla, milord!

Tuvo que abrir tres puertas hasta que encontró la escalera de caracol y escuchó su tarareo desde allí. Miró hacia arriba y empezó a subir las escaleras lentamente. Cuando llegó arriba vio una escalera de madera vertical y una trampilla cerrada. Juró por lo bajo porque allí casi no se veía nada excepto por una pequeña ventana por la que se filtraba la luz de la luna. Miró hacia arriba colocando la mano en uno de los peldaños.

—Dentro de unos años esto será tuyo —dijo su esposa con dulzura—. Y viviremos aquí. Te compraré el caballo más bonito del contorno, ya verás. —Subió los escalones lentamente porque no quería asustarla. —Yo monto todas las mañanas y te llevaré conmigo. Mira, una estrella. Seguro que es tu abuela. Siempre está ahí para que la veamos y sepamos que nos cuida. —A Miles se le rompió el corazón.

Elyse sentada ante una de las ventanas en arco se puso a tararear mirando el estrellado cielo sin dejar de acariciarse el vientre. A Miles se le cortó el aliento al verla iluminada por la luz de la luna. Apoyada en el muro de piedra miraba hacia afuera sin darse cuenta de que él

entraba en su refugio y dudó si aquello era buena idea. La trampilla crujió y ella se sobresaltó mirando hacia él. A pesar de la poca luz vio cómo se sonrojaba agachando la mirada y retrayéndose.

—Preciosa, no has terminado de cenar.

—No tengo hambre.

Él suspiró acercándose a ella y Elyse rechazándole claramente miró al exterior de nuevo. Miles miró hacia allí y la verdad es que era una imagen preciosa pues se veía todo el valle hasta el pueblo que parecía idílico. —Me han dicho que subes aquí si estás disgustada. Sobre lo que dije antes...

Se levantó a toda prisa. —Creo que voy a cenar algo más.

Miles se dio cuenta de que se había cerrado totalmente a él e iba a ser un triunfo que le mirara siquiera. —Cielo... —Al ver que se iba a agachar al lado de la trampilla se asustó. — ¡Deja que baje yo primero!

Por no discutir le hizo caso y para su sorpresa su marido cerró la trampilla de golpe sentándose encima con las piernas al estilo indio sin importar que su traje negro de noche se pusiera hecho un asco porque todo estaba cubierto de polvo. —¿Qué haces?

Él sonrió. —¿Recuerdas la noche que nos conocimos? —Asintió aún con la boca abierta. —En aquel momento éramos dos desconocidos y te hablé con toda la sinceridad que me proporcionaba el alcohol y mi desdén hacia todos. Una chica preciosa que se había disgustado por lo que yo consideraba una estupidez. —Elyse se tensó enderezando la espalda. —Pero era mucho más, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas. ¿Quieres levantarte, por favor? Tengo hambre.

—Hace un momento no tenías.

—Pues ahora la tengo.

—¿Por qué no eres sincera y me dices que no quieres hablar conmigo? ¿Que te he hecho

daño y que me quieres fuera de tu vida? —Elyse apretó los labios. —¿Me quieres fuera de tu vida, cielo?

Decidió ser sincera consigo misma y asintió. Miles apretó los labios encajando el golpe. —Ya no la amo, Elyse. Tú has borrado cualquier deseo que hubiera tenido de estar con ella. Jamás te dejaría.

Elyse se volvió dándole la espalda y él la observó empezando a ponerse realmente nervioso porque no mostraba ninguna intención de perdonarle. —No voy a volver a Londres.

Miles sintió un nudo en el estómago por lo que eso implicaba. Quería encerrarse de nuevo en su urna de cristal dejándole fuera y él no iba a permitirselo. —Eso no va a pasar.

Se volvió furiosa. —¡Tengo derecho a quedarme aquí!

—No, no lo tienes. Porque soy tu marido y harás lo que yo te diga. Y si te digo que volvamos a Londres, te subirás al carruaje sin rechistar, ¿me has entendido?

Le miró a los ojos como si no le conociera. —En cuanto tenga al niño me quedaré aquí.

—Y te obligaré a viajar por mucho que patalees o grites. Me da igual que llores. Harás lo que yo te diga.

—¡No!

—Deja esa actitud, preciosa —dijo muy tenso al ver que no se bajaba de la burra—. Está claro que quieres discutir conmigo cuando yo solo he venido a hacer las paces.

—¿Acaso no estás arrepentido de haberte casado conmigo? ¡Lo has dicho en la mesa ante nuestros invitados! No sé a qué viene esto ahora. ¡Podrás volver a tu vida con tus zorras y tus amigos!

—Esa vida se terminó —siseó pensando que tenía que empezar a morderse más la lengua antes de hablar—. Y no hablaba de ti. Hablaba de Lidia.

—Oh, perdona... ¡Es que la única que podía sentirse ofendida soy yo! ¡Aunque no me

extraña que pienses en ella porque no has dejado de pensar en esa mujer desde que te conozco!  
Así que es mejor que te vayas con ella.

—¡No voy a irme a ningún sitio, así que deja de decir eso!

—Mira, esta conversación no tiene ningún sentido. —Se acercó a él. —Levántate.

—No pienso moverme de aquí hasta que no te convenzas de que te quiero.

A Elyse se le cortó el aliento. —Qué manera más extraña de querer a alguien. Yo nunca he querido hacerte daño.

—Yo tampoco quería hacerte daño.

Le miró con rabia. —Mientes.

Él suspiró. —Elyse...

—¡Y no estoy hablando de la maldita carta! ¡Ayer noche quisiste dañarme! ¡Me acusaste de ser inmadura y de comportarme como una niña! ¡Yo nunca hubiera hecho algo que te hubiera hecho dudar de que te amaba! —gritó desgarrada haciendo palidecer a Miles.

—Entiendo que te disgustaras.

—Lo entiendes —dijo con desprecio—. ¡Eres mucho más mentiroso de lo que creía! ¡Tú no entiendes una mierda!

—¡Elyse! —Se levantó empezando a perder la paciencia. —¡Lo entendí perfectamente, pero parece que la que no quieres entenderme eres tú! ¡Llego a casa y allí estás tú con esa carta en la mesa presionándome para que la leyera! ¡Puede que no quisieras que la abriera, pero yo no me di cuenta hasta después al ver tu reacción! ¡Y si fueras sincera contigo misma, reconocerías que querías saber su contenido! ¡Era evidente que te morías por saber lo que ponía!

Eso no podía negarlo y apretó los puños frustrada. Para su asombro su marido sonrió. — Bien, y ahora que hemos aclarado que yo no he hecho nada vayamos a tu pataleta posterior y mi reacción a esa pataleta.

—¿Mi qué? —siseó con ganas de matarle.

—Querida, en un matrimonio las cosas se hablan. Te lo digo porque estás un poco verde en esto del matrimonio y...

—¿Que estoy qué? —gritó furiosa poniendo los brazos en jarras.

Sonrió más ampliamente. —¿Ves? Cálmate.

—¿Quieres sacarme de quicio?

—Es que te prefiero enfadada a que te pongas a llorar por las esquinas. ¡Porque eso sí que me pone de los nervios! —le gritó a la cara.

—¡Así que ahora te pongo de los nervios! —Se volvió dándole la espalda y cruzándose de brazos. —¡Otra razón para que te vayas!

—¡Oh, eso no va a pasar porque tienes muchas cosas buenas!

Le fulminó con la mirada. —¿En serio? Porque parece que soy un desastre. ¡Será porque me comporto como una cría!

—Y vuelta la burra al trigo.

Abrió los ojos como platos. —¡Ahora soy una burra!

—Mujer...

Levantó un pie para ir hacia ella y la trampilla crujió de manera escandalosa deteniéndole en seco. Miles le miró muy tenso y Elyse gritó —¡No te muevas!

—Preciosa, creo que se va a ...

La trampilla cedió con su peso y los tablones se partieron a la mitad. Elyse gritó estirando los brazos mientras su marido caía a plomo por el agujero intentando agarrarse al borde, pero a pesar de intentar agarrarle desapareció. Elyse gritó de miedo acercándose al borde para ver a su marido en el suelo rodeado de pedazos de madera. —¡Miles!

Él gimió levantando la cabeza para verse el cuerpo antes de mirarla a los ojos. —

Preciosa, ten cuidado al bajar —dijo antes de perder el sentido.

Afton pensativo salió de la habitación de su marido y muy nerviosa se acercó a él. —¿Qué tiene? Se pondrá bien, ¿no? ¡No puede morirse!

—Tranquilícese, Lady Elyse. Esto no es bueno en su estado.

—¿Pero está bien? ¿Qué tiene?

—Se ha roto un tobillo y aparte de unos golpes...

—¿Qué? —preguntó ansiosa.

—Tiene un buen chichón en la cabeza. Pero no creo que sea nada alarmante. Esta noche le despertaráis cada dos horas más o menos para comprobar que esté bien. Es un nuevo estudio que parece que está dando muy buenos resultados.

—¿Y para qué tengo que despertarle?

—Por si no se despierta —dijo Lia.

—Y si no se despierta, ¿le llamo para despertarle?

Afton parpadeó. —En realidad si no se despierta, eso no es nada bueno.

—¿Y usted podrá despertarle? —preguntó histérica.

—Pues no porque yo no sé mucho de neurocirugía, es una ciencia totalmente en pañales que...

—¡Así que no me servirá de nada despertarle! —gritó de los nervios.

Lia hizo una mueca. —Será mejor que no le despiertes.

—¡Lo que yo decía! —Cogió sus faldas fulminándoles con la mirada mientras iba hacia la habitación de su marido. —¡Con mi esposo no se experimenta que está agotado y tiene que descansar el pobrecito!

Afton carraspeó. —Entendido, milady.

Entonces se detuvo en seco. —¿Se quedará cojo? A mí eso no me importa, pero igual a él sí que le molesta un poco.

Lia reprimió la risa antes de mirar a su prometido que levantó una ceja. —Sí, creo que le molestaría. Si todo va bien y no apoya el pie en tres semanas todo quedará en su sitio.

Suspiró del alivio antes de sonreír. —Gracias, doctor.

El Marqués viendo como su hija entraba en la habitación sonrió satisfecho antes de darle una palmada en la espalda a Afton. —Vamos a tomar una buena copa, amigo. Menudo susto.

—Es una idea excelente.

—Me alegro de que llegara justo en ese momento para ver a su prometida.

Afton cogió a Lia por la cintura y ésta soltó una risita cuando la acercó a él. —Por cierto, mi amor. Bienvenida a tu nueva vida.

Lia le miró enamorada y el Marqués carraspeó alejándose. —Mejor os espero abajo.



## Capítulo 14

Elyse se acercó de puntillas a la cama porque parecía que su marido se había quedado dormido. Miró fijamente el tobillo cubierto por algo blanco que parecía mojado y frunció el ceño porque nunca había visto algo así. Lo tocó con el dedo suavemente. Parecía yeso como el que habían utilizado los artesanos en la casa de Londres. Qué venda más rara. Estos médicos modernos. Miró su pierna asegurándose que al doctor no se le había escapado nada y le echó un vistazo a su marido a la cara para asegurarse de que no le molestaba. Frunció el ceño aún más. ¿Le había despertado? No, no se movía. Volvió a mirar su cuerpo y vio que tenía heridas en las manos por haberse intentado agarrar y tenía dos buenos morados en los codos. Apretó los labios. Pobrecito, qué golpe. Se mordió el labio inferior al ver el cortecito que se había hecho en la frente cerca de la ceja antes de mirar su cuerpo de nuevo. La sábana le cubría la otra pierna y sus partes pudendas. ¿Debería? Claro que sí, era su mujer. Con cuidado levantó la sábana metiendo la cabeza dentro para mirar la otra pierna que tenía un morado importante a la altura de la espinilla. Levantó la vista hacia arriba y en la cadera también se había dado un golpe. Miró su sexo y frunció el ceño de nuevo. Parecía que se estaba animando.

—Esposa, ¿qué haces? —preguntó su marido con voz ronca.

Se puso como un tomate sacando la cabeza de golpe y le miró a los ojos. —Comprobar que Afton no se haya olvidado de nada.

—Ah....

Ella carraspeó dejando la sábana sobre su cadera y enderezándose. —¿Estás bien?

Él alargó la mano y Elyse se la cogió sin pensar. El Conde sonrió encantado. —Ahora que estás aquí estoy mucho mejor.

—Es que Afton no me deja entrar. —Se sentó a su lado. —Dice que en mi estado no es bueno. Que puedo impresionarme y ya me he impresionado bastante viéndote caer.

Su marido frunció el ceño. —¿Estás bien?

—Sí.

Él soltó su mano y acarició su vientre por encima del vestido. —¿Le sientes?

Ella cogió su mano moviéndosela por el vientre hasta un costado y su marido suspiró del alivio al sentir una patada de su hijo. Sonrió orgulloso. —Es fuerte.

—Como su padre porque menudo porrazo. Cuando te traíamos hacia aquí, Lia ha dicho que has tenido mucha suerte. Que podrías haberte roto las dos piernas —dijo recordando el miedo que había pasado.

—No pienses en eso, ya pasó.

Asintió quedándose en silencio y dándose cuenta de que le tocaba demasiado para lo que había pasado, así que carraspeó levantándose y poniéndose lo bastante lejos para que no la tocara. Incómoda preguntó —¿Te duele mucho?

—No mu... —Miles frunció el ceño al ver su interés. —Duele, duele bastante.

Preocupada se acercó. —¿De veras? Le diré a Afton que venga de nuevo. Seguro que ha hecho algo mal. Eso que te ha puesto en el pie no lo veo muy práctico. Lo va a poner todo perdido.

Reprimió la risa. —Tiene que secar, preciosa.

—¿De verdad?

—Veo que nunca te has roto nada.

—No, que yo sepa.... Bueno, hace años tuve... Pero solo me vendaron. No me rompí ningún hueso.

—Cuando te asaltaron. ¿Por qué no lo cuentas?

Su esposa perdió un poco de color en la cara. —¿Quieres beber algo? Igual tienes hambre.

Al final casi no has cenado y...

—Preciosa, estoy bien.

Ella sonrió. —Perfecto. Entonces me voy a cenar.

Y dejándolo de piedra fue a toda prisa hacia la puerta. —Buenas noches, esposo.

Iba a decir algo cuando Elyse ya había desaparecido. Gruñó dejando caer la cabeza sobre la almohada gimiendo de dolor por el chichón que tenía. Mierda. ¿Por qué narices tenía que sacar a relucir el asalto? Es que era imbécil. Tenía que ir poco a poco para que se volviera a abrir a él. Sonrió malicioso recordando todos los animalillos heridos que según la doncella de su esposa siempre estaba rescatando. Iba a ser el paciente más necesitado de la historia de Inglaterra.

Elyse estaba comiendo el cordero a dos carrillos mientras Lia y Allison la observaban. —Al parecer has recuperado el apetito —dijo su amiga divertida.

—De repente me ha entrado un hambre... —dijo con la boca llena cortando otro trozo con ganas. Miró hacia la puerta—. ¿Estará bien atendido?

—Su valet estará pendiente de cada una de sus necesidades. Come tranquila —dijo Allison reprimiendo la risa.

Asintió. —Es verdad. ¿Si no cómo se arreglaba cuando era soltero?

—Exacto. —Allison suspiró acariciándose su enorme vientre. —Que ganas tengo de que salga.

—Estará a punto —dijo antes de beber.

—Afton dice que aún queda una semana por lo menos. Que no está en posición.

—La cena me ha sentado fatal. Me arde la boca del estómago —dijo mirando con asco el cordero.

—Es otra fase del embarazo —dijo Lia asintiendo y sonrojándose cuando las dos la miraron con una ceja levantada—. ¡Lo he leído!

De repente se escuchó un ruidito y Allison se puso como un tomate. —Perdón. —Ambas soltaron unas risitas mientras Hobson en la esquina del comedor se hacía el loco. —Sí, reiros. Ya me gustaría veros así. ¡No lo puedo evitar! —dijo indignada haciéndolas reír a carcajadas.

—No te apures. Seguro que es otra fase del embarazo —dijo antes de meterse más comida en la boca.

Lia asintió. —Gases. Muy molestos para la gestante.

—Madre mía que ganas tengo de que salga.

Masticó su último pedazo y le dijo a su amiga —No te angusties. Estás acabando y tendrás un niño precioso que será el orgullo de los Rainbow.

Su madrastra sonrió con cariño. —Tú eres el orgullo de los Rainbow, cielo.

Se sonrojó de gusto pero negó con la cabeza. —No, lo será mi hermano. Ya verás. Será un hombre que nos haga sentir muy orgullosos.

El lacayo le retiró el plato. —¿Postre Condesa?

—Sí, y bien grande.

De inmediato le sirvieron un pedazo doble de tarta de manzana y sonrió radiante a Hobson que desde su puesto le guiñó un ojo. —¿Y tu madre, Lia?

—Se ha retirado. Desde que mi padre se fue no soporta los dramas y al ver a tu marido siendo trasladado después de la caída, dijo que era demasiada tensión y se ha ido a la cama. — Lia chasqueó la lengua. —Siempre es lo mismo. Quiere evitar las situaciones que le molestan. Durante tu enfermedad apenas salió de la habitación que le asignaron en la casa, como si así lo que pasara en el resto de las habitaciones no fuera a afectarla.

—Debió pasarlo muy mal con lo de tu padre —dijo Allison comprensiva—. Fue una

humillación para ella. Todo Londres sabía lo que había pasado.

Lia se sonrojó. —Sí, lo sé. Pero a veces me gustaría que fuera de otra manera.

—¿Cuántos años tiene tu madre? —preguntó Elyse pensativa.

—Treinta y ocho recién cumplidos. ¿Por qué?

Se hizo la tonta. —No, por nada. Se conserva muy bien para su edad, ¿no crees? Os parecéis mucho.

—Al parecer de joven éramos muy parecidas. Hay un retrato en la casa de Londres de cuando se casó con padre. Por eso estaba tan segura de que no me iban a faltar los pretendientes —dijo con ironía—. Como a ella le habían sobrado... Mi hermana dice que parecemos la misma persona. Que si pusiera el retrato en mi casa todo el mundo creería que soy yo.

—Sí, eso me parecía —dijo distraída dándole una vuelta a sus pensamientos.

—¿Qué piensas, querida? —preguntó Allison divertida porque sus preciosos ojos verdes brillaban como cuando tramaba algo.

—¿Yo? Nada.

En ese momento llegó Lucy a la puerta del comedor y le dijo algo a Hobson en voz baja. El mayordomo asintió acercándose a ella. —Milady, su marido requiere su presencia. Si ha terminado de cenar, por supuesto.

Jadeó levantándose en el acto y cogiendo su pedazo de tarta salió del comedor antes de que nadie pudiera decir ni pío. —¡Ya voy, Miles!

Lia miró a Allison divertida. —Esto va mejor.

—Sí, tiene toda la pinta. Nada como una crisis para poner las cosas en su sitio.

Elyse llegó a la habitación de su marido metiéndose el último pedazo de tarta en la boca.

Quizás debería trasladarlo de habitación. Estaba muy lejos de la suya. Diablos, tenía que haberlo pensado mejor. Ahora no iba a trasladarlo, al pobrecito. Abrió la puerta para escucharle gemir. A toda prisa corrió hacia la cama para verle pálido. —¿Qué ocurre? ¿Te duele la cabeza? ¿El pie? Es eso que te han puesto, ¿verdad?

—Me duele todo —dijo lastimero cogiendo su mano y tirando de ella hasta sentarla a su lado.

—Oh... Déjame llamar a Afton.

Iba a levantarse de nuevo, pero él negó con la cabeza sin soltarla. —No, preciosa. Ya me ha visto. Al parecer me toca sufrir.

—Pero seguro que puede darte algo.

—No, por el golpe en la cabeza. Quédate aquí conmigo. Conversa con tu esposo para aliviar mi dolor.

—¿Pero no te duele la cabeza? Lo que menos querrás será escuchar mi parloteo.

—Tus palabras son como olas que llegan a la orilla.

Le miró incrédula. —¿Que son qué?

—¿No te relaja mirar el océano?

—Es muy bonito, pero...

—Pues eso. No me llesves la contraria que me va a doler más la cabeza.

—Ah. ¿Entonces te hablo o me quedo callada?

Miles gruñó por lo bajo antes de forzar una sonrisa. —Háblame.

—¿De qué?

—De lo que quieras, preciosa —siseó como si quisiera matar a alguien.

—Vale. —Miró a su alrededor pensando. —Mmm.

—¿No se te ocurre nada que decirme? —Parecía sorprendido.

—Pues ahora...

—¿Ahora qué?

—Pues que no.

Frunció el ceño. —¿Qué estabas haciendo?

—Cenando.

—¿Ya has acabado?

—Sí. ¿Quieres algo de comer?

—No —graznó apretándole más la mano porque esa mujer saldría corriendo en cualquier momento. Entonces se le ocurrió una idea—. Querida, dormirás aquí, ¿verdad? No quiero quedarme solo.

—¿Dormir aquí? —preguntó sorprendida.

—Yo lo haría por ti.

El corazón de Elyse se calentó con sus palabras. —¿Lo harías?

—¿Acaso lo dudas? —preguntó ofendido—. Te amo. ¡Nada me separaría de tu cama!

Se puso como un tomate del gusto que la recorrió. —Ah.

Él suspiró decepcionado. —Dudas de mí.

—¿Es una pregunta?

—¿Dormirás conmigo o no? ¿Acaso ya no me amas? ¿Tu amor es tan voluble que por una discusión de nada has dejado de amarme?

—¿Discusión de nada?

—¡Contesta a la pregunta!

—¿A cuál?

—Elyse... que si dormirás conmigo.

Reprimió la risa al verle tan frustrado y dijo como si nada —Bueno, si te empeñas...

Gruñó acariciándole la mano con el pulgar. —Bien, ¿por qué no vas a ponerte cómoda?  
Así hablaremos mejor los dos tumbados en la cama.

—Como digas, esposo.

Él la soltó a regañadientes y Elyse se volvió sintiéndose más contenta que en toda su vida.  
Se puso seria y le miró sobre su hombro. —Vuelvo enseguida.

—Aquí te espero, amor.

Salió de la habitación cerrando la puerta y sonrió radiante antes de echar a correr por el pasillo. Lucy la esperaba en su habitación. —¿El Conde está bien?

—Oh, sí. Está muy bien para el leñazo que se ha metido. Desabróchame el vestido.

Su doncella sonrió maliciosa. —Le has pillado, ¿verdad?

—Claro que sí. —Se miró al espejo de cuerpo entero. —No es parte de su personalidad ser tan sensiblero. Lo está haciendo a propósito para que le perdone, obligándome de paso a estar a su lado por la caída.

—¿Y lo harás? ¿Le perdonarás?

—Puede. —Levantó la barbilla antes de soltar una risita. —Pero voy a aprovecharme un poco.

—Eso, tú deja que te corteje. Mi John a veces me dice cosas bonitas y me gusta mucho.

—Va a tener que estrujarse el cerebro para conseguir que olvide que abrió esa maldita carta. —Su doncella soltó una risita ayudándola a salir del vestido y ella vio el camisón que había elegido. Uno blanco con los puños de encaje. —Ese camisón no, Lucy. Saca el azul de gasa con la bata a juego.

—Uy, uy, Condesa. Transparenta un poco, ¿no cree? Menuda preciosidad que ha traído de Londres.



Sonrió divertida. —Te regalaré uno en tu próximo cumpleaños. Ahora date prisa, mi esposo está impaciente por regalarme los oídos hasta que le perdone.

Miles gruñó incómodo y se sentó acomodando las almohadas para recostarse de nuevo. Se miró y colocó la sábana de manera tentadora mostrando el muslo de la pierna herida como si tuviera calor. Se sobresaltó cuando se abrió la puerta y se le cortó el aliento al ver a Elyse muy hermosa con su precioso cabello cayendo en ondas hasta sus caderas. Se tensó al ver como sonreía tímidamente antes de cerrar la puerta y al acercarse vio que el fuego tras ella mostraba toda su silueta a través de la tela de la bata. —Ya estoy aquí.

Con la boca seca susurró —Ven, preciosa. Sube a la cama.

Elyse le miró a los ojos tirando del enorme lazo que tenía en el pecho y se abrió la bata mostrando el fino camisón de tirantes que llevaba debajo. Casi le da un infarto al ver las aureolas de sus pezones a través de la tela. —No te conocía ese camisón —dijo con voz ronca.

—¿No? Qué extraño. Lo tengo desde hace tiempo. —Tiró la bata sobre la butaca que estaba cerca del fuego y se subió a la cama pasando por encima de él mientras le miraba a los ojos para tumbarse al otro lado. Pero Miles la cogió por la cintura deteniéndola antes de que se alejara y a Elyse se le cortó el aliento.

—Preciosa, me gusta mucho ese camisón —dijo con voz ronca bajando la vista hasta su escote donde se mostraban sus pechos—. Me gusta mucho.

—Gracias. —Se tumbó a su lado de costado y sonrió. —¿De qué quieres hablar?

Gruñó dejando caer las manos antes de girar la cabeza para mirarla. —¿Qué tal si hablamos de nosotros?

—¿Otra vez? —preguntó como si fuera una lata.

Miles tampoco quería molestarla así que sonrió. —¿De qué quieres hablar tú?

—No, si yo no quiero hablar. ¿Qué tal si dormimos? De repente estoy cansada. Serán las emociones con los disgustos que me das.

—Siento haberte disgustado, querida —dijo como si le sacaran una muela.

—No tienes la culpa de ser tan torpe.

Puso la mano bajo su mejilla y sonrió dulcemente cerrando los ojos. —Buenas noches, esposo. ¿Apagas la luz?

Él juró por lo bajo volviéndose y bajando la luz de la lámpara de aceite. Iba a apagarla del todo, pero se lo pensó dejando una pequeña llama. Su esposa se tensó a su lado. —No, apágala.

—Preciosa es por si tienes que levantarte de noche.

—Está la luz del fuego. Apágala. —Miles pudo ver como se ponía nerviosa. —No quiero dormir con ella encendida.

—¿Por qué? No va a ocurrir nada. Yo lo he hecho muchas veces.

—Puedes darle sin querer a la lámpara de noche y provocar un incendio. ¡Apágala!

—Preciosa, hay lámparas por toda la casa. No puedes controlarlas todas.

—¡Pero esta sí! —Se incorporó para estirar el brazo sobre él y al ver la pena en sus ojos se le cortó el aliento perdiendo todo el color de la cara en el acto. —¿Quién te lo ha contado?

—¿Importa? Me hubiera gustado que me lo hubieras contado tú —susurró antes de acariciar su mejilla. Los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas viendo la impotencia y la vergüenza en sus ojos antes de que agachara la mirada—. Eh... No fue culpa tuya.

—Eso es mentira.

—Preciosa, si yo hubiera estado en ese carruaje y nuestro hijo hubiera tirado la lámpara, ¿le echarías la culpa de haberme perdido?

Se le cortó el aliento mirando sus ojos de nuevo. —No, claro que no.

—¿Entonces por qué te echas la culpa de algo en lo que tú no tenías ningún control?  
¿Crees que tu madre te hubiera culpado?

—Mi madre me amaba. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Intentó salvarme.

Él acarició su cicatriz. —Entonces deberías estar orgullosa, porque esto que luces es un rasgo de amor de tu madre hacia ti, preciosa. Hizo lo que pudo para que sobrevivieras y no le gustaría que te sintieras mal de esta manera por algo que fue un accidente en una situación imprevisible. Igual el incendio te salvó la vida.

—¿Qué quieres decir?

—¿Nunca has pensado que si no hubiera caído esa lámpara os hubieran matado a todos igualmente? —Al ver que su esposa le escuchaba atentamente continuó —Creían que morirías en el incendio o que ya estabas muerta por el corte en tu rostro. ¿Si no querían dañaros porque no ayudaron a tu madre? Cielo, tenían intención de mataros igual. Tuviste mucha suerte y tu madre te salvó la vida al alejarte de ella.

Las lágrimas corrieron por su rostro. —¿De verdad crees eso?

—Sí, mi amor. Por supuesto que lo creo —dijo sinceramente—. Y no me gusta que pienses que has hecho algo mal porque no fue responsabilidad tuya. Querrías que nuestro hijo se sintiera como tú durante todos estos años. —Elyse sollozó rompiéndole el corazón y la abrazó a él con fuerza. —Jamás vuelvas a pensar que tú eres responsable. Fuiste muy valiente y estoy orgulloso de ti. Y estoy orgulloso de tu madre porque hizo lo que había que hacer para que sobrevivieras. Debía ser una mujer maravillosa como tú. —Su esposa se abrazó a él y lloró sobre su hombro durante mucho rato y Miles le susurraba palabras al oído sobre lo increíble y fuerte que era para haber llevado ese enorme peso sobre sus hombros durante tanto tiempo. Increíblemente Elyse se sintió en paz y después de tantos años en los que el dolor la había acompañado era un auténtico alivio. Su marido la besó en la frente y ella abrió los párpados viendo el amor en sus ojos. Se preguntó cómo había podido estar tan ciega para dudar de él porque acababa de demostrarle que

la quería muchísimo y recordó cuando había estado enferma y como no se separó de su lado.

Miles sonrió —Eres preciosa. —Con la nariz hinchada y los ojos rojos de tanto llorar debía ser un cuadro, pero en su mirada se sintió la más bella del mundo.

—Te amo.

Él cerró los ojos como si esas fueran las palabras que más había deseado en el mundo y la abrazó de nuevo. —Mi amor siento haberte hecho daño.

—Y yo siento haber dudado de ti.

—Tenías razones para hacerlo. —La apartó para mirarla de nuevo. —No quería decirte que te amaba porque...

—Temías que te hiciera daño.

Él asintió. —No eres como ella. No te pareces en nada y siento haberme comportado así.

—¿Seremos felices?

—Intentaré hacerte feliz el resto de nuestra vida, mi amor. —Besó suavemente sus labios antes de besarla con pasión. Elyse se apartó sonrojándose y su marido frunció el ceño. —¿Cielo?

—¿No te duele el pie? Cariño, así no puedes.

Él sonrió malicioso. —Es que yo no voy a hacer nada.

—¿Ah, no? —Acalorada porque la miraba como si quisiera devorarla levantó una ceja. —¿Y qué propones?

Miles cogió su muslo moviéndola sobre su cuerpo hasta sentarla a horcajadas y tiró de su camión hacia arriba para acariciar sus nalgas. Elyse gimió moviendo su pelvis sobre él y apoyando sus manos sobre su pecho. —Eso es, querida. Sabía que entenderías... —Se le cortó el aliento cuando su mujer se levantó ligeramente llevando la mano a su sexo ya endurecido y lo acarició suavemente de arriba abajo mientras la punta rozaba sus húmedos pliegues haciéndola suspirar de gusto. Miles se tensó arqueando su cuello hacia atrás y exclamando —¡Dios!

—¿Te gusta, mi amor? —dijo ella acariciándose de nuevo con él mientras su marido se tensaba aún más—. Me gusta darte placer.

—Preciosa... —La sujetó por las caderas intentando que bajara, pero ella no se dejó hacer. —Elyse, cielo...

—Esto no me lo habías enseñado, mi amor —dijo con voz ronca introduciéndose la punta mientras él gemía—. Me gusta estar así. Sentirte de esta manera.

Cerró los ojos mientras descendía disfrutando de su contacto y cuando se sentó sobre él fue maravilloso. Su marido se sentó de golpe y ella sonrió antes de que impaciente atrapara sus labios como si ansiara saborearla. Se abrazó a su cuello levantándose ligeramente para dejarse caer. Miles y ella gritaron de placer antes de que ella repitiera el movimiento mirándose a los ojos. Con la respiración agitada se movió sobre su cuerpo una y otra vez sin dejar de mirarse el uno al otro, sintiendo como la ansiedad recorría sus cuerpos en busca de liberación. —Eso es, preciosa —susurró agarrando sus caderas—. Más deprisa.

Necesitando más Elyse se inclinó hacia atrás gritando de placer cuando su miembro rozó una parte sensible de su cuerpo. Queriendo más se apoyó en sus piernas para balancearse de arriba abajo mientras su marido sujetándola por la cintura con una mano llevó la otra hasta su pecho acariciándoselo por encima del camión. Elyse perdió el control y se aferró a sus hombros de nuevo dejándose caer con fuerza sobre su miembro provocando que sus cuerpos explotaran de éxtasis aferrados el uno al otro.

Tumbada a su lado su marido acariciaba su vientre posesivo y ella sonrió volviendo la cara para mirarle. Pareció aliviado de verla sonreír. —¿Qué ocurre?

—Por un momento creí que te habías desmayado —dijo Miles antes de fruncir el ceño—. ¡No vuelvas a hacerlo!

Soltó una risita. —Pues pienso repetirlo a menudo, milord. —Le miró maliciosa. —No haberme enseñado.

Miles sonrió. —Pues tengo muchas más cosas para enseñarte, pero...

—¿Por qué no me las has enseñado antes?

—Por si no las considerabas decentes.

Parpadeó asombrada. —¿Tan indecentes son?

Su marido se echó a reír abrazándola. —No, cielo. Pero no quería asustarte.

Ella acarició su cuello hasta enterrar sus dedos en su cabello castaño para acercar su rostro al suyo. —¿Te parece que esto me ha asustado, amor?

La risa de su esposa le hizo sonreír desde la terraza donde desafortunadamente tenía que estar sentado debido a su pie escayolado. Elyse reía sujetando la cometa mientras Lia le explicaba como era su funcionamiento.

—Es feliz. —Se sorprendió volviéndose hacia su suegro que cogió una silla sentándose a su lado. —Gracias.

—Gracias por qué.

—Durante la última semana me he dado cuenta de que su actitud ha cambiado. —Le miró a los ojos. —Parece liberada y eso te lo debo a ti. Estoy seguro.

—No tienes nada que agradecer. Haría lo que fuera por ella. —Su suegro asintió y Miles le miró de reojo. —No lo has hecho mal, ¿sabes? Hiciste lo que pudiste en una situación horrible para un niño y para ti. Debió ser muy duro.

Jonathan asintió emocionado. —Gracias.

Miles la observó reír con su amiga. —No sé qué haría sin ella.

—Espero que nunca tengas que averiguarlo.

El llanto de un bebé hizo sonreír a su suegro. —La vida avanza. Mi pequeño se ha

despertado. Discúlpame.

En cuanto le dejó solo le hizo un gesto a un lacayo y le dijo —Que venga Hobson.

—Enseguida, milord.

El mayordomo se presentó de inmediato. —¿Y bien?

—Todo listo, milord. Acaba de llegar.

Sonrió satisfecho. —Perfecto. Que esté todo preparado para después de la cena.

—Así será, Conde.

El mayordomo se iba a retirar. —¿Su sorpresa es mejor que la mía?

—No, milord. —Sonrió divertido. —No creo que haya nada que pueda superar esto.

—Pues a ver lo que hago el año que viene.

—Eso mismo me pregunto yo.

Miles se echó a reír porque su cara le decía que era un verdadero problema. Bueno, tenía un año para pensarlo. Su esposa se echó a reír de nuevo y se dijo que lo conseguiría. Conseguría que fuera feliz a su lado.

Entraban en el salón después de la cena mientras su esposa observaba inquieta como caminaba con las muletas que Afton le había encontrado. —Lo haces muy bien, mi amor —dijo satisfecha al ver que se sentaba en el sillón que era donde estaba más cómodo—. En unos días hasta podrías correr con ellas.

Su padre se echó a reír. —Hija, creo que eso no va a ser necesario.

Levantó la barbilla. —Nunca se sabe.

Mientras todos reían Elyse se sentó sobre sus piernas sin ningún pudor para preguntarle —  
¿Te ha gustado tu regalo, mi vida?

Él miró su reloj de oro grabado con sus iniciales y las suyas entrelazadas. —Lo llevaré siempre.

Se sonrojó satisfecha por haberle sorprendido, aunque realmente la sorprendida había sido ella porque en cuanto se había despertado le había regalado un bonito anillo de esmeraldas como regalo de cumpleaños. Ella miró su regalo encantada. —A mí también me gusta mucho.

—Ese tenía que habértelo regalado hace mucho, así que...

Elyse le miró a los ojos y chilló de la sorpresa al ver que Hobson entraba en la habitación con una tarta llena de velitas encendidas y todo el servicio detrás cantándole cumpleaños feliz.

Emocionada mientras la rodeaban y ponían la tarta delante sintió como su marido la cogía por la cintura diciendo —Pide un deseo y sopla las velas, cielo.

—¿Un deseo?

—Es tu día. Se te tiene que conceder.

—Entonces pídelo conmigo porque sé que solo queremos una cosa.

Miles acarició su vientre con la otra mano asintiendo y ambos se acercaron a la tarta soplando todas las velas. Rieron mirándose a los ojos y se besaron mientras los presentes aplaudían.

Entonces se apagaron las luces y Elyse se tensó. —Shusss preciosa, no pasa nada.

Las luces se encendieron poco a poco iluminando el salón y dejó caer la mandíbula del asombro al ver que habían apartado los muebles. —¿Pero qué?

El sonido de unos cascos la dejó de piedra y en ese momento entró en el salón el caballo blanco más hermoso que hubiera visto nunca. —Tendrás que esperar un poco para estrenarlo —dijo su marido—. Estoy deseando verte. Porque me han dicho que eres una amazona magnífica, cielo.

En ese momento entró un pony blanco monísimo poniéndolo al lado de su magnífico



purasangre y ella le miró a los ojos. —Me escuchaste.

—Nuestro hijo se merece su propio caballo. ¿Te gustan?

—Son hermosos. —Emocionada se levantó acercándose a su caballo y le acarició el hocico. Fue amor a primera vista y Elyse le abrazó por el cuello mientras él se dejaba hacer.

—¿Cómo le llamarás, hija?

—Disoluto.

Todos se echaron a reír mientras su marido se sonrojaba. Maliciosa preguntó —Cariño, ¿crees que le queda bien?

Sonrió sin poder evitarlo. —No tiene aspecto de disoluto. Creo que está tan reformado como yo.

—Tienes razón. Aunque es gallardo y hermoso. Le llamaré... —Miró a los ojos a su marido. —Le llamaré Alegría porque es lo que he sentido al verle.

—¿Y al pony?

—¿No debería ponerle nombre el niño?

Miles se echó a reír. —Cielo aún quedan unos años para que pueda hablar. Montará incluso antes de poder decir su nombre.

Miró fijamente al caballo que era para comérselo. —Felicidad.

Su marido se levantó cogiendo una muleta y apoyándose en ella se acercó a su esposa para cogerla de la mano. —Ven, cielo.

Le miró sorprendida. —No deberías...

—Será solo un momento. —La llevó hasta la puerta de la terraza y ésta se abrió. Una luz en el cielo le cortó el aliento y en ese momento vio otra que ascendía estallando en miles de luces en color violeta. —Quería que tu madre también lo celebrara con nosotros, mi amor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas viendo como el cielo se llenaba de fuegos artificiales de

miles de colores. Era lo más hermoso que había visto nunca y ni se dio cuenta de que las lágrimas caían por sus mejillas de pura felicidad. Sintió que se terminara.

—¿Te ha gustado?

Se volvió abrazando a su marido por la cintura. —Gracias, es lo más bonito que he visto en la vida.

Sonrió satisfecho. —Te amo.

—Yo también te amo. Gracias por pensar en mi madre.

—Tengo mil cosas que agradecerle y es lo menos que puedo hacer. —Besó su mejilla borrando sus lágrimas. —Me ha dado una esposa maravillosa. Cada día te amo más.

—Nunca creí ser más feliz que en este momento.

—Tendremos momentos mucho más felices, te lo aseguro. Porque nunca he amado a alguien como a ti...—Besó sus labios suavemente. —Y haré todo lo posible para demostrártelo.

Rodeó su cuello con el brazo. —Solo tienes que estar a mi lado. Es lo único que necesito para ser feliz.

## Epílogo

—¡Vamos preciosa, empuja! —gritó su marido muerto de miedo cogiendo su mano mientras ella gritaba desgarrada empujando con todas sus fuerzas.

Agotada se dejó caer sobre las almohadas y se le cortó el aliento al no escuchar el llanto de su bebé. Su marido le acarició la frente y sonrió con tristeza. —Lo has hecho muy bien.

—No le oigo —susurró mientras una lágrima caía por su mejilla.

—Shuss. Eso está en manos de Dios.

Afton cogió al bebé por las piernas levantándole y ambos vieron que tenía un pelito castaño. Cerró los ojos sin soportarlo y escuchó la palmada. Su marido apretó su mano antes de escuchar otra palmada y el llanto de su bebé lo inundó todo. Se echó a llorar de felicidad viendo a Afton ante ellos cogiendo a su bebé en brazos. —Felicidades, es una niña y parece estar bien.

Sollozó mientras se la ponía en brazos y Miles la besó en la sien. —Una niña, cielo. Y es tan preciosa como tú.

Su hija lloraba en sus brazos y sin poder creérselo le miró las manos y los pies buscando deformidades. Parecía que estaba bien e incrédula miró a su doctor que sonrió asintiendo. —Felicidades. Lo has hecho muy bien.

—Gracias.

Nunca en su vida se sintió más emocionada al igual que Miles que se echó a reír de felicidad cogiendo a su hija entre sus brazos. La niña de inmediato empezó a calmarse y el Conde sonrió a su hija mientras las doncellas atendían a su esposa. —Eso es, preciosa. Estás a salvo.

Agotada después de veinte horas de parto sonrió. —Deja que entre mi padre. Estará de los

nervios.

Su marido asintió a Lucy que de inmediato fue a abrir la puerta. Jonathan entró a toda prisa deteniéndose en seco al ver a Lia tirada en el suelo sin sentido. —¿Qué rayos ha pasado?

Afton se acercó a su mujer agachándose a su lado y cogiéndola en brazos. —Que es muy buena con los diagnósticos, pero no soporta la sangre. Se la llevaré a su madre que estará haciéndose arrumacos con Haligan en alguna esquina. Esto de tener un amante la tiene como loca —dijo divertido—. No se preocupe más, Marqués. Todo ha ido perfectamente.

Jonathan miró a su hija aliviado antes de escuchar un gorgoteo. Fascinado miró a su yerno que se acercaba con un bultito en brazos. —Te presento a Lady Caroline Rose Allison Grafham.

Su padre se echó a reír cogiéndola en brazos. —Le has puesto los nombres de tu madre, Caroline Rose. —Les miró con cariño. —Gracias por ponerle también el nombre de tu madrastra.

—Es mi nueva madre. Y durante este tiempo se ha comportado como tal, así que lo merecía —dijo ella sonriendo con ternura antes de chasquear la lengua—. Aunque no tenga hermanas.

Su padre se echó a reír al igual que Miles porque Allison lo había pasado fatal para explicarle la verdad. Al principio Elyse se había enfadado, pero después se dio cuenta de que lo había hecho por su bien y que puede que si no le hubiera mentido en ese momento de su vida ella no hubiera tenido el valor que necesitaba para mostrar sus heridas. Todos y cada uno la habían ayudado para ser la persona que era ahora.

Allison entró corriendo en la habitación. —¿Me lo he perdido? —Jadeó viendo el bebé en brazos de su marido y miró a Elyse como si fuera culpa suya. —¿Veinte horas de parto y tienes que parir cuando estoy dando la toma?

Todos se echaron a reír mientras se acercaba a su marido y le cogía a la niña en brazos. —Vaya grande que es. —Miró entre la sábana. —¡Es una niña! —exclamó como si no lo supieran haciéndoles reír de nuevo—. Qué bonita mi nieta... —dijo con amor acunándola.

Su marido la cogió por la cintura y la besó en la sien. —Se llama Caroline Rose Allison.

Vieron como se le cortaba el aliento y sus ojos se llenaban de lágrimas. —Gracias, es un honor.

—Venga, venga. Que la madre tiene que ponerse cómoda y descansar.

Todos miraron a Lucy que se sonrojó. —Quiero decir... ¿serían tan amables los señores de salir de la habitación para que acomode a mi señora?

Rieron sin poder evitarlo, pero nadie la reprendió porque Lucy se había desvivido por Elyse para que estuviera a gusto en su última parte del embarazo. Miles cogió a la niña en brazos. —Después la veréis.

—Sí —dijo Allison aún emocionada—. Felicidades.

—Gracias —respondieron ellos sabiendo que se lo deseaban de veras.

Allison se dejó llevar por su marido y susurró algo —Sí, mi amor. Está sana. Afton ha dicho que sí.

—Oh, Jonathan... qué alegría más grande. —Su padre cerró la puerta y Miles entregó la niña a Lucy.

—Yo me encargaré de ella, milord. No se preocupe.

Miles asintió antes de volverse hacia su esposa a la que se le estaban cerrando los ojos. Se acercó cogiendo su mano y ella sonrió agotada mientras se sentaba a su lado. —Espera a que te cambien las sábanas, cielo. Sé que estás agotada pero así estarás más cómoda.

—Gracias.

—¿Por qué, mi amor?

—Por darme todo esto. Parece que no empecé a vivir hasta que te conocí. Tu amor me ha dado la vida.

Él besó su mano mirándola con ternura. —Lo mismo digo, preciosa. Tu amor es mi vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)

- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí



- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)

- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)

#### Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca

## 6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

